



ELIZABETH EYRE

*El secreto del cardenal*

UN MISTERIO EN LA ITALIA RENACENTISTA

SEGISMUNDO II



Lectulandia

Segismundo, el peculiar «detective» de la Italia renacentista, se ve envuelto aquí en una turbia intriga marcada por los celos y la ambición. Enviado en calidad de mensajero a visitar a la agonizante princesa Oralia, se encuentra ante la inesperada y difícil misión de defender a la hija de la princesa de su propio padre. Al ahondar en el extraño conflicto descubrirá un oscuro pasado tras el cual se esconde la mano del despiadado cardenal Petrucci.

Lectulandia

Elizabeth Eyre

# El secreto del cardenal

Segismundo - 2

ePub r1.0

Titivillus 31.12.16

Título original: *Curtains for the Cardinal*

Elizabeth Eyre, 1992

Traducción: Daniel Aguirre

Gracias a los *papyreros* que son los primeros que se lo curraron

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Personajes que aparecen en la historia

---

### En Nemora

**Grifone**, duque de Nemora  
**El señor Astorre**, su hijo  
**El cardenal Petrucci**, su principal consejero  
**La princesa Corio**, hermana del cardenal  
**El padre Torcuato**, sobrino del cardenal  
**El obispo Tadeo de Colleverde**  
**El comisario del obispo**  
**Polissena**, una dama de la ciudad  
**Bianca**, su criada  
**Tomaso Delmonte**, su admirador

### En Montenero

**El príncipe Livio**, gobernador de Montenero  
**La princesa Oralia**, su esposa y hermana de Ludovico de Rocca  
**Minerva**, prometida de Astorre de Nemora, y **Marco**, hijos gemelos de la princesa Oralia

### En fontecasta, una villa situada en las afueras de Colleverde:

**El señor Giraldi**, un antiguo propietario  
**El señor Mirandola**  
**Máximo; Gruchio**, padre de Máximo; y **Sibila**, sus criados

### En Colleverde, con motivo de las festividades:

**Soldados, ciudadanos, peregrinos, artistas**. Entre los peregrinos: **Giacomo**, un cantero. Entre los artistas: **Ángelo**, un adivino

### además:

**Segismundo**, un aventurero  
**Benno**, su sirviente



---

## ¿Dónde se encontraba su marido?

—La princesa está muriéndose. No puede ver a nadie.

Se levantó; la cortina de brocado del pasillo que conducía a su dormitorio constituía un obstáculo mucho menor que su propio cuerpo. Su cara estaba formada por una serie de pliegues situados debajo de los ojos, en las mejillas y en las bolsas que le colgaban del vestigio de su barbilla. Entrelazó las manos sobre el bulto de su estómago y miró airadamente aquella molestia que había aparecido en su vida.

—Me envía su hermano, señora. El duque Ludovico de Rocca. —Alzó la carta y su pesado sello quedó colgando; antes de llegar a aquel lugar había tenido que mostrársela a tres personas. Era un hombre alto, ancho de espaldas y de expresión sosegada. La mente turbada que se ocultaba detrás de los pliegues vio algo en él que le hizo abrigar dudas.

—El conde Ludovico... —La mujer tendió la mano, un manojo de zanahorias ensortijadas, hacia la carta, pero ésta fue retirada en el mismo instante. El hombre hizo una leve reverencia, como si quisiera excusarse.

—Su excelencia insistió en que se la diera a vuestra alteza personalmente. Porto un mensaje privado.

Las personas que trabajan en los palacios conocen el significado de la palabra «privado». Se trata de una mercancía tan poco común que, por lo general, se hace necesario comprarla. El manojo de zanahorias cogió el brillante y pequeño disco que el hombre le ofrecía, se volvió y, tras levantar la cortina, le hizo señal de que pasara.

Aunque la habitación era tan grande como ha de serlo el dormitorio de una princesa, al tener las contraventanas cerradas se hallaba sumida en una solemne oscuridad. Sólo la luz que despedían el fuego y una vela de vigilia mostraba el extenso suelo de mármol y las bóvedas claustrales del techo y revelaba las pinturas que cubrían las paredes. La cama, que era también de gran tamaño, pese a que en aquella habitación su tamaño parecía normal, estaba colocada sobre una plataforma baja y coronada por una cúpula labrada que descansaba sobre las cabezas de varias cariátides, cuyos ojos incrustados lanzaban destellos.

Dos mujeres, con la vista fija en el fuego que ardía en el hogar, susurraban sordamente; una de ellas arrojó un puñado de hierbas al fuego, lo cual cargó todavía más el aire de la habitación. Un sacerdote con un exiguo flequillo canoso alrededor de su coronilla tonsurada estaba arrodillado al pie de la cama; sus oraciones se elevaban en atropellados murmullos, como si estuviera a punto de quedarse dormido. Cuando la cortina de la puerta cayó detrás del mensajero del duque, la llama de la

vela que ardía en el altar de la Virgen situado al lado de la cama se estremeció, parpadeó y lanzó una voluta de humo sobre el oscuro y sereno rostro de la Virgen.

El hombre que se acercaba silenciosamente a la cama era una visita inesperada. Las mujeres volvieron la cabeza para mirarlo; el sacerdote despertó y guardó silencio por un instante antes de proseguir su recitado con nuevos bríos; sus ojos se posaron en el mensajero, alerta a cualquier distracción de interés.

La corpulenta criada se inclinó sobre las almohadas, aproximando su flácida cara a la mujer que estaba acostada en la cama para susurrarle algo al oído. A los ojos del recién llegado, de mirada intensa a pesar de la escasa luz de la habitación, la princesa tenía verdadera necesidad del constante murmullo de oraciones que le llegaba procedente del pie de la cama. Pronto le haría falta el oficio de difuntos.

Cuando el mensajero llegó junto a la cama, un hombre que estaba sentado en un rincón en una silla de respaldo alto despertó y se frotó los ojos. A juzgar por el bonete y la toga que llevaba, debía de ser médico; al levantarse, desprendió un miasma de olores herbarios, espirituosos y rancios. A su lado había una mesa sobre la que se veían varias escudillas, botellas, un frasco lleno de sanguijuelas, una sangradera y una carta astral. El médico se inclinó sobre la cama. A él, como al mensajero, la palidez de la princesa le resultaba familiar tanto como la delgada capa de sudor y el leve temblor de los dedos sobre el cubrecama. Incluso en aquel estado, la princesa seguía siendo hermosa. El mensajero encontró en los desmejorados rasgos de su delicado rostro un parecido con los de su hermano, a quien había servido recientemente.

En aquel momento los ojos de la princesa se abrieron para posarse en él, con un esfuerzo que puso de manifiesto el peso en que se habían convertido sus frágiles párpados. Eran azules como los del duque Ludovico (lo que resultaba una sorpresa entre tantos ojos oscuros), de un azul mortecino, como el de una flor arrancada.

—¿Ludovico?

El doctor retrocedió y caminó con paso inseguro hacia el fuego. El mensajero se arrodilló sobre el estrado que había al lado de la cabecera. Un pequeño galgo que estaba echado sobre un cojín alzó la mirada, parpadeó con aire suspicaz pero no ladró, como si fuera consciente de las maneras que hay que guardar en la habitación de una persona enferma.

Las mujeres habían empezado de nuevo a susurrar. El doctor se frotó las espinillas al calor del fuego. El crepitar de las llamas, la queda salmodia del sacerdote y los golpecitos que daba con las cuentas de su rosario producían un leve murmullo de fondo.

—Majestad. Traigo una carta de vuestro hermano el duque.

La noticia le infundió nuevos ánimos, una reacción que él ya había visto en otros moribundos. La princesa alzó a media altura una mano delgada en la que se veía un anillo que parecía estar a punto de caer, y con un gesto indicó a las personas presentes en la habitación que se retiraran.

—Marchaos. Dejados solos. Tenemos que hablar en privado. —La enfermera

empezó a indicar a las mujeres que se fueran. Ni el médico ni el sacerdote se movieron, pues al parecer suponían que su profesión los dispensaba de obedecer la orden. La princesa, a pesar de lo débil que estaba, volvió a hablar con tono de autoridad—. Marchaos. Todos.

El sacerdote abandonó sus plegarias con gesto ofendido. Su obligación era asegurarse de que la princesa moría como era debido. ¿Cómo podría hacerlo sin el consuelo de sus oraciones? Se levantó y, tras tropezar con su sotana, dio un traspies con el pie de la cama, algo que interpretó como una advertencia de que el diablo nunca se olvida de las frases sin acabar. Se santiguó y terminó sus oraciones mientras salía de la habitación.

Al tiempo que observaba cómo se iban, el mensajero se hizo dos preguntas que no llegó a formular: ¿por qué si la princesa tenía las horas contadas no estaba recibiendo la asistencia del obispo? ¿Dónde se encontraba su marido, el príncipe Livio?

La cortina cayó. La princesa y el mensajero se quedaron a solas con las inquietas llamas y el galgo adormilado.

—¿Deseáis que os lea la carta de Su Excelencia? —Cerca de la cama, el olor de la enfermedad era intenso; era un olor acre, más penetrante que el de las flores secas de lavanda que se habían esparcido sobre las almohadas y el cubrecama. También se percibía en el ambiente la fragancia de la valeriana. La princesa debía de estar amodorrada.

Le leyó la carta con su profunda voz; cabría preguntarse de cuánto estaría enterándose. Su hermano se interesaba por su salud y esperaba que el desfallecimiento que había sufrido últimamente fuera algo pasajero y que pudiese acompañar a su marido a la boda de su hija Minerva.

En aquel momento la princesa negó con un movimiento de la cabeza. El enlace matrimonial de Minerva y el hijo del duque de Grifone, Astorre, tendría lugar el domingo siguiente en Colleverde, Nemora, el ducado de Grifone. Ya era martes por la tarde, de modo que parecía muy poco probable que la mujer que yacía en aquella cama fuera a estar presente en la ceremonia, a menos que asistiese a ella en espíritu.

El duque Ludovico hacía una somera alusión al reciente fallecimiento que le había impedido acudir a su lado y luego recomendaba al portador de la carta, informando a la princesa que se trataba del hombre que le había salvado la vida durante la conspiración que había sufrido recientemente.

Al terminar, el mensajero guardó silencio y los hundidos ojos de la princesa se abrieron.

—¿Sois vos el hombre al que se refiere mi hermano?

Él inclinó respetuosamente la cabeza y dijo con voz profunda:

—Segismundo, para serviros.

La princesa apenas tenía fuerzas para que al hablar su voz llegara al distraído galgo.

—Mi hermano dice que confía en vos..., que le habéis salvado la vida... No

tengo a nadie en quien confiar, sólo a vos... Escuchad... —Se le quebró la voz. Cerró los ojos. Poco después, empero, se reanimó—. Hay alguien en Fontecasta... —Volvió a fallarle la voz. Tras unos silenciosos latidos del corazón, otra pequeña inyección de energía dio velocidad, más que fuerza, a sus palabras, transformándolas en un flujo confuso y febril—. ¿Qué va a ser de mi hija? Ojalá nunca lo hubiera conocido, nunca... Traiciona a todos, absolutamente a todos, al final... *El duque tiene los ojos cerrados*... Debemos pagar por nuestros pecados. ¡Qué Dios proteja a los inocentes! Una boda funesta..., funesta. Pero ¿qué puedo hacer ahora? Ese hombre es un monstruo... y aun así hubo un tiempo en que lo quise... ¡Cuántos celos! Pobre Fabroni... cuánto sufrimiento... —Para oír mejor a la princesa, el mensajero se arrodilló y aproximó la cabeza a la almohada. Fuera, detrás de la cortina de la puerta, las mujeres y el doctor se miraban los unos a los otros, presa de una silenciosa irritación. La princesa prosiguió con un hilo de voz. Arrastró la mano sobre el cubrecama y, cuando encontró el brazo del mensajero, se lo agarró con una sorprendente violencia—. Fontecasta. No lo olvides. —Le soltó—. Oh, no hay tiempo..., no hay tiempo. Está a oscuras..., dile..., a oscuras..., llévalo a mi hermano..., mi hija.

«Mi hija».

Finalmente sí que había un obispo. Un arzobispo, en realidad. El tapiz que colgaba detrás de la cama ondeó en el momento en que se abría la puerta y a continuación entró en el dormitorio una pequeña procesión.

Aquél no era un sacerdote al que pudiera echarse de la habitación. Venía ataviado con un hábito confeccionado con joyas resplandecientes e hilo de oro, rodeado de las velas que llevaban sus acólitos y protegido por un dosel que acarreaban varios sacerdotes. Traía la hostia, el cáliz y el incensario. Segismundo se puso de pie, hizo una profunda reverencia y se apartó. Cuando la hostia pasó delante de él, volvió a arrodillarse y luego se retiró a la puerta por la que había entrado la procesión.

El arzobispo, alzando su sonora voz hasta adoptar el tono adecuado, declaró:

—Debéis confesaros, hija mía. Se acerca vuestra hora. Olvidaos de los asuntos de este mundo y preparad vuestra alma para el próximo.

Cuando el arzobispo se hubo colocado a su lado, su tono de voz descendió a un murmullo profesional. Los miembros de la procesión se mantuvieron a distancia para respetar el secreto de confesión. El sacerdote canoso, que ya estaba vestido para la ocasión, había venido con ellos y reafirmó su dignidad tratando de agruparlos correctamente. Se había corrido a un lado la cortina de la otra entrada, en cuyo umbral podía verse a varias mujeres arrodilladas. Segismundo observó que el pequeño galgo se acercaba a él mostrando toda la discreción de un cortesano nato; en el tapiz que había detrás de la cama, sin embargo, advirtió un movimiento que le indicó la presencia en la habitación de perros menos reverentes.

La voz de la princesa había recuperado parte de su fugitiva fuerza, de modo que aunque podía oírse lo que estaba diciendo, sus palabras sólo eran audibles para las

personas que se habían acercado a ella durante la confesión.

De repente, alguien corrió el tapiz que había detrás de la cabecera de la cama. La violencia del movimiento fue tal que los ganchos de los que colgaba la tela saltaron de la pared. La nube de polvo que se levantó formó un halo en torno al hombre que apareció a la luz de la vela. Se quedó quieto por un instante. Iba vestido de negro y oro; el color negro de su pelo y su barba, así como el tono oscuro de sus grandes ojos, acentuaban la palidez de su cara. Hizo un movimiento con intención de hablar. El arzobispo retrocedió, pero al darse cuenta de que la voz de la princesa no desfallecía, volvió a inclinarse, aunque sin perder de vista a la persona que acababa de aparecer.

El príncipe había hecho por fin acto de presencia.

Al igual que las palabras aguardaban mudas en su boca, su espada permanecía oculta en la vaina. Tiró de ella. El arzobispo se irguió y estiró los brazos para proteger a la princesa moribunda. Pero el objetivo del príncipe Livio era otro.

Había sacado la espada. Manteniéndola en alto, echó a correr hacia donde se encontraba Segismundo. Los soldados y los sacerdotes se apartaron de su camino. El mensajero se los quitó a su vez de encima y entonces, cuando el príncipe pasó a su lado, oyó cómo susurraba unas hipnóticas palabras:

—¡Me habéis traicionado! ¡Me habéis traicionado! ¡Bastardos! ¡Bastardos!

Salió al oscuro corredor abovedado. En el umbral de la puerta por la que acababa de pasar apareció una muchacha rubia ataviada con un arrugado vestido dorado que, volviéndose hacia él musitó:

—¿Padre? —La muchacha se agarró a la jamba de la puerta y, cuando vio pasar a Segismundo, se lanzó detrás de él.

Al fondo del corredor había una antecámara muy iluminada y, detrás de ella, una capilla de la que salían varios cortesanos. El príncipe se abalanzó sobre ellos. Los rostros de las mujeres y los hombres que habían estado rezando por su princesa se transformaron en máscaras de sorpresa o miedo cuando vieron su cara y su espada. Uno de ellos avanzó. Sus rasgos, que eran muy parecidos a los de la muchacha que había aparecido en el umbral de la puerta, y su mata de pelo rubio lo identificaban como hijo suyo. La túnica de terciopelo dorado adornada con arabescos y el collar de resplandecientes rubíes que llevaba al cuello eran los distintivos de su rango.

—¡Padre! ¿No habrá...?

La espada del príncipe atravesó el aire y separó violentamente la cadena de rubíes de la mata de cabellos dorados. Una dama que al ver al príncipe se había arrodillado presa del miedo se encontró con la cabeza del muchacho en el regazo y, soltando un grito, se puso de pie de un salto. La cabeza rodó hasta que se quedó mirando, diríase que con sorpresa, al hombre al que acababa de llamar «padre».

El cuerpo se vino abajo, la sangre lo salpicó todo y su olor se mezcló con el del incienso y el de la cera de las velas.

—¡Eugenio! ¡Maldito seas! ¡Sé la verdad!

El príncipe señaló la rubia cabeza con su ensangrentada espada. Los cortesanos

retrocedieron formando una piña y dejaron solo al hombre alto y bien parecido, que, pálido como la camisa que llevaba, miraba de la cabeza al crispado rostro del príncipe con cara de asombro y miedo, como si los mismísimos abismos infernales hubieran abierto sus fauces ante él.

—¡Alteza!

El mensajero del duque no se entretuvo. Había oído un ruido detrás de sí. La muchacha había llegado a la entrada de la antecámara, había visto lo ocurrido y se había desplomado al pie de una columna.

---

## «¿Ladrones?»

Aprovechando la huida en desbandada de los cortesanos, que corrían atropelladamente y caían sin dejar de gritar, recogió a la muchacha y, al amparo de las sombras, la llevó a la habitación de la que había salido. Aunque sabía que no le serviría de nada si se producía un ataque en serio, corrió el pequeño cerrojo de latón de la puerta. Dejó por un momento a la inconsciente muchacha en la cama, miró alrededor y cogió una capa de color oscuro que había sobre un cofre cercano. Tapó con ella a la muchacha, volvió a cogerla en brazos y salió a la logia. Las ventanas de la habitación de la princesa Oralia no suponían ningún peligro, ya que estaban cerradas; el problema lo tenía abajo, donde un jardinero sacaba agua de una fuente con un recipiente y caminaba trabajosamente por entre los parterres. Más lejos había un muro alto y una puerta.

Segismundo se echó a la muchacha al hombro y llegó hasta el final de la logia, adonde una parra había logrado encaramar sus ramas tras años de ascender por el muro. El mensajero, temiendo que alguien pudiera verlo, no dejaba de volver la cabeza. El descenso iba a ponerlo en una posición vulnerable, pero no podía permitirse el lujo de detenerse ni un segundo.

El tumulto pasó de la antecámara al dormitorio de la princesa. El jardinero y otro hombre que se encontraba debajo de la logia miraron hacia las ventanas. Segismundo se agazapó en las sombras y, oculto, se quedó mirando a los hombres por entre los balaustres hasta que aquellos echaron a correr en dirección al palacio discutiendo acaloradamente. Entonces inició el descenso por el muro. Bajó sin prisa pero sin pausa, buscando con los pies un apoyo en las ramas y la espaldera y tratando de equilibrar el contrapeso que suponía para él la carga que llevaba. En actitud vigilante, cruzó el jardín, desatrancó la puerta y salió.

Se cambió a la muchacha de hombro y se lanzó por una callejuela cubierta por un emparrado. El tumulto del palacio podía ser sinónimo bien de que la desaparición de la muchacha había sido descubierta y había comenzado la búsqueda, o bien de la reacción de la gente ante lo que había hecho el príncipe. Fuera lo que fuese, Segismundo aceleró el paso. Había que desatancar y abrir otra puerta al final de la callejuela; lo hizo y salió a un polvoriento y estrecho callejón. Cogió a la muchacha en sus brazos y ajustó la capa en torno a su cara y sus traicioneras faldas de terciopelo dorado. Inclinando su encapuchada cabeza, siguió andando apresuradamente por las estrechas callejuelas. Una mujer lo vio y se santiguó, pensando, seguramente, que se trataba de un hombre de luto por la muerte de la persona que llevaba en brazos.

Dobló una esquina y bajó por una calle en forma de grada. Un pájaro enjaulado cantó. Segismundo siguió andando entre las sombras que proyectaban las prendas que había tendidas sobre su cabeza. Una niña harapienta, al ver que se trataba de un hombre bien vestido, echó a correr detrás de él, soltando gritos de mendigo. Cuando hubo salido de su zona, Segismundo rodeó la tinaja de un curtidor, cuya fetidez impregnaba la esquina de una casa, y cruzó parte de una plaza. La gente lo miraba; algunas personas se santiguaban. No tenía forma de saber, estando como estaba en una ciudad que no conocía, si transportar un cadáver a la luz del día iba en contra de las ordenanzas. Conocía lugares en que estaba prohibido por la ley.

Se había adentrado en un laberinto de callejas. Al cabo de un minuto, sin embargo, llegó a un leve ensanchamiento de la calle y dobló a la derecha. Pasó por delante de una fuente y unos árboles y soltó un silbido.

Estaba a punto de atardecer. De hecho, la campana de la ciudad ya había dado las seis. Después de todos los años que llevaba insistiendo obstinadamente en dar su propia hora, los habitantes de Montenero le habían cogido cariño, ya que el reloj les anunciaba con antelación la hora que iba a ser, haciéndoles creer de esa manera que podían estar preparados para lo que fuera. El mugriento hombrecillo que estaba sentado en los escalones de la fuente se había quedado adormilado al calor del sol de la tarde y el arrullo del agua que caía. La campana lo despertó. Su obligación era estar preparado y como tras todo el tiempo que llevaba trabajando para su señor había acabado dándose cuenta de que rara vez, por no decir nunca, podía esperar saber para qué tenía que estar preparado, se irguió, se mojó la cara con el agua de la fuente y miró alrededor.

Los caballos al menos seguían allí, y aún tenía las riendas atadas a la muñeca. Aunque no parecía tener muchas luces, sabía perfectamente que aquello habría quedado solucionado con ayuda de un cuchillo afilado. Si realmente se hubiera quedado dormido, habría podido encontrarse sin caballos en el otro extremo de las riendas. De hecho, un muchacho estaba acariciando la testuz del caballo pardo. Benno tiró de las riendas, el caballo movió bruscamente la cabeza y el muchacho dio un paso hacia atrás.

Un grupo de peregrinos de aspecto cansado se acercó a la fuente. Bebieron, llenaron sus botellas de agua, se lavaron la cara y empezaron a discutir sobre a qué hospicio debían ir a pedir alojamiento. Su llegada hizo concebir esperanzas a una mujer que estaba sentada en un escalón cercano con una cesta de ciruelas secas y aceitunas. En cuanto los vio, subió la voz y los precios. Uno de los integrantes del grupo, una mujer robusta, que llevaba un sombrero de lino con velo y estaba sudando, se dejó caer al lado de Benno y empezó a frotarse un pie y a gemir.

—¡Vaya caminos! Me los recordarán en el purgatorio... —Volvió el óvalo de su cara enrojecida hacia él y siguió hablando mientras se quitaba el zapato—. Estoy haciendo esto por mi hija. La he dejado en casa con mi madre. Está demasiado enferma para moverse. —Al ver la expresión de Benno, que la miraba con cara de

alelado y el mentón caído, se interrumpió y, decidiendo que era una pérdida de tiempo seguir dándole conversación a una mente que seguramente no tuviera sitio para ella, siguió frotándose el pie.

Al ver y oler a los peregrinos, que habían empezado a comer ruidosamente las aceitunas y las ciruelas secas, Benno sintió hambre, por lo que metió la mano en las profundidades de su túnica y sacó una cebolla y algo de queso. Comió con apetito y escuchó las disputas de los recién llegados. Al parecer, emprender un viaje por motivos religiosos no significaba que el carácter de uno fuera a ser más piadoso cuando estuviera cansado.

Cuando ya empezaba a preguntarse acerca del propósito de su propio viaje, oyó el silbido.

Dio un respingo y se puso de pie. Un perrito que había estado correteando de grupo en grupo para comer tanto aquello que se le ofreciese como aquello que no se le ofreciese pero estuviera a su alcance, alzó su única oreja y salió apresuradamente detrás de Benno.

Cuál no sería la sorpresa de éste cuando vio que su señor traía en los brazos lo que, a juzgar por la ropa que llevaba, que sólo podía tratarse de una falda, debía de ser una muchacha. Hasta aquel momento su señor nunca había tenido que raptar a una muchacha. Entonces, cuando fue a sostenerla para ayudar a Segismundo a subirla al caballo pardo, se dio cuenta de que se trataba de alguien importante. Manteniendo la boca cerrada, cogió a *Biondello*, el chucho, y subió a su caballo. A un paso ligero pero no apresurado, salieron de la ciudad por la puerta más cercana.

Segismundo abandonó el camino en cuanto llegaron al bosque. La muchacha estaba volviendo en sí. Benno desmontó y la cogió en brazos. Mejor que no lo supiera, porque lo más probable era que nunca hubiese estado en contacto con alguien cuyo aspecto fuese tan lamentable como el suyo. La dejó sobre un terraplén cubierto de musgo que había debajo de un haya; al caérsele la capa, quedó al descubierto un vestido de oro adornado con primorosos bordados. Benno se quedó mirándolo mientras Segismundo desmontaba.

—Mmm..., mmm... Bien hecho, Benno... ¡Ni una sola pregunta! —Mientras se inclinaba para observar a la muchacha, dijo—: Te daré una explicación en cuanto pueda, pero, te lo advierto, no me preguntes nada. Estoy tan despistado como tú.

La muchacha abrió los ojos. La última imagen que conservaba del mundo era la de la mirada que le había lanzado la cabeza de su hermano desde el suelo de mármol de su casa. La imagen que ahora tenía delante era la de dos individuos que la miraban fijamente, cuyas figuras se destacaban sobre un cielo violáceo que se distinguía entre las ramas de unos árboles. Su mente se negó a darle una respuesta y, encogiéndose como si fuera un caballo asustado ante el recuerdo de la tragedia que había presenciado antes de desvanecerse, le dijo que estaba soñando.

—Señora.

Por desgracia, su cuerpo decidió contradecir a su mente y le informó de que el

terraplén en que se hallaba echada estaba frío y tal vez húmedo, y tenía raíces y piedras; que la brisa del atardecer estaba destemplándola y que el hombre que acababa de inclinarse sobre ella y cuya cara no podía ver le había hablado claramente. La calidez de la mano con que había cogido la suya no podía formar parte de un sueño.

—Señora, somos vuestros amigos. Debéis confiar en nosotros.

La muchacha se sentó, con tanta rapidez que se mareó por un momento, y apartó su mano de la del hombre. ¡Ladrones! ¡Bandidos! No sabía cómo, pero la habían raptado, la habían sacado del palacio y la habían llevado a aquel bosque. Ahora le pedirían a su padre un rescate. Entonces volvió a oír el tajo de la espada y los gritos y vio los ojos de su hermano, que lo miraban desde el suelo ensangrentado. Se llevó las manos a la cabeza y, si el ladrón no llega a arrodillarse a su lado para cogerla y acercarle un pellejo a los labios, se habría dejado arrastrar de nuevo al acogedor mundo de las sombras. Trató de apartar la cabeza, pero el hombre inclinó el pellejo tan rápidamente que el líquido irrumpió en su boca y cayó al instante por su garganta. Jamás había bebido algo tan fuerte. La muchacha tosió y se pasó la mano por la boca mientras el hombre la ayudaba a ponerse en pie.

—No debemos entretenernos aquí. Vuestro padre habrá mandado a un grupo de hombres en nuestra busca.

¡Exacto! ¿Ladrones...? Vio nuevamente el destello de la espada y la fugaz imagen de la mueca que había puesto su padre al descargar el mandoble. Alzó la vista y miró al más alto de los ladrones.

—¡Lo ha matado! ¡Lo he visto! ¡Lo ha matado!

—Venid, señora. Será mejor que nos marchemos, porque si no acabará matándola a usted también.

Envuelta por las crecientes sombras, la muchacha miró en dirección a los hombres que no podía ver.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué? ¿Se ha vuelto loco?

—Quizá. Creo que piensa que vuestra madre lo ha traicionado y que vos y vuestro hermano no sois sus hijos. Así que lo más probable es que os busque y os mate de la misma manera que ha matado a vuestro hermano. Y por lo que a mí respecta, vuestro tío, Ludovico de Rocca, me ordenó que viera a vuestra madre y ahora debo llevaros con él. Vamos.

La muchacha no se resistió cuando Segismundo la condujo hacia los caballos, que pacían en el borde del bosque, y volvió a ayudarla cuando tropezó en un desnivel del terreno. Sin embargo, cuando Segismundo hubo montado a caballo y estiraba los brazos con intención de ayudarla a subir, ella se apartó y exclamó:

—¿Mi madre? ¡Eso no es cierto! Mi madre es una santa y él la quiere. —Él la levantó sin dificultad, la rodeó con sus fuertes brazos y el caballo se puso en marcha. La muchacha repitió entonces—: ¡La quiere!

El pecho del hombre pareció vibrar en señal de asentimiento. Sin embargo, negó

con la cabeza.

—Mmm... La quería, señora. Pero estaba celoso, y no hay nada que corra tanto como los celos. Tal vez piense realmente que vos y vuestro hermano no sois hijos suyos y por eso haya perdido la cabeza.

Ella respiró hondo, recordando la fugaz mueca de su cara, un gesto del todo inusual en su padre. Aquélla debía de ser la cara que habría puesto al matar a Fabroni, el músico que tocaba el laúd a su madre. De pronto dio un respingo, ante lo cual Segismundo tensó el brazo instintivamente.

—Mi madre. He de volver. ¡He de volver! —dijo vehementemente—. He de verla. Está muriéndose. —Se volvió hacia el atezado y fuerte rostro que tenía a su espalda y vio por primera vez su nariz aguileña y la curva de su boca, aunque sólo se fijó en su expresión. Apartó la mirada y la detuvo en el sombrío paisaje y en la franja verde y naranja del horizonte. Entonces se le nubló la vista—. Está muerta. Ha muerto y yo no he estado a su lado. —Miró fijamente el paisaje y en silencio se enjugó las lágrimas con los dedos una y otra vez, mientras Segismundo seguía avanzando hacia las sombras del atardecer.

Benno se puso a su lado en cuanto el camino lo permitió. Cabalgaba con la cara vuelta hacia sus compañeros y la boca abierta como si todo lo que había oído supusiera un esfuerzo tan grande para su mandíbula como para su mente. Entonces, con voz ronca, se atrevió a cuchichear unas palabras:

—¿Es la hija de la princesa? —La curiosidad que sentía en aquel momento le había hecho olvidar lo mal que le sentaba a su señor que le hicieran preguntas. El gesto y el murmullo de asentimiento que éste le dirigió le dio pie para reconstruir el resto de la historia que había oído. El resultado no le hizo cambiar de cara. Todavía necesitaba conocer un dato fundamental.

—¿Adónde vamos entonces?

—Vamos a ver a un hombre que no sé cómo se llama.

—¿Y vive lejos?

—Ya nos enteraremos. El sitio se llama Fontecasta.

—¿Y se va en esta dirección?

—Por el momento vamos a probar a ir en ésta. —Segismundo sujetó a la acongojada muchacha con más fuerza y espoleó su caballo.

---

## «¿Quién es mi padre?»

Benno había oído lo suficiente acerca de aquellos dramas como para lamentar sinceramente no haberlos presenciado. Lo habría hecho gustosamente a condición de no verse implicado. También lamentaba la situación en que se encontraba la muchacha, ya que había perdido a su madre, había visto cómo asesinaban a su hermano y se había enterado de que su enloquecido padre tal vez no fuera realmente su padre. Entonces, al ver que, agotada por lo que había sufrido y arrullada por el sosegado paso que llevaba el caballo, se había quedado dormida, se sintió más tranquilo.

Alzó la mirada y vio la media luna que acababa de salir, pálida en las sombras que iban cubriendo el cielo.

—¿Así que van a perseguirnos? ¿Van a salir a buscarla?

—Mmm, mmm..., quizá. La princesa Oralia era una persona muy querida.

Benno se rascó la cabeza.

—Con eso queréis decir que no quieren salir a buscarnos, ¿verdad? Pero que tienen que hacerlo de todos modos, ¿no es así? Como el príncipe ya ha matado a alguien, no pueden decirle que no les apetece. ¿Creéis que habrá matado a alguien más?

—¿Quién podría impedirselo? Un príncipe es su propio juez. —Segismundo miró a la muchacha—. En Rocca he oído decir que al príncipe Livio suelen darle arrebatos de ira y que hace un año, poco más o menos, mató al músico de su esposa sólo porque estaba enamorado de ella. Cree que conoce al amante de la princesa, aunque dudo que ese hombre todavía esté vivo.

—¿Cree que lo conoce?

—Tal vez oyera la confesión de la princesa Oralia desde detrás del tapiz.

—¿Que oyó su confesión? —Benno estaba escandalizado.

—Mmm..., mmm —Segismundo emitió un murmullo de desaprobación.

—Pero ¿sólo lo cree? —Una parte de la capa de Benno se movió y el chucho asomó la cabeza para mirar alrededor y olisquear el aire de la noche, que sin duda sería muy diferente de lo que había estado oliendo hasta aquel momento. Como si quisiera solidarizarse con él, un perro ladró a varios kilómetros de distancia—. No estás conforme, ¿verdad? Ya es demasiado tarde para conocerlo. Lo siento, el error ha sido mío. Así..., saca la cabeza.

Segismundo profirió un murmullo de admiración, sofrenó el caballo y, volviendo a ponerse la capucha con una mano, volvió la cabeza para escuchar.

—Si queremos conservar las nuestras, será mejor que nos escondamos en ese bosque.

Benno iba a dejar al perrito en el suelo para que correteara. Cuando éste ya se disponía a saltar, lo cogió por las patas traseras y volvió a metérselo bajo la capa. Por un instante el perro se movió entre sus ropas hasta que encontró la posición adecuada. Abandonaron el camino y se ocultaron en una oportuna depresión del terreno al amparo de los árboles. Un pequeño arroyo, que lanzaba destellos plateados a la luz de la luna, corría a sus pies. Minutos más tarde, los pájaros a los que habían importunado dejaron de reprenderlos y pudieron oír un lejano ruido de caballos y ver entre los árboles un confuso brillo como de antorchas que se acercaba hacia donde ellos se encontraban.

Al detenerse los caballos la muchacha despertó. Segismundo le susurró un par de palabras al oído. Aunque Benno no pudo entenderlas, comprendió que le había dicho que guardase silencio mientras pasaran los jinetes. El chucho asomó el hocico y empezó a moverlo con viveza, aunque hacía tiempo que sabía lo prudente que era mantenerse en silencio cuando el peligro era inminente. En cualquier caso, entre el sonido de los cascos y los comentarios de los jinetes, el ruido era tal que seguramente un pequeño ladrido habría pasado inadvertido. De hecho, nadie reaccionó cuando el caballo de Benno empezó a piafar. Éste se figuró que los jinetes tendrían mucho de lo que hablar, ya que los últimos acontecimientos no eran de los que se daban con frecuencia, ni siquiera en el palacio de su príncipe. Además sabrían, al igual que cualquier persona que viaja de noche, que a la luz de la luna salían al exterior ciertas criaturas que posiblemente no fueran humanas, ni siquiera animales, y que el ruido tenía un gran poder de disuasión sobre los espíritus. Seguramente, aunque no tuvieran mucho empeño en encontrar a la hija de la princesa, lo tendrían, y mucho, en evitar regresar y enfrentarse con el príncipe antes de que éste hubiese tenido tiempo de relajarse.

El ruido fue alejándose hasta desaparecer casi por completo.

—Quédate aquí, Benno —dijo Segismundo mientras se acercaba a caballo hasta el camino. Pese a la escasa luz, Benno pudo distinguirlo de pie sobre sus estribos, debajo de un roble. La muchacha, que había cogido las riendas, alzó su pálida cara y, apartándose de ella su mata de pelo plateado, observó cómo Segismundo se encaramaba a las ramas y subía al árbol.

Benno dejó al perro en el suelo y miró asimismo cómo la sombra ascendía entre las demás sombras. El chucho dio una vuelta, hizo sus necesidades, bebió del arroyo y se rascó su única oreja.

Segismundo volvió a montar.

—Vamos a seguirlos hasta una desviación que hay más adelante —dijo—. Ya la han dejado atrás. Supongo que es demasiado empinada para ellos. Seguramente habrán tomado el camino que va directo a Rocca. Adelante, no desperdiciemos la luz de la luna.

*Biondello* decidió entonces subir de nuevo al caballo. Cuando Benno lo hubo cogido y puesto bajo la capa para regresar al punto del camino en el que Segismundo los esperaba, volvió a sacar la cabeza inesperadamente y soltó un ladrido, como si quisiera saludar a la muchacha. Ésta, picada ya por la curiosidad, lo miró con expresión de asombro; aquel perro era una de las muchas cosas extrañas que había visto hasta el momento.

—No estoy muy segura de si debo creerme que me habéis salvado y que vuestras intenciones son buenas. ¿Cómo puedo saber si sois un enviado de mi tío? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Segismundo, señora, y os prometo que os llevaré al palacio de vuestro tío, el duque Ludovico de Rocca, mi señor.

Benno se acordaba perfectamente de que su señor había comentado que iba a ver a un hombre cuyo nombre desconocía y que vivía en un lugar al que no parecía saber llegar. Al igual que *Biondello*, Benno sabía cuándo debía guardar silencio. La muchacha, que tenía la cabeza inclinada bajo su mata de pelo, permanecía pensativa.

—¿Qué razón podría tener mi tío para enviaros? —preguntó por fin—. Nunca os he visto antes. —Se había vuelto hacia él para mirarlo, pero la cara de Segismundo estaba oculta por la sombra de su capucha. Benno se preguntó qué diría la muchacha cuando le viera la cabeza.

—Fui al palacio con un mensaje de Su Excelencia, el duque de Rocca, para vuestra madre. Estaba inquieto, ya que había oído decir que su hermana no se encontraba bien y sabía que no iba a poder verla en Colleverde debido al luto que guarda.

La alusión al acontecimiento que iba a tener lugar en Colleverde la sumió en una incertidumbre aún mayor; su boda, si no era la hija de su padre... Todo su mundo había cambiado por completo.

Sus lágrimas fueron de nuevo silenciosas. Se las enjugó con el dorso de la mano y las perlas y diamantes de sus anillos brillaron cuando la luna los iluminó con una luz afín a la que reflejaban. Al verlos, Benno pensó aliviado: «Comida no va a faltarnos».

Aquella era una idea que no podía quitarse de la cabeza. No había comido más que la cebolla y el trozo de queso que se había sacado de la capa mientras esperaba junto a la fuente y sabía que Segismundo era capaz de desentenderse de aquel asunto durante un rato que para él resultaba excesivo. Sin embargo, había que cuidar de la muchacha. La siguiente idea que se le pasó por la cabeza fue que la muchacha tendría el delicado apetito propio de una dama, por lo que, desanimado, siguió cabalgando. *Biondello*, a quien había salvado de la inanición no hacía mucho, se acurrucó contra sus costillas y se quedó dormido sin esperar nada.

Menos de media hora más tarde, Benno ya había comido prácticamente hasta hartarse, algo que para él seguía siendo una ambición, como podía serlo para cualquier campesino. Estaba sentado al lado de una hoguera, tostándose las espinillas y peinándose la barba con los dedos con la esperanza de encontrar algún pedazo de

salchicha que pudiera habersele quedado colgado en ella. *Biondello* estaba sentado a sus pies con los cinco sentidos puestos en lo que estaba haciendo y la cabeza ladeada entre sus rodillas dispuesto a pillar cualquier trozo que se le pudiese caer.

Segismundo, que los había llevado hasta la rocosa hondonada en que se encontraban, no muy lejos del camino que sus perseguidores habían evitado, bebía vino. En sus alforjas habían aparecido unas cuantas cosas: una gruesa y oscura capa que cubría por completo a la muchacha y resultaba más adecuada para aquella noche primaveral que el arrugado vestido de terciopelo dorado que llevaba; una hogaza de pan redonda y aplanada, queso, huevos duros y medio pollo frío, así como la ración de salchicha ahumada que Benno se había comido, y el vino, que era lo único que la muchacha había podido tomar en un principio.

A la luz de la hoguera Benno vio que la dama era más joven de lo que había pensado. La suave curva que formaban la mejilla, el mentón y el cuello, y la redondeada frente que se ocultaba bajo sus rizados cabellos eran una promesa, más que la confirmación, de su belleza. Candorosamente, Benno se sintió orgulloso de que fuera la sobrina de su duque. Tal vez hubiera una generosa gratificación para quien se la devolviera a su tío y, si Segismundo conseguía ese dinero, los dos vivirían cómodamente. Benno se chupó los dedos e imaginó que su hermano se habría parecido a ella. Al duque Ludovico no le alegraría saber que le habían arrebatado a su sobrino. Le iba a echar una buena bronca al tal príncipe Livio.

La muchacha se irguió.

—¿Quién es mi padre?

---

## «Vamos a visitar a un hombre muerto»

Había hecho la pregunta de improviso y con vehemencia. Tal vez le hubieran subido a la cabeza el vino y el licor que había bebido con anterioridad. Se había vuelto hacia Segismundo con gesto imperioso; al verla, Benno había pensado que las hijas de las princesas debían de estar acostumbradas a que les sirvieran sin demora y les respondieran de inmediato.

Segismundo se limpió la boca con el pulpejo de la mano y tapó el pellejo mientras la muchacha lo miraba con gesto de impaciencia.

—Posiblemente fuera el señor Eugenio, alteza.

Al principio la muchacha puso cara de asombro, pero cuando lo pensó mejor no pareció sentirse disgustada. La posición y la persona del señor Eugenio no eran, evidentemente, despreciables. El hecho de que no fuese un príncipe podía suponer un descenso de rango, pero, con todo, seguía siendo la hija de una princesa. Quizá se alegrara de no ser la hija del príncipe Livio después de lo que había visto.

La muchacha torció el gesto de repente como si hubiera vuelto a verlo, y casi apresuradamente dijo:

—¿Lo sabe mi...? ¿Lo sabe el príncipe?

Segismundo respondió con naturalidad:

—El príncipe creía que el señor Eugenio era vuestro padre. Me temo que no le habrá permitido seguir con vida.

La muchacha decidió guardar silencio en lugar de responder. Había visto cómo se servía el príncipe de su espada y no dudaba que fuera a servirse de ella otra vez. Benno pensó entonces: «Qué sensación más rara debe de tener uno al enterarse de quién es su padre y acto seguido recibir la noticia de que está muerto».

*Biondello*, abandonando la esperanza de que fuera a conseguir más trozos de salchicha de Benno, empezó a corretear alrededor de la muchacha y le lamió la mano que tenía apretada contra una roca cercana como si quisiera encontrar un punto de apoyo en el mundo. Como no había tocado la comida, su mano no sabía tan bien como la de Benno, aunque al perro no pareció importarle, ya que era muy agradecido y tal vez sólo quisiera que lo acariciaran. La muchacha lo cogió.

—Habéis dicho «posiblemente». ¿Significa eso que tal vez no sea el señor Eugenio?

—Incluso los príncipes pueden equivocarse.

—¿Se lo dijo mi madre? —O bien no se había dado cuenta o bien no le importaba que *Biondello* no sólo fuera un chucho mugriento, sino que, además, estuviera ahora

grasiento, puesto que lo abrazaba y tenía su lanosa cabeza debajo de la suya—. Lo más seguro es que no se lo dijera. Habría imaginado que sólo conseguiría enfurecerlo y que nos pondría en peligro... —Cuando se calló, *Biondello*, que estaba retorciéndose de placer, se las arregló para levantar la cabeza y lamerle la boca. Al volverse para guardar el pellejo, a Segismundo se le cayó la capucha. La muchacha profirió una exclamación de sorpresa—. ¡Sois sacerdote! ¿Se confesó mi madre con vos? ¿Sabéis quién es mi padre?

Segismundo se pasó la mano por la cabeza desde la nuca hasta la frente. Cuando se frotó la rasurada coronilla, se oyó un leve roce. Sonrió y empezó a murmurar como si fuese una abeja que se encontrara en las profundidades de una flor.

—No, alteza. No soy sacerdote y vuestra madre no me dijo quién es vuestro padre, aunque tal vez quisiera que lo buscara.

—¿Entonces no está muerto? —Se inclinó. *Biondello* se apretó contra ella y empezó a escarbar con las patas en su aterciopelado regazo—. ¡Llebadme adonde esté! Él me protegerá de... —Dejó la frase por la mitad, como si se hubiera acobardado. Benno pensó: «Piensa que su madre elegiría a alguien que pudiera enfrentarse a un príncipe. Espero que mi señor no acabe con sus esperanzas diciéndole que se trata de un criado de buen ver. Y un criado no demasiado joven, a juzgar por la edad que tiene la muchacha. Han debido de pasar al menos catorce años desde que al príncipe Livio le pusieron los cuernos».

—No sé si el hombre de que vuestra madre me habló es vuestro padre. Su alteza me dio a entender que ese hombre se encuentra en peligro y que deseaba que lo llevara a Rocca. No sé exactamente dónde vive, pero ruego a Dios que podamos encontrarlo antes de que lo haga el príncipe.

Le ofreció un trozo de pan con un pedazo de pollo en su interior. Ella lo cogió con gesto distraído, como si la curiosidad le hubiera despertado el apetito. El intenso interés que *Biondello* había mostrado en la invitación de Segismundo le había hecho caerse de la rodilla de la muchacha, quien dividió el pedazo de pollo en partes proporcionales a los tamaños de sus respectivas bocas. En el injusto reparto fue ella quien se llevó la mejor parte. Tener la mente ocupada por imágenes terribles no siempre impide al cuerpo reivindicar su derecho a ser alimentado, sobre todo a los catorce años de edad.

La muchacha aceptó el pellejo una vez Segismundo hubiera limpiado cortésmente el borde con el trapo en que había guardado el pan, e incluso soltó una risilla cuando, al tomar un trago con mano inexperta, parte del vino se le escurrió por el mentón y le manchó el vestido de terciopelo dorado. Alzó la mano para que Segismundo le pasara el trapo y se limpió la cara; el vestido lo dejó como estaba. Desde que su madre le había dejado de dar el pecho, le habían servido criados arrodillados y había bebido en copa, y, desde luego, nunca había tenido que limpiarse una mancha de un vestido. Ya tenía criadas que se ocupaban de hacerlo, mojando plumas en agua caliente. Las había visto hacerlo.

Cogió otro pedazo de pollo y habló con resolución.

—De todas formas, habría visto a mi tío Ludovico el domingo durante mi boda. Voy a casarme con el hijo del duque Grifone en Colleverde y, como ya sabréis, mi tío es uno de los invitados del duque.

—Así que vais a casaros con el señor Astorre. —Segismundo no había dado a entender que tal vez la boda ya no fuera a celebrarse.

—Estaba prometida con su hermano mayor, Ercole, pero murió. Yo tenía ocho años; Ercole tenía catorce y era muy feo. Ya entonces prefería a Astorre. Él tenía once años y era muy guapo... —Al hacer aquella infantil confianza, fruto del vino y la conmoción, titubeó. En aquella boda se reunían todas las incertidumbres de su vida. Los hijos bastardos de los grandes señores estaban casi tan bien considerados para el matrimonio como los hijos legítimos. Los bastardos de sus esposas, en cambio, eran una cuestión diferente, si bien la sobrina de un duque... Se sentía perdida; su rango estaba en tela de juicio y, lo que era aún peor, el origen de su propio ser. Siguió hablando con mayor resolución—. Mi madre... —Se interrumpió y dio a *Biondello* el trozo de pollo que acababa de coger y que había estado a punto de llevarse a la boca—. Mi madre me llevó allí. —Miró alrededor—. Era esta misma época del año; hacía frío y brillaba la luna, como ahora. La única diferencia es que entonces había luna llena. Cuando volvíamos a casa, nos detuvimos porque mi madre había visto a un hombre a lo lejos, andando a tumbos entre las rocas.

—¿Un hombre? ¿Solo? ¿Por qué se detuvo vuestra madre?

—Pensó que tal vez estuviese enfermo y necesitara ayuda, que tal vez hubiera sido víctima de un robo y lo hubiesen abandonado a su suerte. Mi madre era una santa —agregó con todo desafiante, como si quisiera recordarles que con la caridad cristiana se compensaba con creces el adulterio.

Segismundo se inclinó para arrojar más ramas a la hoguera.

—¿Y le habían robado?

Ella se estremeció. Se trataba de otra imagen que nunca olvidaría.

—Lo trajeron a nuestra litera. Me acuerdo que tardaron muchísimo y que yo estaba muy preocupada, porque la escolta se había adelantado y temía que hubiera ladrones. Mi madre no me dejaba llamarla y yo no sabía por qué. Las mulas que llevaban el equipaje se habían retrasado. Se habían parado y se oía a los hombres discutir. Estábamos prácticamente solas... Entonces trajeron al hombre y se lo mostraron a mi madre. Tenía la cara cubierta de sangre. Parecía negra a la luz de la luna, pero cuando le iluminaron con la antorcha vi que era roja... —*Biondello* soltó un gañido, inquieto por lo alterada que estaba la muchacha. Ella prosiguió con más firmeza—: Mi madre ordenó que lo atendieran, por supuesto.

—¿Qué pasó con él después? —Por un instante el resplandor de la hoguera transformó a Segismundo en un demonio de gran tamaño pero aspecto amistoso.

—No lo sé. —La muchacha se encogió de hombros—. Mi madre decidió que sería mejor que yo no lo supiera. Estaba muy angustiada, pero no quería que me

preocupase por la presencia de extraños, aunque estuvieran cubiertos de sangre. Me dijo que ya se ocuparían de él. No volví a verlo. Soñé con su rostro durante un tiempo. En cierto modo, ya casi se me había olvidado, pero esta noche es tan parecida a aquélla que su imagen me ha vuelto a la memoria. También hacía frío entonces.

Extendió las manos para calentárselas y las retiró dejando escapar una exclamación: con una rama que ella pensaba que iba arrojar para alimentar las llamas, Segismundo había apartado el fuego de su lado, de tal forma que las brasas se habían esparcido y habían perdido intensidad de inmediato. El prudente *Biondello* se ocultó detrás de su falda mientras Benno pisaba parte de las brasas y echaba terrones sobre el resto. Segismundo se inclinó con el donaire de un cortesano.

—Alteza, debemos reanudar la marcha. La comida y el descanso son necesarios, pero hemos de esperar a encontrarnos en un lugar más seguro para dormir. El grupo de hombres que os está persiguiendo volverá y, aunque hemos tapado los restos de la hoguera, el viento lleva hasta muy lejos el olor del humo.

La muchacha no hizo ninguna objeción. Envidiosamente, Benno pensó que le estaba dando tantas explicaciones por lo que estaban haciendo como las que podía recibir un soberano. Ella se arropó con un gesto de sorprendente docilidad. Mientras recogía las alforjas, Benno pasó al lado de Segismundo y le preguntó con voz queda:

—Entonces ¿vamos a Rocca?

—Creo —dijo Segismundo, inescrutable a la sombra de su capucha— que vamos a visitar a un hombre muerto.

---

## «¡Espero que le cojáis!»

«La ventaja de no tener que dormir —pensó Benno mientras su caballo emprendía la subida del pedregoso camino que seguían— es que uno no puede tener pesadillas. Si la joven dama ha visto cómo mataban a su hermano, lo más probable es que no sueñe con rosas y ruiseñores».

Todavía estaba intentando averiguar cuán inminente era el peligro. En cuanto se alejaron lo suficiente de la ciudad y habían sido adelantados por los hombres que estaban buscándolos, su señor creyó conveniente detenerse para comer algo y explicarle la situación a la muchacha. Desde entonces, sin embargo, estuvieron cabalgando sin cesar, como si, a pesar de que habían elegido un camino diferente del de sus perseguidores, existiera la posibilidad de que pudieran capturarlos.

Y luego, ¿cómo debía interpretar aquello de que iban a visitar a un hombre muerto? Benno creía a su señor capaz de hacer cualquier cosa, incluso de practicar la brujería, pero la idea de hacer salir a un muerto de la tumba, que era el sitio que le correspondía legítimamente, no le hacía mucha gracia. En las cocinas y los establos donde había escuchado historias, Benno había llegado a la conclusión de que los fantasmas toscanos eran los más importantes de su clase. Prefería no molestarlos.

—Debemos conseguir otra ropa en cuanto podamos, señora.

Agotada y aturdida como estaba tras la extraordinaria experiencia que suponía cabalgar toda la noche entre los brazos de un hombre que jamás había visto (incluso el tocar a un hombre que no fuese su padre era algo impensable para la hija virgen de un príncipe), el comentario la despertó. Se irguió y sus ojos brillaron ferozmente a la luz del amanecer.

—¿Qué queréis decir? ¿Cómo os atrevéis...?

Benno vio que su señor inclinaba la cabeza como si aceptase la reprimenda. Sin embargo, cuando habló, su profunda voz tenía un tono risueño.

—Perdonadme, alteza. Lo que quiero decir es que no deben reconocerlos. El vestido que lleváis no es un vestido corriente. El príncipe ya debe de saber que os han ayudado a escapar y que la princesa, vuestra madre, recibió a un mensajero procedente de Rocca. Por lo tanto, lo más probable es que sea ese mensajero, que tan rápidamente desapareció, la persona que os esté llevando al palacio del duque Ludovico. Nos buscarán en todos los caminos por los que puede irse a Rocca.

—Creo —dijo la muchacha con un inesperado tono jocosos en su cansada voz— que podría llamar igualmente la atención si llevara una camisola.

—Una joven dama como vos llamaría la atención en cualquier parte.

Se trataba de la clase de galantería a la que estaba acostumbrada. La muchacha no pidió más explicaciones.

Una hora más tarde aproximadamente, cuando el sol ya había salido y el aire empezaba a calentarse, Segismundo y sus compañeros se encontraron con los peregrinos. Habían oído voces y chapoteos cuando subían entre unos árboles hacia la cima de una pequeña loma. Mientras él aguzaba la vista, la muchacha se había asegurado instintivamente de que su cabeza y su vestido estuvieran cubiertos por la capa. La última vez que había realizado un viaje a campo raso había sido a los ocho años de edad y, además de saber que corría el peligro de ser reconocida, tenía la sensación de que todas las personas que encontrara fuera de palacio podían responder a algunas de las características de un animal salvaje.

De hecho, los peregrinos que vieron mientras bajaban por la loma tenían una cosa en común con los animales salvajes: no llevaban ropa. Habían aprovechado la ocasión para bañarse en las aguas de una laguna rodeada de juncos y enebros formada por un manantial sagrado que brotaba de un conducto de piedra. Era precisamente ese manantial lo que los había llevado a elegir aquel difícil y pedregoso camino, que en circunstancias normales habrían evitado. Con la inmersión total en sus aguas no sólo se aseguraban la consecución del máximo beneficio espiritual, sino que, además (así de generosa era la gracia divina), podían quitarse de encima el polvo del viaje que habían emprendido al salir de un hospicio antes del amanecer e incluso aliviar las inflamaciones que les habían producido las picaduras de las pulgas. En unas matas de romero que crecían en la ladera de la loma habían colgado varias camisas y camisolas a secar. Aunque uno de los peregrinos acababa de empezar a entonar una salmodia de aire bastante monótono y dos de sus compañeros lo acompañaban, la mayoría se encontraba simplemente disfrutando del baño. Un muchacho que había comenzado a trastear y salpicar a los demás fue reprendido por un bañista tonsurado.

Al ver que se acercaban unos extraños, una o dos mujeres se cubrieron los pechos con las manos o se arrodillaron para que el agua las cubriera hasta el cuello. Casi todos los peregrinos, sin embargo, se quedaron mirando sin ocultar ni su curiosidad ni sus cuerpos. Un hombre fornido, que debía de ser el guía que habían contratado y no se había desnudado como los demás, apareció cerca de los arbustos llevando en la mano una vara de peregrino que bien podría utilizar como arma, y los saludó.

—¿Os dirigís también a Colleverde, a ver las reliquias y la boda?

Tras las someras instrucciones que su señor le había dado, a Benno no le sorprendió que Segismundo se detuviera, desmontara y cogiese a la muchacha en brazos con cuidado de no destaparla. Mientras la abrazaba con fuerza, respondió al guía.

—Lo que busco es la salud y las fuerzas de mi hija. Estoy dispuesto a ir a cualquier lugar en que sepa que puede recuperarlas.

Los peregrinos reaccionaron con efusión.

—Metedla en el agua. Se encuentra bajo la protección de san Lucas y san

Cristóbal.

—Sumergidla en el agua.

—Los santos ayudarán a la pobre muchacha.

Mientras Segismundo se acercaba a la laguna, Benno detectó en el bulto que formaban los pies de la muchacha un intento de patada. Había servido a una joven célibe en el pasado y se hacía una idea de lo que podría sentir la hija de una princesa al ver que la llevaban al lugar en que se había reunido un grupo de campesinos deseosos de su compañía. Sin embargo, su señor hizo todo con gran corrección, ya que le sostuvo la capa y volvió la cabeza cuando su supuesta hija se quitó el vestido incriminatorio. En un primer momento, en cuanto la hubo dejado en el suelo, la muchacha se quedó rígida. Tal vez quisiera pedirles a los santos del manantial que provocaran un repentino desprendimiento de tierras que no perdonase ni siquiera a su salvador. No hizo ademán de despojarse el vestido hasta que él le dijo unas palabras en voz baja. A continuación empezó a mover los dedos bajo la capa. Benno, que confiaba en que supiera desnudarse sin ayuda de criadas, obtuvo una prueba de sus aptitudes cuando la muchacha pateó por debajo de la capa un bulto arrugado de terciopelo dorado. Benno se agachó para recoger el conjunto, falda, corpiño y mangas, y entonces, cuando lo estaba apretando contra el pecho (medio ahogando, de paso, a *Biondello*), recibió un fuerte varazo en el trasero.

—¡Respetar el pudor de la dama, bribón! ¡No mires!

Segismundo dio las gracias al guía de los peregrinos con gesto grave.

—El pobre no tiene muchas luces y es lujurioso por naturaleza. —Benno que había puesto una cara que se correspondía a la primera parte del comentario que había hecho su señor, no tuvo dificultades para dejar que su boca se abriera todavía más cuando oyó la injusticia que suponía la segunda parte—. Le llevo a Colleverde con la esperanza de que las reliquias tengan algún efecto sobre su naturaleza. —Segismundo lanzó su capa a Benno y cogió a la muchacha, quien se tapó tímidamente con la camisola. El guía los acompañó hasta la orilla de la balsa, donde los campesinos se habían reunido con gesto bondadoso y entusiasmado. Una mujer que llevaba atada a la cabeza una tela que semejaba una ensaimada se mostró especialmente solícita. Cuando el padre de la muchacha les hubo explicado que el hecho de meterla en el agua podía causarle uno de sus ataques, los peregrinos se apresuraron a ofrecerle agua para beber y, ahuecando las manos, empezaron a echarle vigorosamente agua por encima. Un muchacho se mostró sumamente diligente en la realización de dicha tarea hasta que Segismundo y la vara del guía lo obligaron a dejarlo. La pequeña ceremonia animó al cantante a reanudar sus salmodias y muy pronto prácticamente todos los presentes estaban cantando, incluido Segismundo, cuya voz sonaba por debajo de todas. La muchacha se había quedado sentada donde éste la había dejado. Temblaba, posiblemente de rabia. Segismundo la ayudó a ponerse en pie.

De repente, sus cánticos fueron interrumpidos por el ruido producido por unos

cascos de caballo. Todos se volvieron para ver si se trataba de otro viajero que venía a visitar el manantial sagrado. A quien vieron, sin embargo, fue a Benno, agarrado al cuello de su pequeño caballo, alejándose a galope tendido por un sendero que había entre los árboles.

Segismundo fue el primero en dar la voz de alarma. Echando a correr, exclamó:

—¡Bribón! Se ha llevado el vestido de mi hija y el caballo.

Retrocedió, cogió a la muchacha y la llevó al sendero, donde les aguardaba pacientemente el caballo pardo. Desató las riendas de la rama en que estaban sujetas, subió a la muchacha al lomo del animal y montó, mientras el guía de los peregrinos agitaba la vara y gritaba:

—¡Tenéis suerte de que no sea tan inteligente, porque si no se habría llevado los dos caballos!

Segismundo frunció el entrecejo al oír el chiste. Arrojó entonces a la muchacha con su capa, sacudió las riendas e hincó los talones en los flancos del caballo. Los peregrinos, como si fueran una piara de cerditos, salieron rápidamente del agua para examinar sus prendas de vestir.

—¡Espero que le cojáis! —se oyó decir mientras el gran caballo pardo salía furiosamente en busca del gris levantando una nube de polvo.

Tras recoger su ropa e inspeccionarla, los peregrinos se secaron y vistieron al tiempo que comentaban animadamente lo ocurrido. Habían tenido suerte de que el bobo no hubiera robado más cosas, pensaron. Al parecer, el único que se había quedado sin ropa era el muchacho. Uno de los peregrinos, un hombre corpulento lo bastante prudente y rico como para llevar un segundo jubón en el hatillo vio cómo su caridad cristiana era puesta a prueba cuando la opinión pública decidió que debería ofrecérselo al muchacho sin otra recompensa que la futura bendición de los santos.

---

## «Hay una bruja»

La hija de la princesa Oralia estaba tan enfadada que habría sido capaz de escupir. Desagradecida, maleducada acaso, pero habría sido capaz de escupirle a su salvador a la cara, si era realmente cierto que se trataba de su salvador y no de un vulgar ladrón como había pensado en un primer momento. El bobo de su criado acababa de probar que era un bandido. Había sufrido la humillación de verse empapada hasta los huesos por un grupo de campesinos entrometidos mientras él no sólo se quedaba quieto, sino que, además, los animaba. Y por si aquello no fuera suficiente, la había zarandeado, indefensa como estaba entre sus brazos, mientras se lanzaban a toda velocidad por el sendero. El problema era que no podía permitirse adoptar una actitud firme y decirle lo que opinaba de él sentada como iba en una posición dolorosa en el arzón delantero sobre un caballo lanzado al galope y con la cabeza metida en un jubón de cuero. Sin embargo, en cuanto Segismundo aminoró el paso para abandonar el sendero y meterse bajo los árboles y ella abrió la boca para protestar, se encontró ni más ni menos con que el bobo estaba esperándolos con una sonrisa en los labios. Pero ¿era tan idiota como para esperar que le agradecieran lo que había hecho?

—Bien hecho, Benno.

—¿Bien hecho? ¿*Bien hecho*? —La muchacha oyó que su voz se elevaba hasta convertirse en un chillido. Todos los consejos que le había dado su madre acerca de la moderación en el lenguaje se esfumaron repentinamente de su mente.

—Dadme el vestido. —Segismundo la bajó al suelo, donde, por si no hubiera tenido ya bastante, dio un traspies. Él desmontó, cogió el vestido y miró alrededor. El vestido se había convertido en una piltrafa arrugada, estaba húmedo y olía mal, circunstancia que quedó explicada cuando el lanudo perro gris apareció en la pechera de Benno y saltó al suelo. Segismundo se alejó unos pasos entre los árboles y arrojó el vestido de terciopelo debajo de la raíz de un árbol que había entre las rocas. Entonces cogió las piedras que había alrededor y tapó el agujero.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Ese es mi vestido! ¿Queréis acaso que muera de frío? ¿Es eso lo que habéis planeado? ¿Os habéis olvidado de quién soy? ¡No podéis tratarme de esta manera! —Y cuando se disponía a recordarle quién era, qué título tenía, se acordó de que su padre, la persona a quien debía su posición, la había repudiado—. ¡No podéis tratarme de esta manera! —repitió valientemente tras el momento de titubeo.

—¿No sería mejor que se callara? —preguntó el bobo con inquietud. Segismundo se encogió de hombros.

—Si le oyen, pensarán que está sufriendo un ataque. —Se volvió hacia la muchacha y le habló con un tono cercano a la severidad—. Señora, nuestros actos tienen su explicación. Os dije que debíais cambiaros de ropa.

Benno estaba sacando un bulto arrugado de una alforja. La muchacha observó con asco que se trataba de la ropa de un campesino, lino gris, algodón amarillento, lana basta y encajes rústicos de estambre.

—Tendremos que encontraros o haceros calzado nuevo en cuanto podamos. Hasta que llegue ese momento deberéis conformaros con sus zapatos.

—No pienso llevar eso.

Benno se volvió hacia ella con los ojos desorbitados y la boca abierta y le ofreció la ropa como si no hubiera oído nada.

—Prefiero morir de frío a permitir que esa asquerosidad me toque la piel —dijo ella—. ¿Cómo os atrevéis a pensar que voy a hacerlo? ¿Cómo os atrevéis...?

—Alteza. —La profunda voz de Segismundo la interrumpió sin miramiento—. Vuestra vida está en peligro. Ya no estáis en situación de elegir entre morir de frío o a manos del príncipe Livio. —En la mente de la muchacha resonó el eco del tajo de una espada; el rostro de su hermano la miró fijamente desde el suelo—. Es a mí a quien le corresponde decidir. Poneos la ropa.

Ella lo miró y vio la resolución que se reflejaba en sus oscuros ojos, el gesto de firmeza de su boca y toda la inflexibilidad de su fuerza de voluntad. Al cabo de unos segundos, extendió la mano y Benno le entregó el aborrecible bulto.

Mientras los caballos piafaban y uno de ellos trataba de comerse los primeros capullos de un arbusto, la muchacha sacudió los pingajos sin saber por dónde cogerlos. Entonces exclamó:

—¡Es la ropa de un muchacho!

Segismundo emitió un murmullo. Ella lo miró y se dio cuenta de que sonreía.

—Es un disfraz —le dijo en un tono que sugería aventura y misterio—. Recordad que están buscando a una muchacha.

Ella seguía dudando entre el asco que le producía la ropa y el convencimiento que mostraba el hombre.

—No sé cómo tengo que ponérmela.

Segismundo resultó ser una criada competente e impersonal. La muchacha se ocultó detrás del árbol y, cuando se hubo secado con la camisola húmeda y puesto la camisa, él le indicó cómo tenía que sujetarse las calzas a la camisa y atarse la túnica. Cuando notó el algodón sucio sobre la piel, se le pusieron los pelos de punta; al acabar de ponérselo todo, sin embargo, pensó que al menos el hombre le diría que lo había hecho bien o le expresaría de algún modo su agradecimiento por la sumisión que había mostrado. Él la miró de arriba abajo con sus oscuros ojos y preguntó:

—¿Podéis andar como un muchacho?

La muchacha se imaginó contoneándose como un joven cortesano. Parecería una estúpida.

—No —dijo terminantemente.

Segismundo la subió a su caballo, acortó los estribos y cogió la brida. Ella creía que volvería al sendero, pero lo que hizo fue mirar alrededor, volver la cabeza del caballo a la cima de la colina y emprender la marcha por la ladera. Al principio fueron por un camino flanqueado por rocas; cuando dejaron las matas y los arbustos, entraron en un frondoso bosque de hayas, por el que los caballos avanzaron con paso inseguro sobre una alfombra de hayucos. Un pájaro gorjeó. Sin embargo, el bosque estaba curiosamente tranquilo, hasta el punto de que, cuando un pichón alzó el vuelo, el caballo de Benno corcoveó y la muchacha dio un respingo.

—¿Adónde vamos? —preguntó. Nadie respondió. Espoleó el caballo para que acelerara y Segismundo se viera obligado a reaccionar. Sin embargo, el animal sabía perfectamente que, fuera quien fuere la persona que iba sentada sobre su lomo, su señor seguía delante de él, por lo que no respondió. Siguieron ascendiendo y, acompañados por el sol, fueron atravesando la colina por el mismo camino que habían utilizado para ir, pero a mayor altura.

Cabalgaban ahora entre enebros y cipreses. Vieron un camino, o un lecho de río seco, o ambas cosas, que parecía subir en la dirección que ellos llevaban, y se pusieron a seguirlo. El sendero ascendió hasta un tramo en que quedaba medio cubierto por rocas de extrañas formas, por lo que la muchacha tuvo que echarse sobre el cuello del caballo.

Segismundo se detuvo sin avisar, se inclinó y sacó un cuchillo de una de sus botas. Aguardaron en silencio. Entonces oyeron el ruido de un desprendimiento de guijarros y unos pasos ligeros y, a continuación, vieron aparecer por el sendero una cabra negra y marrón que se detuvo en cuanto advirtió su presencia. Un muchacho se acercó a ella y los miró con la misma desconfianza que mostraba la cabra. Llevaba una vara e iba vestido con una piel de cabra y unos andrajos.

—¿Adónde lleva este camino? —Segismundo guardó el cuchillo e hizo una señal hacia adelante.

—A ningún sitio al que queráis ir —respondió el muchacho con convicción.

—Eso me corresponde a mí decirlo. ¿Adónde lleva?

—Al pueblo. Hay muchos hombres fuertes y perros allí, os aviso. Y está muy lejos. —Evidentemente, los forasteros no eran muy bien recibidos en aquel lugar.

—¿Y qué más?

El muchacho hizo un gesto rápidamente y luego se tocó el pecho con los dedos, como si tuviera un talismán.

—Fontecasta. Os aconsejo que os mantengáis alejados de la villa. —La cabra soltó un balido a modo de siniestra confirmación.

—¿Por qué? ¿Qué hay en la villa?

El muchacho miró por encima del hombro con gesto asustado, como si alguien pudiera estar escuchando.

—Hay una bruja.

—Una bruja. ¿Y?

—Perros que no lo son. Y diablos.

—Mmm, mmm... —respondió Segismundo con aire burlón.

—No es ninguna broma —dijo el muchacho—. *Él* vive allí.

—¿Él?

—El hombre muerto.

---

## «Debo verla»

Rodearon el alto muro. Tenía el borde superior cubierto de tejas, aunque algunas se habían desprendido y habían caído sobre la hierba que cubría el desigual terreno. El caballo de Benno pisó una y el ruido sobresaltó a la muchacha. En aquellos lugares del muro en que el enlucido se había desmenuzado asomaban ladrillos de color rosáceo.

Llegaron a la puerta. Las piñas de piedra que remataban los pilares estaban desportillados como si a algún pájaro de gran tamaño se le hubiera antojado un pedazo.

Segismundo ayudó a la muchacha a desmontar y luego le entregó las riendas para que las sujetase. Ella las cogió con gesto de perplejidad (se trataba de la primera tarea doméstica de la que se encargaba) y observó cómo daba tres golpes a la madera, que se había descolorido por efecto del sol. En el interior se oyeron los lejanos ladridos de unos perros. Un pájaro cantó como si quisiera dar la voz de alarma. Benno se santiguó.

Segismundo volvió a dar tres golpes y luego retrocedió para examinar la parte superior de la puerta y el muro, como si tratase de hallar la manera de pasar por encima. En aquel momento la muchacha sofocó un grito. El panel de madera que había detrás de la herrumbrosa rejilla del postigo se había corrido silenciosamente y un ojo estaba observándolo. Era negro, estaba rodeado de arrugas y tenía aspecto maligno.

Oyeron que alguien susurraba unas palabras, de las cuales sólo tenían sentido unas pocas. Las únicas comprensibles fueron:

—Largo de aquí o azuzo a los perros.

Aunque hasta ese momento la amenaza había sido humana, aquel ojo parecía ser capaz de hacer más daño que el anunciado.

—He de hablar con vuestro señor. Vengo de parte de la señora de Montenero.

El panel se detuvo antes de cerrarse del todo y luego volvió a abrirse lentamente. La cabeza se movió para permitir que el ojo viera a los tres integrantes del grupo. *Biondello*, que había sacado la cabeza del jubón de Benno para ver qué estaba sucediendo, se estremeció y desapareció de la vista. Benno habría dado cualquier cosa por poder hacer lo mismo.

—¿Montenero? —Tal vez la voz, que era tan herrumbrosa como la rejilla, no estuviera acostumbrada a articular palabras inteligibles. Segismundo se acercó y habló con tono suave y persuasivo.

—Venimos de parte de la señora, la amiga de vuestro señor. Me envía con unos mensajes. Son urgentes. Vuestro señor está en peligro.

Por un instante la muchacha pensó que Segismundo había fracasado, pues el panel se cerró de golpe. Sin embargo, el ruido de éste fue seguido por el chirrido de una barra y las puertas se movieron un poco. Entonces se oyó el rechinar y el golpe seco de unos cerrojos. El pájaro soltó un graznido quejicoso y el postigo se abrió.

La mujer que lo había abierto no era tan vieja como el ojo les había hecho suponer. El canoso pelo que asomaba bajo el sombrero que llevaba era abundante y sus movimientos mostraban vigor. Si Benno no hubiese sabido que se trataba de una bruja, tal vez hubiera pensado que el rubicundo rostro que los miraba con expresión ceñuda no era tan desagradable. La mujer blandía una azada a modo de arma. Había tierra en la hoja.

La herramienta estaba dirigida a Segismundo. La bruja farfulló algo a media voz e hizo una señal en dirección a la casa que tenía detrás. Inclinando la cabeza, Segismundo pasó por el postigo sin mirar atrás. La bruja sacudió la azada amenazadoramente hacia los demás mientras cerraba el postigo. Benno y la muchacha se quedaron mirando y oyeron el golpe sordo de los cerrojos. La muchacha entregó de inmediato las riendas del caballo pardo a Benno. No estaba dispuesta a hacer de paje delante de nadie. Él se metió una mano en la pechera, sacó una medalla bendita y se la llevó a los labios. A continuación el perro asomó la cabeza, pero sin sacarla del todo. Benno le apretó la medalla contra la frente y el hocico y el animal estornudó devotamente.

La muchacha tenía frío. Sus piernas no estaban acostumbradas al aire y, como se hallaba a la sombra del muro y de los árboles invasores, echaba de menos el calor y la comodidad de su falda. ¡Aquel hombre los había abandonado así, por las buenas! Además, su incredulidad con respecto a las supersticiones que los campesinos tenían acerca de las brujas se había visto afectada de forma inquietante por la aparición de aquella mujer. Le había traído a la memoria unas imágenes de la infancia que le quedaban demasiado lejos como para que pudiera recordarlas con claridad.

«¡No hay nadie como mi señor!», pensó Benno. Mientras registraba todo su cuerpo y su inapreciable alforja en busca de cualquier cosa que pudiera haber para comer, llegó a la conclusión de que sólo cabía esperar que apareciera el hombre muerto. Estaba orgulloso de la infalibilidad de su señor. Al igual que una mujer voluminosa podría arreglarse la pechera, levantó a *Biondello* un poquito con el propósito de encontrar un trozo de pan que recordaba haber guardado dentro de su camisa. Se congratulaba de que Segismundo hubiera sido tan inteligente como para conducirlos hasta allí, subiendo por la colina a partir del «manantial sagrado» de los peregrinos para encontrar el nacimiento del arroyo, la fuente pura, *fontecasta*. Cómo no iba a encontrarlo.

Dentro de su camisa había, en efecto, un trozo de pan recocado por el calor de su cuerpo y el de *Biondello*. Afortunadamente, el sudor había evitado que se endureciera

demasiado. Dio cuenta de él mientras observaba a la muchacha.

Había empezado a pasearse de un lado a otro, practicando unos andares de muchacho, y estaba frotándose los brazos. No quería temblar. No le importaba lo que fuera a pensar el bobo de ella; el problema era que tenía frío y hambre. Dos días atrás estaba segura de su mundo. Ahora tenía la impresión de que éste se había desmoronado a sus espaldas. No sólo su pasado se había esfumado, sino también su futuro. Al cabo de unos días sería una mujer casada. Se había quedado huérfana, había tenido que ponerse un disfraz y estaba perdida, perpleja y decidida a no llorar.

Mientras Segismundo seguía a la mujer a través del mohoso empedrado del patio, dos palomas alzaron el vuelo desde el tejado con un aleteo y pasaron sobre sus cabezas. Los ladridos de los perros eran ahora más fuertes y, cada vez que hacían una arrancada en un intento por liberarse y salir corriendo a tomarle las medidas al forastero, se oía el ruido que producían las cadenas. Por lo demás, todo estaba en silencio. Nadie se había asomado a una ventana o había salido a ver cuál era la causa de los ladridos.

La anciana abrió una de las dos altas puertas que había bajo el frontispicio de la casa, cuyas ventanas estaban cerradas. En la fachada había un escudo de armas que Segismundo no logró identificar. No había nadie en el sombrío vestíbulo; en las hornacinas que había a lo largo de las paredes se veían varios bustos de emperadores romanos cuyos pétreos ojos parecían mirar sorprendidos a la persona que se había atrevido a entrar en aquel lugar fantasmal. Del vestíbulo se pasaba a varias habitaciones que estaban vacías y prácticamente desamuebladas y cuyo suelo estaba cubierto de hojas y paja. Como las contraventanas se hallaban cerradas, apenas entraba luz. Una humedad fría impregnaba el lugar.

La anciana había dejado la azada fuera de la casa. Andaba con los brazos cruzados sobre el vientre, avanzando al trote, gruñendo continuamente, profiriendo un sonido ronco parecido al que haría un animal que estuviese mascando comida y no deseara compartirla con los demás.

El fondo del vestíbulo estaba pintado con frescos desconchados que representaban escenas de caza: sobre un cielo de terracota se veía a una Artemisa de piel nacarada bañándose y a Acteón en el momento de ser capturado por sus perros. Segismundo siguió a la anciana por un tramo de escaleras, práctico aunque no especialmente llamativo, que subía en torno al ábside de la pared. En la galería que había arriba apareció un hombre.

—¿Quién es éste? —Era pequeño pero fornido, de pelo escaso y ojos pardos y penetrantes. Parecía como si una fuerza interior le hubiera arrugado la frente, sacado la mandíbula y raído sus rizados cabellos.

En el galimatías que profirió de pronto la anciana hubo una palabra, «Montenero», que hizo que el hombre mirara a Segismundo con mayor suspicacia aún. Una de sus manos descansaba ya sobre el mango del cuchillo que tenía en el cinturón; la otra la extendió con la palma hacia arriba.

—¿La señal?

La anciana se encogió de hombros y, cogiéndose los brazos por los codos, soltó una airada retahíla de sonidos ininteligibles que obligó al hombre a fruncir el entrecejo y dar un paso adelante sin quitarle el ojo de encima a Segismundo. Éste se decidió a hablar.

—Esta vez la señora de Montenero no ha enviado ninguna señal. Está muerta.

El hombre levantó la cabeza como si le hubieran propinado un golpe.

—¡Muerta! —Se santiguó, mientras la mujer se balanceaba sin cesar, mascullando palabras que tanto podían ser maldiciones como oraciones—. ¿Cómo ha muerto? ¿Qué hacéis aquí? ¿Quién sois? —Su voz era realmente molesta y su mano seguía apoyada en el mango del cuchillo. Hogar, dulce hogar.

—Los mensajes que traigo son única y exclusivamente para vuestro señor.

Entonces se oyó una voz al otro lado de una puerta entornada, una voz áspera, pausada, autoritaria.

—Déjalo pasar, Máximo. Lo recibiré.

—Sí, señor. Por supuesto. —El tono de voz de Máximo había cambiado y ahora era servil, como si fuera el ladrido de un perro que conoce a su amo—. Enseguida, señor.

Aquellas palabras podrían haber sido dirigidas tanto al hombre que estaba detrás de la puerta como al recién llegado, ya que Máximo entró discretamente en la habitación y cerró la puerta en la cara de Segismundo. Segundos más tarde volvió a salir, se inclinó y abrió la puerta de par en par para que el visitante se internara en la oscuridad que lo aguardaba detrás de ella.

—Mi señor tiene mal la vista, señor. El médico le ha dicho firmemente que debe evitar la luz del día. ¿Queréis pasar, por favor?

Segismundo no hizo ninguna alusión al hecho de que el señor de Máximo tuviera que evitar la luz del día únicamente cuando tenía visitas. Había oído que alguien corría las cortinas. Entró y cogió la puerta de la mano de Máximo para cerrarla a pesar de su resistencia.

Permaneció inmóvil, de espaldas a la puerta, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. Por una estrecha línea que había al borde de las cortinas se filtraba algún rayo de luz, lo cual le permitió distinguir la figura de una persona sentada en una silla de respaldo alto, una persona que tenía la cabeza levemente ladeada, como si escuchase. Entonces habló la voz áspera.

—Os he oído decir que la princesa está muerta.

Segismundo cruzó la habitación e hizo una reverencia.

—Yo la vi morir, señor. Dedicó sus últimos pensamientos a sus hijos y a vos. Temía por vuestras vidas.

—¿Sabe su marido que habéis venido aquí? —Se trataba de una pregunta pertinente, que había planteado con su característica ronquera. Si el príncipe Livio supiera de la existencia de Fontecasta, la sangre de aquel hombre no tardaría en

contaminar el manantial sagrado.

—Creo que el príncipe no sabe nada. —Aquello, sin embargo, dependía del tiempo que el príncipe hubiera permanecido detrás de la cama de la princesa y de si su confesión había sido lo único que había alcanzado a oír—. Aunque, desde luego, interrogará a los criados de la princesa. La princesa Oralia me pidió que os escoltara hasta el palacio del duque Ludovico en Rocca.

Ahora que sus ojos se habían habituado a la oscuridad, distinguió un perfil fuertemente marcado sobre las profundas sombras que había al fondo de la habitación. Como se había acercado a la ventana, también vio que el hombre, que estudiaba su ofrecimiento en silencio, había apartado levemente la cara.

—¿Y a qué viene ese temor? —El tono que había empleado era entre risueño e irónico, como si ya supiera la respuesta pero tuviese curiosidad por saber qué pensaba el visitante al respecto.

—El príncipe Livio ha matado al hijo de la princesa y al señor Eugenio.

El hombre volvió la cabeza, sobresaltado.

—¿Le ha hecho perder la cabeza su muerte? No es la primera vez que mata por celos. Ya sabía yo que mi persona suponía un peligro para ella. —La extraña voz se quebró. Era como si por fin comprendiera lo que significaba para él la muerte de la princesa. Segismundo soltó un murmullo y sacudió la cabeza.

—Tal vez. El príncipe cree que su esposa lo engañó y que sus hijos son del señor Eugenio.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿También ha muerto la muchacha? —Se había puesto de pie de un salto y se había vuelto hacia Segismundo.

—La he traído conmigo, señor. Se ha disfrazado de muchacho por seguridad. Cumpliendo el deseo de la princesa, voy a llevarla a Rocca, al palacio de su tío.

—¿Está con vos? Debo verla.

Había un dejo de añoranza y desasosegada energía en su voz. Segismundo ya había cogido la cortina de terciopelo con una mano. La descorrió silenciosamente, dejando que la luz diese sobre la cara del hombre. Se trataba de un rostro noble, bien parecido y de rasgos marcados. Tenía el pelo oscuro y vetado de canas. Sin embargo, en las cuencas de sus ojos sólo había sombras. Aquel hombre jamás volvería a ver a nadie.

---

## La llegada del cardenal

Aunque el polvo que levantaba la procesión podía verse a kilómetros de distancia, dada la estación en que se encontraban podían considerarse afortunados de no estar empapados de agua y barro. De todos modos, «afortunados» no era la palabra correcta. Viajaban bajo la protección de los cielos, circunstancia que no podían olvidar, ya que acarreaban reliquias sagradas.

El hecho de que el polvo anunciara su llegada era innecesario, por cuanto la noticia se había difundido con antelación. La gente no sólo respondía dejando su trabajo en el campo para acudir al borde del camino y arrodillarse mientras pasaban las reliquias, sino también abandonando sus casas de los pueblos para formar grupos grandes y pequeños y seguir la procesión. Así, ésta avanzaba con una cabeza reluciente y una dilatada cola de color pardo. Los peregrinos que se dirigían a Colleverde la habían engrosado mucho antes, ansiosos por no perderse ni una sola de las bendiciones de los santos.

Una vez en Colleverde, las reliquias iban a ser guardadas en la catedral hasta que llegase el duque Grifone, su comprador. El duque quería que su última morada estuviera en el altar de la catedral que había mandado construir en la capital, Nemora. Como ésta se encontraba todavía a medio terminar, las reliquias permanecerían en Colleverde hasta que las consagrarán. Allí también recibiría la bendición el matrimonio que iban a contraer su hijo Astorre y la hija del príncipe Livio de Montenero. Por consiguiente, las oleadas de peregrinos que se dirigían a Colleverde esperaban con ilusión obtener algún provecho espiritual, así como participar en las festividades de la boda.

El duque Grifone ya tenía un respetable número de reliquias. Su vida, sin embargo, era tal que la intercesión de un santo realmente poderoso se había convertido en una cuestión de urgencia. Como santa Bernardina, por acuerdo popular y consenso eclesiástico, estaba situada en una posición elevada en el escalafón celestial, una palabra suya, si las diversas partes de su anatomía que viajaban en aquella salmodiante procesión eran honradas en Nemora y recibían sepultura en un majestuoso mausoleo de la catedral, tal vez pudiera suponer para el duque Grifone la diferencia entre la condenación eterna a la que se exponía y una temporada bastante larga y tediosa en el purgatorio. Ya había quemado vivas a bastantes personas como para apreciar dicha diferencia.

Los súbditos del duque Grifone creían que aquélla era la oportunidad de expiar sus propios pecados y pensaban que éste era un hombre lo suficientemente razonable

como para firmar semejante seguro de vida ahora que, a pesar de todos los inconvenientes que había sufrido, había logrado llegar a los cuarenta. De seguir las cosas como hasta el momento, no habría manera de adivinar si sería una enfermedad o el brazo vengador del familiar de alguna de sus víctimas lo que pondría fin a su vida. Tras el reciente fallecimiento de su confesor, se habían dado diversas renunciaciones de una modestia digna de elogio entre los candidatos más indicados para el puesto.

De todos modos, la mayoría de sus súbditos se lo tomaban con calma. Pensaban que, dado que no tenían la suerte de ser gobernados por el duque Ludovico de la vecina Rocca, quien se distinguía por ser extraordinariamente justo, no había mucho que elegir entre su propio duque y el príncipe Livio de Montenero. Aquellas personas que recordaban al viejo duque, el padre de Grifone, lloraban su muerte. Tanto él como sus consejeros habían mantenido buenas relaciones con el duque Ludovico y los demás vecinos y durante la época en que había gobernado no se habían dado los levantamientos que en el presente se producían a pesar de que, mediante un programa de ejecuciones en la hoguera y el patíbulo, el duque Grifone y su temible cardenal Petrucci hubieran logrado imponer la paz en Nemora. Ésta, sin embargo, no era del gusto de todos. Tal vez entre las personas arrodilladas al borde del camino hubiera quien estuviese rezando por la pronta muerte del tirano, con la esperanza de que su hijo resultara ser un gobernante más benévolo. Los más cínicos, en cambio, pensaban que los tiranos despiadados eran buenos para los negocios; mantenían la paz, y en paz era como uno hacía el dinero.

Las reliquias de santa Bernardina que se habían adquirido se encontraban en una casita de oro con celosías de rubíes y esmeraldas y un chapitel de diamantes que estaba siendo transportada sobre unas andas cubiertas de terciopelo escarlata y había sido tapada para el viaje con una mitra de terciopelo escarlata adornada con bordados y ribetes. Las andas, que eran lo suficientemente pesadas como para ofrecer una combinación de mortificación y privilegio, estaban siendo acarreadas por tandas de cuatro sacerdotes ataviados con sotanas azules orladas de oro. Detrás de la casita iban las reliquias de otros santos de menor importancia sobre unas andas más pequeñas y delante los acólitos que hacían balancear los incensarios, cuyo humo resultaba prácticamente invisible a causa del polvo del camino; precediendo cada par de andas ondeaba un estandarte con la imagen de los santos, y abriendo la marcha se encontraban el cardenal Petrucci y su comitiva.

Detrás de las reliquias marchaban otro grupo de sacerdotes y una escolta integrada por hombres del cardenal uniformados con libreas de color gris y escarlata. Éstos habían sido contratados en Roma, ya que el cardenal había enviado a su guardia personal al palacio que poseía en Nemora, para evitarle a su hermana, la princesa Corio, la incomodidad de tener que alojar a tantos hombres. A continuación avanzaban penosamente las mulas de carga y los criados necesarios para mantener semejante pompa. Cerraban la marcha los peregrinos y los devotos. Una salmodia se elevaba de forma ininterrumpida junto con el polvo, pese a que muchas de las

personas que se hallaban en el borde del camino, hombres con el sombrero echado hacia atrás o apoyado sobre el pecho, guardaban silencio y abrían los ojos desmesuradamente para no perderse nada de aquel esplendor; algún que otro niño de los que alzaban las mujeres berreaba y pataleaba asustado por lo extraño que resultaba todo el espectáculo.

Al abrir la marcha, el cardenal se ahorra buena parte del polvo y el ruido. Lo que era una novedad para los campesinos se había convertido en algo agotador para la persona que se había encargado de ir a buscar las reliquias a Roma. El viaje de vuelta estaba siendo muy distinto del de ida, que se había hecho en un tiempo razonable. El cardenal era un hombre de carácter brioso. Aborrecía ir a paso lento tanto mental como físicamente e incluso ahora, que habían comenzado a remontar el río que separaba Nemora de Montenero y a lo lejos podía verse el valle en que se ocultaba Colleverde, miraba alrededor buscando la manera de abandonar el camino y la procesión durante media hora y darse una vuelta a caballo en compañía de un pequeño séquito. Señaló con su fusta un sendero a propósito para sus intenciones que conducía entre unos árboles dispersos hacia un espeso bosque, y se inclinó para hacerle una pregunta al paje que caminaba al lado de su estribo. Sabía que el muchacho era de Colleverde y que por lo tanto le diría sin temor a equivocarse que el sendero, pese a estar en malas condiciones y suponer un desvío considerable alrededor de la colina, iba a dar al camino de Nemora en un punto muy cercano a Colleverde. La mula del cardenal, un hermoso animal de pelaje plateado y enjaezado con arreos de color escarlata, era muy capaz de llevarlo hasta allí a tiempo para entrar con la lenta procesión en la ciudad.

Envió al paje atrás para que impidiera que la larga comitiva saliera detrás de él ciegamente y, haciendo una sencilla señal con su guante rojo a las personas que lo seguían de cerca, hincó sus espuelas de oro en los flancos de la mula y se desvió hacia el sendero a paso ligero, levantándose sobre la grupa de tal forma que el viento hinchase su capa escarlata a sus espaldas como si fuera una vela.

Su sobrino Torcuato lo siguió aliviado. Al igual que a su tío, le disgustaban las multitudes, salvo cuando se trataba de una ceremonia de menor duración, y compartía con él el gusto por artes más secretas como la intriga, cuya práctica resultaba más sencilla con unos pocos, fuera cual fuere el resultado que ésta tuviera sobre la mayoría. Durante el largo y monótono viaje, Torcuato no había dejado en ningún momento de lamentar el hecho de haber salido de Roma y haber tenido que discutir con el Papa un precio justo por aquellos huesos de santa Bernardina que estuvieran en oferta.

Habían sido necesarias varias sesiones de discreto regateo. La suma de dinero que les había confiado el duque Grifone, pese a ser considerable, no había bastado para comprar la cantidad de reliquias que le habría gustado poseer, por lo que se había visto obligado a negociar el precio de los restos de ropa en lugar de de los restos de los miembros. El cardenal había empleado a Torcuato de intermediario para

conseguir todas las partes de los santos o de la ropa de estos que pudiera sin tener que gastarse todo el oro que llevaban. Aunque había realizado una gran labor con una astilla del torno de santa Úrsula, en las demás ocasiones había tenido que renunciar a un dedo y conformarse con un fragmento. Pese a todo, había salido nuevamente victorioso con una uña del dedo del pie del centurión a cuyo sirviente había curado Nuestro Señor.

Gracias a tales actividades, había conocido a vanos príncipes de la Iglesia y estaba seguro de que, modestia aparte, había causado una buena impresión. Roma era un lugar emocionante; durante la misa en San Pedro había mirado a los cientos de cabezas inclinadas ante el Santo Padre que tenía alrededor y había experimentado en su interior un arrebató de ambición tan intenso que casi le había parecido físico. Sacerdotes más oscuros que él habían llegado a Papa. También era cierto que alguno de ellos había tenido que esperar a llegar a una edad avanzada para que la curia romana considerara que podía cumplir el papel de recurso provisional sin causar problemas mientras ella buscaba a alguien más adecuado. Muchos de estos «recursos provisionales», sin embargo, se habían sentido tan estimulados al ser proclamados Papa que no sólo habían recobrado el vigor sino que, además, habían pasado de la noche a la mañana de ser balbuceantes ceros a la izquierda a mostrarse como tiranos de geriátrico dotados de una formidable agresividad. Torcuato no tenía la intención de esperar tanto para ejercer su poder.

Era triste volver a Nemora estando la catedral a medio terminar y el duque (todo había que decirlo) prácticamente loco. Grifone se había deshecho de toda la oposición, tanto real como supuesta. Torcuato se había enterado de que uno de sus consejeros había sido colgado de uno de los muros del castillo encerrado en una jaula; otro había sido descuartizado por dos tiros de caballos en la plaza de la ciudad; otro, ciego y sin manos, había sido arrojado a los lobos. Gracias a la práctica del desmembramiento, el duque Grifone debía de sentirse a gusto entre las reliquias.

La voz de su tío lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Has visto alguna vez la villa que hay en Fontecasta? —Petrucci había aminorado el paso y le hacía señas de que se acercara a su lado. Se había quitado la capa, pues el sol de la tarde era abrasador, y estaba mirando alrededor con gesto de interés. Su enjuta cara aparecía moteada a la escasa sombra de los árboles que se elevaban sobre su cabeza.

—¿Fontecasta? Hemos pasado ese pueblo hace poco, eminencia, y el manantial sagrado también. ¿Hay una villa allí?

—Antes la había, sin duda. Su dueño era un hombre llamado Giraldi, perteneciente a una antigua familia que tenía relaciones en Rocca. —El cardenal se quitó los guantes de terciopelo y se los entregó a su sobrino para que se los llevara—. No es más que un refugio de caza, aunque de los buenos. Recuerdo que en una ocasión el tal Giraldi recibió allí al difunto duque Ercole. Ya debe de ser muy mayor. De hecho, creo que tu tía me dijo una vez que estaba muerto.

La tía de Torcuato, la princesa Corio, era la hermana del cardenal. Su palacio era el lugar en que iba a hospedarse en Colleverde. Si había dicho alguna cosa, fuera de la clase que fuese, convenía pretender que era verdad tanto si lo era como si no.

—Ya. ¿Y dejó herederos? —Torcuato miró a su tío de soslayo, no por disimulo, sino por costumbre. No le hacía falta que nadie le dijera que a su tío, más aficionado a la caza de lo que pudiera considerarse apropiado en un clérigo, le agradaba la idea de que hubiera un refugio de caza en las afueras de Colleverde. Había jabalíes en las colinas de los alrededores.

—Hemos de enterarnos. —El cardenal espoleó de nuevo la mula y señaló un muro que se veía ahora detrás del bosque, cuyo enlucido estaba desprendiéndose de los ladrillos y al que le faltaban varias tejas.

---

## «¿En la oscuridad?»

La experiencia le había inspirado a Benno una profunda fe en la habilidad de su señor para salir sano y salvo, e incluso victorioso, de situaciones imposibles. Si no hubiera sido por dicha fe, él y la muchacha se habrían sentido aún más inquietos durante el tiempo que estuvieron esperando fuera de las puertas de la villa.

Mientras paseaba a los caballos y dejaba correr a *Biondello*, se preguntó si, ahora que habían visto a la bruja y cabía suponer que Segismundo estaría viendo al hombre muerto, aparecerían en su presencia los diablos de los que también les había hablado el pastor. Benno se alegraba de que fuera de día, aunque no por ello podía evitar sentirse nervioso y mirar alrededor o al borde superior del muro, por ejemplo, como si esperara ver humo, las puntas de los cuernos o las púas de una horca.

Había intentado intercambiar unas palabras con la joven dama (no lograba imaginársela como un muchacho, pese a que Segismundo le había dicho que lo hiciera), pero ella lo había ignorado. También era cierto que él no era quién para dirigirle la palabra a la hija de una princesa mientras ella no le hablase, pero, fuera como fuere, sentada como estaba bajo un arbolito delante de la puerta, abrazada a sus rodillas, la muchacha tenía aspecto de sentirse muy desdichada; de ahí que él hubiese pensado que tal vez los dos se animaran si compartían su desdicha.

Era una lástima que no pudiera enseñarle una oración a *Biondello*. Tal vez lo protegiese. Cogió por un instante la medalla bendita que llevaba colgando de la correa y tuvo una visión apocalíptica: ¿y si el postigo de la puerta se abría y el hombre muerto resultaba ser Segismundo?

El chirrido del cerrojo de la puerta hizo que los dos dieran un respingo; el postigo se abrió. Benno contuvo la respiración hasta que vio que se trataba nuevamente de la bruja, que seguía gruñendo con furia. Ésta le hizo una señal y emitió una serie de sonidos explosivos a media voz, «po-po-po». Entonces vio con horror que le tiraba de la manga. Atendiendo a sus gestos y oyendo la palabra «puerta» entre el galimatías que estaba soltándole, comprendió que quería que abriese las puertas para que pudieran pasar los caballos. Le habría alegrado más ver a Segismundo y saber con certeza que aquéllas eran sus órdenes, pero se supone que uno no debe contradecir a las brujas. Ató los caballos a una argolla que había al lado de la puerta e hizo lo que la bruja le había dicho.

Le ayudó a cerrar las puertas una vez los caballos hubieron pasado y la bruja hubo obligado a la joven dama (al muchacho) a entrar en la villa a empujones, algo que, por lo que Benno pudo ver, no le sentó a ésta nada bien.

Fuera lo que fuere lo que estuviera ocurriendo en el interior, el hecho era que ahora iban a verlo. Si el hombre muerto se estaba cenando a su señor, ellos serían el postre.

La bruja los hizo caminar delante de ella por el empedrado del patio como si estuviera barriendo y ellos fueran el polvo. Tras señalar una argolla que había al lado de un abrevadero en la que Benno debía atar los caballos, les hizo pasar al interior de la villa y los condujo por un vestíbulo y unas escaleras. Cuando Benno apenas había tenido tiempo para lanzar una temerosa mirada a las puertas abiertas, oyó con alivio la profunda y calmada voz de su señor, que estaba hablando con otra persona. En cuanto llegaron al rellano del piso de arriba, un hombre pequeño y corpulento se apartó del ojo de la cerradura de una gran puerta y los miró con gesto airado. El hecho de verlos no le hizo cambiar de expresión. De mala gana, abrió la puerta y dejó pasar a la joven dama, tal como le había dicho su señor que hiciera. Cuando Benno se disponía valientemente a seguirla al interior de la oscura habitación, el hombre lo obligó a detenerse poniéndole una mano en el pecho.

—Quieto donde estás, bribón. Nadie te ha pedido que entres ahí.

Benno se detuvo y dio gracias a Dios para sus adentros. Estaba seguro de que Segismundo sabía el modo de hacer frente en la oscuridad a un hombre muerto, aunque él por su parte no tenía muchas ganas de ver cómo lo ponía en práctica.

—Mmm, Benno.

Segismundo estaba en el umbral de la puerta, alto, fuerte, con aquella expresión risueña en la cara que nunca dejaba de reconfortarlo. Cerró la puerta detrás de sí y Benno sintió lástima por la joven dama, abandonada en la oscuridad a merced de quienquiera que estuviese allí dentro. Segismundo se volvió hacia el hombrecillo de gesto airado.

—Máximo. Vuestro señor quiere que se sirva comida y vino a sus invitados.

Máximo se quedó quieto por un instante, como si no estuviese dispuesto a obedecer una orden que no le hubieran dado directamente; sin embargo, tras lanzar una mirada suspicaz a Segismundo, se lanzó escaleras abajo apresuradamente. La bruja ya había desaparecido, posiblemente en dirección a las dependencias de la planta baja de la villa. Benno se puso a pensar en su cocina: ¿qué clase de objetos colgarían de aquellas vigas? ¿Qué brebajes habría en las alacenas? ¿Tendría que comer lo que le preparara?

—¡Eh! Deja ya de sudar, Benno. —Su señor le apoyó la mano en el hombro—. Todavía no ha nacido el murciélago cuya sangre no puedas beber. Déjale oler el trozo de queso que llevas bajo el brazo y hasta es posible que resucite. —Sin soltarle el hombro, lo condujo por el corredor superior hasta la logia que daba al patio y la puerta de entrada a la villa. Los caballos piafaron y relincharon al reconocer su voz.

Segismundo apoyó los brazos sobre la balaustrada y miró hacia abajo.

—Tienes preguntas que hacerme. Adelante. No quiero que revientes aquí fuera y asustes a los caballos.

Benno no esperó a aprovechar la oportunidad que le brindaba su señor al mostrarse de un humor tan expansivo. Se acercó a él, miró el corredor por el que habían venido e hizo una señal con la cabeza hacia la puerta por la que había salido Segismundo.

—Él... —Automáticamente bajó la voz—. ¿Hay un hombre muerto? ¿En la oscuridad? Supongo que si está muerto no le hará falta ver.

—No ve —Segismundo no parecía estar en absoluto preocupado por aquello y, aun así, Benno tragó saliva.

—¿No es peligroso que *ella* se quede allí dentro con él?

Segismundo se inclinó para coger algo que había visto entre los pilares de la balaustrada. Le dio un par de vueltas en las manos y se lo mostró a Benno. Era una calabaza grande, del tamaño de una cabeza humana, con unos triángulos invertidos a modo de ojos y una raja abierta en la pulpa seca a modo de boca. Le dio la vuelta y vio las manchas producidas por el humo de una vela en su interior. Apestaba a sebo.

—Si vinieras a la villa de noche, Benno, la villa en que vive el hombre muerto, ¿qué verías?

—Diablos —respondió Benno sin pensárselo dos veces.

—Mmm, mmm... —Segismundo colocó la calabaza sobre la balaustrada—. Y ¿quién se asomaría al postigo?

—La bruja.

—Lo protegen muy bien. No son más que trucos de niños, pero funcionan.

En una galería que había a un lado del patio se abrió una puerta por la que salió un hombre pequeño y corpulento de pelo canoso. Desató los caballos y los metió en la galería. La puerta se cerró. Segismundo volvió a apoyar los brazos en la balaustrada. Estaban a la sombra; el sol caía delante de ellos, sobre las puertas de entrada.

Benno se había quedado quieto, digiriendo las ideas y rascándose el pecho. Había descargado a *Biondello*, que estaba ocupado investigando la logia y se había parado a regar un laurel que crecía en una gran vasija de barro.

—Entonces este hombre es el amante de la princesa, ¿no es así? Si lo encontrara el príncipe Livio le cortaría la cabeza en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad?

—Mmm, mmm —susurró Segismundo—. Tal vez haya más personas que quieren matarlo pero creen que está muerto. Es amigo de Rocca. El duque Ludovico no sabe nada acerca de la conspiración que, según parece, se está tramando. La princesa dijo «el duque tiene los ojos cerrados»; lo que no sabemos es a qué duque se refería. —Se inclinó para acariciar el pequeño trasero de *Biondello*, que había metido la cabeza entre los pilares de la balaustrada para olisquear el aire con entusiasmo y hacer acopio para cuando volviera al regazo de Benno.

—¿Quién es él? —preguntó Benno al tiempo que hacía una señal con la cabeza en dirección al corredor.

—Mmm, mmm... La princesa Minerva tenía ocho años cuando se prometió, y de

eso debe de hacer ya unos seis años más o menos. Hace unos seis años o más, el viejo duque de Ercole murió en Nemora y su hijo Grifone le sucedió. Por lo visto, el obispo de Nemora, el actual cardenal Petrucci, descubrió una conspiración contra el nuevo duque.

—¿El mismo que va a traer a Colleverde todas esas reliquias de Roma?

—El mismo. El consejero en quien más confiaba el viejo duque Ercole era el señor Mirandola, que también es amigo de Rocca. Petrucci lo acusó de conspirador junto a otros. Grifone le arrancó los ojos y lo expulsó de la ciudad para que lo devoraran los lobos.

—He oído hablar de eso —comentó Benno como si estuviera disfrutando—. También le cortaron las manos.

—Si nuestro hombre muerto es la persona que pienso que es, ese detalle es incorrecto. Tal vez el duque Grifone pensó que nuestro amigo no debería morir antes de que los lobos salieran a cenar. Acuérdate de lo que la hija de la princesa nos dijo acerca del hombre que encontraron perdido con la cara cubierta de sangre.

—¿Lo salvó? ¿La princesa Oralia lo salvó? ¿Por qué no lo llevó directamente a Rocca, al palacio de su hermano?

—Quizá porque estaba demasiado enfermo para viajar o porque el dolor le resultaba insufrible; o tal vez por razones que todavía ignoramos. No es fácil viajar con un hombre que no tiene ojos, sobre todo si acaba de perderlos.

—Entonces tenemos que sacarlo de Nemora a hurtadillas, ¿no es así? ¿Creéis que alguien podría reconocerlo todavía?

—Hemos de evitar el camino de Colleverde, porque lo más seguro es que el cardenal Petrucci pase por ahí.

Benno se inclinó para recoger a *Biondello*, quien ya se disponía a investigar el corredor.

—Y yo que quería ver las reliquias... Y la boda tampoco habría estado nada mal. —El tono de su voz era quejoso pero resignado.

—Mmm... He oído decir que Petrucci es un gran cazador, y a ningún cazador le gusta enterarse de que se le ha escapado una presa. —Segismundo aplastó una rama de tomillo de una maceta que había sobre la balaustrada y se olió los dedos. Entonces, de improviso, levantó la cabeza. Los dos hombres aguzaron el oído.

El traqueteo de unos cascos de caballo y los golpes de unos arcos llegaron levemente hasta ellos traídos por el viento.

Segismundo echó a correr por el corredor. Cuando llegaron a la habitación en que la hija de la princesa estaba hablando con el señor Mirandola, la puerta se abrió y Benno oyó por primera vez la característica voz de éste, que pedía ayuda urgentemente.

—La princesa está enferma. Ayudadme, se ha desmayado.

Más allá de los muros, por el sendero, se acercaba el sonido de los jinetes.

---

**«A tu señor vamos a matarlo»**

El cardenal Petrucci se estaba divirtiendo. El pequeño desvío de la ruta estaba mereciendo la pena. Su sobrino se había ocupado de la arpía que se había asomado al postigo amenazándola con encender un haz de leña bajo sus piernas y ella había echado un vistazo a su vestido escarlata y había salido huyendo profiriendo graznidos. Al ver que la espera se alargaba, empezó a pensar que Torcuato no era tan listo como creía. Entonces un par de bribones con cara de pocos amigos abrieron las puertas y los dejaron pasar.

Las dimensiones de la villa eran excelentes. Mientras avanzaban ruidosamente por el patio a lomos de sus caballos, lanzó una mirada apreciativa alrededor. Unos cuantos trabajadores de Colleverde podrían restaurar y pintar todo el lugar antes del verano, a tiempo para recibir al duque. El viejo, ¿Giraldi?, estaba muerto y, evidentemente, la persona que vivía ahora en la villa no tenía dinero para mantenerla, por lo que se alegraría de deshacerse de ella. Aunque se había gastado en las reliquias sagradas los fondos que le había dado el duque, el cardenal no andaba en absoluto mal de dinero.

—¿Quién es vuestro señor, hijo? —Parecía mentira el aspecto de brutos que podían llegar a tener aquellos campesinos. El de mentón saliente y ojos fulgurantes parecía un animal acorralado.

—El señor Giraldi, eminencia. —El hombre había pronunciado el título con un balbuceo ahogado, como si el sonido le hubiera llegado con dificultad a la lengua. Era poco probable que hubiera tenido la oportunidad de utilizarla antes.

—Tenía entendido que estaba muerto.

Entonces se oyó otra voz detrás de la puerta; Petrucci se volvió.

—Muerto no está, eminencia, aunque poco le falta. —El acento, aunque sonaba extraño, no era rústico. Además, el hombre que había aparecido en el umbral de la puerta a la luz del sol del atardecer mostraba un aspecto completamente distinto del de aquellos campesinos achaparrados. Tenía la constitución y la estatura de un luchador y la espalda de alguien acostumbrado a llevar armadura; sin embargo, la coronilla afeitada indicaba que tal vez hubiera hecho algún voto. El cardenal estaba acostumbrado a la compañía de sacerdotes y, a pesar de la ropa que llevaba, aquel hombre no parecía serlo. El rostro era inescrutable, la línea de la nariz indicaba fuerza de voluntad, y los oscuros ojos eran sinónimo de inteligencia e incluso de astucia. La curva de la boca era sensual y denotaría una cierta debilidad si no fuera por el fino labio inferior, que estaba cerrado como en señal de reserva. Aquél era un hombre

dado a guardar secretos, como a él le gustaba. ¿Qué estaría haciendo en aquella villa en ruinas? Ni en Roma, ni siquiera en la curia, había visto un rostro que le llamara tanto la atención.

—¿Muerto no está, aunque poco le falta? —Petrucci desmontó y arrojó las riendas a uno de los patanes—. Entonces tendrá a un sacerdote para la extremaunción.

—El sacerdote ha venido y se ha ido, eminencia; pero mi señor sigue vivo. —El hombre avanzó e hizo una reverencia digna del mejor cortesano. Ahora que estaban frente a frente sobre el empedrado, resultaba evidente que el cardenal era más bajo que él—. Apenas puede hablar y, como la luz le hace daño, debe permanecer en cama a oscuras. Su alma lucha por abandonar su cuerpo.

El cardenal señaló la puerta de la casa con la fusta.

—Quiero verlo. —No sería muy difícil hacer un buen negocio con un moribundo. Habría que persuadirlo de que entregara a la iglesia, o a su representante cuando menos, lo que en caso contrario acabaría en manos de sus herederos; a cambio, el cardenal trataría de conseguirle la mayor reducción de la pena del purgatorio que pudiera. Se trataba de un buen negocio para ambos, y Torcuato podría dar testimonio de lo que se le indujera a decir al hombre.

—Lamento decirlo que no es posible, eminencia. —Petrucci le miró de hito en hito. Torcuato soltó una exclamación. Los escoltas se miraron los unos a los otros con inquietud. Nadie le decía a un cardenal qué era posible hacer y qué no. Aun así, el extraño, que parecía tan seguro de sí, se limitó a hacer una nueva reverencia y los miró ceñudamente—. No lo sabemos con seguridad, pues el señor Giraldi se niega a ver a un médico, pero nos tememos que la enfermedad sea contagiosa y resulte peligrosa para todo aquel que se acerque a él. Un criado se ha desmayado hoy mismo y se encuentra ahora en cama con fiebre.

Petrucci permaneció inmóvil por un instante. Entonces cogió el frasco de hierbas perfumadas que colgaba de su faja y se lo llevó a la nariz. Aunque el anciano no estuviera muriéndose por causas naturales, Dios sabría que la edad a que había llegado sería motivo suficiente para ello..., si tuviera una fiebre maligna. La palabra «peste» le vino a la cabeza como si se la hubieran susurrado al oído.

El cardenal se volvió hacia Torcuato y dijo:

—Mis guantes, por favor. —Una vez que se los hubo puesto, cogió las riendas, montó y se dirigió al hombre—. ¿Cuál es vuestra posición aquí? La de mayordomo, supongo. —El hombre hizo una nueva reverencia. Al cardenal le gustaban las espaldas flexibles—. Venid mañana al palacio de Corio a informarnos personalmente de su estado de salud. Tal vez pueda enviar a un médico... —Que podría reducir los sufrimientos del pobre hombre. No enviaría a su propio médico, por descontado. Si realmente existía peligro de contagio, lo prudente sería enviar a otro.

Tiró de las riendas para que la mula diera media vuelta y salió del patio a paso ligero acompañado de su pequeño séquito. El segundo criado, que aunque era

achaparrado como el primero se diferenciaba de éste en que tenía canas, fue cojeando hasta las puertas para cerrarlas.

Máximo se acercó bruscamente a Segismundo, lo cogió de la mano y se inclinó para besarla. Alzó entonces la vista, lo miró con sus intensos ojos y dijo:

—Lo habría matado. —Segismundo se volvió hacia la casa y emitió un murmullo de desaprobación—. Lo habría hecho, de veras. —Apretó los puños—. ¡Habría sido capaz de quemarnos a todos vivos! ¿Sabéis lo que hizo hace un año en San Sevino? Los habitantes no estaban de acuerdo con los impuestos que el duque Grifone exigía y se negaron a pagarlos; cuando la ciudad sucumbió, se refugiaron en la torre, hombres, mujeres y niños, ancianos y enfermos. —Máximo se interrumpió, como si se hubiera atragantado y entonces exclamó—: Pues bien, ¡la incendió! Y sus hombres se encargaron de matar a hachazos a las personas que se arrojaron por las ventanas. Todo fue pasto de las llamas. —Acercó la cara repentinamente a la de Segismundo y añadió con voz ronca—: Cuando ese hombre de Dios abandonó la ciudad, había acabado con todo bicho viviente.

Benno estaba en la entrada agarrando a *Biondello*. Había abierto la boca para embeberse en aquella historia.

—Mmm... Si lo hubieras matado, sus acompañantes no habrían dudado en incendiar este lugar, y con tu señor en él —dijo Segismundo—. Lo que me preocupa es otro asunto. ¿Qué se le habrá perdido al cardenal por aquí? —Permaneció pensativo por un instante con la yema del dedo índice apoyada sobre los labios, mientras Máximo y Benno lo observaban con el mismo aire de confianza. Entonces, alzó la vista, los miró detenidamente con sus oscuros ojos y sonrió. Benno tuvo la vaga impresión de que las nubes se habían dispersado—. Ya lo sé. No tiene por qué saber quién está ahí dentro. Lo que quiere hacer es apoderarse de la villa. ¿No has visto cómo miraba alrededor?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Máximo con tono apremiante y esperanzado. Estaba preparado. Aquel desconocido, que ya había salvado a su señor en una ocasión, tendría seguramente el ingenio necesario para hacerlo más veces.

—Le daremos la villa, por descontado.

—¿Que se la daremos...? Pero, ¿y mi señor? ¿Qué va a ser de él?

—A tu señor vamos a matarlo, Máximo. Hoy mismo, quizá.

Máximo retrocedió con el rostro crispado de ira y recelo y la mano apoyada sobre el puñal. Segismundo levantó las manos para tranquilizarlo. En sus ojos aún se veía el brillo de una sonrisa.

—Tu señor ya lleva un tiempo muerto —dijo—, lo cual nos ha venido muy bien. Es posible que el cardenal Petrucci envíe a un médico o a alguno de sus hombres a espiar. Lo que deben ver es una tumba. Ve a cavar una.

---

## Las reliquias llegan a la ciudad

El consejo de la ciudad había proclamado fiesta pública el día en que las reliquias tenían que llegar a Colleverde. Todos los ciudadanos se habían ataviado con sus mejores galas y estaban preparados para disfrutar de la ocasión.

Mientras algunos se habían acercado a la puerta norte, que era por la que iba a entrar el cardenal, provistos de bolsas de alimentos y vino para dar la bienvenida a la procesión y participar en ella, la mayoría se había congregado en la gran plaza que había al lado de la catedral, donde se guardarían las reliquias hasta que el duque se las llevara a la capital de Nemora.

Habían empezado a circular rumores según los cuales el duque llegaría con retraso. Algunas personas decían que había fallado un golpe cuando azotaba a un prisionero con un látigo claveteado y se había dado a sí mismo en las pantorrillas; otras sostenían que aquellas mismas piernas se habían negado a transportar a un cuerpo tan mancillado por los pecados como el suyo al lado de algo tan sagrado como las reliquias. Las opiniones de los colleverdianos acerca del duque estaban divididas; la mayoría daba gracias porque se hubiera quedado a vivir en Nemora y sólo visitara sus otras ciudades en contadas ocasiones. Unos pocos se sentían orgullosos de que la reputación de Grifone hubiera disuadido a los demás príncipes de hacer incursiones en sus territorios. Había que admirar, decían, a un príncipe que se las había arreglado para cometer tantas barbaridades en el relativo poco tiempo que llevaba en su puesto.

Por otro lado, en la ciudad se había producido una cierta carencia de muchachas solteras de buena cuna. Los padres más sensatos habían pensado que aquella sería una excelente ocasión para hacer la visita de primavera a las haciendas o a los familiares que tuvieran en algún lejano convento.

Todo el mundo coincidía, casi con satisfacción, en que nadie necesitaba la intervención de santa Bernardina tanto como el duque. La bendición también vendría bien para la boda de su hijo, que tendría lugar el domingo, y sería vital si el señor Astorre seguía los pasos de su padre.

Entre la multitud también había personas que necesitaban seriamente la intercesión de la santa, de ahí que estuvieran empeñadas en asegurarse un lugar en el recorrido que iba a realizar la procesión. Una pareja de matones que habían matado recientemente a varios viajeros en el camino de Montenero y se encontraban en la ciudad por motivos que, aunque se guardaban para sí, resultaban muy sospechosos, estaban empleando los codos de una manera muy parecida a la que empleaban habitualmente con los cuchillos, y a punto estuvieron de disfrutar antes que la

muchedumbre del beneficio de una bendición. Uno de ellos, que había obligado a una voluminosa mujer a volver al gentío de un empujón, cogió a su hijo y se lo subió a los hombros, para alarma y posterior satisfacción del pequeño, con el propósito de llamar la atención de la santa. Su compañero, animado por un motivo similar, arrastró violentamente a un lisiado a la primera fila y lo abrazó.

Otro grupo, formado por varios canteros que volvían a sus casas de San Sevino después de haber estado trabajando en la catedral de Berano, se encontraba asimismo en la ciudad por razones que preferían que no se hicieran públicas. Al acudir a una atracción tan importante como la cercana boda del hijo del duque el grupo se consideraba a salvo.

Por otra parte, hacía tiempo de santo. Las lluvias primaverales no habían hecho acto de presencia y el sol brillaba con tanta fuerza que uno podía permanecer en el exterior durante horas sin necesidad de buscar abrigo en ninguna parte; sin embargo, soplaba un aire fresco que levantaba las cofias de las mujeres sobre la plaza produciendo el mismo efecto que la brisa marina sobre la cresta de una ola y lograba llevarse por delante uno o dos velos, que ondeaban como estandartes. La temperatura era lo bastante agradable como para vestir galas. Entre éstas se veía tanta piel de conejo y tanto terciopelo como uno pudiera permitirse llevar sin levantar sospechas o mientras lograrse persuadir a los suntuosos guardias del duque de que hicieran la vista gorda. Por otro lado, el aire era, como ya se ha indicado, lo suficientemente fresco como para que uno no acabara echando a perder tales prendas. La temperatura era la adecuada para que la gente sintiera la necesidad de tomar vino especiado, salchichas calientes, castañas, manos de cerdo y cualquier cosa que pudiera comprarse barato y vender rápidamente. Cualquier cosa que se escurriese entre unos dedos grasientos desaparecía entre las fauces de los perros antes de que pudiera ser recogido. Los cerdos, que eran los que se ocupaban normalmente de limpiar las calles, no tenían ningún escrúpulo derivado del canibalismo cuando un trozo perteneciente a las manos de un familiar caía al suelo.

Los mendigos habían salido a las calles en tropel. El duque no había atendido las protestas de los mercaderes acerca del negativo efecto que tenían en los negocios y los guardias se limitaban a exigirles el pago de un impuesto a todos ellos, incluidos los incapacitados, los que pretendían serlo, los que se habían incapacitado a sí mismos o habían recibido tal servicio cuando todavía eran niños. Aquel día, sin embargo, tenían un buen motivo para regocijarse. La santa podría curarlos, lo cual los haría, además, objeto de la generosidad de las personas que hubieran presenciado la curación y se hubieran sentido conmovidas; y si no los curaba, seguramente podrían beneficiarse de la ostentosa caridad que mostrarían los espectadores que buscaran causarle una buena impresión. Los mendigos se quitaban las venas de los muñones para producir el máximo efecto y mejoraban el aspecto de sus heridas echándoles la sangre que encontraban entre los restos que los carniceros arrojaban a las cunetas desde sus puestos; aquéllos cuyas mutilaciones resultaran insuficientes se inventaban

heridas con un poco de cera robada.

Además de los peregrinos, mendigos, matones, mercaderes y lugareños, en Colleverde, había cómicos, que habían acudido a la ciudad guiados por su olfato para localizar aglomeraciones y conscientes de que el apetito de espectáculo, aun cuando éste consistiese en un montón de reliquias, una festividad o una boda, jamás podría ser del todo satisfecho mediante procesiones, por muy gloriosas que fueran, o, como en aquel caso, mediante la presencia de unos huesos, por muy sagrados que fueran, ocultos en seda con incrustaciones, oro, esmalte y toda clase de adornos de orfebrería.

El espectáculo tenía que ser inmediato y estar al alcance de todos.

Un oso bailarín había resultado tener tal aceptación que la multitud empezó a aumentar de tamaño y a invadir el camino que iba a seguir la procesión; en consecuencia, el guardia de orden público se vio obligado a despejarlo, lo cual suponía marchar en doble fila a través del gentío por el recorrido de la procesión, ejecutar un giro hacia afuera, enarbolarse las picas en posición horizontal contra las primeras filas y dar seis pasos hacia adelante. De ese modo, la muchedumbre quedó comprimida y la gente comenzó a quejarse de la cercanía del oso. A su dueño no le quedó otro remedio que llevárselo de allí y perderse la procesión.

Pero el mejor lugar para ver el desfile iban a ocuparlo los zancudos, a excepción de uno que, al acabar accidentalmente con el buen humor de un vendedor de castañas asadas y la estabilidad de su brasero, había sido obligado a sentarse sobre las ascuas que había esparcido. A continuación se le había invitado groseramente a mostrar las posaderas para que se las curase la santa.

Un grupo de enanos había ocupado el andamio de una casa cercana a la catedral que estaba siendo reparada, y lo utilizaba a modo de escenario para representar una serie de cuadros teatrales en torno a la vida de santa Bernardina. Obviamente, su papel era interpretado por un enano varón, oculto modestamente tras unos velos y vestido con las fundas blancas de unas almohadas. Las escenas en que la santa era salvada por unos ángeles de ser violada por el marido que se negaba a respetar su virginidad, y se ofrecía como víctima de los tormentos de unos demonios, provistos de horcas y máscaras grotescas, a fin de salvar a su cruel padre de los largos años que iba a pasar en el purgatorio, se estaban ganando el mayor número de aplausos y monedas del público.

Antes de que la multitud impidiera la puesta en escena de tales espectáculos, los saltimbanquis ya habían ejecutado sus juegos malabares y los bailarines sus bailes. Un perro, que era tan pequeño y sucio como *Biondello* pero aún conservaba las dos orejas, había estado bailando ataviado con una gorguera de colores, que había acabado por sofocar una buena parte de las pulgas que lo infestaban. Un adivino había logrado atraer más espectadores que los demás gracias, por una parte, a la pericia que había exhibido bailando al ritmo de una pandereta para anunciar su espectáculo con las cartas del tarot y, por otro, a que tenía las facciones y los cabellos dorados de un ángel. También había demostrado poseer la inteligencia necesaria para

ver en los naipes aquellas desgracias pasadas que todo el mundo cree haber sufrido y los dramáticos cambios, para mejor, que no tardarían en acaecer y que coincidían con lo que todos los presentes esperaban de las reliquias.

Los balcones y ventanas que daban a la plaza estaban ocupados en su integridad por los dueños de las casas, sus familias y amigos. Habían cubierto las balaustradas y los alfeizares con tapices, habían preparado refrigerios y habían sacado a los pájaros enjaulados para que participaran de la bendición. Los niños correteaban entre las piernas de los adultos y escupían los confites que no les gustaban sobre las cabezas de la multitud que se agolpaba en la plaza. Un mercader que se había quitado el sombrero de terciopelo para rascarse la cabeza con más vigor pensó por un instante que el tiempo que había traído la santa había cambiado bruscamente, hasta que se percató de que lo que había tomado por lluvia era, en realidad, un niño haciendo sus necesidades por la balaustrada que tenía encima.

La gente realmente importante, a excepción del obispo, ya se encontraba en el interior de la catedral. La princesa Corio (hermana del cardenal Petrucci y viuda desde hacía muchos años del príncipe Corio, un rico don nadie) disfrutaba del mejor lugar disponible para los legos, no sólo por derecho sino porque nadie se habría atrevido en modo alguno a disputárselo. Aguardaba con intencionada dignidad, consciente de que mientras no llegaran las reliquias ella sería el principal centro de atención, una atención que no le resultaría difícil mantener vestida como iba con un vestido de terciopelo de color burdeos con pespuntos de oro en forma de arabescos, un gran turbante de tela dorada adornado con sartas de perlas y una enorme cruz de oro con rubíes engastados que colgaba sobre su pecho.

Mientras esperaba, resplandeciente a la escasa luz que arrojaban las velas de la catedral, tenía la mente ocupada, por una parte, con la esperada llegada de su hermano y, por otra, todo hay que decirlo, con la pregunta de si su mayordomo habría conseguido el pan de oro necesario para cubrir los platos principales de la espléndida cena que había organizado para aquella noche y los de la que había organizado para el día siguiente, en la cual tenía que conjugar el esplendor que requería la ocasión y la austeridad propia de un viernes. Aunque tendría que reservar muchas cosas para el banquete que tenía pensado ofrecer al duque y los invitados a la boda el domingo cuando acabara la ceremonia, estaba decidida a honrar a su hermano. Al menos ya tenía un enorme plato para el día siguiente, uno de los favoritos del cardenal, alondra rellena, que había adornado cubriéndolo cuidadosamente con escamas de oro.

El cardenal Petrucci también estaba en la mente del obispo Tadeo, que en aquel momento salió por la puerta oeste de la ciudad para ir al encuentro de las reliquias y luego llevarlas, en compañía del cardenal, al lugar de la catedral en que iban a guardarse. El obispo era un hombre de un temperamento sumamente apacible que lo único que le pedía a la vida era que se le permitiera llevar a cabo sus obligaciones sin sufrir demasiadas intromisiones. La suerte lo había obligado, en su calidad de obispo de Colleverde, a vivir en la misma ciudad en que lo hacía la princesa Corio, cuya

naturaleza estaba lejos de ser apacible y parecía creer que tenía la obligación especial de vigilar todo lo que hiciera el obispo con el propósito de dar cuenta a su hermano de cualquier cosa que considerara laxa o heterodoxa. El cardenal se había convertido, por lo tanto, en una obsesión para el obispo. De vez en cuando tenía pesadillas en las que éste aparecía tocado con su capelo escarlata y le soltaba una verdadera reprimenda sacerdotal. Al obispo Tadeo no le hacía mucha ilusión ver de nuevo al cardenal en carne y hueso, de ahí que al menos se sintiera agradecido por no ser el responsable del banquete de aquella noche. Si la princesa Corio hubiera sido su invitada en lugar de su anfitriona, nada habría salido bien.

En Colleverde la gente aguardaba la llegada de las reliquias; fuera, éstas avanzaban a paso solemne en dirección a la puerta oeste, donde el obispo, que estaba peleándose con sus vestiduras, también aguardaba su llegada. Mientras que en la catedral se daba el punto final a los preparativos para la acogida de los objetos de devoción, en la medida en que pudieran realizarse con antelación a la llegada de éstos, en la ciudad se llevaban a cabo otros preparativos de naturaleza más siniestra para unos acontecimientos de los que la multitud no estaba enterada.

---

## «¿Qué mejor sitio para examinar las fauces de un lobo?»

La experiencia que Benno había tenido cavando tumbas se limitaba, hasta aquel momento, a la pequeña fosa que había abierto debajo de un rosal para enterrar al predecesor de *Biondello*. Sin embargo, con una sola mirada a Máximo y su padre Gruchio se desvaneció cualquier reparo que pudiera tener en ayudarlos a cavar la tumba de su señor.

Gruchio guardaba un inconfundible parecido con su hijo. Tenía el rostro arrugado, los ojos todavía más pequeños y pegados que los de Máximo y una boca protuberante, como si alguien le hubiera estrujado las mejillas, que le daba un aire de jovialidad que no disimulaba. En opinión de Benno, la idea que Gruchio tendría de lo verdaderamente cómico debía de consistir en ver a alguien descoyuntado en el torno.

Todos guardaron silencio mientras cavaban la tumba y Benno se alegró de que *Biondello*, que olfateaba entre las tumbas del pequeño cementerio que había cerca de la capilla, se mantuviese a distancia. Tal vez Gruchio pensara que sería divertido coger al perro por la pata y arrojarlo a la fosa antes de llenarla nuevamente de tierra. Mientras gruñían y cavaban, había llegado a sugerir que no la llenaran hasta que llegase el médico del cardenal; de ese modo podrían darle un empujoncito y el trabajo no habría sido en balde. Tanto él como Máximo habían dejado bien claro que no dudarían en deshacerse de cualquier persona relacionada con el prelado. Si se demostraba que Petrucci había estado detrás de la perdición y ceguera de su señor, Benno les prestaría todo su apoyo. No obstante, si de lo que se trataba era de convencer al cardenal de que «Giraldi» había dejado de existir, la idea tendría que ser abandonada para que el médico, si es que acababa apareciendo uno, pudiera regresar y dar la noticia.

¿Qué le ocurriría al señor Mirandola si el cardenal decidía hacerse cargo de la villa? A menos que Segismundo pudiera escoltarlo hasta Rocca, el señor ciego tendría pocas esperanzas de escapar.

Benno meditó sobre la devoción que padre e hijo mostraban hacia su señor, ya que no se trataba del Giraldi al que sirvieran en su día sino de un hombre relativamente extraño que había sido acogido en la villa a instancias de la princesa Oralia. Aquella devoción decía mucho a favor del antiguo consejero del duque de Nemora.

Había otra cosa que también decía mucho a su favor. Lo mejor que podría haber hecho Segismundo habría sido emprender la marcha aquella misma noche y llevar al

señor ciego y a la muchacha-muchacho-princesa a Rocca a toda la velocidad que el tiempo y la reserva permitieran. Y aquello sería lo que hubiese hecho si la joven dama no hubiera caído enferma de unas fiebres y el hombre muerto no se hubiese negado a que viajara en semejantes condiciones. Habría sido interesante oír el tono autoritario de su voz (uno tenía que nacer siendo un señor y haber dado muchas órdenes para hablar de esa manera) y ver a Segismundo inclinarse sin decir palabra.

Aquello significaba que en ese momento la joven dama se encontraba en la cama (en la mejor cama, había insistido el señor ciego) y estaba recibiendo los cuidados de la bruja. En cuanto a esto, Benno no envidiaba a la joven dama en absoluto. Había estado presente en el curioso coloquio que habían mantenido la bruja y Segismundo sentados a la mesa de la cocina, un coloquio en que apenas se habían proferido palabras, aunque sí muchos sonidos. La bruja había soltado una retahíla de gruñidos ininteligibles, intercalando muy de vez en cuando una palabra comprensible. Segismundo, por su parte, se había limitado a emitir murmullos de aprobación mientras toqueteaba las hierbas que ella le ofrecía u olía los tarros en que guardaba las que quería conservar. Los comentarios que había hecho también habían sido en la forma de murmullos: la milenrama era buena para la fiebre si se endulzaba con miel; la agripalma servía para disminuir la tensión nerviosa; la cincoenrama aliviaba el dolor de garganta y la coronilla combatía la histeria. Benno, impresionado por la facilidad con que se habían puesto de acuerdo dos herboristas tan singulares como ellos, llegó a la conclusión de que los brebajes eran lo más adecuado para una muchacha que había pasado toda la noche a la intemperie, llevaba calzas en lugar de faldas y tenía dificultades para olvidarse de que había visto cómo decapitaban a su hermano.

Benno se alegró de que su señor tuviera los suficientes conocimientos sobre hierbas como para saber exactamente qué estaba preparando la bruja. No se le hubiera ocurrido preguntarle dónde se había enterado de todo aquello, como tampoco preguntarle cómo había aprendido el manejo del hacha de doble hoja que ya había tenido ocasión de admirar en alguna ocasión. A Benno todo aquello le parecía algo natural en un hombre como él, que era capaz de aplicarse a cualquier actividad. Si Segismundo le revelara que tenía profundos conocimientos de canto gregoriano, cetrería, lógica o bordado, no le sorprendería.

Lo que sí le sorprendió fue enterarse de que partían en dirección a Colleverde al día siguiente.

—Así que vais a hacer lo que el cardenal nos pidió: ir y decirle que está muerto.  
—Benno giró la cabeza hacia el túmulo que Segismundo estaba inspeccionando—. De todas formas, ¿no se lo dirá el médico que va a enviar?

—Eso si viene. Su eminencia va a estar muy ocupada hoy en Colleverde. Tal vez no le quede tiempo para pensar en refugios de caza.

—¿Entonces esta tumba no es más que una precaución?

Segismundo tocó la musgosa lápida de un antiguo Giraldi que había en el muro

de las hornacinas y miró la tumba nivelada que había unos metros más allá.

—Los Giraldi debieron de utilizar esta villa como residencia de verano hasta hace poco. —Entró en la pequeña capilla seguido por Benno y apoyó una rodilla sobre el altar a pesar de que éste estaba vacío. Se quedó mirando alrededor, a los oscuros frescos, el suelo cubierto de hojas y a un pequeño tarro lleno de ramitas de romero que había delante de una lápida que había en el muro—. Alguien aparecerá por aquí tarde o temprano, aunque no sea el médico. Si cuando acaben las ceremonias el cardenal se entretiene por la razón que sea, no se pasará todo el tiempo rezando y tendrá ocasión de acordarse de este lugar. Además, según parece, vamos a tener que quedarnos aquí hasta que la señora Minerva mejore.

Benno también se había arrodillado y estaba recitando entre susurros la oración que solía dedicar a las almas de sus padres. No había conocido a ninguno de ellos, ya que lo habían abandonado apresuradamente en cuanto había nacido. A continuación se acercó al muro para observar la placa.

—El señor Giraldi —dijo Segismundo—. Si los campesinos hubieran sido lo bastante valientes como para entrar en la capilla, habrían descubierto que su hombre muerto estaba, en efecto, muerto y bien muerto. —Entonces examinó las desniveladas losas que cubrían el suelo.

—Viendo eso —comentó Benno al tiempo que señalaba la placa con la cabeza—, se habrían enterado de tanto como yo. ¿Quién creéis que habrá puesto el romero?

—Supongo que la anciana, Sibila. Dudo que haya sido Máximo.

A Benno no le sorprendió tanto que su señor supiera el nombre de la bruja como el hecho de que ésta tuviera uno. En aquel momento, en algún lugar del gran edificio, los perros guardianes empezaron a soltar aullidos lastimeros, como si también ellos lamentaran la muerte de su señor. El verdadero señor había muerto, supuso Benno, poco tiempo después de que el actual «Giraldi» fuera traído a la villa, lo cual había dado lugar a que se difundiera la conveniente idea de que el hombre muerto seguía vivo. Con paso inseguro, Benno siguió a Segismundo al jardín, se puso a su lado y se quedó mirando el horizonte azul que se dilataba más allá del valle, allí donde las blancas murallas de Colleverde se extendían por la suave ladera de la colina a la luz del sol de poniente. En lo alto brillaba la piedra dorada de la catedral y su techo rojo, tapando casi el palacio que el obispo tenía en el viejo castillo. El abuelo de Grifone lo había destruido al ocupar Colleverde y luego el padre del duque lo había restaurado en parte. La ciudad estaba demasiado cerca de las fronteras de Monteñero y Rocca como para que un hombre prudente saliera de ella indefenso.

—¿Decís en serio que vais a ir a ver al cardenal? Ya sé que es un hombre importante, un sacerdote y todo eso, pero en mi opinión tiene aspecto de ser una verdadera serpiente. ¿Vais a meteros en la boca del lobo? —Benno no sabía qué era una metáfora, por lo que no pudo comprender por qué Segismundo lo miraba con benevolencia y le lanzaba una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué mejor sitio para examinar las fauces de un lobo que allí? La princesa

Oralia dijo que el duque tenía los ojos cerrados. Si se refería a que su hermano desconocía la existencia de alguna clase de trama contra su persona, me resultará más fácil abrirle los ojos al peligro si sé en qué consiste éste. —Tras soltar un murmullo, añadió—: Y aunque se refiriera a otro duque, sigue siendo útil saberlo. Los duques no conservan o pierden su poder juntos, pero si uno de ellos lo pierde, siempre cabe la posibilidad de que se lleve a algún otro por delante.

Si era cierto que iban a ir a Colleverde, Benno esperaba que surgiera la ocasión de ver las reliquias. Rezaría a la santa para que velase por la seguridad del pobre señor ciego y para que la joven dama se reuniera con su tío sana y salva. No se le ocurría qué podía pedir para sí. En una ocasión había rezado para tener más comida y alegría en su vida, pero como desde que Segismundo era su señor no echaba en falta ninguna de las dos cosas, no tenía por qué molestar a la santa, salvo para pedirle que le dejara ver la boda. Eso sí que estaría bien.

—¿Qué vais a hacer con el hombre ciego si los hombres del cardenal vienen cuando estéis fuera?

—Máximo sabe lo que hay que hacer en ese caso.

Al ver que Segismundo cerraba firmemente la boca, Benno comprendió que lo mejor sería no seguir haciendo preguntas.

---

## Una amenaza

La habitación era grande. El revestimiento de roble de las paredes brillaba por la cera; el techo era de enlucido y estaba decorado con grabados, y en el antepecho de la chimenea lucía el escudo de armas, labrado en piedra, del cardenal, coronado por el capelo y flanqueado por las borlas. Tener aquello en el palacio era, sin duda, un detalle que a su hermana le habría costado caro. Había una estantería llena de libros y pergaminos; un arca de madera envejecida por el tiempo; un par de taburetes; la mesa adornada con grabados y el sillón, igualmente grabado, que utilizaba el cardenal; un tapiz de Susana y los Ancianos, en el que por las exigencias del tejido o del diseño Susana tenía un aspecto más bulboso que voluptuoso; una cama con dosel y colgaduras rojas; y un reclinatorio. Un lujoso mantel cubría la mesa.

Si Benno, que se había quedado cuidando de los caballos en el patio del palacio Corio, hubiese visto al cardenal, su hermana y su sobrino mirar fijamente a Segismundo, posiblemente habría pensado que se trataba de toda una familia de serpientes. Los tres eran pálidos, delgados y distinguidos, pero ninguno tenía la clase de mirada que inspira confianza o cariño. Torcuato, que era el menos impresionante de los tres, se encontraba detrás del cardenal, a un metro de distancia, iba vestido de negro y mantenía la cabeza levemente inclinada en presencia de su tío, como en señal de deferencia.

Los tres tenían los ojos entornados, la nariz y la boca finas y las cejas arqueadas y desdeñosas; y aunque la princesa Corio, que aquella mañana iba vestida de damasco verde, guardaba más parecido con una cobra que su hermano, era el cardenal, que estaba dando vueltas a un abrecartas de oro que había sobre la mesa, quien tenía el aspecto más peligroso.

Los hombres peligrosos siempre necesitan protección. Segismundo había subido por las escaleras acompañado por un guardia del cardenal, imponente con su librea gris y escarlata. Luego había visto a dos más, igualmente corpulentos, delante de la puerta, y uno de ellos lo había anunciado. Su eminencia parecía haber elegido a los hombres de aspecto más malvado para hacer valer su autoridad espiritual.

El cardenal detuvo el abrecartas con la palma de la mano, sopesó la hoja y apuntó a Segismundo con ella.

—De modo que si Giraldi está muerto vos estáis sin trabajo.

La princesa Corio, que se mantenía con la espalda erguida y las manos cruzadas delante como si quisiera reprimir su deseo de ponerse en movimiento, observó con detenimiento al hombre que tenía ante ella. Se había acercado a él dos pasos y había

posado la mirada sobre su ancha espalda y su grave e inescrutable rostro.

Sorprendentemente, sonrió. No se trataba de una sonrisa encantadora, pues sus elegantes facciones eran afiladas y sus labios tenían una expresión puramente afable. Sin embargo, su mirada expresaba apreciación.

—Siempre hay empleo para personas como vos. Hay puestos libres en mi servicio... ¿Cuánto tiempo habéis trabajado para el señor Giraldi? —preguntó ella.

Cuando Segismundo abrió la boca para contestar, el cardenal se inclinó de repente con un sibilante susurro de seda gruesa y entornó los ojos. La semejanza con una serpiente era extraordinaria.

—Segismundo... ¿El mismo Segismundo que trabajaba para Ludovico de Rocca cuando murió su duquesa?

Aunque aquél no era el lugar adecuado para reconocer, rodeado como estaba por personas que podrían estar conspirando contra Rocca, que había sido un buen servidor de su duque, no le quedaba más remedio que hacerlo. Sin duda, el cardenal debía de tener en Rocca a algún miembro de su servicio de inteligencia, quien habría podido proporcionarle fácilmente una descripción de su persona. Segismundo hizo una reverencia en señal de asentimiento.

Tratándose de un agente del duque Ludovico, el puesto de mayordomo del insignificante propietario de una ruinosa villa podía servir de tapadera para un espía. Ludovico había mantenido buenas relaciones con Nemora; sin embargo, todos los estados podían ser ambiciosos y mostrarse agresivos en un momento dado, y todos, sin excepción, tenían espías al otro lado de sus fronteras. Los tres pares de ojos que observaban a Segismundo se habían entornado simultáneamente. El efecto no fue ni mucho menos divertido.

—Eminencia. Trabajé para el duque de Rocca en los asuntos relacionados con la duquesa. Luego Su Excelencia me envió a Montenero para que le entregara un mensaje a su hermana, y un miembro de su corte me preguntó si podría desviarme de mi camino y pasar por Fontecasta para averiguar cómo se encontraba un pariente suyo. —Segismundo se encogió de hombros—. No me habría quedado tanto tiempo si hubiera sabido lo próxima que estaba la muerte de la princesa Oralia. Entonces me habría dado prisa en regresar a Montenero. Tengo la intención de pasar por allí cuando me traslade a Roma para buscar empleo.

La alusión a la muerte de la princesa Oralia cargó de tensión el silencio que siguió a sus palabras. La noticia añadida de la muerte del hijo de la princesa a manos de su marido debía de pesar en la mente de cualquier persona influyente de Nemora. Tal vez no fuera una noticia de dominio público, pero incluso para personas mucho menos astutas que las que estaban mirándolo detenidamente en aquel momento sería evidente que, en ausencia de la novia, la boda dejaría mucho que desear. Con todo, cabía la posibilidad de que la noticia de la huida de la señora Minerva hubiera sido transmitida con discreción o incluso hubiese sido censurada con el propósito de que el próximo enlace matrimonial entre Nemora y Montenero pareciera todavía posible

y, dada la privilegiada posición como heredera que tenía ahora la muchacha, más atractivo si cabe.

El cardenal fue el primero en romper el silencio.

—¿Entonces ya no trabajáis para el duque?

—Soy un agente libre, eminencia.

La palabra «agente» resultaba peligrosa en aquellas circunstancias. Se hizo el silencio, sólo roto por el susurro producido por el vestido de la princesa Corio, que se había acercado a la ventana para asomarse al exterior. Aquel movimiento parecía estar pensado para acortar distancias con Segismundo, ya que la princesa se volvió hacia él y lo miró directamente a la cara. La cruz que aquel día colgaba sobre su pechera estaba adornada con flores esmaltadas y diamantes incrustados que lanzaban un brillo apagado cada vez que respiraba. La fragancia que despedían sus movimientos era una mezcla de almizcle y sándalo.

—No pensaréis ir ahora a Montenero, ¿verdad?

Segismundo se volvió hacia el cardenal, quien, al igual que su sobrino, todavía lo observaba con sumo interés.

—Hace sólo un momento en las puertas estaban comentando los acontecimientos que han tenido lugar recientemente en Montenero. Como la hermana del duque Ludovico está muerta... —Volvió a encogerse de hombros. Parecía como si fuera la primera vez que oía algo al respecto, y por su expresión resultaba evidente que no se sentía muy afectado por ello.

—Descanse en paz —sentenció el cardenal con gesto grave, persignándose con una formalidad tan deliberada que los demás acabaron de santiguarse antes que él.

La princesa Corio pasó entonces a asuntos más prácticos.

—Así que lleváis ya cierto tiempo en Fontecasta. ¿Está la villa en muy malas condiciones?

—La villa se encuentra en un estado razonablemente bueno. Os puedo informar detalladamente...

—A la familia de Giraldi se le pagará el precio que pida por la villa —comentó el cardenal al tiempo que cogía su breviario.

La dama apoyó las yemas de los dedos en el brazo de Segismundo y lo condujo en dirección a la puerta.

—¿Qué sirvientes hay en la casa? —preguntó mientras lo miraba fijamente.

—Hay dos hombres en activo..., uno de ellos ya está entrado en años; la cocinera, que es una anciana extranjera; un viejo ayudante de cocina que se ha quedado ciego y un paje que está enfermo.

—¿Un paje? ¿Joven?

—Oh, no es más que un niño, princesa.

—¡Pobre criatura! Debéis traerlo aquí. Tengo algunos conocimientos de medicina.

—Tememos que sea infeccioso.

—¡Bah! —exclamó la princesa Corio. Se volvió hacia su hermano, quien alzó la vista con gesto vigilante; el vuelo de sus faldas desprendió nuevamente una fragancia almizclada y sus manos agarraron los pliegues de la tela como si ahora tuvieran la posibilidad de ocuparse de algo—. ¿No libré el año pasado a mi hermano de la peste manteniéndolo entre dos hogueras para quemar el aire infectado? —El cardenal lo admitió fríamente—. Debéis volver por aquí más tarde —dijo la princesa dándole unas palmaditas en el brazo para confirmar la orden— y os diré qué he dispuesto para que el muchacho pueda ser atendido en palacio.

Ni el rostro ni los ademanes de Segismundo reflejaron el desastre que aquello suponía.

---

## El collar de Benno

Benno no se encontraba en el patio. Segismundo lo observó con detenimiento; como cabía esperar de cualquier lugar administrado por la princesa Corio, estaba bien barrido y ordenado y la gente que lo cruzaba acudía a sus quehaceres sin entretenerse. Su caballo, un gran semental pardo, y el pequeño caballo gris de Benno seguían atados a las argollas que había al lado del abrevadero. Tal vez se le pasara por la cabeza a Segismundo que, al ser la presencia de Benno tan ajena a un lugar tan limpio y bien cuidado como aquél, lo habrían echado de él a escobazos. Sin embargo, de la calle venía el ruido de un gran bullicio, y Benno era amigo del bullicio.

Segismundo se asomó a la puerta del patio, miró a derecha e izquierda y todo lo que vio digno de atención en la calle fue un hombre que empujaba un carro lleno de berzas, otro que vendía alondras enjauladas y dos mujeres con un chal sobre la cabeza que charlaban en una esquina. Un gato que tomaba el sol en un alféizar de la casa de enfrente arqueó el cuello para mirar un perrito que avanzaba cojeando a lo largo de la pared, un perrito lanoso y sucio al que le faltaba una oreja.

*Biondello* cruzó la calle dando apresurados saltitos, se acercó a Segismundo, lo miró tembloroso y soltó un gemido.

Si *Biondello* aparecía herido y no había rastro de Benno, lo más probable era que éste no estuviera en mejores condiciones. Seguro de que Segismundo se había fijado en él, el chucho echó a correr a la pata coja en dirección a la plaza de la catedral, mirando de vez en cuando hacia atrás mientras avanzaba trabajosamente para asegurarse de que aquél lo seguía.

Desanduvo el camino que había recorrido con Benno, abandonó la calle empedrada y cruzó la plaza de la catedral, que seguía abarrotada de fieles que querían ver las reliquias y de las personas que habían acudido para satisfacer las necesidades que aquéllos pudieran tener de alimentos, bebidas, entretenimientos, tanto pío como secular, y del virtuoso consuelo de la entrega de limosnas. En una ocasión en que perdió de vista a *Biondello*, Segismundo pudo seguir su rastro observando hacia dónde dirigían sus patadas tanto mendigos como peregrinos. Al chucho le caían patadas con la misma facilidad que a Benno.

Aquella vez, sin embargo, Benno había recibido más que patadas. Al ver que *Biondello* salía disparado del vestíbulo de una casa propulsado por una bota y se quedaba acurrucado en un peldaño soltando gemidos, Segismundo pasó por debajo de un arco cuya piedra clave lucía el escudo de armas del obispo, y se encontró en un salón perteneciente a las dependencias del alguacil de éste. Las altas ventanas

permitían que los fugaces rayos de sol iluminaran las paredes, que estaban negras a causa del humo, la gran repisa de la chimenea, sobre la que colgaba el escudo de armas del obispo, y a Benno, que se encontraba en el centro de un ruidoso grupo de gente, con los brazos atados y una soga al cuello.

Segismundo fue recibido con alegría tanto por Benno como por las personas reunidas en torno a él. Pese a que estaban vestidas, saltaba a la vista que eran los peregrinos que se habían encontrado bañándose en el manantial sagrado. Benno estaba cubierto por una capa adicional de polvo de la calle y tenía rastros de sangre en la nariz.

—¡Aquí está! ¡Ya tenemos a nuestro acusador!

—¡Mirad, hemos capturado a vuestro ladrón!

—¿Dónde está vuestra hija, alma de Dios? —Esta última pregunta la había hecho la mujer que, con el pelo recogido con una tela que parecía una ensaimada, había ayudado a remojar a la «niña enferma» con el agua bendita. Bajo el gran sombrero de peregrino que llevaba, su cabeza lucía ahora un tocado más grande y vistoso y su cara brillaba por el esfuerzo y la sensación de triunfo que la embargaba. Con un puño grande y decidido, tenía cogido el cabo de la soga que llevaba Benno al cuello—. ¿La habéis traído para que la cure la santa? Este bribón ya no tiene su vestido.

Entonces tiró de la soga. Benno habría dado un tumbo hacia adelante si no llega a ser por los hombres del alguacil, que lo tenían bien cogido y en cuanto empezó a toser aflojaron la soga en un gesto de consideración.

—Tampoco tiene mi ropa —dijo el muchacho, que daba saltos de la emoción. Los peregrinos estaban de un humor festivo y ya habían empezado a congratularse por la tarea, sin duda satisfactoria, que se disponían a llevar a término.

El encargado de hacer esto era el alguacil, un hombre pequeño y nervioso que hasta aquel momento había pasado inadvertido y al que lo devoraba una impaciencia de carácter dispéptico. Aprovechando la ocasión, habló:

—Bien, no perdamos más tiempo. Vos sois el hombre a quien robó y aquí están los testigos. Sacadlo fuera y colgadlo. Ésa es la suerte que corren normalmente las personas que roban a los peregrinos. No será el último que colguemos hoy, de eso estoy seguro. —Lanzó una mirada a Segismundo con el desagrado que siente instantáneamente un hombre pequeño e insignificante al ver a un hombre alto e impresionante, el mismo que siente un hombre que pertenece a la autoridad cuando es consciente de que tiene menos de ésta que el hombre con el que habla—. ¿A qué esperáis? —Se le ocurrió dar a Segismundo un empujón en el pecho, pero se lo pensó dos veces.

—Espero a que alguien me explique la razón por la que hay que colgar a este hombre.

Al oír la calmada voz de Segismundo, los peregrinos cejaron en su propósito de empujar a Benno en dirección a la puerta abierta y la tentadora horca que se alzaba en la plaza. Ésta había sido erigida dos días antes enfrente de la catedral para que todos

los visitantes supieran que Colleverde estaba preparada para protegerlos. Sólo cinco personas habían sido colgadas hasta aquel momento; dos de ellas, como a los lugareños les gustaba recordar, eran peregrinos a los que habían sorprendido robando a otros.

—¿La razón? ¿La razón? Fue él quien robó vuestro vestido y la ropa de...

—Tuve que dejarle un jubón —dijo una voz profunda. El alguacil sacudió una mano.

—Como iba diciendo, la ropa de este muchacho. Las órdenes del obispo son que todos los peregrinos deben recibir protección. A la horca.

El guardia se abalanzó sobre la mujer que tenía la cara encendida para quitarle el cabo de la soga. La mujer forcejeó para quedárselo. Segismundo permaneció imperturbable delante de la puerta sin dejar de mirar al alguacil.

—Me ha devuelto el vestido y le he perdonado el robo. Además, no sabe lo que ha hecho. ¿Cómo se le puede castigar por algo que no alcanza a comprender? — Segismundo cogió a Benno por los hombros y lo hizo girar sobre sus talones como si quisiera mostrárselo a todos. Los ojos desenfocados y la barbilla colgante daban fe de sus palabras. El alguacil, sin embargo, soltó un bufido.

—Un ladrón bobo sigue siendo un ladrón. Lo mejor será que le arreglen la sesera en el otro mundo. El fuego eterno le enseñará enseguida el significado de la palabra robo. Lleváoslo. —Hizo una señal con la cabeza a los guardias y movió la mano en dirección a Segismundo como un prestidigitador que no está muy seguro de su habilidad para hacer desaparecer algo—. Vos, señor, tal vez podáis perdonarlo, pero ¿qué me decís de este muchacho? No estoy aquí para hacer de sacerdote, sino para administrar justicia. Dejad paso.

Pronto se dio cuenta de que ni podía lograr que Segismundo dejara paso ni impedir que volviese a hablar.

—Preguntemos a la santa. Dejemos que su justicia nos guíe en este bendito día de gloria. Vayamos a la catedral y recemos ante las reliquias. Santa Bernardina nos mostrará qué hemos de hacer.

Había dado en el clavo. Sus palabras fueron bien recibidas por los peregrinos, que gritaron con entusiasmo, dieron palmas y dijeron con sus propias palabras lo que Segismundo acababa de sugerir. El alguacil, mientras tanto, no sabía cómo hacer valer la justicia del obispo por encima de la de la santa. Hizo varios intentos por hablar, pero la mujer que tenía la soga ya estaba arrastrando a su prisionero hacia la puerta en medio de una nube de peregrinos en movimiento. La única persona que no manifestaba tal entusiasmo era el muchacho al que le habían robado la ropa, quien lamentaba que la ejecución hubiera sido aplazada hasta que la santa diese su bendición. El alguacil ordenó airadamente a los guardias que acompañaran al grupo y se volvió aliviado hacia un hombre al que habían capturado en el momento en que metía la mano en la bolsa de otra persona, un asunto poco complicado, ya que todo lo que había que hacer era cortársela y luego colgarlo. Dado su sentido de la pulcritud,

al alguacil le agradaba la idea de que hubiera que sujetar la mano al pecho del hombre antes de subirlo a la horca.

En el interior de la gran catedral, los guardias del obispo fueron un instrumento muy eficaz para despejar el camino. Aunque en aquel momento no se celebraba ningún oficio, el templo estaba lleno de peregrinos, que producían un murmullo continuo con sus oraciones y sus movimientos y ocupaban buena parte del espacio de la catedral formando filas para tratar de llegar hasta las reliquias de la manera más difícil posible: postrándose una y otra vez. Como algunos de ellos habían estado calculando su longitud sobre el suelo desde el momento en que habían salido de sus lugares de origen sin pararse a reparar en las lluvias primaverales, no sólo ofrecían un aspecto que apenas parecía humano cubiertos como iban por capas penitenciales de suciedad, sino que, además, se hallaban sumidos en un estado próximo al sonambulismo adormecidos por el suave mármol de la catedral y la repetición de sus oraciones. Ni siquiera los cabos de las picas que los guardias les ensartaban entre las costillas conseguían hacerles salir del estado al que los habían conducido los muchos kilómetros de polvo, barro y piedras que habían recorrido.

Segismundo, que parecía estar ayudando a la mujer a arrastrar a Benno entre las figuras que subían, bajaban y yacían, estaba, en realidad, impidiendo con mano de hierro que le estrujara la garganta al prisionero. Un trapiés con cualquiera de los penitentes podría ahogarlo antes de que llegara a la horca. Dos sacerdotes se acercaron abriéndose paso entre la muchedumbre arrodillada, impresionantes con sus atavíos ceremoniales verdes y dorados en honor a la santa y temerosos de que pudiera darse alguna situación indecorosa. Uno de ellos, al ver que los guardias del obispo estaban escoltando al grupo, pensó que debía de tratarse de un asunto de la incumbencia de su ilustrísima, por lo que los condujo a una zona comparativamente más despejada delante de la barandilla del altar. Detrás de ésta, sumido en íntima meditación ante las arcas de oro de los relicarios, se hallaba arrodillado el mismísimo obispo de Colleverde.

El tríptico del altar estaba cerrado. Delante de él se había colocado un cuadro en el que santa Bernardina aparecía pisando a unos demonios. Las velas del altar iluminaban su dulce rostro y resplandecían sobre su vestido y su aureola.

La conmoción que levantaban el paso de los peregrinos y la presencia de Benno y su collar había suscitado un cierto interés entre los fieles que no estaban del todo absortos en los rezos, que eran la mayoría. Incluso el obispo, una vez que se hubo persignado devotamente, se volvió con un leve gesto de curiosidad para ver a qué se debía tanto alboroto.

Normalmente el obispo quedaba eclipsado por su mitra, aunque en ese momento, como no estaba oficiando, no la llevaba. Los rojizos mechones de su pelo rodeaban un solideo de seda púrpura tan incongruente como el hábito del mismo color que adornaba sus curvados hombros. Sus ojos, que eran ligeramente saltones, y las contracciones nerviosas que sufría en la nariz y en los labios hacían pensar a la

mayoría de la gente en un conejo antes que en un obispo. Sin embargo, se trataba de un hombre bueno cuyo único defecto era su gusto por las cosas agradables de la vida. Los habitantes de Colleverde querían a su obispo y se sentían molestos cuando, por falta de carácter, salía perdiendo en sus disputas con la princesa Corio.

Tras mirar primero al bobo y luego al grupo de personas que lo rodeaban, la mayoría de las cuales intentaba, con respeto y en voz baja, explicarle la situación, sintió que su temor a que pudiera producirse un escándalo desaparecía en buena medida: el hombre alto que iba vestido de negro y tenía la cabeza afeitada se había acercado a él y, levantándole su lánguida mano, se había inclinado para besarle el anillo.

—Ilustrísima, estamos aquí para encomendarnos a la santa. Este pobre tonto me ha robado y yo lo he perdonado... —El muchacho comenzó a farfullar algo en aquel momento, pero enseguida fue acallado por los demás—. Lo hemos traído aquí para que sea santa Bernardina quien lo perdone.

El obispo Tadeo, que conocía bien semejante práctica, pensó que aquel hombre parecía excesivamente confiado con respecto a su resultado. Fuera cual fuere, no tardarían mucho. Levantó una mano hacia el altar, como si quisiera invitarlos a disfrutar de la hospitalidad de la santa, y los observó con benevolencia, entrecruzando las manos sobre su faja, mientras ellos se hincaban de rodillas. Los guardias, comprendiendo que su posición de firmes llamaba la atención y que se encontraban muy cerca de las reliquias, también se arrodillaron. Segismundo tuvo que evitar una vez más que Benno fuera estrangulado, agarrando la soga en el preciso momento en que la mujer que la tenía se desplomaba en actitud reverente y alzaba las manos y la soga en dirección al cuadro y el resplandeciente relicario.

Una errante ráfaga de aire sopló en aquel instante y las llamas de las velas se encogieron y reavivaron. La mujer, dejando caer repentinamente la soga, se acuclilló y dejó escapar un profundo gemido. Dos de sus compañeros reaccionaron profiriendo un gruñido de expectación; ella alzó los brazos de golpe, soltó un chillido quejumbroso y empezó a balancearse de un lado a otro sollozando ruidosamente.

—¡Se ha movido! ¡Bendita santa Bernardina! ¡Ha sonreído! ¡Ha hecho un gesto! ¡La he visto mover la cabeza! ¡Mirad cómo sonrío! ¡Ha perdonado al ladrón, gracias a Dios!

Un sonoro murmullo recorrió la multitud. Las personas que no habían visto ni oído nada preguntaban qué ocurría, y los que sí lo habían hecho estallaron en gritos de júbilo. El obispo Tadeo, viendo a la muchedumbre, tomó una sabia decisión. Levantó las manos sobre Benno y dijo:

—Ve en paz, hijo mío. Nuestro Señor te ha perdonado como perdonó al ladrón en la cruz en Viernes Santo. Te ha perdonado por la intercesión de santa Bernardina. Bendita sea la santa que nos honra de esta manera y Nuestra Señora, madre de toda compasión.

Uno de los sacerdotes vestidos de verde y oro dio un paso adelante y empezó a

rezar un avemaría, apoyado por una enfervorizada multitud. El jubiloso sonido se extendió por la plaza; mientras algunas personas trataban de enterarse de lo que había acontecido en el interior de la catedral, otras se pusieron a rezar sin que les hiciera falta una razón para ello. La noticia de que se había producido un milagro se difundió rápidamente por todo Colleverde, al igual que la controversia acerca de la clase de milagro que había sido.

Mientras ayudaban a ponerse en pie a la causa del milagro, el ladrón de pocas luces que se había arrepentido, Segismundo lo liberó de su dogal. La mujer que se había mostrado tan ansiosa por colgarlo lo había cogido en brazos con su cara enrojecida bañada en lágrimas y había empezado a cubrirle de besos la hirsuta barba y a abrazarlo *forte et dur*. Algunos miembros de su grupo se sintieron obligados a seguir su ejemplo, aunque hubo quien se excusó dando a entender que besar a Benno era una tortura demasiado severa, y el muchacho a quien le habían robado la ropa se las arregló para tropezarse y darle por accidente una patada en la espinilla.

Ahora que había sido agraciada con la visión de santa Bernardina, la mujer que había empezado la penitencia de los besos no estaba dispuesta a terminarla en la persona de quien había estado a punto de ser su víctima, por lo que dejó a Benno y se dedicó a una tarea mucho más gozosa: besar a Segismundo, a quien cogió por el cuello y atrajo hacia sí. El obispo, demostrando poseer un prudente conocimiento de las posibilidades del éxtasis religioso, desapareció sigilosamente. Un jubiloso eco de Aves inundó la catedral.

Cuando, muy a su pesar, la mujer soltó a Segismundo, éste levantó la cabeza y vio que un hombre que había permanecido postrado sobre el lateral del altar se levantaba. Iba vestido completamente de negro en señal de duelo; aunque su ropa era de buena calidad, nada en ella indicaba que se tratase de un hombre de posición. Entonces se volvió y Segismundo pudo ver su cara, cetrina e intensa, casi salvajemente arrugada, y provista de unas cuencas oscuras en las que brillaban unos ojos igualmente oscuros. El hombre miró al pequeño grupo como si considerara sus bufonadas de mal gusto. Detuvo por un momento su mirada de desprecio en el hombre alto de cabeza rapada y luego siguió adelante, al parecer sin haberlo reconocido. La última vez que Segismundo lo había visto había sido en el momento en que decapitaba al hijo de su esposa. Era el príncipe Livio.

---

## Un mensaje urgente

Máximo había irrumpido en el patio del palacio Corio con una sensación de apremio que, pese a todas las precauciones, no había podido disimular, y en lugar de dirigirse a un mozo de cuadras para preguntar por Segismundo, había acudido casualmente a un paje. Éste, gracias a la formación que tenía, había respondido con amabilidad a aquel extraño polvoriento que lo miraba con ojos desorbitados y había ido a enterarse. Máximo se sentía demasiado nervioso para sentarse en el banco que le había indicado el paje, por lo que se puso a andar por el patio y a observar a un muchacho que estaba limpiando el humeante excremento que había expulsado hacía un momento el caballo gris de Benno antes de ser conducido a los establos de la casa junto al semental pardo de Segismundo. Cuando pasaba por debajo de una ventana, oyó unas palabras que le hicieron detenerse en seco:

—Mañana a Fontecasta.

—¿Dónde está eso?

—No muy lejos. Es donde ha muerto el anciano. Qué oportuno ha sido...

—Oh, sí, muy oportuno. Al cabo de todos estos años...

—Van a empezar a hacer preguntas al respecto.

Máximo no se había parado a pensar en que la muerte fuese oportuna para el cardenal Petrucci. Lo que había entendido era que se sospechaba de una muerte que él sabía que no había tenido lugar. Cuando el paje regresó y le habló, Máximo lo miró con una cara que lo hizo retroceder.

—Los hombres que buscáis no están aquí. Han... —El paje, que se disponía a añadir que los dos hombres volverían al palacio aquella misma noche, se quedó mirando cómo Máximo salía apresuradamente a la calle sin decir palabra. Ahora tenía dos motivos para buscar a Segismundo.

Como no se había encontrado con Segismundo al entrar en la ciudad, salió en dirección contraria, hacia la plaza. Lo más probable era que los dos hombres se hubieran dirigido a la catedral. Era lo más lógico; puesto que las reliquias estaban en la ciudad, ¿quién no iba a querer ir a la catedral?

Sin embargo, no había mucha lógica en la cabeza de Máximo en aquel momento. Lo único que veía era el peligro que se cernía sobre su señor, un peligro orquestado por el perverso cardenal: Fontecasta iba a ser invadida por hordas sedientas de venganza.

Apenas conocía Colleverde. Las pocas veces que había ido allí se había encontrado con una pequeña ciudad de ambiente somnoliento. Ahora, en cambio,

corría hacia el centro de una festiva algarabía y veía en las calles mucha más gente de la que había imaginado encontrar. Le llegaban cánticos religiosos, el sonido secular de una flauta y un tambor y el murmullo de una multitud. Abandonó la calle y se detuvo. Entre el lugar en que se encontraba y la catedral rugía un océano de seres humanos que iban y venían; se sentaban en piedras para comer en grupo; se empujaban los unos a los otros para entrar en la catedral y salir de ella; compraban y vendían, veían a los cómicos, clavaban los ojos en una horca de la que colgaban cinco cadáveres en señal de advertencia y miraban estupefactos la fachada de una casa en que tenía lugar alguna clase de espectáculo. Los enanos aguardaban a que llegase su turno mientras el gremio de zapateros representaba un acto sacramental.

A duras penas, Máximo logró abrirse camino entre la muchedumbre en dirección a la fachada de piedra arenisca de la catedral, con sus torres gemelas y sus hornacinas; cuando llegó a la puerta de la torre norte y ya se imaginaba mirando la congregación que se amontonaba en el interior y distinguiendo sin complicaciones la conspicua cabeza de Segismundo, fue detenido abruptamente por un bedel que regulaba la entrada al templo. Al cabo de unos segundos comprendió que una moneda le permitiría acceder al interior antes que los demás y se apresuró a pagarla.

Miró. Deambuló entre la masa de seres arrodillados y postrados, que continuaba entonando su salmodia. Inspeccionó todos los lugares, pero ni siquiera en las capillas laterales logró distinguir la cabeza. Finalmente se incorporó a la piña de fieles que trataban de salir por la puerta de la torre sur y se encontró de pronto en los escalones, perplejo, con toda la plaza a sus pies. Al igual que en el interior del templo, Segismundo no aparecía por ninguna parte. Un grupo de devotos radiantes de felicidad lo empujó entonces hacia adelante y lo hizo caer sobre la base de una columna en la que estaba sentado un mendigo, a quien a punto estuvo de aplastar.

—Descuidad, mi buen señor. No soy más que un tullido afligido.

—¿Habéis visto...? —Máximo lo observó y, al advertir que la aflicción no era fruto de la ceguera, prosiguió—: ¿... A dos hombres saliendo de aquí, uno alto con la cabeza afeitada y otro pequeño y sucio?

—He visto a cientos, mi buen señor. ¿Cómo iban vestidos? —El tullido cogió un harapo que se llevaba el viento y se tapó el cisco de muñón que tenía en la pierna. Entonces volvió a mirarlo.

—El hombre alto va de negro...

—¡Cientos!

—El pequeño tiene barba y va vestido con un jubón grasiento y unas calzas manchadas...

—¡Cientos!

Angustiado y sin dejar de mirar atentamente la plaza, Máximo se acordó de *Biondello*.

—¿Y un perrito al que le falta una oreja?

—¿Un perro al que le falta una oreja?

—¡El perro! —Otro hombre, que tenía una complicada deformidad, apareció ante ellos rodeando ágilmente la columna.

Un mendigo ciego que estaba sentado al pie de los amplios escalones y tenía una taza de metal colgada al cuello barbotó groseramente:

—¡El perro!

—Ese perro, mi buen señor, no quería otra cosa que meterse en la catedral.

—Seguramente lo que quería era que santa Bernardina le diese otra oreja.

—Lo han echado a patadas.

El ciego, babeando y haciendo muecas con la boca, remedó cómo lo habían golpeado y sus monedas habían salido despedidas en todas las direcciones.

—Eso, eso... Ha cogido a Nello y casi lo manda al suelo. Y luego ha intentado hacerlo de nuevo...

—¡Estaba como loco...! Seguramente lo que quería era que santa Bernardina le diese...

—Otra oreja, de acuerdo. Y cuando han salido...

—¿Los dos hombres?

—¿No os lo estoy diciendo? Cuando han salido, esa pequeña criatura lanuda va y le salta al pecho al hombre más pequeño y lo besa como si fuera un cristiano.

—¿Hacia dónde han ido?

—¿Que hacia dónde han ido? Deberíais haber visto el salto que ha pegado. Ha ido directo al pecho del hombre más...

—¿Hacia dónde han ido?

—Y ha ocurrido un milagro —añadió Nello, sobreponiéndose a su defecto con gran esfuerzo y derrame de saliva—. No os olvidéis del milagro. —Todas las personas que estaban a su alcance se secaron la cara.

Máximo sacó una moneda y se acuclilló al lado del tullido; le entregó la moneda y preguntó:

—¿Hacia dónde han ido?

Dicho sea en su honor, Máximo no llegó a coger al hombre y a sacudirlo de arriba abajo. Sin embargo, no fue sólo la moneda sino también la intensidad de la expresión del hombre que la sostenía lo que hizo que el tullido interrumpiera su relato. Y es que Máximo había empezado a temer que Fontecasta ya estuviese rodeada de espadachines.

En aquel momento, los dos matones que habían intentado con ayuda de un niño y un lisiado llamar la atención de la santa cuando ésta entraba en la ciudad, apartaron de un empellón a Máximo del lugar en que se encontraba. Acababan de salir de la catedral con aire jactancioso siguiendo de cerca a un hombre vestido de negro y fulminando con la mirada a toda persona que se fijara en ellos, como si temieran que alguien se entrometiese en el plan que habían ideado para el hombre al que seguían. Él avanzaba, inconsciente, pálido, ensimismado en su propio tormento.

Cuando Máximo recuperó su lugar, el mendigo le hizo una seña.

—Los hombres a los que buscáis se fueron por aquellos soportales.

Máximo dejó la moneda en la afanosa mano que le tendía el mendigo y se volvió. A punto estuvo de ser arrollado por cuatro enfervorizados enanos que bajaban a toda velocidad por las escaleras de la catedral. Segundos más tarde desaparecieron entre la multitud.

Se encaminó a los soportales. ¿Qué hacía la gente cuando salía de una ceremonia religiosa? Ir por comida y vino. ¿Adónde? A los soportales, donde estaban las casetas y los puestos en que se vendía la comida y el vino. Ver la enorme muchedumbre que allí había no hizo sino acrecentar la inquietud que embargaba a Máximo.

Con mayor prudencia ahora, volvió a mencionar el perrito o, más bien, lo mencionó cuando logró que le hicieran algo de caso. Una mujer sonriente y sudorosa dijo: «Un momento», y se esfumó. Máximo oyó aquella dichosa frase un sinnúmero de veces. El dueño de un puesto le comentó que si bien recordaba al perro, ya que había intentado llevarse una ristra de salchichas, no se acordaba del hombre, tras lo cual se volvió hacia el gentío y empezó a hacer señas.

No muy lejos de allí, en los mismos soportales, mientras Máximo perdía la paciencia en una panadería, Segismundo llenaba por segunda vez unos vasos de vino que había sobre una mesa y se sentaba delante de Benno, quien había logrado apaciguar a *Biondello* acunándolo dentro de su camisa. Tras las atenciones que le había dispensado el chuchó, la cara de Benno aparecía mucho más limpia de lo que lo había estado durante las últimas semanas. Sus ojos, marrones como el barro, estaban arrasados en lágrimas.

—No me puedo creer que me haya salvado. Bendita santa Bernardina. Le rezaré toda mi vida. Ha sido una suerte que esa mujer la viera. Aunque, claro, eso no es suerte, ¿verdad? Es decir, habrá visto a la santa porque ésta se lo habrá permitido.

Segismundo no le dijo que, a falta de tal suerte, él mismo habría tenido una visión parecida... Consciente de que la mujer que había visto a la santa había resultado ser un medio mucho más apropiado y convincente para salvar a Benno, había pedido perdón a la santa por su plan y había aceptado con gratitud la forma en que lo había modificado. No tenía dudas sobre la autenticidad de la visión que había tenido la peregrina. Lo que le preocupaba era algo que también había visto en la catedral.

—Entonces ¿regresamos a la villa? —preguntó Benno—. El problema es que hemos dejado los caballos en el palacio. Tenemos que volver allí, ¿no es cierto? —Examinó la pata herida de *Biondello*, un arañazo decorado con una telaraña que había encontrado en una esquina—. Me preguntaba si conseguirían colgarme antes de que vos apareciérais, aunque sabía que, si llegaban a hacerlo, cuidaríais de *Biondello*. —Dio al perro un trozo de pan mojado en aceite de oliva y observó afectuosamente cómo se lo tragaba de golpe—. Pero qué perrito más listo eres... Qué bien sabías a quién tenías que ir a buscar, ¿eh? Todavía no me lo creo. Menuda suerte he tenido: he visto las reliquias desde bien cerca, algo que ni me imaginaba que podría llegar a hacer. De hecho, cuando salimos, con la prisa que teníamos por marcharnos, ni

siquiera se me pasó por la cabeza que fuéramos a entrar en Colleverde.

—Todavía la tenemos —dijo Segismundo—, pero no podemos irnos hasta que vuelva a ver a la princesa. Espero que no nos entretenga mucho tiempo. —Vacío la jarra de vino en los vasos y dio cuenta del contenido del suyo. Benno, cuyo apetito había aumentado ante la idea de que tal vez no pudiera volver a saciarlo, comprendió que era hora de marchar, por lo que se llevó a la boca el pan sobrante con ambas manos, poniéndose la barba perdida de migas. *Biondello* se ocupó de despacharlas—. Vamos. Tenemos que ver qué hora es. —Benno no esperaba que fuera a explicarle por qué el tiempo se había convertido en un asunto tan acuciante. Sin embargo, Segismundo lo sorprendió haciendo una insinuación al respecto en el momento en que se levantaba—. He visto a una persona que podría estar tan interesada en nuestro muchacho como lo estuvo hace un tiempo en su hermano.

Benno abrió la boca, que aún no había quedado vacía de su carga, tal como solía hacerlo, al tiempo que sustituía la frase «nuestro muchacho» por la de «la señora Minerva» y comprendía lo que le había dicho su señor. En aquel momento, un tambor resonó en la plaza por encima del fragor de la muchedumbre.

—Espero que esa persona esté de otro humor.

Segismundo se cubrió la cabeza con la capucha y, ensimismado, murmuró:

—Iba vestido de luto y estaba tumbado en actitud de penitencia. Los santos pueden obrar toda clase de milagros. —En el momento en que los envolvían las alargadas sombras del atardecer, la campana dio la hora—. Todavía tenemos algo de tiempo.

La velocidad y el volumen del redoble del tambor aumentó.

Los enanos, que ya habían comenzado la representación de la historia del milagro, estaban exclamando en aquel momento: «¡Oh! ¡Mirad el manantial sagrado! Seguro que del cielo habrá bajado».

Ciertas personas acostumbradas a componer pareados adquieren una habilidad alarmante en la materia, de ahí que los espectadores no se mostraran muy críticos cuando algunas de aquellas rimas resultaron ser meras aproximaciones, y su escansión les sonó algo accidentada. Los enanos que interpretaban el papel de peregrinos formaron un grupo y, entre claras alusiones a la necesidad que tenían de darse un baño por cuestiones de higiene, se despojaron de las botas y los jubones. Habían colgado un lienzo pintado debajo del escenario y colocado una tabla en un nivel inferior a las demás, de modo que si descendían, daba la impresión de que se zambullían en una laguna. Uno de ellos exclamó: «No, a esperar me niego. Ahora mismo voy y en las puras aguas me sumerjo», y descendió por la escalera hasta quedar oculto de cuello para abajo. Una vez allí, empezó a lanzar prendas de vestir sobre el escenario. Las calzas, con gran acierto, fueron a parar sobre la cara de otro «peregrino», que se dio una sonora culada («¡Pufff! ¡Cómo apestan vuestras enaguas! ¡Dejadme beber las aguas!»). Mientras tanto, un individuo que los observaba desde detrás de uno de los postes del andamio salió disimuladamente de su escondite, se

acercó a grandes zancadas adonde estaba la ropa, la cogió y salió a toda carrera. El resto de los actores, al ver que el accidentado terreno (representado mediante gráficos gestos por el intérprete del ladrón) les impediría darle alcance («Mis pies descalzos sangran por culpa de las piedras y las matas»), formaron una piña en medio de un gran alboroto. En aquel momento salió a la superficie el peregrino que estaba bañándose y se tapó con la camisa («¡Ay de mí! ¡Mi ropa se la llevó un ladrón! ¿Por qué no me prestas tu jubón?»).

Benno, encantado de verse representado sobre el escenario, se había detenido a mirar. Segismundo, bien por complacencia, bien por interés, se detuvo a su lado. Los enanos vistieron a su compañero con todo un surtido de prendas que no le sentaban bien («¡Por santa Clara! ¡No estoy dispuesto a ponerme una falda!») y se pusieron en camino. Tras dar una vuelta alrededor del escenario llegaron de inmediato a Colleverde, atacaron súbitamente al ladrón y, al tiempo que masacraban unos cuantos pareados, lo bajaron, sogá al cuello y al ritmo de un lento redoble de tambor, del andamio y lo condujeron hasta la horca, con el consiguiente regocijo del público. La sogá fue arrojada sobre la viga y el ladrón empezó a rezar *fortissimo*.

Empujada sin ningún disimulo o cuidado desde la parte inferior del patíbulo, una figura ataviada con galas de lamé, una larga peluca de estopa y una temblorosa aureola apareció sobre el escenario y extendió sus benéficos brazos.

En ese momento, el enano encargado de la bolsa de las donaciones, que circulaba sobre unos zancos entre los espectadores, se acercó a Segismundo. El color de la pequeña moneda que le dio lo hizo objeto de toda una serie de serviles agradecimientos que se apresuró a rechazar.

—No es justo que te hayan dejado fuera, ¿no te parece? —le preguntó Benno mientras se metía bajo el brazo a *Biondello*, al que había mantenido en alto para que viese el espectáculo, y se congratulaba de que los enanos no lo enviaran a la horca.

—Mejor así. Cuantos menos sepan lo que hago, mejor —murmuró Segismundo, cuya atención parecía estar puesta en un resplandeciente arco de cuchillos que subían y bajaban por encima de las cabezas de la multitud al lado de un lejano muro.

---

**«¡El diablo! ¡El diablo!»**

Máximo, espoleado por lo que había oído acerca de Fontecasta, seguía exigiendo a la abstraída gente que le dijera si había visto a dos hombres, incluyendo ahora, tras las experiencias que había tenido y lo que le habían dicho los mendigos, al perrito en la pregunta. No, no y no. Ésa era la respuesta que le daban. Una mujer le había hecho concebir esperanzas al decirle que recordaba haberles visto entrar en la catedral. «Antes del milagro», había añadido.

—¿Qué milagro? —preguntó y siguió adelante. A él sí que le hacía falta un milagro, un milagro que, se temía, sólo Segismundo podría hacer. Trepó al canto de una fuente que había en la calle y oteó la muchedumbre. Ni rastro de la pálida coronilla rapada. En aquel momento se le resbaló una bota. Soltó un juramento y, cual cigüeña, cayó dentro de la fuente sobre un pie. La bota se le empezó a llenar de agua.

—¡Saque su sucio pie de nuestra agua! —lo increpó una mujer, y le atizó un golpe en la cabeza con el extremo de un trapo mojado. Sin esperar a que el oído dejara de zumbarle, Máximo reanudó la búsqueda chapoteando con un pie.

Tenía la impresión de que la gente se mostraba cada vez menos servicial. No se daba cuenta de que aquello era fruto del tono de su voz, que a medida que pasaba el tiempo era más furibundo. Lo que para él era la enésima repetición de una pregunta, para los demás era la primera.

—¿Habéis visto...? —Había llegado casi al final de los soportales. El dueño de un puesto de vino, un hombre orondo que llevaba un delantal con una mancha de color púrpura, se volvió hacia él—. ¿Habéis visto a un par de hombres, uno alto y con la cabeza afeitada y el otro...?

—¿Los del perrito al que le faltaba una oreja?

—¡Sí, sí!

—Claro que los he visto. Se han sentado en aquella mesa de ahí. No han estado mucho tiempo. Acaban de irse.

Máximo se volvió para irse cuando la mano de un hombre acostumbrado a levantar barriles de vino lo cogió por el brazo.

—El hombre de la cabeza afeitada...

—¿Sí?

—Se ha puesto la capucha. —El vinatero imitó con la mano libre el movimiento de echar el brazo hacia atrás y coger la capucha—. Le aconsejo que no continúe siguiendo el rastro de la cabeza.

En cuanto se vio libre del vinatero, Máximo echó a correr a la pata coja entre el

gentío. «Una capucha —pensó—. Como la que llevan la mayoría de los hombres de Colleverde. Santa Bernardina, ¿y si hicieras otro milagro? Acaban de irse. No pueden andar muy lejos». Con gesto de determinación, siguió adelante dando saltos con una pierna. En aquel momento oyó unos aplausos que provenían del andamio y a continuación el redoble de un tambor. Un enano que se había subido al improvisado escenario empezó a gritar con las manos abocinadas delante de la boca. Máximo continuó su camino.

Vio a un hombre alto que llevaba una capucha negra, pero cuando le tiró de la manga para llamarle la atención, se dio cuenta de que tenía barba. Un hombre que se encontraba a cierta distancia entre la multitud resultó ser otro desconocido. La muchedumbre aumentaba por momentos, como si estuviera haciendo sitio para dejar paso a algo, y Máximo se vio impelido contra la base del andamio. Como ya le resultaba realmente desagradable andar con aquella bota, se inclinó y se la quitó para secarla en la medida en que fuera posible y estrujarse los dedos del pie. Entonces, al ver que la muchedumbre incrementaba sus empujones en medio de un griterío ensordecedor y el lento redoble de un tambor, volvió a ponérsela. Al observar que había varias personas debajo del andamio, se metió bajo las tablas y se encaramó a un poste para mirar la multitud, sin darse cuenta de que acababa de aparecer como extra en la segunda representación del milagro y de que su escaso pelo estaba siendo peinado por el pie desnudo del ahorcado que se balanceaba sobre su cabeza. Hacía tiempo que el cadáver había quedado descalzo, ya que los colleverdianos tenían costumbre de aprovecharlo todo.

Un aullido saludó la aparición de Máximo, que coincidió con la ascensión de «santa Bernardina», que había venido a salvar al ladrón de los infiernos. Los actores incorporaron su repentina aparición con regocijo y pericia. En el momento en que Máximo se llevaba la mano a los ojos para protegérselos del sol, alguien con voz de falsete gritó:

—Mirad, Satán en busca del pecado se afana por llevarse a los infiernos nuestras almas.

Mientras los espectadores daban a grito limpio su opinión acerca del diablo que había aparecido ante ellos, una piedra fue a estrellarse contra la oreja de Máximo. Perplejo y furioso, hurtó el cuerpo y sintió que lo atenazaban unos desconocidos, lo empujaban por encima de un brasero que había al pie del andamio y le aplastaban medio pastel pisoteado en la cara. Entre gritos y befas, Máximo fue arrojado a la marabunta, que chilló: «¡El diablo! ¡El diablo!», y sufrió un verdadero calvario de golpes y patadas en el cuerpo, algunos de ellos amistosos.

De pronto, se tropezó de forma totalmente inesperada con el cuerpo inclinado de un peregrino y cayó de bruces al suelo lastimándose una ceja. El peregrino se levantó sin dejar de rezar y volvió a tumbarse en dirección a la catedral. No era el primer accidente que sufría. Estaba ofreciendo sus heridas a santa Bernardina; los demás podían hacer lo que les diera la gana con las suyas.

Al cabo de un minuto, a Máximo le habían robado prácticamente todo lo que llevaba encima y lo habían dejado casi desnudo. Por suerte, un amable ciudadano observó el estado en que se encontraba y lo ayudó a ir hasta la fuente. Un hombre fornido que llevaba un delantal con un manchurrón purpúreo se fijó en él mientras lo empapaban de agua y trataba de enderezarse en la fuente.

—¡Alma de Dios! La pareja que andaba buscando debe de haberle dado una buena tunda —dijo—. Mire, póngalo aquí. Puede sentarse en el banco, así..., hasta que se recupere.

—Han empezado a tocar la campana —comentó alguien. Máximo había pensado que el sonido estaba dentro de su cabeza y se sintió aliviado hasta que oyó las siguientes palabras que pronunció la persona que le había recogido:

—Aunque no sea de la ciudad, va a tener que quedarse a pasar la noche, porque ése es el anuncio de que están cerrando las puertas.

Su señor había hecho hincapié en lo urgente que era encontrar a Segismundo. Si no podía dar con él tendría que valerse por sí solo y ponerse en acción.

—¿Por dónde se va al palacio Corio? —preguntó.

---

## «Conozco vuestro secreto»

Los cuchillos habían dejado de relampaguear cuando Segismundo llegó al muro seguido de Benno. Allí se encontraron con un grupo de personas que, atraídas igualmente por el espectáculo de los cuchillos, habían formado un círculo alrededor de un joven que decía la buena ventura.

En otra ciudad, en otro estado, aquello habría estado prohibido. Sin embargo, uno de los motivos por los que la princesa Corio se quejaba del obispo Tadeo era que mostraba una actitud demasiado tolerante, aunque en realidad ésta no era más que un reflejo de la del duque, de quien se sabía que era aficionado a consultar tanto las cartas como las estrellas. El alguacil, de todos modos, tenía fama de aplicar la ley un día y pasar por alto una infracción el siguiente, lo cual llevaba a un buen número de personas a jugarse el brazo y, en algunos casos, el cuello.

El cuello de aquel adivinador estaba cubierto por una mata de pelo dorado de oropel que caía alrededor de unas facciones hermosísimas, de tal suerte que algunas de las mujeres que se hallaban entre el público ya habían empezado a sacar monedas y a poner cara de embeleso, lo cual era un buen augurio para la bolsa del joven. Había puesto las cartas sobre una tabla apoyada en un barril y mantenía un monólogo incesante en voz suave y con un acento que resultaba difícil de identificar, pero que no se parecía ni por asomo al toscano más castizo.

La túnica que llevaba era azul a la derecha y amarilla a la izquierda; al lado de su mano, sobre la tabla, había una pandereta. De los cuchillos no había ni rastro, salvo la expresión de inquietud que los espectadores tenían en el rostro; tras la demostración que acababa de realizar, sabían que molestarlo sería un error, pues podía sacar alguno de ellos, o todos, sin previo aviso y lanzarlos a donde quisiera.

Si a un ángel caído se le hubiera ocurrido ir a Colleverde a echar la buena ventura, se habría parecido en buena medida a aquel muchacho.

—¡Es Ángelo! —exclamó Benno, entusiasmado, y se puso a dar palmas después de sacar a *Biondello* de la abultada pechera de su deshonoroso jubón, logrando así que el joven posara sus ojos, que resultaban sorprendentemente claros en su pálida cara, en su persona. Pese a ello, ni titubeó en su monólogo ni dio señales de reconocerlo. Una bella muchacha, que con motivo de la llegada de las reliquias lucía el vestido de los domingos, había arrastrado a su novio hasta la tabla para que pagase una lectura de cartas. Ángelo sacó los naipes de la baraja con la velocidad propia de un prestidigitador.

—La reina de copas. —Le dio la vuelta y miró a la muchacha a la cara,

mostrando de manera fugaz una dentadura levemente torcida, algo extraño en una cara con unas facciones tan arrebatadoramente finas—. Esto significa que vuestra naturaleza es dulce como la miel y que tenéis una conducta intachable; y el «buen criterio». Se os avecina una época de cambios, mi bella señora; es muy probable que vuestra fortuna mejore. —El adivino miró entonces con aire pensativo al rubio novio de la muchacha, que se ruborizó al verlo. El siguiente comentario no mejoró la situación—. ¡Ah! ¡El rey de espadas! Una persona de cabellos oscuros disfrutará de vuestra compañía. ¿Y vos, señor? —Su mano se movió con la velocidad del rayo y sacó tres cartas más—. El siete de copas; pronto gozaréis de grandes placeres, señor. ¿Y qué es lo que veo? ¿Un siete de espadas? —dijo con tono burlón. Al ver que el joven ponía cara de fastidio, le dirigió un par de cumplidos y logró apaciguarlo. Ángelo recogió el dinero de la mesa en un abrir y cerrar de ojos y volvió a dar tres cartas para la impaciente matrona que esperaba su turno.

—¡La Emperatriz! Pero bueno, señora, la carta de un ama de casa, de una cocinera que consigue que a su familia se le haga la boca agua con sus guisos, y no es para menos, porque tiene manjares con los que complacerlos. Llenad vuestra casa de verduras y pronto tendréis ocasión de alegraros. Ah, pero aquí tenemos la Moderación. —Sacudió la dorada cabeza—. Tampoco os excedáis. Dejad descansar a vuestro marido de vez en cuando. —El público estaba encantado. La mujer soltó una risita tonta y se mordió el labio inferior. El adivino miró alrededor y vio que Segismundo había llegado a la primera fila y Benno se había escurrido a su lado. ¡Y el tres de copas! La carta de la salud y la alegría. Señora, aunque hayáis sufrido, las benditas reliquias ahuyentarán vuestros males, sea cual fuese su origen. No tuvo más que acercar los dedos a las monedas para hacerlas desaparecer—. ¿Y vos, señor?

Tras lanzar una mirada a Segismundo, que se había acercado a la tabla mientras él daba nuevas cartas, bajó la cabeza y dio la vuelta al naipe que acababa de sacar.

—Ah, el seis de copas. Un viejo conocido podría ayudaros en algún asunto que tenéis ahora entre manos. —Segismundo emitió un murmullo de aprobación al tiempo que los ojos del adivino se posaban nuevamente en él—. Y ahora... la Torre de los Caídos. —Benno observó la carta. En ella aparecía una torre de ladrillos coronada por una nube de la que caían discos de oro. Un hombre vestido de azul se precipitaba a una muerte segura dando patadas de impotencia. Aunque a Benno le pareció que aquello no auguraba nada bueno, Ángelo siguió hablando con su suave voz sin cambiar de tono—: Existe la posibilidad de un accidente. Mi buen señor, tened cuidado, podría ocurrir algo inesperado. —Dio la vuelta a la última carta—. Ah, el Sumo Sacerdote. Cuidad vuestra salud, mi buen señor. Corre peligro. Las cartas no mienten.

En el momento en que los dedos barrían las monedas de la tabla, se oyó un murmullo que pudo significar: «¿Dicen la verdad?».

Segismundo se inclinó como si quisiera examinar los naipes personalmente.

—¡Y ahora me advertís! ¡Yo no sabía que estaba casada! —Sólo Benno pudo oír

el murmullo adicional—: ¿Peligro...? ¿Qué hay de nuevo, encanto? No te alejes. Tal vez te necesitemos.

Ángelo esbozó una sonrisa sincera. La primera vez que Benno había visto a aquel hombre había estado a punto de recibir el impacto de uno de sus puñales en la parte baja de la espalda por culpa de un malentendido. Aunque Ángelo les había servido de gran ayuda con sus cuchillos y al separarse de él en Rocca se habían despedido como buenos amigos, Benno no pudo evitar sentir un escalofrío en la espalda cuando se volvió para seguir a Segismundo. Los espectadores, contentos de que los presagios no fueran muy alentadores, como suele ocurrir cuando el afectado es el prójimo, pusieron cara de compasión mientras los veían marcharse. Una mujer cogió a Segismundo del brazo y le rogó que fuera inmediatamente a ver a la santa para pedirle protección. Benno pensó que aquella mujer no podía imaginarse en qué medida los había protegido ya la santa. Acariciando a *Biondello*, siguió a su señor al trote.

Aunque las cartas que les había mostrado Ángelo no anunciaban nada bueno, también era cierto que no podía recordar ni una sola ocasión desde que conocía a Segismundo en que no hubieran estado en peligro. Su señor, sin embargo, seguía entero. Quien sí que se encontraría en peligro en el caso de que fuera verdad que el príncipe Livio estaba en la ciudad era la pobre muchacha. ¿Y si le hubiera cogido gusto a lo de cortar cabezas? Bueno, al menos estaría a salvo mientras permaneciera en Fontecasta y no se acercase a la ciudad. Quien también corría verdadero peligro, a juzgar por los años de su vida que había pasado como un cadáver, era el señor ciego, aunque Benno no acertaba a imaginar quién lo había puesto en aquella situación. Si la persona que fuera lo descubriese, cabía la posibilidad de que no lo reconociera.

De todas formas, Segismundo encontraría la manera de salir de aquel embrollo. Además, la santa estaba de su parte. Benno lamentaba de veras no haberla visto moverse. Parecía mentira que se hubiera fijado en él...

La noticia de la intervención de la santa en los asuntos humanos, el milagro de la catedral, llegó al palacio Corio antes que Segismundo y Benno. Éste se quedó esperando en una gran habitación en que los mozos de cuadras charlaban mientras limpiaban unas guarniciones, y de ese modo pudo oír todo lo que le había ocurrido al ladrón sin que ninguno de ellos se enterase de que el bobo que se había sentado en una esquina en compañía de un perro y estaba mascando el pan que le habían dado sin acordarse de cerrar la boca era precisamente el ladrón del que hablaban.

Se decía que para Colleverde era muy positivo que hubiera ocurrido un milagro. Sería un estímulo para los negocios incluso cuando las reliquias fueran transportadas a Nemora. Algunos mantenían que como el milagroso cuadro de la santa había sido pintado en la ciudad, allí debía quedarse. Al fin y al cabo, era la pintura lo que se había movido. Los demás, aunque estaban de acuerdo, opinaban que era poco probable que el duque Grifone lo dejase en Colleverde cuando se llevara el resto.

Uno de ellos sugirió, ganándose con ello un aplauso, que el obispo tendría

problemas con la princesa Corio por haber permitido que tuviera lugar el milagro cuando ella no se hallaba presente para verlo.

La princesa, sin embargo, se encontraba de un humor excelente cuando le anunciaron la llegada de Segismundo. Todavía estaba sentada a la mesa del banquete en compañía de su hermano y su sobrino bebiendo vino y comiendo nueces y confites. Un gran fuego, encendido para calentar la gran habitación de bóveda de cañón en aquella fría noche de comienzos de la primavera, ardía en el hogar bajo la piedra grabada que representaba el escudo de armas de los Corio: un escudo, sujetado por los grifos, sobre el que un pequeño animal, posiblemente un armiño, parecía haber tenido un percance con la punta de una daga. La luz de las llamas, realzada por las velas de cera que había sobre la mesa, daba un brillo de rubíes a la seda roja de las vestimentas del cardenal y proporcionaba una cierta calidez a sus afilados e inteligentes rasgos. Aquella noche, la princesa Corio lucía un vestido de damasco verde y plateado los respuntes de cuyas largas mangas parecían escamas rutilantes cuando la luz los iluminaba. Su sobrino, Torcuato, iba de negro, como siempre, y tenía en el rostro una expresión tan airada como astuta. Tal vez la llegada de Segismundo hubiera interrumpido alguna discusión familiar. A modo de consuelo, se había apropiado de una bandeja de peladillas y estaba metiéndose en la boca unas bolitas azucaradas con sabor a agua de rosas cubiertas de pan de oro; el cocinero de su tía había hecho *manus Christi* para el postre del cardenal.

—¿Habéis estado en la catedral? —preguntó la princesa Coria—. ¿Qué es eso que se comenta acerca de un milagro?

—Alguien ha visto a la santa sonreír e inclinar la cabeza en el cuadro mientras estábamos rezando. La santa ha perdonado a un ladrón cuya inocencia estaba en duda.

—¿Vos os encontrabais allí?

Los tres tenían la mirada puesta en él. Segismundo hizo una reverencia.

—En compañía de muchas otras personas, princesa. Ha sido una peregrina quien ha tenido la visión.

—¿Qué miembros del clero estaban presentes? ¿El obispo? —El tono de su voz se había endurecido.

—Su ilustrísima estaba rezando.

—Debería haber mandado a alguien para informarme. Para informarnos —dijo como si estuviese hablando consigo misma mientras daba golpecitos sobre la mesa.

Con un gran susurro de seda, el cardenal se levantó, se calentó las manos por un momento ante el fuego y se volvió hacia él.

—No importa. Mañana hablaré personalmente con la peregrina. ¿Ha tenido alguien más la visión? —Era un profesional quien hablaba. De probarse que el milagro había sido auténtico, habría que ir a Roma a discutir el caso. Torcuato se había levantado obedientemente en el momento en que lo había hecho su tío y, sin dejar de chupar sus confites, se había quedado mirando al visitante con el rabillo del

ojo.

—Nadie ha dicho que la tuviera cuando ha ocurrido, eminencia.

El cardenal esbozó una sonrisa.

—Ah, mañana ya habrá varias personas que afirmarán haberla tenido. Darán la excusa de que estaban demasiado extasiados cuando ocurrió como para decir nada. ¿Dónde está el ladrón?

Segismundo se encogió de hombros.

—Se ha esfumado.

—¡Y no me sorprendería que no volviese a aparecer! —exclamó la princesa con un tono que daba a entender que si ella hubiera estado presente, probablemente habría interpretado el mensaje de la santa de otra manera. Una sonrisa y una inclinación de la cabeza podían significar tanto el visto bueno a la ejecución como el perdón.

—Ya veremos —dijo el cardenal—. Mañana, antes de que el duque llegue, tendremos tiempo para ocuparnos de varios asuntos. Por lo que respecta a esta noche, voy a retirarme a mis aposentos, hermana; desearía que nadie interrumpiera mis meditaciones. —Se inclinó y besó a su hermana en la frente, tendió la mano hacia Segismundo, quien se acercó rápidamente a arrodillarse y besarle el anillo, y se dirigió a las puertas que había en el otro extremo de la habitación dejando que sus faldas flotaran detrás de él. Dos sirvientes abrieron diligentemente las puertas en el preciso instante en que él llegaba, por lo que pudo entrar en la habitación contigua sin necesidad de cambiar de paso. En esa estancia, que era la misma en que Segismundo había sido recibido aquella mañana, había un escritorio sobre el que ardían unas velas.

—Te deseo buenas noches, sobrino —le dijo la princesa a Torcuato cuando éste se disponía a sentarse—. Debo tratar una serie de cosas de las que no hace falta que te preocupes.

Torcuato endureció el gesto. Segismundo había observado que su intento por seguir a su tío había sido frustrado por el propio cardenal mediante una señal con la mano. Ahora, Torcuato quedaba excluido de otro asunto familiar. Si iban a hablar acerca de Fontecasta, Torcuato podría plantear alguna pregunta pertinente y útil, dado que había estado en la villa. Tal vez el sacerdote pensara que los detalles domésticos no iban a monopolizar la conversación que su tía quería mantener con el antiguo agente del duque de Rocca, un hombre que seguramente estaría al corriente de secretos por los que cualquier estado estaría dispuesto a entregar cualquier cosa. Incluso a Segismundo.

Besó maquinalmente la frente de su tía, inclinó la cabeza con frialdad ante Segismundo y cogió el último *manus Christi* de la bandeja cuando pasó por al lado de la mesa camino de la otra puerta que había en la habitación.

Los sirvientes de su tío habían dejado sus puestos junto a la puerta del estudio y se disponían a recoger la mesa. La princesa, sin embargo, les ordenó que se retirasen y, en cuanto lo hubieron hecho, le señaló a Segismundo un gran taburete tapizado que

había cerca del fuego, delante de la silla en que ella se había sentado.

—¿Deseáis algo de vino? ¿Fruta, tal vez? —le preguntó indicando el postre que había sobre la mesa. Segismundo, no obstante, se sentó, sonrió suavemente, apoyó las manos sobre las rodillas y aguardó. La princesa cogió su copa de vino y miró su contenido sin beber, como si pudiera ver el futuro en él. Si lo vio, debió de agradarle. Desde que había llegado, Segismundo se había dado cuenta de que estaba de un humor muy diferente del de la mañana. Algo había ocurrido que la alegraba, que la llenaba de una emoción y una ilusión tan fuertes como la fragancia almizclada que perturbaba el aire en torno a ella. La princesa bebió por fin y lo miró con sus oscuros y brillantes ojos—. Conozco vuestro secreto, señor.

---

**«Hemos de pensar en el futuro»**

Ni un solo músculo se movió en la sonriente cara de Segismundo.

—¿De veras, princesa? ¿Y de qué secreto se trata?

Ella echó hacia atrás la cabeza, que llevaba cubierta con un velo plateado sujeto con alfileres adornados de esmeraldas, y soltó una carcajada al tiempo que daba una palmada y hacía entrechocar los anillos.

—¡Ojalá dispusiera de más tiempo para averiguar más cosas! —Entonces lo señaló con un dedo—. Aunque me temo que el secreto es más bien del difunto señor Giraldi que de vos. —Segismundo arqueó las cejas y ladeó la cabeza. Era la imagen de la perplejidad educada. Ella movió el dedo—. Mi médico me lo ha dicho todo. —Volvió a reír—. Tal vez la muerte del anciano se debiera a un esfuerzo excesivo. ¿No me iréis a decir, señor, que habían guardado tan bien el secreto que no sabíais que el paje, el paje enfermo del que nos hablasteis, era una muchacha?

Segismundo se encogió de hombros.

—No fui yo quien la atendió. Una anciana se ocupó de ella.

—Ya había oído decir que él estaba muerto, aunque supongo que no era más que un rumor que se había difundido para evitar que la gente se entrometiera en su vida. —De pronto adoptó una actitud de severidad—. ¿Por qué no la echaron de casa cuando el señor Giraldi hizo su última confesión?

—Estaba demasiado enferma como para moverse, princesa.

Ella volvió a dar una palmada.

—Os delatáis, señor. Sabíais que deberían haberla sacado de la casa en aquella ocasión. Sabíais que no era un paje.

Segismundo inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa de complicidad.

—Es imposible engañar a vuestra alteza.

—Bueno, ahora ya no importa. —La princesa dejó caer una mano sobre un papel doblado que había a su lado sobre la mesa y alisó el borde con los dedos—. Ya lo han enterrado. Esperemos que su princesa lo haya perdonado. Todos los hombres buscan consuelo en este mundo. —Lo miró fijamente—. ¿Tiene el duque Ludovico intención de buscarse una princesa pronto?

—Alteza, sólo hace unas semanas que...

—Ya, ya... No estoy hablando de su vida privada, sino de política. Un príncipe tiene que poner su estado por encima de todo. Si no fuera así, en Nemora no estaríamos preparándonos para celebrar la anexión de Montenero. —Posó la mirada en el fuego y esbozó una sonrisa, dirigida más a sí misma que al hombre que tenía

delante, cuyo silencio era sumamente interrogativo. La princesa golpeó distraídamente el papel y se volvió hacia él. ¿Creáis que la boda se aplazaría? El príncipe Livio nos ha asegurado hoy mismo que va a traer a su hija a Colleverde a pesar del accidente que ha sufrido su hijo. —Nada en la expresión de gravedad de Segismundo reveló que se hiciera cargo del eufemismo mediante el cual una decapitación había pasado a ser un simple despiste con la espada o de lo extraño que era el que el príncipe Livio estuviese hablando de traer a su hija cuando en aquel momento ignoraba su paradero y, lo que resultaba aún más insólito, que todavía hablara de ella como si fuese hija suya después de lo que había ocurrido. En aquel momento se oyó el enérgico golpeteo de la lluvia en las contraventanas—. Hace ya tiempo que deseamos intensamente que se produzca tal enlace. Tal vez no sepáis que la princesa Minerva estuvo prometida con el hijo mayor del duque, quien murió hace dos años. Como Nemora tenía un gran interés en el enlace, el duque Grifone propuso a Astorre, su segundo hijo. El príncipe Livio lo aceptó. —Se levantó, como si estando de aquel humor no pudiera soportar la inactividad, y, tras hacerle una señal a Segismundo de que se quedara sentado, empezó a pasear por la habitación acompañada por el susurro de sus faldas. Las campanas de la catedral sonaron sordamente entre los tejados—. Ahora que el hijo del príncipe Livio está muerto... — Se detuvo a mitad de la frase. Ahora que el príncipe Livio no tenía heredero varón, en el caso de que no tuviera más hijos con una segunda esposa, la señora Minerva sería la heredera. De este modo Astorre podría hacerse con Nemora y con el estado de su esposa, Montenero—. Naturalmente, la boda no va a celebrarse tal como estaba planeado. El príncipe Livio tiene que llevar luto por dos muertes.

—El príncipe debe de estar profundamente afligido por el accidente.

La princesa volvió a su sitio, se sentó y cogió su copa; al ver que estaba vacía, volvió a llenarla.

—Está loco de dolor por la muerte de su esposa. No es la primera vez que sufre un ataque de esa clase. —Se tocó la boca con un pañuelo de lino bordado que había sobre la mesa y cogió el papel que estaba a su lado—. No era consciente de lo que hacía cuando salió corriendo de su lecho de muerte. Si el pobre muchacho no se hubiera cruzado en su camino en aquel fatal momento... Pero las vueltas que da el destino son muy extrañas, ¿no es cierto?

—Cierto, alteza. —Segismundo se preguntó si la princesa se habría enterado de las desafortunadas vueltas que también había dado el destino del señor Eugenio. Habría recibido la carta del príncipe recientemente, aunque los rumores son más veloces que las cartas de los príncipes incluso.

—Al príncipe ya le había advertido su astrólogo que la conjunción de Marte y Venus iba a ser mala y supondría una amenaza para el estado. Sin embargo, ha tenido mala suerte, pues ha acabado perdiendo a su hijo.

Segismundo admiró el aire de ignorancia que había acompañado aquella frase. La princesa levantó una mano enojada para tocarse el velo que adornaba las gruesas y

oscuras trenzas que llevaba enrolladas por la cabeza, y añadió:

—Hemos de pensar en el futuro. El mundo lo compadecerá.

Segismundo profirió un murmullo que ella tomó por una señal de asentimiento. Sin embargo, la princesa parecía estar ansiosa por conocer su opinión acerca de la reacción que tendría el duque Ludovico cuando se enterara de la repentina muerte de su sobrino.

—El duque Ludovico ha anunciado que no puede asistir a la boda a causa de la reciente muerte de su duquesa. Como su hermana Oralia también ha muerto, el vínculo existente entre Rocca y Montenero no será el mismo. Seguro que el príncipe Livio lamenta que...

—Al parecer está creando un vínculo diferente, alteza —dijo Segismundo cuando la voz de la princesa empezó a apagarse. Ella puso cara de sorpresa y le miró fijamente por un momento. Entonces se echó a reír.

—¡Por descontado! La princesa de Nemora será...

Segismundo aspiró como si oliera algo, dos veces, ruidosamente. La princesa lo miró sorprendida. Ningún manual para cortesanos recomendaba aspirar de aquella manera como una forma de comunicación civilizada. De pronto, sin pedirle permiso, se levantó y alzó el brazo.

Por debajo de las puertas de la habitación del cardenal estaba saliendo una voluta de humo, que empezó a flotar pesadamente en el aire. Entonces la princesa oyó el chisporroteo casi imperceptible del fuego y empezó a gritar. Cuando hizo sonar la campana que se hallaba al lado de la mesa, Segismundo ya había llegado a las puertas. Estaban cerradas con llave. Sin dejar de gritar, la princesa echó a correr hacia las puertas en el momento en que su invitado las abría de una patada. Se detuvo en seco y, dejando de gritar, se quedó mirando sin poder creer lo que veía.

Su hermano la miraba desde el centro de la habitación. Estaba atado a una silla y tenía la cara medio tapada por una mordaza. Las llamas lo envolvían de pies a cabeza, escarlatas como su hábito.

---

**«Tenemos que descubrir alguno de esos secretos»**

Segismundo se dirigió enseguida hacia la cama, cogió la cortina más cercana y la arrancó de un fuerte tirón. En el tiempo que tardó en hacer aquello, un sirviente canoso había entrado corriendo en la habitación (la princesa permanecía inmóvil como si la hubiese mirado la Medusa, con las manos sobre la boca y gritando entre los dedos), había cogido una jarra de alguna parte y había arrojado su contenido sobre las espantosas llamas. Se oyó un siseo; las llamas doblaron su altura y adquirieron un tono azulado. La jarra contenía vino.

Segismundo arrojó la pesada tela sobre el cardenal, lo envolvió con ella y golpeó las llamas. Un humo asfixiante y el hedor a carne quemada, aceite y tela inundaron la habitación. El agua siseó sobre el fuego y los sirvientes apagaron las llamas que lamían el suelo.

Cuando por fin pareció que las llamas estaban apagadas, Segismundo, cuyo formidable cuchillo se diría que había saltado a su mano, cortó las ataduras, liberó al cardenal y le quitó la pesada cortina que cubría su cuerpo.

Cuando hubo hecho aquello, sin embargo, se encontró con que lo que allí había era únicamente el cuerpo y los restos de las vestiduras del cardenal. Sus ojos, a los que les faltaban las pestañas y las cejas, estaban abiertos, pero aparecían sin vida. Frenéticamente, la princesa Corio mandó traer vendas, clara de huevo, aceite y siempreviva al tiempo que arrancaba los restos de la mordaza y con dedos temblorosos descubría que su hermano tenía una bola de tela metida en la boca.

Aunque apenas podía controlarse, saltaba a la vista que la princesa estaba de nuevo al mando de los sirvientes. Ordenó que llevaran a su hermano a la cama e insistió en que se dieran prisa con los remedios.

—Alteza, su eminencia ha muerto —dijo Segismundo.

Ella guardó silencio y se inclinó sobre su hermano mientras la habitación se llenaba de sirvientes, unos llevando vendas y tinajas, otros mirando, susurrando y sollozando.

Segismundo retrocedió, miró alrededor y observó que, desde la última vez que había estado en aquella habitación, se habían producido diversos cambios de poca importancia. Alguien había tocado unos papeles que había sobre la mesa, que ahora estaban arrugados y desordenados; tal vez algunos hubieran sido utilizados para avivar las llamas. Sobre el escritorio también había un cofrecillo de terciopelo rojo burdeos que, pese a ser demasiado grande para contener joyas, parecía el lugar adecuado para guardar algo de valor. La cama estaba prácticamente deshecha; antes

de dejar al cardenal sobre ella, habían apartado la colcha y la almohada estaba medio caída, algo que en un principio había permanecido oculto debido a la cortina que Segismundo había arrancado. Al otro lado de la habitación, en el entrepaño, había una puerta entreabierta.

La princesa ordenó a los sirvientes que se apartaran de la cama. Mientras retrocedían, dejaron paso a unos clérigos que en aquel momento entraban en la habitación. Con ellos venía Torcuato. Segismundo pidió un rollo de venda a una doncella que estaba retirándose y llenó una jofaina con el agua de una cisterna de loza que había en una esquina. Metió las manos en ella y empapó la venda sin dejar de observar atentamente la estancia. Mientras se vendaba la mano izquierda y la muñeca derecha, que se le habían quemado, oyó las palabras con que el médico confirmaba la muerte del cardenal y las exclamaciones de horror y el prometedor acceso de histeria de los sirvientes, que fue controlado de inmediato por la experimentada voz de alguien que daba inicio a una oración. En el momento en que todos los presentes en el dormitorio y en la habitación contigua caían de rodillas, Segismundo se escabulló por la puerta del entrepaño.

Un estrecho y empinado tramo de escaleras conducía a un lugar donde ardía una antorcha. Empuñando el cuchillo, descendió.

Al pie de la escalera se abría una pequeña antecámara en cuya entrada había un hombre tumbado en el suelo con las manos junto a la cabeza, como si fuera un devoto. La puerta por la que se salía al exterior estaba entornada. Segismundo pasó por encima del hombre y miró a ambos lados de la silenciosa calle. Estaba únicamente poblada por la luz de la luna, que brillaba sobre los charcos formados por la lluvia que acababa de caer y sobre la piel de un pequeño y oscuro animal que comía con ahínco en la cuneta. Segismundo cerró la puerta, echó la pesada barra en los encajes e hizo girar la llave.

Se agachó para ver si el hombre que estaba tumbado tenía algo que decir. Su cuerpo, un cuerpo exánime que trató de resistirse a los esfuerzos que hizo Segismundo por levantarlo, tenía su propia historia que contar; el hombre, en cambio, si tenía algo que decir, carecía de los medios para hacerlo. La librea del cardenal, que era de color rojo oscuro y tenía sobre el pecho un distintivo que en un principio había sido gris, estaba ahora teñida de un rojo más intenso y su distintivo aparecía borroso, caliente y pegajoso. La garganta del hombre había sido cortada transversalmente de un tajo limpio que Segismundo consideró propio de un profesional. Dejó suavemente al hombre en el suelo. Apoyado en la pared había un banco, debajo del cual, ocultos en las sombras por efectos de una patada, encontró un par de chapines del tamaño de los pies de una mujer; las palas eran de cuero y estaban adornadas con dibujos y pintadas de verde y rojo. Uno estaba de lado. Sobre su suela de corcho había barro blando.

Mientras subía por las escaleras, Segismundo volvió a percibir el olor, un miasma nauseabundo en el que el olor a aceite quemado, carne chamuscada y humo se

mezclaba con el hedor de la ropa de trabajo. Al entrar en la habitación, vio que los sirvientes y los mozos del patio también se habían reunido para las oraciones. La expresión de sus caras era de estupefacción. Detrás de la puerta había más personas arrodilladas, delante de las cuales se encontraba Benno. Al lado de la cama, Torcuato, vestido con una estola, y el confesor del cardenal estaban administrando la extremaunción.

Segismundo hizo como los demás y se arrodilló al lado del escritorio. Mientras participaba en los responsorios, miró detenidamente con los ojos entornados el cofrecillo que había sobre la alfombra turca que cubría la mesa, el terciopelo de color burdeos y las primorosas bisagras de latón. ¿Se disponía el cardenal a pagar algo? ¿Le habrían pagado a él? Las oraciones le recordaron, sin embargo, que no era dinero con lo que el cardenal debía de estar rindiendo cuentas en aquel instante.

Cuando los sacerdotes terminaron sus primeras oraciones, oraciones a las que las quejumbrosas respuestas y los sollozos habían proporcionado un respetuoso estribillo, Segismundo se puso de pie. La princesa Corio se fijó inmediatamente en él, se levantó con la amenazadora rapidez de una cobra del lugar en que se encontraba al lado de la cama y se quedó observando al vulgo con gesto severo, como si se sintiera asqueada. Jamás hasta ese momento se había reunido semejante chusma en el despacho privado del cardenal. Ya había abierto la boca para ordenar que se fueran cuando vio que Segismundo se abría paso hacia ella. Aguardó. Entonces observó cómo se inclinaba y le oyó murmurar:

—Alteza, ¿no sería mejor que nadie abandonara la casa todavía? No es conveniente que se difunda la noticia de lo ocurrido hasta que averigüemos algo más. Su eminencia conocía a sus asesinos. Estaba esperando su visita. Ni vuestra excelencia ni yo hemos oído un grito o un ruido de lucha.

Ella lo miró de hito en hito y asintió con la cabeza. Sus ojos permanecían inmóviles, como si fueran el vivo reflejo de los de su hermano. Se estremeció. Había empezado a caer en la cuenta de lo que había ocurrido, pese a lo cual seguía controlando la situación. Segismundo dijo entonces.

—El portero que guardaba la entrada privada de abajo ha sido asesinado.

Ella volvió a asentir con la cabeza, como si fuese lo único que cupiera esperar. Apoyó una mano sobre la manga de Segismundo y una vez más, mientras observaba la cama, un temblor atravesó su cuerpo.

—Se hará lo que consideréis correcto. Pongo la investigación en vuestras manos. —Entornó los ojos—. Mi hermano —dijo con precisión— será vengado. No faltarán personas para hacerlo. Sus asesinos sufrirán su misma suerte, aunque no antes de que hayan pedido a gritos la clemencia de la hoguera. —Sus palabras sonaron todavía más tajantes al ser proferidas en un leve susurro. La princesa volvió a cruzar las manos delante con gesto severo, como si quisiera controlar su deseo de levantarlas y agarrar a quien pudiera decirle la verdad para arrancársela a fuerza de suplicios. Por el momento, sin embargo, tendría que conformarse con el hecho de haber encontrado

al hombre que le serviría de instrumento para cumplir dicho deseo.

Poco antes, mientras se arrodillaba piadosamente junto con los demás y observaba a los sacerdotes, Benno había considerado la idea, entre las muchas que le daban vueltas en la cabeza, de que tal vez su señor hubiera pegado fuego al cardenal Petrucci para llevar a cabo un plan que, por otra parte, él no esperaba llegar a comprender. En la habitación había un olor que incluso a él le resultaba algo fuerte. Aunque podía ver el brazo ennegrecido del cardenal sobre la cama, la mayor parte del cuerpo había quedado, a su pesar, oculta bajo la colcha. Lo que sí pudo ver fue que la mayor parte del bello enlucido blanco que cubría el techo había quedado totalmente negro a causa del hollín y se había agrietado.

Aunque por un momento no vio ni rastro de su señor, Benno esperó con fe a que volviera sin dejar de apretar a un tembloroso *Biondello* contra uno de sus muslos; finalmente Segismundo apareció en la puerta que había en el otro extremo de la habitación y se arrodilló con los demás. Al cabo de unos segundos se dirigió a la princesa. No parecía la clase de persona a la que conviniera contrariar. Tenía un aspecto agresivo, pensó Benno, lo cual no dejaba de ser curioso, porque según comentaban algunos sirvientes lo ocurrido había sido obra de demonios, y ella era lo más parecido a un demonio que pudiera imaginarse.

La princesa se acercó al escritorio acompañada de su señor; Segismundo trató de levantar la tapa del cofre que, como no estaba cerrada con llave, se abrió hacia las personas presentes en la habitación. Al igual que los sirvientes, Benno no pudo ver qué había en su interior, pero sí la cara de sorpresa que puso la princesa. Incluso su señor enarcó las cejas en señal de extrañeza. Entonces le preguntó algo a la princesa, quien se encogió de hombros, metió la mano en el cofre y examinó lo que había dentro con aire pensativo. Benno creyó adivinar de qué se trataba: el sonido que producen las monedas de oro al entrechocarse es, probablemente, único. Si el cofre estaba lleno de ellas, habría bastantes como para comprar un par de granjas y sobrarían para amueblar un palacio. Benno sabía muy poco sobre cardenales e imaginaba que tendrían aquella clase de cofres a modo de adorno. Sin embargo, sobre sirvientes sí que sabía, y supo que tendrían todos demasiado miedo de ser excomulgados como para haberse atrevido a tocarlo durante el reciente alboroto.

La princesa cerró la tapa de golpe, hizo una señal con el dedo a uno de los sirvientes que estaban saliendo de la habitación, un hombre fornido con el cuerpo de un oso, y le dijo unas palabras al oído. El hombre cogió el cofre realizando un esfuerzo que lo obligó a endurecer los músculos de la cara y, con la ayuda de otro sirviente al que también había llamado la princesa, lo sacó de la habitación para llevarlo, presumiblemente, a un lugar seguro.

Cuando todos los sirvientes hubieron sido despedidos, Benno, poniendo a su perro a buen recaudo entre sus ropas, se quedó apoyado en la pared del gran comedor con la esperanza de resultar invisible. Tras advertir que el sobrino del cardenal se escabullía cual hurón ante el peligro y los demás sacerdotes y clérigos seguían a los

sirvientes, observó que su señor salía de la habitación del muerto en compañía de la princesa y se quedaba hablando con ella en voz baja cerca del fuego. Al cabo de unos segundos, Segismundo se separó de ella y le hizo una señal con el dedo. La princesa, sin embargo, se fijó en él y exclamó:

—¿Quién es ese bicho?

—Mi sirviente, alteza —dijo Segismundo sonriendo y dándose una serie de golpecitos en la sien con un dedo—. Se habrá perdido buscándome.

Benno le hizo una reverencia, que resultó sumamente torpe debido a la presencia de *Biondello*, y salió apresuradamente de la habitación caminando de espaldas detrás de Segismundo. Estaba acostumbrado a que la aristocracia lo mirara siempre como si acabase de salir de un estercolero.

Segismundo se había detenido en el rellano superior de las escaleras para observar a los sirvientes que bajaban por ellas. Aunque hablaban animadamente, mantenían la voz baja por respeto; el movimiento, los pasos y los susurros producían un ruido extraño. Unos se iban a la cama tal como se les había mandado, otros aún tenían cosas que hacer. Dos mujeres, vestidas con el gris de los Corio, subieron por las escaleras; una de ellas, una anciana que lucía una cofia blanca almidonada, se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano. La más joven llevaba una jarra de agua y una cesta llena de telas blancas y estambre. Las telas blancas estaban enrolladas en vendas. Llevaba, además, unas toallas dobladas al hombro. Segismundo se apartó para dejarlas pasar y ellas entraron en el comedor y desaparecieron de la vista. Benno se preguntó a quién le haría falta lavarse y entonces se dio cuenta de que iban a amortajar al cardenal. No las envidiaba. Sería, pensó, algo parecido a amortajar un pedazo de cerdo asado. Se frotó la nariz y habló con voz queda:

—Lo odiaban a muerte, ¿no es así? Si no, le habrían dado una sencilla puñalada o lo habrían matado como se hace normalmente. —Benno miró a su impertérrito señor para ver si le decía qué iba a ocurrir a continuación. Si el esfuerzo que suponía poner a salvo a la señora Minerva y al señor ciego ya era un plato bastante indigesto para ellos, el exótico plato del cardenal frito podía resultarles realmente excesivo—. No habrá sido alguien de la casa, ¿verdad?

—Mmm. Incluso si se trata de alguien de la casa, el asesino ha tenido que venir de fuera. —Otro par de sirvientes estaba subiendo trabajosamente por las escaleras acarreando un cañizo sobre los hombros con gesto de determinación—. Había un hombre que vigilaba la puerta por la que se sale a la calle desde la escalera privada de su eminencia. Supongo que estos sirvientes van a recoger su cadáver. Quien haya entrado por esa puerta no quería que lo reconocieran.

—¿Entonces le han matado por el oro que hay en el cofre?

—Si ésa es la razón, ¿por qué no se lo han llevado? La princesa no sabe nada del dinero, y eso que se trata de una pequeña fortuna. Tú, mi buen Benno, podrías llamarla incluso una gran fortuna. Tal vez alguien haya pagado por el placer de ver al cardenal envuelto en llamas. Hay muchas preguntas que hacer. —Segismundo se fijó

nuevamente en la gran escalera y siguió hablando por encima del hombro—. Empezaré por los sirvientes. Todo hombre, incluso los cardenales, tiene a un sirviente que sabe prácticamente todo acerca de él.

«Yo no», pensó Benno, orgulloso de ser una excepción. Su señor era un misterio tan grande como los que se ocupaba de resolver; Benno no sabía siquiera de qué país venía. De Italia no, de eso estaba seguro; aunque había oído dialectos del italiano tan extraños que apenas si había entendido una palabra, sabía que el toscano que hablaba Segismundo no se parecía a nada que él hubiese oído antes. Benno no sabía muy bien qué otros países había. Hasta hacía bien poco, apenas había salido de su ciudad y se había quedado sorprendido y maravillado al enterarse de que existían otros países en el mundo.

Contaba, no obstante, con un dato, que se dispuso amablemente a dar.

—Tendréis que hablar con Battista entonces. Es el sirviente personal del cardenal. Da órdenes a todo el mundo y es tan desagradable como la princesa, según dicen. Lleva años con el cardenal. Uno de los mozos me ha dicho que si no fuera porque conoce tantos secretos lo habrían despedido hace ya tiempo.

—Bien, Benno. —Segismundo lo cogió del hombro y dijo—: Busca a Battista. Dile que vas por orden de la princesa. Tenemos que descubrir alguno de esos secretos.

—Nosotros también tenemos unos cuantos, ¿verdad? —Benno se llenó inocentemente de orgullo al pensar en las personas que se encontraban en Fontecasta.

—Esperemos que así sea y que no los hayan descubierto. —Segismundo se volvió y se inclinó sobre la balaustrada—. La princesa me ha dicho que la boda de la señora Minerva no va a ser aplazada a pesar de las muertes de su madre y su hermano.

Benno lo miró con los ojos desorbitados.

—Pero eso es imposible. Ella está...

Segismundo le indicó con el dedo que guardara silencio.

—Eso es lo que nosotros pensamos, pero no es difícil conseguir información de un hombre o una mujer cuando se utiliza el látigo. Tal vez él confíe en poder encontrarla a tiempo. —Levantó nuevamente un dedo al ver que Benno se disponía a hablar—. Yo, por mi parte, confío en Máximo. Si se da una situación de peligro, basta con que siga mi plan para que esta noche estén a salvo. Por la mañana, cuando se abran las puertas, los traeremos a la ciudad.

—Pensaba que habíais dicho... —El tono de Benno no era de reproche, pero la conclusión a que había llegado lo intranquilizaba—. Pensaba que habíais dicho que... —Iba a decir «príncipe», pero al ver que iba a pasar a su lado otro sirviente y que Segismundo sacudía levemente la cabeza, continuó en voz baja—: ...Que él había matado al muchacho porque no era su hijo, pero son gemelos, así que ella... Lo que quiero decir es que ella no puede...

Segismundo sonreía.

—Una lección táctica. Si necesitas una hija para unir dos estados mediante matrimonio y no tienes tiempo para engendrarla, has de recurrir a lo que tienes.

—¿Pero cuando se descubra que no la tiene...?

—Tiene tiempo hasta el domingo y hoy viernes debemos atender al asunto que tenemos entre manos y dejarlo a él con sus rompecabezas. A la princesa Corio le apetece dar unos cuantos azotes... Empezaremos por el tal Battista.

---

## «Me refiero a magos»

Si Battista era el hombre que conocía los secretos del cardenal, se debía a que no estaba dispuesto a revelar ninguno de ellos. Sus labios formaron una línea descendente en su arrugado y desabrido rostro, como si el peso de un candado invisible tirara de ellos.

—¿Su eminencia? No tengo nada que decir sobre su eminencia. ¿Quién os ha sugerido que me preguntéis? —Sus ojos, que eran redondos e inesperadamente claros y tenían los párpados inferiores caídos, lo miraron con obstinada desconfianza.

—La princesa desea, al igual que todos los que amaban a su eminencia, que se haga justicia con los villanos que han causado su muerte —dijo la profunda voz en tono razonable—, y me ha ordenado que la investigue.

Battista metió los dedos en una escudilla de grasa de ganso que un muchacho le había traído de la cocina y se untó las ampollas que tenía en las manos. Tenía una mancha de hollín, por debajo del recortado flequillo canoso. Segismundo, que seguía teniendo la mano izquierda y la muñeca derecha vendadas con telas empapadas en agua fría, aguardó. Su larga experiencia le había enseñado que el arte de interrogar consistía a menudo en no hacer preguntas. Las respuestas que no se dan por culpa de las preguntas salen a la luz gracias al silencio. Al cabo de unos segundos, Battista soltó un gruñido, que tanto podía ser de irritación como causado por el dolor que le producían las quemaduras.

—Nunca los capturarán. En una ciudad como ésta, llena de peregrinos y extraños... —Con la cara que puso, el sirviente dio a entender que Segismundo pertenecía a estos últimos.

—Esta noche no podrán huir. Las puertas de la ciudad ya están cerradas.

—¿Y mañana? —La sonrisa de sarcasmo que le brindó Battista no desentonó nada en su cara—. ¿Acaso esperáis que el alguacil registre por su cuenta todos los cargamentos de coles? Existen muchas formas de entrar y salir de cualquier sitio. —Asintió con la cabeza, como si supiera de qué estaba hablando.

Sin pedir permiso, Segismundo entró en la pequeña habitación y se sentó en un taburete. Battista se volvió para mirarlo airadamente por lo que acababa de hacer. Estaban casi tocándose. Segismundo no era un hombre de tamaño despreciable y la habitación, a la que se accedía directamente desde los aposentos del cardenal, se parecía más a un armario que a lo que se suponía que era. En las paredes había varios estantes en los que se habían colocado unas cuantas prendas de vestir dobladas, un juego de cama y una serie de tazas y platos como los que utilizaría un cardenal; en el

de más abajo, que era el mayor de todos, estaba la escudilla con la grasa de ganso, al lado de la cual había una jarra de vino, una taza de barro y varias castañas diseminadas sobre un plato de loza de brillantes tonos amarillos y azules en la que se veía a Eva cogiendo la manzana que le ofrecía la serpiente. Tanto la manzana como la serpiente eran de color verde veneno. Posiblemente el plato habría sido arrumbado a causa de la enorme grieta que lo atravesaba. Segismundo aventuró que el plato habría sufrido aquella grieta al ser arrojado contra la cabeza de Battista.

Segismundo estiró un brazo y cogió una castaña. A una persona también se la puede obligar a hablar a fuerza de irritarla.

—¿Tenéis una idea, entonces, de quiénes pueden ser esos villanos?

—¿Una idea? ¿A quién le importan las ideas? El cardenal está muerto —replicó Battista.

Segismundo se comió la castaña, saboreándola con gusto, y cogió otra. Battista se había inclinado sobre la estantería que había encima del plato, pero no pudo impedirselo.

—Sí, pero quemado vivo —dijo Segismundo—. ¿Quién puede ser capaz de hacerle semejante cosa a un cardenal? —Aunque el tono de su voz estaba desprovisto de sarcasmo, el comentario le valió una fulminante mirada por parte de Battista.

—¿Quién? Alguien que haya visto a otra persona morir de la misma manera.

Segismundo asintió lentamente con la cabeza mientras pensaba en lo que acababa de oír.

—¿Un hereje?

—¡Herejes! Es en España donde queman a los herejes. Me refiero a magos, a la magia negra... —De pronto se interrumpió. Había caído en la cuenta de que estaba hablando.

—Mmm... Así que fue un mago quien quemó al cardenal.

Battista sin embargo, le dio la espalda y con cara de pocos amigos siguió aplicándose grasa de ganso en las heridas; entonces oyó reír a Segismundo y se volvió rápidamente.

—De manera que el mago surge de su pira como si fuera el ave Fénix y viene a quemar al cardenal —dijo Segismundo—. Guardaos ese cuento para la cocina o para asustar los mozos. Fueron manos humanas las que ataron al cardenal a la silla, lo amordazaron, le echaron aceite encima y le pegaron fuego. Dos pares de manos humanas como mínimo.

—Claro que fueron manos humanas. Aunque no podían salvar a Antonello de la hoguera, al menos podían vengarle.

—¿Antonello? ¿Es él el mago? Entonces no hubo ningún truco que le permitiera alzarse en el aire entre cadenas y llamas.

—Fue un idiota, por no decir algo peor, al advertirle a su eminencia que moriría antes de que acabara el verano.

Segismundo sacudió la cabeza lentamente. Los hombres se miraron el uno al otro.

—Alguien ha puesto los medios para que se cumpla la profecía, Battista. ¿Quién ha podido ser?

—No sé sus nombres. —Extendió sus relucientes manos y las miró—. Asesinos, matones, hombres que dicen estar dirigidos por Achille Malvezzi, un amigo de los herejes.

—¿Por qué habrían de querer esos hombres vengar a Antonello? —Segismundo cambió cómodamente de posición y se apoyó en la pared mientras Battista le acercaba el plato de loza con el antebrazo y con gesto escrupuloso cogía una castaña.

—Porque le auguró éxito a Malvezzi y le curó a su hijo una fiebre que estaba matándolo.

—¿Así que el tal Antonello también era médico?

—Un mago, como os he dicho. Sanaba con ensalmos. Hace un año, más o menos, el cardenal se puso enfermo. Como sus médicos no lograban curarlo, llamaron a Antonello, en secreto, por descontado. Curó al cardenal, claro está, pero cometió el error de hacer más de lo que le habían pedido. —Battista volvió a sonreír sarcásticamente—. El muy tonto... A ninguna persona le gusta que le digan cuándo va a morir.

Segismundo, pasándose la mano por el cráneo rapado desde las cejas hasta el cogote, dijo con aire pensativo:

—¿Y estos matones intentaron rescatar a Antonello antes de que lo quemaran?

—Oh, llegaron demasiado tarde. Lo organizaron muy mal y uno de los hombres de Malvezzi fue capturado y ejecutado en la horca.

—Un motivo más para vengarse. —Segismundo guardó silencio con gesto meditativo. Battista, apoyándose en la estantería, lo observó mientras la luz de la pequeña lámpara de aceite parpadeaba sobre su cara y vio cómo sus oscuros ojos se posaban sobre los suyos—. ¿Dónde ocurrió todo eso?

—En Bibbiena. Pasamos por allí hace sólo una semana, cuando traíamos las reliquias de Roma. —Battista hizo una pausa para subrayar sus palabras—. Alguien dejó clavado un trozo de papel en la puerta de la catedral de Bibbiena en el que ponía: «El fuego del infierno te aguarda, Petrucci». A su eminencia no le supo nada bien.

Segismundo soltó uno de sus murmullos en tono descendente al tiempo que recordaba una vez más la expresión de astucia y desdén del cardenal.

—¿Y no hay nadie más a quien pudiera beneficiar la muerte de vuestro señor? ¿Nadie perteneciente al servicio de la casa o a su familia que lo odiara?

—¿El sobrino...? —El sarcasmo de la sonrisa de Battista era evidente ahora—. Ése se cree capaz de expulsar a Dios de su trono. Nada de lo que hiciera su eminencia le bastaba, y no quería depender de él.

—Con la protección de su eminencia seguramente habría llegado lejos.

—El problema no era hasta *dónde* llegaría sino *con qué rapidez*. No estaba dispuesto a esperar. Siempre andaba detrás de su eminencia a ver si lo ascendía.

Segismundo sacudió la cabeza y se levantó como si fuera a irse. Su presencia

llenó la habitación. Battista se escurrió cautelosamente apoyándose en la pared.

—¿Y qué me decís de la mujer que ha venido esta noche?

—¿La mujer? —Battista se las arregló para coger otra castaña y contestó lacónicamente—: Su eminencia ya se había retirado. A nadie se le daría audiencia.

El murmullo de Segismundo era desaprobador.

—No me refiero a alguien que tuviera que pedir audiencia. En el caso del que hablo, si alguien hubiese tenido que pedir un favor, seguramente habría sido su eminencia.

Battista se indignó.

—¡Su eminencia jamás tuvo que pedir una mujer! —exclamó—. ¡Se le echaban al cuello! —De pronto se dio cuenta de que estaba metiéndose en un terreno moralmente resbaladizo y guardó silencio. Segismundo siguió hablando tranquilamente.

—Los cardenales siguen siendo hombres a pesar de los votos. Todo el mundo lo sabe. Incluso el Santo Padre es un hombre. —Apoyó un dedo en el pecho de Battista—. ¿Qué sabéis acerca del dinero?

Battista lo miró de hito en hito.

—¿Del dinero? ¿Qué dinero?

—¿Iba a pagar su eminencia a alguien por sus servicios esta noche?

El sirviente lo miró con la expresión que habría puesto si, de haber tenido bien las manos, se hubiera rascado la cabeza.

—Si iba a hacerlo, no me lo dijo. ¿Por qué?

—¿Sabéis si alguien iba a prestarle un servicio al cardenal esta noche? ¿Un servicio que hubiera que pagar con un cofre de este tamaño? —Segismundo le mostró con las manos el cofre invisible, que Battista miró con gesto airado—. ¿Un cofre forrado con terciopelo de color rojo burdeos?

—No sé nada de ningún dinero ni de ningún cofre... ¿Un cofre con mucho dinero, decís? —Su tono era de sorpresa e indignación consigo mismo por haberse sorprendido. Battista esperaba estar al corriente de semejantes cosas—. No llevamos ningún cofre de esas características durante el viaje. Me habría enterado. Como es lógico, llevamos mucho oro a Roma para comprar las reliquias, pero eso no era asunto de mi incumbencia. Había guardias para ello. De todos modos, la llave del lugar en que se guarda el dinero de su eminencia, exceptuando las pequeñas sumas que tenía en su escritorio, la tengo yo. —Dio un golpecito a la pechera de su jubón, dejando una mancha de grasa sobre la representación del capelo cardenalicio que servía de distintivo—. Su eminencia confiaba en mí. —Había sido un triste alarde que tal vez ni siquiera fuera verdad. El cofre podría ser una prueba de lo contrario.

—Volvamos a la mujer que ha estado aquí esta noche. ¿Ha venido alguna otra vez?

Battista titubeó. La proximidad de Segismundo resultaba agobiante. Dar una respuesta parecía inevitable. Se encogió nuevamente de hombros, se apartó todo lo

que pudo y se aplicó más grasa en la mano.

—La veía siempre que venía a Colleverde. Era su favorita.

—Así que sabéis quién es.

—Una cortesana. Polissena. Muy discreta.

—Y el sirviente que vigilaba la puerta privada que da a la calle ¿tenía órdenes de dejarla entrar esta noche?

—Su eminencia no me daba todos los detalles. —Por la expresión y el tono de resentimiento de Battista, tal vez hubiera algo de rivalidad a ese respecto entre él y el hombre al que le habían cortado la garganta.

Al igual que si estuviera dándole la bendición, Segismundo le brindó una sonrisa de oreja a oreja y, como por arte de magia, sacó una moneda de oro y la deslizó delicadamente bajo la mano herida de Battista, que éste había apoyado sobre la estantería.

—Informaré a la princesa de la gran ayuda que me habéis prestado. Supongo que encontrará un lugar para vos en su servicio.

La opinión que a Battista le merecía aquella posibilidad se puso de manifiesto en la línea descendente que se dibujó en sus labios, pese a lo cual se metió la moneda en la bolsa y soltó un gruñido que tal vez fuese de agradecimiento. Segismundo se acercó a la puerta, levantó la cortina de cuero, se volvió y preguntó: ¿Llevabais mucho tiempo al servicio de su eminencia?

—Once años.

—¿Un trabajo sencillo?

—Me exigía que lo hiciera lo mejor posible —dijo Battista, y con tono cercano al desafío, añadió—: Su eminencia no soportaba la compañía de idiotas.

Segismundo, haciéndose cargo de aquella muestra de autoestima, inclinó la cabeza.

—¿Por qué habéis arrojado vino al fuego? —preguntó con suma naturalidad.

—¿Pensáis que lo he matado? La jarra de agua con que se lavaba siempre ha estado en ese lugar. Me enteré de que había cogido la jarra equivocada en el momento en que lanzaba el vino. ¿Por qué habría de matarlo? ¿Adónde pensáis que voy a ir ahora? ¿Qué voy hacer sin mi señor? —Corrió la cortina de cuero de golpe y se quedó encerrado en su cuarto.

Segismundo, deteniéndose por un instante antes de alejarse, oyó el quejumbroso y entrecortado sonido de un llanto. Tal vez Battista pensara que conocía los secretos de la vida del cardenal, pero no parecía que supiese el secreto de su muerte.

---

**«¡Tenemos al asesino!»**

Segismundo había levantado la mano para llamar a la puerta de enfrente, la de la habitación de Torcuato, cuando oyó un tumulto en la planta baja. Dando unas zancadas por el pasillo, se acercó al rellano que había encima del vestíbulo de entrada a la casa, se asomó a la balaustrada y vio un movimiento de antorchas y sirvientes. El obispo Tadeo había llegado.

Como las principales metas del obispo en este mundo eran llevar una vida tranquila y evitar a la princesa Corio, las circunstancias que se estaban dando en aquel momento eran para él una pesadilla. Al ser el cardenal quien había muerto, de manera, además, violenta e innecesariamente ostentosa, toda la responsabilidad de encontrar a los asesinos recaía sobre él, ya que era el clérigo de categoría más alta que había en Colleverde en aquel momento. Evidentemente, eso significaba que estaba obligado a ponerse a las órdenes (difícilmente podía considerarse una petición) de la princesa, ver el cadáver (estaban conduciéndolo arriba), expresar su consternación (que era considerable), rezar al lado de su cama (del que se retiraría en cuanto pudiera sin faltar a la decencia) y asegurar a la princesa que su alguacil ya estaba interrogando a todos los forasteros que se alojaban en las posadas y ventas de la ciudad y que «al no tener el testimonial de su obispo, no pueden ser considerados auténticos peregrinos».

—¿Y si los autores del crimen se hacen pasar por peregrinos? —Sólo habían pasado diez minutos desde su llegada y la princesa ya había conseguido que se sintiese un incompetente; al cabo de un cuarto de hora, el obispo se esforzaba por ahuyentar de su mente la idea poco cristiana de que los asesinos hubieran aprovechado la hoguera del cardenal para acabar con su hermana—. Mi hermano será expuesto en una capilla ardiente en la catedral.

El obispo estaba contemplando con gesto sombrío los restos del cardenal, que las mujeres del servicio de la princesa habían amortajado y preparado sobre su cama lo mejor que habían podido. La cara carbonizada, desprovista de pestañas y cejas, dio al obispo una idea muy desagradable de lo que *no* podía ver y una idea mucho más clara de los fuegos del infierno que la que había tenido hasta ese momento. Había dicho sus oraciones fervientemente. Era difícil evitar hacer conjeturas acerca de si en aquel instante el alma del cardenal estaba corriendo la misma suerte que la que había sufrido su cuerpo. Cabía suponer, y temer, que su eminencia había muerto sin recibir la absolución. Y se sabía que era un hombre mundano.

Al obispo le inquietaba, además, un problema de tipo práctico: ¿cómo iban a

arreglárselas para presentar sus restos en una capilla ardiente?

—Claro, claro. Mandaré a varias personas para que se encarguen de ello. Se hará todo lo que se debe hacer, alteza; su eminencia recibirá todo lo que la Santa Madre Iglesia pueda darle. Ya están celebrándose misas por él en la catedral. En cuanto me enteré de que...

—Claro, claro... El Santo Padre también ha de ser informado de inmediato.

—Enviaré un despacho a Roma enseguida.

El obispo, que había ladeado la cabeza en un gesto conciliador, se inclinó hacia la princesa, deseando poder coger su frasco de perfume para impedir que su olfato sufriera el terrible hedor a carne quemada que todos los ungüentos y hierbas que se habían arrojado al fuego no habían logrado disimular.

Se lo pensó dos veces. Tal vez fuera considerado una falta de tacto.

Otra voz se coló en aquel momento en la conversación.

—¿No convendría, tía, que fuera yo a Nemora? Debería ser un familiar quien le diese al duque una noticia tan terrible como ésta; alguien que haya estado en la casa en el momento de lo ocurrido. —Torcuato, que tenía las manos unidas como si todavía estuviera rezando, inclinó asimismo su cuerpo hacia la princesa y lanzó una mirada de soslayo al obispo como si quisiera darle a entender que cualquier mensaje que él mandara no valdría de nada.

—Te necesito aquí. No van a faltarte cosas que hacer —le dijo su tía antes de que el obispo pudiera secundar la propuesta—. Ayudarás al señor Segismundo a encontrar a los demonios que han matado a tu tío.

Por la expresión de Torcuato, que por regla general hacía pensar que acababa de morder un limón verde, quedó bien claro que no le hacía ninguna gracia tener que desempeñar una vez más el papel de burro de carga.

—¿Creéis, tía, que es prudente confiar la investigación a un desconocido?

—Ese hombre salvó al duque de Rocca de sus enemigos, sobrino.

—¡Los enemigos de Rocca no son los enemigos de Nemora! ¡Tal vez lo hayan mandado a cometer el asesinato!

—Estaba conmigo cuando ocurrió, idiota.

—Hay gente a la que puede encargársele hacer semejante cosa.

—Fue él quien descubrió el fuego; además, apagó las llamas con sus propias manos. No quiero volver a oír hablar de este tema, sobrino. Ya le he dicho que se encargue de la investigación.

El obispo había estado escuchando la discusión entre la princesa y su sobrino con gesto de afable perplejidad.

—¿Segismundo?

La princesa levantó una mano e hizo una señal con un dedo. De entre el gentío que había en la puerta surgió un hombre alto, de anchas espaldas, vestido de negro y con la cabeza rasurada que al obispo le hizo recordar un episodio reciente. Cuando el hombre se arrodilló para besarle el anillo, se acordó de quién era exactamente.

—¡El milagro de hoy! Estabais con el peregrino que vio moverse a la santa. Fuisteis vos quien llevó al ladrón a la presencia de la santa para que lo juzgara. —El obispo estaba satisfecho tanto consigo mismo por haberse acordado (entre las muchas cosas que no se le daban bien estaba el recordar las caras de la gente) como con el hombre por lo que había hecho. Un milagro ayudaría a todos los descreídos y relapsos de Colleverde, que, en su experiencia episcopal, habían sido muchos.

—Eso no tiene importancia ahora. Debéis ordenar a vuestro alguacil que preste ayuda a este hombre.

—Ah, sí. —El obispo conocía a su alguacil y no esperaba que aquella colaboración fuera a hacerle gracia—. ¿Y tenéis alguna idea, señor, de quiénes han podido cometer un crimen tan terrible como éste?

—En este momento, ilustrísima, no es posible decirlo, pero no me cabe duda de que, con la ayuda de Dios, los encontraremos.

El obispo se relajó al ver a aquel hombre tranquilo de aspecto poderoso y voz sosegada. Escuchándolo, tenía la sensación de que casi podía creer que se haría justicia, pese a que indudablemente iban a necesitar la ayuda divina para encontrar al culpable en aquel momento en Colleverde. Tenía verdadera confianza en que la santa volvería a ayudarlos.

—Que Dios os acompañe y que vuestros esfuerzos tengan fruto, hijo mío. El diablo no puede vencer cuando disponemos de las armas de nuestra Santa Madre Iglesia.

Segismundo se arrodilló una vez más e inclinó la cabeza. El obispo respondió con una bendición, mientras la princesa Corio, agarrándose las muñecas, se movía nerviosamente a su lado presa de la impaciencia. Cuando el obispo hubo terminado, cogió a su sobrino por el brazo (algo que evidentemente a él no le sentó nada bien) y le volvió hacia Segismundo, quien había vuelto a ponerse de pie.

—Dile todo lo que has visto, sobrino, hasta el menor detalle. —La expresión de la princesa daba a entender que aquella sería toda la información que Torcuato sería capaz de facilitar—. Incluso los pequeños detalles pueden resultar útiles. ¿No tengo razón?

—Princesa... —Segismundo hizo una reverencia.

El obispo ya estaba impaciente por irse y descansar un poco antes de que el alba le trajera las nuevas molestias y órdenes de la princesa y le anunciara qué tenía que preguntar a su alguacil acerca de la marcha de la investigación. El consuelo que le quedaba era que la princesa parecía haberle dado buena parte de la responsabilidad del caso al forastero que había presenciado el milagro. El obispo hizo votos porque la santa no extendiera la caridad que había mostrado con quien había robado la ropa a los peregrinos a quienes se dedicaban a quemar cardenales. La caridad cristiana debía tener sus límites. Entonces le vino a la cabeza la idea de que al menos no tendría que lidiar con el cardenal en aquella molesta ocasión, idea que se apresuró a ahuyentar. Afortunadamente todavía no se había parado a pensar en que, al haber muerto su

eminencia, él pasaba a ser el encargado de organizar la boda del hijo del duque Grifone, y que tendría que hacerlo bajo la atenta mirada del mismo duque y la princesa Corio.

Mientras ésta acompañaba al obispo a la puerta, Segismundo aprovechó lo que probablemente fuese la única ocasión que tendría de interrogar al sobrino sin ayuda de su tía. Siguió a Torcuato a su habitación, que al igual que la del cardenal hacía las funciones tanto de dormitorio como de estudio, si bien era mucho más pequeña y estaba decorada más modestamente. Se veían varios libros apilados en la repisa que había encima del escritorio y, sobre éste, diversos papeles diseminados y enrollados. La esterilla que había delante del escritorio estaba más gastada que el terciopelo del reclinatorio, el cual se hallaba situado en una esquina debajo de un crucifijo que colgaba de la pared. Enfrente, y extendido por detrás de la cama, un tapiz oscurecía la habitación con sus sombríos tonos verdes y marrones. El tema, todavía clásico pero repugnantemente oportuno, era el de Hércules en el momento en que se retuerce en la llameante túnica de Neso. Torcuato permaneció cerca de él sin que pareciese consciente de la alusión; probablemente haría tiempo que no se fijaba en él.

—Me temo, señor —dijo mirándolo con disgusto—, que mi tía ha debido de llevaros a conclusiones erróneas al deciros que yo podía ayudaros en algo. —A la luz de la llama que ardía en la lámpara, su rostro, anguloso y bien parecido, parecía más pálido que nunca—. En realidad, he visto menos que vos, ya que he acudido a la habitación al oír el grito de mi tía y sólo he podido ver el final de la tragedia.

—Entonces ¿estabais aquí cuando se dio la voz de alarma?

—Por supuesto —respondió Torcuato, ofendido, como si Segismundo hubiera insinuado que había estado en el establo o la cocina—. Mi tío no es... no era la única persona que tenía que quedarse levantado hasta altas horas de la noche para trabajar. —Señaló su escritorio—. Estoy preparando un informe acerca de la acogida que han recibido las reliquias para el cardenal Zampata, de Roma, quien está investigando ciertas tendencias ateas sobre las que ha oído rumores en Nemora. —Torcuato había dado la explicación con una ligera condescendencia y a fin de indicar el hecho de que gozaba de la confianza de las altas esferas. Aquel forastero había tenido ocasión de ver qué actitud tenía la princesa hacia él, pese a lo cual, se mostraba serio y debidamente respetuoso.

—¿Creéis, padre, que su eminencia, vuestro tío, podría haber sido la víctima de semejantes librepensadores? —La cabeza rapada en combinación con aquellas espaldas le daban un aire curioso: parecía un matón culto. Torcuato estaba sorprendido de que su tía, que al igual que su tío sospechaba de todo el mundo, se fiara de aquel hombre cuando demostraba tener tan poca confianza en su sobrino. Así y todo, su presencia podría resultar útil.

—Quizá. Mi tío tenía enemigos. Todos los hombres importantes acaban teniéndolos. —Entonces pareció recordar algo y miró a Segismundo con gesto sombrío—. Mi tío no hacía caso de las amenazas. —Torcuato frunció el entrecejo a

causa del insistente murmullo de las oraciones que llegaban de la habitación contigua —. Este crimen debe de haber sido obra del diablo. ¿Quién puede haberse atrevido a cometerlo, en este palacio y con la presencia cercana de amigos a los que el cardenal podía llamar?

—Alguien que ha logrado tener acceso al interior, que conoce la escalera privada y que a su eminencia no le sorprendería ver. ¿Conocen muchas personas la escalera secreta?

Torcuato se encogió de hombros.

—Los asuntos de mi tío sólo le concernían a él —respondió Torcuato. Parecía estar molesto, como si pensara que también deberían haberle concernido a él.

—Lo que está fuera de duda es que la mujer lo conocía —dijo Segismundo sin dar a la afirmación importancia alguna. Torcuato respiró hondo, guardó silencio y fijó la vista en sus dedos entrelazados. Era demasiado sutil para fingir, como Battista, que no estaba al corriente de las relaciones de su tío con las mujeres, y demasiado mundano como para disculpárselo—. ¿Utilizaba su eminencia la escalera privada para recibir informadores?

—Por supuesto.

—¿Sabéis si tenía pensado efectuar un pago a alguno de ellos esta noche?

Torcuato se sintió dolido. Ante esa nueva prueba de que su tío no confiaba en él, todo lo que podía hacer era sacudir la cabeza. Sin embargo, le picaba la curiosidad.

—¿Por qué me lo preguntáis? ¿Pensáis que se trata de un asesinato de tipo político?

—No hay que descartar ninguna posibilidad, padre. Su eminencia, como decís, tenía enemigos, al igual que todos los hombres importantes. Estaba a punto de cerrar la alianza entre Nemora y Montenero. Alguien debe de haber que no la desee.

—Sin embargo, la muerte de mi tío no va a cambiar las cosas. El príncipe Livio... —Se interrumpió y volvió a mirarse las manos. Segismundo no iba a lograr enterarse de cuánta información había conseguido escuchando asiduamente detrás de las puertas y acertando a oír fragmentos de conversación entre su tío y su tía. Tal vez su oído también hubiera captado, al igual que el de Segismundo, el suave susurro de terciopelo que precedió a la llegada de la princesa Corio, quien ya se encontraba ante ellos vestida debidamente de luto. Haciendo caso omiso a su sobrino, indicó a Segismundo que se acercara.

Torcuato, sin embargo, aún tenía una carta guardada en la manga. Se adelantó y, añadiendo el negro de su sotana al del vestido de su tía, se puso delante de ella mirando de soslayo al hombre que acababa de interrogarlo.

—¿No habéis pensado, tía, que tal vez el señor Segismundo sea un enviado del duque de Rocca? La muerte de mi tío elimina a una importante figura de la escena y debilita la posición del duque de Nemora, ya que supone la desaparición de su principal consejero. ¿No deberíamos ser nosotros quienes lo interrogásemos a él?

La princesa lo miró con expresión pensativa, como si estuviera reconsiderando la

situación y a su interlocutor. Quizá, ahora que su hermano había muerto, fuera una buena idea conseguirle un ascenso a su pariente varón más cercano. Quizá, incluso, éste hubiera heredado parte de la inteligencia de la familia y ella debiera empezar a prestarle atención. Miró primero a Torcuato y luego a Segismundo y, pese a la inexpresividad de su rostro, contestó de forma inequívoca.

—Le va la vida en este asunto. Por su propio bien, le conviene encontrar a los asesinos. —El viento trajo el apagado sonido del reloj de la catedral anunciando la media noche, el final de aquel viernes fatal. La princesa siguió hablando a pesar de las campanadas—. El duque Grifone llega hoy y querrá tener información acerca de la marcha de las investigaciones. Espero, señor, que podáis dársela. —Hizo una pausa mientras Segismundo hacía una reverencia—. Y ahora podéis ir a ver qué tiene que decirnos el mensajero del alguacil.

Abajo, en el vestíbulo de entrada, Benno y un variado grupo de sirvientes observaron la entrada del enviado del alguacil, quien subió inmediatamente al encuentro del reconocible Segismundo.

—¡Tenemos al asesino! —anunció triunfalmente.

—Una buena noticia, ¿no? Lo han encontrado... —Benno sostenía una de las antorchas y trotaba al lado de Segismundo mientras *Biondello* asomaba la cabeza por debajo de su barbilla. El mensajero del alguacil iba delante de ellos y llevaba la otra antorcha. Las dos chisporroteaban y olían a brea. Las sombras se alargaban temblorosas sobre las fachadas de las casas que flanqueaban la calle por la que se llegaba a la plaza y el barro brillaba a causa de la lluvia que había caído, y también de lo que habían arrojado en él las personas que se preocupaban por sus casas pero no por quien pudiera pasar por debajo de sus ventanas. Uno de los hombres del alguacil se había rezagado tratando de quitarse algo que se le había pegado al zapato—. No creéis que lo han encontrado, ¿verdad? —Con frecuencia, Benno sólo contaba con el silencio para comprender a su señor, algo para lo que había ido adquiriendo práctica con el tiempo. Segismundo habló desde el interior de su capucha.

—Mmm..., ojalá fuera tan sencillo, Benno. Sin embargo, tengo la sensación de que éste no es uno de esos casos.

—Entonces Battista no ha servido de gran ayuda.

—Me ha dicho algo relacionado con una amenaza que le habían hecho hace poco al cardenal. Alguien podría haber querido vengar la muerte de un tal Antonello, a quien su eminencia mandó quemar en la hoguera por proferir blasfemias y practicar la magia negra.

—Pero no es posible que el cardenal se haya quedado sentado tan tranquilo y les haya permitido salirse con la suya, ¿verdad? No les habrá dicho: «Oh, han venido a vengarse. Estupendo. ¿Quieren que me sienten en esta silla y no haga ningún ruido hasta que me amordacen?».

Segismundo echó hacia atrás la cabeza y rió, de suerte que la capucha se deslizó y su cabeza quedó brillando a la luz de la antorcha.

—La persona que haya sido debía de ser alguien de su confianza, ¿verdad? — insistió Benno.

—¡Mi buen Benno! Lo has entendido a la perfección. A la persona que ha subido por esa escalera privada, sea quien sea, estaban esperándola. De lo contrario, la princesa Corio y yo, que nos encontrábamos en la habitación contigua, Battista, que estaba en esa especie de armario, y Torcuato, que estaba en su dormitorio, habríamos oído cómo atacaban a su eminencia.

—Sin embargo, lo normal es que gritara justo antes de que le pusieran la mordaza. —Benno, envalentonado por el elogio, siguió planteando cuestiones alzando la antorcha de tal forma que pudiera ver la cara de Segismundo—. Lo normal es que tuviera tiempo para hacerlo.

—Supón que estás con dos personas de toda confianza y que una de ellas se pone detrás de ti cuando estás hablando con la otra.

—Comprendo. —Benno guardó silencio por un momento sin dejar de trotar apresuradamente. Por fin, dijo—: ¿Qué tiene que ver el oro con todo esto, entonces? ¿Habéis averiguado algo más sobre eso?

—Nadie parece saber cómo llegó hasta allí. Oro mágico, Benno...

—En ese caso, por la mañana se habrá convertido en hojas secas. Tiene que ser brujería... —A Benno le vino una idea a la cabeza; las sombras saltaron detrás de la antorcha—. La bruja de donde vos sabéis..., no pensaréis que... No son muy amigos del cardenal.

Segismundo emitió un murmullo.

—Ese cofre habría acabado con cualquier palo de escoba, Benno. Y, además, no creo que los hubieran dejado entrar en el palacio. Primero habrá que ver si el hallazgo del alguacil tiene cuernos; luego sabremos a qué atenernos.

Estaban cruzando la plaza de la catedral. Sus pasos resonaban con fuerza sobre el empedrado. A este sonido, el chisporroteo de las antorchas y el crujido del andamio se añadió el suave chapoteo de la fuente, cuya agua lanzaba destellos de fuego a la luz de las antorchas. La amistosa cara de un delfín labrado en la fuente se transformó en un ceñudo monstruo que proyectaba una negra sombra.

Segismundo se detuvo para humedecer una vez más las vendas que envolvían su mano y su muñeca.

—¿Os duelen? —preguntó Benno comprensivamente.

—Me he movido con rapidez. Ya casi han dejado de molestarme.

Oyeron entonces un tumulto en las escaleras de la catedral. Unos individuos envueltos en vestiduras talaras, probablemente sacerdotes, estaban discutiendo en voz baja y tono apremiante. Se encontraban delante de una de las grandes puertas de la catedral, que estaba entreabierta y permitía oír un sonido indeterminado procedente de su interior. Al otro lado de la reluciente pendiente de piedra, casi enfrente, se encontraba el edificio de las dependencias del alguacil, cuya puerta estaba abierta de par en par. En las troneras de ésta había unos soportes de hierro de los que colgaban

varias antorchas. Los guardias observaron con gesto adormilado al grupo de personas que se acercaba. Cuando llegaron a la puerta por la que Benno había pasado horas antes con un dogal al cuello, oyeron un largo y angustioso grito procedente del interior que acalló por un instante a los sacerdotes que se hallaban al otro lado de la plaza e hizo que incluso los guardias dieran un respingo y se volvieran.

—Vamos, Benno —dijo Segismundo—. El alguacil ya ha conseguido a su hombre; ahora debe de estar intentando conseguir su confesión.

El grito había salido de la gran habitación cuya chimenea estaba decorada con el escudo de armas del obispo. A lo largo de las paredes había apostados varios guardias, algunos de ellos con picas en la mano; en el momento en que entraron los recién llegados, estaban mirando a tres personas que se encontraban en el centro de la estancia: el alguacil, un escribano vestido de negro que estaba sentado detrás de una mesa preparado para escribir y un hombre con las manos atadas a la espalda. Éste tenía los hombros encorvados, en parte por el dolor y en parte porque los tenía encogidos debido a la cuerda que le sujetaba los brazos, la cual subía hasta una viga que atravesaba la habitación. El comisario había recurrido al tormento de la cuerda.

Segismundo avanzó hacia el centro de la sala. Benno, sin embargo, decidió quedarse cerca de la puerta convencido de que el humor del alguacil no mejoraría si lo veía sin la soga al cuello. Al observar al hombre que estaban torturando, vio algo que lo llenó de inquietud: había algo extraño en su espalda. Cuando Segismundo llegó a su lado, el hombre se volvió hacia él y le lanzó una mirada de ceñuda obstinación. Tenía la cara cubierta por la sangre que le brotaba de un corte situado encima de un ojo.

Era Máximo.

---

**«Listo para cometer alguna maldad»**

Lo primero que pensó Benno fue: «Ha sido él». ¿Por qué si no habría de dejar a su señor e ir a la ciudad? Benno se acordó del gesto de crispación que había puesto Máximo y de las palabras que le había dirigido a Segismundo en cuanto el cardenal Petrucci se hubo marchado de la villa: «Lo habría matado». Habían sido él y Gruchio quienes habían cavado la tumba falsa de su señor y, aunque no dijeran nada al respecto, no había duda de quién era la persona que les habría gustado meter en ella. Aunque quemar al cardenal vivo tal vez no fuera la respuesta adecuada al hecho de que le hubieran sacado los ojos al señor Mirandola, Benno no creía que Máximo se mostrara tacaño a la hora de tomar venganza por algo. Iría hasta el final. Además, tenía un buen motivo para ello: salvar a su señor de un peligro inminente.

Aunque naturalmente aquello no explicaba cómo había llegado el oro al escritorio, sí que explicaba, en opinión de Benno, por qué había permanecido allí. Si Máximo le había pegado fuego al cardenal, no se habría parado a pensar en oro.

—Respondo por este hombre —dijo Segismundo al alguacil, que se había levantado de su silla y estaba jugueteando con la cadena de mando, como si quisiera asegurarse de su autoridad. Por la desabrida expresión de su cara se adivinaba que ya estaba al corriente de lo ocurrido: el obispo había dado su permiso para que Segismundo se encargara de una investigación de la que debería ocuparse únicamente él—. Vive en Fontecasta, a unos siete kilómetros de aquí, en una villa en la que trabajé de mayordomo al servicio del difunto señor Giraldi. No es ningún criminal.

La cara de obstinación del alguacil no tenía nada que envidiar a la de Máximo. Echó a andar parpadeando y dijo:

—Es vuestro hombre. Miradle el brazo.

Segismundo cortó con su cuchillo las cuerdas que ataban las muñecas de Máximo, ante lo cual el alguacil hizo una mueca de disgusto: con aquel dramático gesto se había echado a perder un buen material. Segismundo examinó el antebrazo, que estaba en carne viva y tenía un color rosáceo. Aquello explicaba el olor a grasa de ganso.

—¿Lo veis? —El alguacil, que ya estaba a su lado, pinchó una ampolla con un dedo victorioso. Máximo se estremeció y lo fulminó con la mirada antes de volverse de nuevo hacia Segismundo como si fuera un animal atrapado que no pudiese pedir ayuda. El alguacil lo pinchó una vez más—. Quemaduras. ¡Dice que se ha tropezado con un peregrino y ha ido a caer sobre un brasero! —Respiró ruidosamente como si la mentira le hiciera verdadera gracia—. Se disponía a decirme cómo se había quemado

realmente cuando llegasteis. Pero ¿qué estáis haciendo?

Segismundo había desatado el nudo de la cuerda con que le habían sujetado los hombros a Máximo y éste, encorvado a causa del dolor, intentaba aliviárselo frotándose las articulaciones sin tocarse la zona ampollada.

—Mmm, mmm. No puedo interrogar a un hombre que no está en condiciones de dedicarme toda su atención.

—Pero ¿cómo es posible averiguar la verdad sin recurrir a la tortura? —El alguacil se había quedado atónito ante prácticas tan poco ortodoxas. Segismundo, sin embargo, sentó a Máximo en un taburete (muy a pesar del escribano, que había estado utilizándolo hasta aquel momento), se apoyó sobre la mesa, cruzó los brazos y lo miró.

—¿Por qué estás en Colleverde esta noche y no en Fontecasta?

Un arrebató de rabia e impotencia pareció atenazar a Máximo, hasta el punto de que se sintió incapaz de abrir la boca. El alguacil, que se había apresurado a sentarse en la silla que tenía detrás de la mesa por miedo a que Segismundo usurpara el símbolo de su autoridad, asintió con la cabeza e hizo un gesto de desaprobación ante aquel silencio, que demostraba el uso práctico que tenía la tortura durante el interrogatorio.

Finalmente Máximo barbotó:

—Os estaba buscando.

Segismundo lo miró seriamente e hizo un gesto de asentimiento.

—Estabas impaciente por ponerme al corriente del estado de la muchacha enferma. —Máximo lo miró fuera de sí—. La joven amante de tu difunto señor. No tenías por qué preocuparte. El médico de la princesa Corio ha informado a su señora que mientras examinaba a la muchacha ha descubierto, como era de esperar, que no se trata de un muchacho como vuestro señor había dicho. Por lo visto la fiebre que tiene no es alta. Has hecho bien al venir a decírmelo. Creo, al igual que tú, que su enfermedad se debe en buena medida a lo afligida que está por la muerte de su señor.

Benno, viendo que a Máximo acababan de contarle un cuento, se preguntó si lo habría comprendido. El alguacil, sin embargo, no estaba dispuesto a tranquilizar al sospechoso. Se inclinó y su cadena golpeó la mesa.

—¿Dónde has pasado la noche? —El tono dio a entender cuál era el significado exacto de sus palabras; «¿En qué lugar vas a decirme que has pasado la noche, mentiroso?».

Máximo miró a Segismundo, como si necesitara su permiso para responder. El alguacil dio un golpe sobre la mesa con la palma de la mano, Segismundo dijo entonces:

—Habla.

—En el suelo de una vinatería —dijo Máximo con voz ronca y tono desganado.

—¿Qué vinatería?

—No lo sé. No soy de aquí.

El alguacil se echó hacia atrás en su silla con el mismo aspecto amenazador de quien estuviera a punto de utilizar la empulgüera. Segismundo, que había estado frotándose suavemente el mentón con el dedo índice, habló:

—¿Está la vinatería en la plaza? ¿Cerca de la catedral?

Máximo respondió a ambas preguntas con sendos gestos de asentimiento, pero se estremeció de dolor al mover los hombros.

—En los soportales.

—¿Crees que el dueño de la vinatería te reconocería?

Las arrugas que tenía Máximo en la frente parecieron perseguirse a sí mismas hasta perderse en su rizada mata de pelo.

—Tal vez. Le ha dicho a una muchacha que me traiga algo para las quemaduras.

—Posó la mirada en la brillante zona sonrosada de su brazo.

—¿Las quemaduras del brasero?

—Exacto. Y me gustaría encontrar a ese vendedor de castañas. Se ha puesto a darme patadas cuando estaba en el suelo. Ya me ocuparé de él, lo juro por todos los santos... —La capacidad que tenía Máximo para guardar rencor era una de las cosas que no habían sido dañadas. Si el alguacil hubiera tenido la menor idea del resentimiento que le guardaba a Petrucci, Máximo habría acabado la noche prácticamente desmembrado y bañado en sangre y, dado el ardor del hombre del obispo, desprovisto asimismo de la lengua por haberse negado a confesar.

—¿Estaban las puertas cerradas cuando llegaste a la vinatería?

Máximo entornó sus pequeños ojos hasta el punto de cerrarlos casi por completo.

—Las puertas... Alguien estaba diciendo algo sobre las puertas cuando recuperé el sentido después de recibir este golpe... —Con forzosa economía de gestos, señaló la hinchazón que tenía sobre la ceja—. Creo que estaba diciendo que las habían cerrado.

—¿Te habías hecho ya las quemaduras?

Máximo dio un respingo y recordó que no debía encogerse de hombros. No comprendía qué importancia podía tener el hecho de que se hubiera hecho las quemaduras antes o después.

—¡Eso es mentira! —El alguacil se puso de pie de un salto y la silla resbaló sobre el suelo de piedra produciendo un chirrido como para dar dentera—. ¡Ya hemos oído la historia que quiere que nos creamos! Ahora tendrá que probarla.

Segismundo no pudo responder, pues un tumulto en la puerta se lo impidió. Tres guardias, dos de ellos empujando y el tercero tirando, estaban acarreado a un hombre. Éste trastabilló, pero los guardias lo enderezaron y lo obligaron a volver la cara hacia el alguacil.

—No estaba en la cama cuando hemos llegado allí, señor. Estaba levantado, vestido y listo para cometer alguna maldad. —El guardia que tenía al hombre cogido por el brazo lo sacudió con satisfacción.

—Ya veis, señor —dijo el alguacil a Segismundo al tiempo que señalaba al

hombre—. Dondequiera que haya un problema, encontraréis un judío.

El hombre los miró con aire de melancólica dignidad, si bien había cierto humor en la curva de sus labios. Iba ataviado con unas lujosas vestiduras de color canela ribeteadas de piel. Los dedos de sus manos, que había entrelazado en cuanto le habían soltado los brazos, estaban cubiertos de grandes y brillantes anillos de oro. No llevaba ni una estrella cosida a la tela ni un sombrero que lo identificara: el duque Grifone estaba demasiado endeudado como para tratar mal a sus judíos. Eso sí, siempre existía el riesgo de que en el caso de que sus deudas acabaran siendo demasiado onerosas, le resultara conveniente culpar a los judíos de alguna tragedia (por ejemplo, la desaparición del hijo de una familia respetable o la llegada de la peste) y luego, mediante la incitación a la masacre, saldar de inmediato todas las deudas que hubiera contraído con ellos.

Aquellos ojos oscuros entendían de tales cuestiones. El hombre se inclinó cortésmente hacia el alguacil e incluyó a Segismundo en su pregunta lanzándole una mirada.

—¿Podría saber por qué me habéis molestado siendo sábado? ¿Cómo pudo cometerse el crimen del que me culpáis en una ciudad que se encuentra bajo la protección de unas reliquias sagradas? —Aunque el tono de su voz no era de sarcasmo, su mirada no podía expresar mayor cinismo.

Al alguacil le traían sin cuidado los ojos de su prisionero y había rodeado apresuradamente la mesa para amenazar al judío con el puño.

—Ha sido tu modo de vengarte de santa Bernardina, maldito cerdo. Ya vi lo incómodo que te sentías durante la misa a la que tuviste que asistir. ¡El obispo mandará que te ahorquen por este sacrilegio! ¡Eso como mínimo!

Irritado, el judío no retrocedió ante el puño del alguacil, sino que miró a Segismundo, como si supiera dónde se hallaba el verdadero poder.

—¿Sacrilegio? Señor mío, ¿qué ha ocurrido?

—¿Que qué ha ocurrido? —exclamó el alguacil, a punto de saltar sobre él de la indignación. En aquel momento, sin embargo, Segismundo se levantó y con la misma cortesía de que había sido objeto inclinó la cabeza.

—Una verdadera tragedia, señor. La princesa Corio, en cuya casa ha ocurrido, me ha pedido que investigue el asunto. Esta misma noche, hace unas horas, el cardenal Petrucci ha sido asesinado.

—¿Asesinado? —dijo el judío subiendo el tono de voz y enarcando las cejas.

—¿Asesinado? —La pregunta de Máximo había sonado como el quejido de un cerdo en el matadero. Olvidándose del dolor que sentía en los músculos de los hombros, dio una palmada de regocijo.

Segismundo sacudió la cabeza y dijo:

—Más nos valdría rezar cuando ocurren semejantes cosas. Señor, he de preguntaros qué habéis estado haciendo durante las últimas horas de la tarde.

El judío extendió las manos.

—Lo que suele hacer un judío en sábado. He cenado con mi familia, respetando lo que es costumbre respetar...

—¡Blasfemias! —exclamó el alguacil entre dientes.

—Ninguno de nosotros ha salido de casa después del atardecer.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis al cardenal? —preguntó Segismundo.

—En la misa que se celebró ayer con motivo de la llegada de las reliquias, y a la que se obligó a asistir a nuestra comunidad.

El alguacil lo interrumpió.

—¡Hablaste con él después! ¡Te vi hacerlo! —Estaba temblando como si fuese un terrier que hubiera visto una rata—. ¿Qué le dijiste?

—Señor, fue él quien se dirigió a mí. Quería verme por una cuestión de dinero.

—¿Quería pedirnos dinero prestado? —le preguntó Segismundo—. Eso explicaría la presencia del oro que hemos encontrado sobre el escritorio del cardenal. Incomprensiblemente, los asesinos no se lo han llevado.

—No quería pedir dinero prestado —dijo el judío—. El cardenal deseaba, según me informó, entregarme en breve una gran suma de dinero a la cual pudiese recurrir en el futuro, cuando fuera necesario.

Segismundo movió los labios silenciosamente como si fuese a silbar. El cardenal esperaba recibir el misterioso oro; sin duda se trataba de un pago que le habían efectuado *a él*. La pregunta que había que responder ahora era: ¿por qué?

—¿Cuándo iba a realizarse la transacción?

—Me comentó que hoy, pero le dije que no hago negocios en sábado. Quedamos en que hablaría con él el domingo antes de que llegara el príncipe Livio. —El judío se volvió hacia el alguacil con una cortés mirada de interrogación—. ¿Sabéis si todavía tiene pensado venir? Se comenta que su hijo ha muerto. Tal vez el luto obligue a aplazarlo todo.

El alguacil se irguió con expresión desdeñosa y aires de superioridad.

—No sabes nada, judío. Hace unas horas, mientras lo atendía por orden suya, su eminencia, que Dios le tenga en su gloria —añadió haciendo un gesto de sorpresa casi imperceptible, como si acabara de caer en la cuenta de que el cardenal ya no podría decir nada más acerca de ese asunto o de cualquier otro—, me dijo que nada había cambiado, que el duque Grifone y el señor Astorre llegaban el sábado por la tarde, es decir, hoy mismo, y que el príncipe Livio llegaba a la misma hora. Tengo que despejar las calles de la puerta este para que el cortejo nupcial pueda llegar a la catedral. —De repente el alguacil se dio cuenta de que estaba explicando los preparativos de la boda en presencia de dos individuos sospechosos, el judío y Segismundo, que lo escuchaban atentamente, por lo que concluyó su discurso cruzando los brazos y mirándolos airadamente.

—Os ruego que me perdonéis, alguacil —dijo Segismundo—, pero falta poco para el amanecer y todavía nos queda un sospechoso por interrogar. Permitidme que os sugiera que dejéis al señor... —preguntó al judío con la mirada y éste le dijo su

nombre—, al señor Hispano que se vaya a su casa, donde podamos localizarlo. Tal vez el duque desee interrogarlo personalmente cuando llegue.

El alguacil se tragó la sugerencia. Aunque le molestara, conocía la permisiva actitud que el duque tenía hacia los judíos, y si había algo con lo que no estaba dispuesto a enfrentarse era con un duque enfadado al que le importaba colgar a un alguacil tanto como a él colgar a un ladrón. De mala gana, hizo una señal al guardia que tenía cogido al judío por el brazo.

—Llévadlo a casa. —Se volvió hacia Máximo con actitud verdaderamente amenazadora—. Encerrad a éste en una celda. Ya veremos cómo se porta el duque contigo.

Benno observó que el guardia que atendía la orden se abstenía de coger a Máximo del brazo quemado y pensó que el comportamiento de Segismundo había resultado más convincente que el del alguacil en lo relativo al modo como debía tratarse aquel asunto. Por lo que había logrado entender, cabía la posibilidad de que el tal duque Grifone se marchara de la ciudad dejando un rastro de cabezas cortadas a su paso. Si quería averiguar quién había pasado al cardenal por el asador, sería mejor que todos, incluido su señor, anduviesen con cuidado.

---

## Un corto futuro

A la criada negra de Polissena, a quien ésta llamaba, naturalmente, Bianca, no le hizo ninguna gracia que llamasen a la puerta e interrumpieran la cabezada que se estaba echando. Estaba segura de que su señora no esperaba ninguna visita a aquella hora por la sencilla razón de que ya había alguien con ella. Sin embargo, no le quedó otro remedio que levantarse: nunca hay que desatender a los clientes. Abrió el ventanuco y se aclaró la voz para que no se notara que estaba de mal humor.

—¿Quiénes?

Había un sirviente con una antorcha en la mano, cuya luz iluminaba la cara de un hombre que aguardaba en las escaleras. Era una cara fuerte e imponente, la cara de alguien con quien más le valdría mostrarse cortés.

—Vengo por orden del alguacil del obispo. He de ver a la señora Polissena.

Aunque el alguacil del obispo era, según la opinión general, un idiota, no por ello dejaba de tener autoridad: la autoridad de un idiota peligroso. Bianca descorrió el cerrojo de la puerta preguntándose a qué vendría aquella visita, aunque segura de que, por muchas ideas relacionadas con la censura moral que tuviera el obispo, el cardenal se las quitaría de la cabeza. Su señora gozaba de su favor, de modo que nadie podría molestar en Colleverde. Abrió la puerta.

—Tendréis que esperar. Mi señora está ocupada. —Habían dejado la antorcha en una abrazadera que había en el exterior. La lámpara de Bianca iluminó el rostro del extraño, quien se echó hacia atrás la capucha y dejó al descubierto una cabeza rapada. Aquello no sorprendió a Bianca, ya que estaba acostumbrada a ver clérigos. Encendió una vela, la dejó sobre una mesita que había en el vestíbulo y desapareció en el interior de los aposentos para preguntar a su señora qué deseaba.

Benno, que había entrado en el vestíbulo con Segismundo, miró alrededor con verdadero interés. Era la primera vez que estaba en los aposentos de una cortesana, si bien en Rocca le habían señalado a una famosa y se había alegrado de saber que uno no tenía que pagar por mirar. En una estrecha hornacina a la izquierda de la puerta había un jarrón de loza lleno de plumas de pavo real de color púrpura y verde que brillaban a la luz de la vela como si estuvieran cubiertas de oro. Se preguntó si la cortesana no sabría que los pavos reales traían mala suerte, a excepción, supuso, de cuando se comen. De todas formas, había oído decir que su carne no era muy buena, por lo que tal vez la mala suerte se tradujera simplemente en una indigestión.

El hombre que apareció en el vestíbulo parecía tener algo peor que una indigestión. Era un joven pálido y desgachado provisto de una gran nariz pero

carente de barbilla. Llevaba un abrigo de piel que le colgaba sobre los hombros como si alguien se lo hubiera arrojado encima. Estaba atándose los cordones y continuando una discusión entre dientes. Al parecer, quería que le devolvieran su dinero por la interrupción. Como aquello no iba a ocurrir, decidió desahogar su mal humor con el cliente por cuya culpa estaban echándolo; sin embargo, en cuanto se fijó en la cara y los hombros de Segismundo, decidió guardarse sus gruñidos y se marchó.

Las faldas de Bianca rozaron la puerta cuando apareció en el vestíbulo. Al ver que el joven no había dejado propina, puso cara de enfado y pasó la mano sobre la mesa como si no pudiera creérselo.

—Algunas personas no tienen educación... Mi señora dice que ya podéis pasar, señor.

Benno se quedó solo con Bianca y, con una sonrisa condescendiente, se agachó apoyándose en la pared, frente a la mesa. Con la imaginación siguió a su señor hasta llegar a la presencia de la bella Polissena.

Era bella; Segismundo no había esperado otra cosa dado el buen gusto del cardenal. Tras cerrar la puerta, se quedó un momento disfrutando del espectáculo que con gran esmero le había preparado la cortesana. La cama estaba provista de un dosel completo ribeteado de festones de seda y apoyado sobre unas primorosas columnas de color ambarino. Sobre ella, tumbada sobre unos cojines de brocado de color rojo rubí e iluminada por varias velas y el fuego que ardía en un gran hogar, se encontraba Polissena.

La finísima bata de seda verde que llevaba puesta permitía adivinar, aunque no ver con claridad, la curva que trazaban sus pechos y su cintura. Sobre sus hombros caía una mata de cabellos rubios que habrían sido trenzados cuando todavía estaban húmedos para que adquiriesen la encrespada ondulación que presentaban. El rostro, de ojos almendrados y barbilla afilada, parecía el de un gato joven y travieso. Tenía hoyuelos en las mejillas y una malévolamente sonrisa en sus sonrojados labios. Acababan de arrojar hierbas al fuego y un dulzor seco inundaba la habitación como si fuera lavanda al sol.

—¡Vaya prisas! ¿Os han mandado que me llevéis ante el alguacil del obispo tal como estoy? ¿O acaso va a venir él después de vos?

—El alguacil ha cometido la tremenda estupidez de no contemplar la posibilidad de pedir tal favor. —Segismundo avanzó e hizo la misma reverencia que había llevado al cardenal Petrucci a fijarse en él con atención. Me llamo Segismundo y estoy a vuestra disposición, señora. Espero que podáis ayudarme.

Polissena se incorporó extendiendo un brazo y la finísima bata, con discreta indiscreción, dejó al descubierto parte de su hombro izquierdo. El joven gato movió un poco la cabeza hacia atrás y empezó a ronronear.

—¿Ayudaros, Segismundo? Acercaos y explicádmelo con mayor claridad —dijo dando unas palmaditas sobre la cama. Él subió a la tarima de la cama y se dejó caer al lado de Polissena con una sonrisa semejante a la de ella.

Polissena extendió una mano y la apoyó sobre su pecho.

—¿Qué es eso que decís sobre el alguacil del obispo? Nada —dijo empujándolo dulcemente con el dedo índice—, nada me hará pensar que trabajáis para el alguacil del obispo. Ese hombre no puede tener a sus órdenes ni siquiera a una pulga. —A través del dedo que había apoyado en su pecho Segismundo sintió el subterráneo y casi silencioso estremecimiento de una risa. Polissena lo levantó y le dio un golpecito en los labios con él—. Ahora decidme la verdad. ¿Qué tiene que ver el alguacil del obispo con vuestra presencia aquí?

—La princesa Corio nos ha ordenado...

Polissena abrió los ojos desmesuradamente fingiendo temor y respeto.

—¿Es ella quien os ha enviado aquí?

—Nos ha ordenado encontrar a los culpables del asesinato de su hermano.

Polissena retiró la mano como si Segismundo se la hubiera picado con los labios y se pudo muy rígida, sin importarle que se deslizase la bata de seda.

—¿Su hermano...? ¿El cardenal...? ¿El cardenal? ¿Asesinado? ¿Cuándo?

Aunque necesitaba los ojos para mirarle la cara, Segismundo seguía teniendo una excelente visión periférica.

—Es posible que haya ocurrido poco después de que abandonarais su habitación esta noche. —Mientras la observaba, jugueteó con la parte de la bata que le había cubierto el muslo.

Ella guardó silencio, observándolo a su vez, blanca sobre el rojo rubí de los cojines.

—Os habéis dejado los chapines.

Polissena se encogió de hombros. El movimiento fue perturbador.

—Y supongo que Nardo os habrá dicho que ha sido él quien me ha abierto la puerta.

—Resulta difícil decir nada cuando a uno le han cortado el cuello.

Ella respiró hondo, volvió a abrir los ojos desmesuradamente y apartó la mirada. Era un gato que tenía que entrar cuidadosamente en un territorio ajeno. Le cogió a Segismundo la bata de las manos como si de repente hubiera sentido frío y se la llevó al cuello.

—Battista me ha dicho que el cardenal os esperaba —continuó Segismundo—. ¿Cuándo os habéis despedido de su eminencia?

—¿También le han cortado el cuello?

Segismundo dejó escapar un murmullo breve y reflexivo.

—Lo ataron a su silla y lo quemaron vivo. —Al ver que Polissena se llevaba la bata a la boca y la mantenía allí, Segismundo repitió la pregunta sin cambiar de tono—. ¿Cuándo os habéis despedido de su eminencia?

Ella respondió con voz temblorosa sin quitarse la bata de delante de la boca.

—Oímos las campanadas de la catedral. No me acuerdo qué hora estaban dando. En cuanto las oyó me dijo que cogiera mi abrigo y me fuera. Tenía prisa.

—Esperaba a alguien.

—No me dijo nada —respondió ella. Bajó la bata. El tono de su voz dejaba adivinar la indignación que había sentido—. Llamó a Nardo para que me acompañara a la puerta rápidamente. ¡Me echó a empujones! Me encontré en la calle con Bianca y Pietro antes de que pudiera coger mis chapines. La calle aún estaba mojada y Bianca quería volver a entrar, pero yo sabía que si lo hacíamos tendríamos problemas, así que regresé a casa.

—¿Sabíais que tendrían problemas?

—A él le gustaba que la gente hiciera lo que él decía. «Rápidamente» significaba «rápidamente» y no «vuelve y arma alboroto». A Bianca se le da bien armar buenos alborotos.

—Así que no visteis llegar a nadie cuando os alejasteis del palacio.

Ella miró el fuego.

—No había nadie en la calle. Nadie en el camino de vuelta excepto un borracho que vomitaba en la cuneta. Podría haberme ahorrado el dinero de Pietro, porque fue Bianca quien le pegó al borracho para que se quitara de en medio. —Polissena guardó silencio por un instante y se estremeció—. ¿Quién ha podido hacer tal cosa? ¿Quemado vivo? Pues sí que debían de odiarlo.

—¿Y vos? ¿Lo odiabais? —La pregunta, que había sido formulada sin mucho cuidado, la hizo reaccionar.

—¿Odiarlo? Pero si era uno de mis mejores clientes. Siempre esperaba con ganas que volviera a la ciudad. Pagaba bien.

—¿Y esta noche os ha pagado bien?

—Cogió el dinero de uno de los cajones de su mesa, el cajoncito en que guardaba el dinero. Como siempre.

—¿Había un cofre de este tamaño sobre la mesa?

Polissena lo miró con expresión de sorpresa.

—Si había uno, no lo vi. ¿Por qué? ¿Lo han robado también?

—Todo lo contrario. Se han dejado un cofre lleno de oro en la habitación.

Ella enarcó las cejas e hizo un gesto de incredulidad.

—¿Qué se han dejado lo que podían haber cogido? Debían de estar locos... De todas formas, ¿acaso no estaba en el palacio de su hermana? ¿Por qué no gritó? ¿Cómo es posible que nadie lo haya oído?

Segismundo sonrió de manera que ella esbozara a su vez una sonrisa. Entonces sacudió la cabeza.

—Estoy aquí para hacer preguntas, no para responderlas. Os enteraréis de todo mañana en la plaza del mercado, adornado con todo lujo de detalles. Decidme, ¿visteis algo más en la habitación? ¿Algo que os pareciese extraño?

Polissena hizo un esfuerzo por acordarse, pero no tardó en sacudir la cabeza. Uno de sus hoyuelos volvió fugazmente a su mejilla.

—Su eminencia centraba toda mi atención. —Dejó caer la bata y le tocó el muslo

—. Lamento que haya muerto. Siempre que venía a la ciudad se portaba bien conmigo. Además, era un hombre muy atractivo. Hay hombres importantes cuyo encanto desaparece cuando llegan a la cama, pero él no era de esos.

Si Segismundo se sorprendió al oír aquello, su cara no lo reflejó. Lo que hizo en cambio fue coger la mano que había sobre su muslo y, tras darle la vuelta, examinar la palma recorriendo las arrugas con el pulgar. Polissena, cuyos hoyuelos se hicieron más profundos, se inclinó y preguntó:

—¿Qué veis en la palma de mi mano? Me han dicho que mi monte de Venus está muy bien formado. ¿Qué futuro me vaticináis?

Segismundo dio la vuelta a la mano abruptamente y dijo:

—Un futuro *corto*, a menos que me lo contéis todo.

—Pero si os *lo* he contado todo. ¿Qué más puedo deciros? —Polissena se echó sobre los cojines y su melena cayó ondeando sobre la bata tapando su cuerpo todavía más—. ¿Pensáis que os estoy mintiendo?

—Tal vez hayáis decidido olvidaros algo. ¿Quién estaba en la calle cuando salisteis por la puerta privada aparte del borracho de la cuneta?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué os hace pensar que vi a alguien?

—Apartasteis la mirada antes de decírmelo. No intentasteis acordaros, sino olvidaros. —El tono risueño desapareció de su voz—. ¿Quién era?

Polissena dio un respingo.

—¿Qué haréis, Segismundo, si no os lo digo? —preguntó todavía tensa pero sin dejar de mirar la boca que tenía delante.

—El problema no es lo que yo haga. Os recuerdo que el alguacil es un hombre concienzudo. —Le cogió la mano de nuevo y la miró con pesar al tiempo que sacudía la cabeza—. No se detendrá ni con las empulgueras. Además, el duque Grifone llega dentro de unas horas y por lo que he oído la paciencia no es una de sus virtudes.

Ella apartó la mano, se echó el pelo detrás de los hombros y se sentó bien erguida como si necesitara más aire en los pulmones.

—No tiene la menor importancia. No lo he mencionado, supongo, porque ya me he acostumbrado a que esté siempre detrás de mí. Se llama Tomaso Delmonte. Lleva meses siguiéndome.

—¿Es un cliente?

—Sí, pero molesto. Quiere casarse conmigo. —Polissena hizo un gesto entre melancólico y risueño—. Es la historia de siempre. Giovanezza, una amiga mía, aunque también podríais considerarla una colega, dice que ocurre a menudo. Es absurdo. Le he dicho que nadie se casa con una cortesana. Su familia lo repudiaría. He hecho todo lo posible para desanimarlo, pero ha acabado obsesionándose. No atiende a razones. Me escribe poemas, me ha ofrecido todo el oro del mundo y me ha suplicado que me vaya con él a Roma, a Francia, adonde sea...

—Entonces tiene dinero, si puede ofrecéroslo.

—Oh, es rico. Su familia tiene mucho dinero. Su padre, además, no tiene ojos más que para él, aunque le he dicho que si se entera de mi existencia no tardará ni un segundo en apartarlos y retirarle la asignación. Entonces ¿cómo viviríamos en Roma o en Francia? ¿De lo que yo gano?

—¿Os ha seguido hasta casa esta noche? ¿Se ha quedado?

—Le he dicho que no iba a permitir que me siguiese, que ya basta. Lo curioso es que me hizo caso. Aguardé hasta que llegamos a la esquina de la calle para no armar alboroto cerca de la puerta del cardenal, pensando sobre todo en que éste esperaba una visita. Estaba furiosa porque me había seguido hasta el palacio Corio. El cardenal detestaba los cotilleos. Cuando doblamos la siguiente esquina, todavía estaba en el lugar donde lo habíamos dejado.

—Es decir, no muy lejos de la puerta privada del cardenal.

—No pensaréis que ha sido él... Tomaso no haría algo así. Es incapaz de hacer daño a una mosca.

—He conocido personas que serían capaces de perdonarle la vida a una mosca y matar a un hombre. La obsesión crea monstruos. ¿Conocía su eminencia a Tomaso?

—Lo dudo. Los Delmonte son una familia de ricos mercaderes y tal vez conociera a su padre, pero no me imagino a la princesa Corio invitando a los miembros de la familia con idea de que conozcan a su importante hermano. ¿Por qué?

Segismundo se echó a reír.

—¿Otra pregunta? Porque el cardenal esperaba a las personas que lo mataron. Nardo sabía que tenía que dejarles pasar.

De pronto, Polissena le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y se recostó sobre los cojines.

—Entonces no ha sido Tomaso. No me imagino a Nardo dejándolo pasar después de haberme ido yo. —Rió tontamente—. Además, su eminencia tenía prisa. Nadie puede tener prisa por ver a Tomaso.

—Es posible que eso haya dejado de ser así.

Una línea apareció entre las impecables cejas de Polissena.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que si Tomaso ha visto a la persona a la que el cardenal esperaba, es posible que acabe como Nardo.

Ella se irguió con gesto de preocupación.

—Oh, ¿no podéis salvarlo? Pobre Tomaso. —Aquellas dulces palabras podrían haber valido como epitafio tanto para Tomaso como para un animal de compañía.

—Si los asesinos creyeran que los ha visto, ya estaría muerto, y los hombres del alguacil han peinado todas las calles cercanas al palacio Corio. No han encontrado ningún cadáver. Podemos suponer que Tomaso, ante vuestro disgusto y viendo que os marchabais a casa, volvió a la suya de inmediato. Tal vez se le ocurriese un poema y no pudiera esperar a ponerlo por escrito.

Polissena volvió a recostarse riendo de buena gana y mostrando unos dientes

pequeños y fuertes.

—¡Vaya poemas! Si supierais lo que hace con ellos Bianca... Le he dicho que es una pena echar a perder un papel tan bueno, pero no hay persona más sorda que la que se niega a escuchar. ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Puedo ayudaros de alguna otra manera? —Se deslizó entre los cojines y la bata de seda a punto estuvo de desaparecer entre ellos. Entonces extendió los brazos hacia adelante. Su cuerpo se estremeció como si fuera un gato estirándose.

Segismundo se levantó y arrojó otra rama al fuego, que ya se estaba extinguiendo. Entonces volvió a la cama, llenó una copa con el vino de la vistosa jarra de plata que había sobre un arcón cercano y se lo ofreció a Polissena. Ella lo rechazó y con un gracioso gesto lo invitó a que bebiera. Él se bebió el vino sin dejar de mirarla mientras las llamas envolvían ávidamente la rama.

Desde que había conseguido evitar que la cabeza de la señora Minerva rodara por Montenero, todo había ido muy rápido, y los peligros no habían hecho más que aumentar. Era el responsable de las vidas de varias personas, las cuales iban a verse seriamente amenazadas cuando esa tarde llegara el duque. Sin embargo, Segismundo había hecho todo lo que estaba en sus manos. Además, no era la clase de hombre que malgastaba energías preocupándose por unos problemas a los que, tal como le había enseñado la experiencia, podría hacer frente cuando surgiesen. La última vez que había dormido había sido el jueves por la noche en Fontecasta y esperaba poder dormir de nuevo unas cuantas horas antes del amanecer del sábado. Mientras tanto, Polissena aguardaba.

---

## «¿Acaso queréis molestar a los muertos?»

Bianca se dirigió a Benno animadamente. Le gustaba su actitud tranquila y el hecho de que no hubiera preguntado nada. Él respondió con una sonrisa cordial. Quería sacar provecho de su tiempo.

Cuando ya se encontraba cerca de él, se detuvo. Las aletas de la nariz se le habían dilatado; entonces retrocedió un paso y se le contrajeron. Lo miró de arriba abajo y le entraron unas ganas irresistibles de divertirse. Puso los brazos en jarras y se inclinó encogiendo los hombros de tal modo que el escote de su vestido dejara su pecho al descubierto. Entonces dijo:

—¿Te gustaría estar conmigo?

Benno respiró hondo. Aunque jamás le habían hecho una oferta de aquellas características y dudaba que Bianca fuese en serio, estaba dispuesto a aceptar lo que el destino dispusiera para él. Curiosamente, la idea del dinero no se le pasó por la cabeza, tal vez porque ya estaba acostumbrado a que nadie se sorprendiera de que careciese de él.

—¿Cómo no iba a gustarme? —exclamó.

—Pues entonces has de hacer lo que yo te diga. Todo lo que te diga. ¿Entendido?

—Tengo que estar aquí cuando mi señor salga.

—Mi señora y yo hemos echado un buen vistazo a tu señor y te aseguro que no va a permitir que escape tan fácilmente. Además, un hombre con semejante boca no va a decirle que no a mi señora. A tu señor le sobra el tiempo para las mujeres, ¿no es cierto?

Bianca temblaba levemente. A Benno no se le escapaba nada.

—¿Qué he de hacer? —preguntó.

Irguiéndose, Bianca se volvió bruscamente, abrió una puerta y dijo:

—Ven conmigo.

Benno la siguió. En la pequeña habitación, que estaba iluminada con un pequeño fuego, había una gran tina, un jergón y un biombo con una sábana por encima. Bianca se volvió hacia Benno y empezó a desatarle el jubón con meticulosidad.

—Cuidado —dijo Benno.

Bianca se quedó helada al ver a *Biondello*, que había asomado la cabeza y se había puesto a mover el hocico al percibir el olor a hierbas que inundaba la habitación.

—¡Dios santo! Pensaba que ahí dentro llevarías una segunda camisa para cambiarte o... Además tendrá pulgas, seguro.

—Oh, sí —le aseguró Benno—, claro que las tiene. —Había conseguido su primera camisa de muda hacía muy poco y la había puesto en su alforja.

—Quítate la ropa.

Benno dejó a *Biondello* en el suelo y se quitó el jubón. Tras olisquear por un instante los alrededores, el chucho se sentó al lado del fuego y empezó a morderse el costado. Las pulgas que llevaba encima se habían despertado al mismo tiempo que él.

—Venga. Toda.

—¿Toda? —Benno se despojó de las botas y Bianca empezó a desatarle los cordones de la camisa—. ¿Por qué toda?

—Porque lo digo yo. —De un tirón, le quitó la camisa por encima de la cabeza.

Con la camisa salieron volando una lluvia de mendrugos, un grasiento paquete de tela, una ciruela seca y mohosa, media docena de avellanas, un higo seco aplastado, un pedazo de queso, una cebolla y una manzana. Galvanizado, *Biondello* se lanzó por el forraje. Lo más cerca que había conseguido llegar de aquellas delicias había sido chupando con devoción la camisa que las contenía.

—¡Eh! —Benno intentó recuperar un mendrugo en el momento en que desaparecía.

—Eh... —dijo Bianca. Y se quitó el vestido.

Benno perdió todo interés en el futuro de sus provisiones y se acercó a ella, que se apartó a un lado y señaló la tina.

—Adentro.

Él la miró.

—Está llena de agua.

Bianca siguió señalándola. Benno, perplejo pero deseoso, se metió en la fragante agua hasta las espinillas. Estaba tibia en la superficie y caliente en el fondo.

Jamás en su vida había visto a una mujer desnuda, y aquella ágil negra lo confundía. Obediente, se sentó y ella se metió en la tina delante de él.

Estaban apretados, lo cual no dejaba de ser interesante. Por un momento a Benno lo distrajo el sonido que estaba produciendo *Biondello* mientras olisqueaba el paquete de carne, pero Bianca no tardó en centrar toda su atención. Estaba lavándolo.

Muchas veces se había preguntado por qué la aristocracia se bañaba tan a menudo. Una sonrisa seráfica se extendió en medio de su barba.

Durante la siguiente hora, y pese a interrupciones tanto de tipo práctico (como cuando ella se inclinó peligrosamente en busca de un trozo de madera que arrojar al fuego o Benno tuvo que impedir que *Biondello* participase en sus investigaciones) como erótico, Bianca lo lavó de arriba abajo. Las experiencias de Benno con mujeres habían tenido lugar contra una pared o sobre la paja de un establo. Por tanto, aquella sosegada actividad le resultaba tan nueva como el baño. Estaba extasiado.

Mientras Benno disfrutaba de su primer baño, en la gran cocina de Fontecasta se vivía lo que casi podría llamarse una fiesta familiar. El fuego ardía en el hogar, la anciana se había inclinado a su luz para examinar unas hierbas, el ciego estaba

sentado en un banco de respaldo alto escuchando lo que estaba leyéndole la muchacha y el viejo dormitaba encorvado sobre un poyo al amparo de las sombras.

El señor Mirandola agradecía que la señora Minerva le leyera. Lo agradecía porque la ductilidad de su voz y la comprensión que tenía del latín en que estaba escrito el texto que leía aumentaban extraordinariamente el placer que le producía escucharla. Su anterior lector, que había muerto tres años atrás, leía salmodiando y se sentía satisfecho si lograba pronunciar las palabras, sin preocuparle lo que pudieren significar, por lo que el señor Mirandola había tenido que aguantar en silencio el enunciado de cantidades falsas.

También agradecía la distracción que aquello suponía para su mente. Estaba inquieto, puesto que, dado el tiempo que se había prolongado su ausencia, era de suponer que Máximo se habría quedado encerrado aquella noche en la ciudad y se temía que le hubiera ocurrido una tragedia. El descubrimiento del médico lo había dejado aterrado. La muchacha había hecho todo lo posible por engañarlo. La había oído hablar exactamente igual que un muchacho enfermo y displicente, pero por un golpe de mala suerte la inclinación del médico había resultado ser hacia los jovencitos de buen parecer, lo cual lo había llevado, insatisfecho con las tomas de sangre y el examen de orina de rigor, a realizar una exploración fatal de su disfraz y de sus partes pudendas. Aquel desgraciado habría dado la noticia en Colleverde. Mirandola, consciente como era de la relación que él había tenido con la princesa Oralía, pensaba que el mero hecho de que la muchacha estuviese en la villa ponía en evidencia su identidad; como Segismundo no había regresado ni había contestado el mensaje urgente que enviara, la conclusión no podía ser más que una: en cuanto abrieran las puertas de la ciudad por la mañana, dejarían de estar seguros en Fontecasta.

La muchacha interrumpió la lectura y dijo:

—Los perros están ladrando mucho.

—Ladran a la luna. En ese sentido no son buenos perros guardianes. Siempre están ladrando.

Todavía estaba vestida con la ropa del muchacho, aunque su aspecto había experimentado una indudable mejora debido a que Sibila se la había lavado mientras guardaba cama por la enfermedad. Ahora llevaba, además, un fino chal blanco que su madre había enviado al señor Mirandola y un pañuelo escarlata que, ante la insistencia de Sibila y a pesar de que ya no le molestaba la garganta, se había puesto para protegerse del frío de la noche. Sibila cogió una taza de barro que estaba al lado del hogar y se acercó con dificultad a la muchacha para dársela y soltar una serie de gruñidos malhumorados de los que pudieron entenderse las palabras «garganta» y «VOZ».

—Bebedlo, señora —dijo Mirandola con gesto risueño. Mientras la muchacha bebía y la anciana aguardaba a que le devolviera la taza, él movió la mano en señal de alarma. Lo miraron, vieron que estaba escuchando algo con atención y permanecieron

quietas, conteniendo la respiración.

—¿En el huerto? —Su áspera voz sonó apagada—. Sí, ahí fuera... están cavando.

Llevaban una antorcha y un farol. Dos hombres estaban cavando con unos picos; un tercero se encontraba en el exterior, al otro lado de la puerta del muro, y estaba sujetando los caballos; el cuarto llevaba una capa y los miraba con ojos brillantes en actitud de espera. No les importaba hacer ruido; la casa, que se alzaba a menos de cien metros de distancia, no estaba iluminada y los monótonos ladridos de los perros no habían despertado a nadie. La forma de la antorcha parecía una miniatura del enorme y oscuro ciprés que había no muy lejos de donde se encontraban. Unos retorcidos árboles de huerta se encorvaban en la oscuridad, prácticamente invisibles. Mientras trabajaban, los hombres que estaban cavando lanzaban vaho por la boca y miraban de vez en cuando en dirección a la casa. En un momento dado hundieron la pala en la tierra, la levantaron y se encontraron con unas piedras rotas.

Un pájaro de gran tamaño pasó de repente cerca de sus cabezas con un susurro de alas. Se agazaparon e interrumpieron el trabajo. Por un segundo se oyeron las pulsaciones que sonaban en la garganta de uno de los hombres.

—Continuad.

Siguieron cavando y echando piedras rotas sobre la hierba y el montón de tierra. Tras rebuscar entre las que quedaban dentro y acercar el farol para cerciorarse, se quedaron quietos y miraron al hombre de los ojos brillantes sin decir nada. A la luz de la antorcha vieron que se apretaba la capa contra el cuello; el tembloroso resplandor que lanzaban los bordados de oro de sus guantes dejaba ver lo apresuradamente que respiraba.

—¿No hay ningún cadáver?

—No, señor. No hay más que piedras. Ya hemos llegado al fondo.

Oyeron el silbido metálico de una espada al ser desfundada.

—Entonces está vivo. Traed los picos. Dame eso. —Mientras los hombres salían de la tumba, cogió la antorcha—. ¡Vamos a la casa!

Durante todo aquel tiempo se habían oído los ladridos apagados de los perros. De pronto fueron más nítidos, y a continuación sonaron como si hubieran salido al exterior y se acercaran. Eran dos perros de caza, grandes, lanudos y de fauces anhelantes. Uno de los picos salió disparado hacia un lado, le dio a uno en la cabeza, lo alzó en el aire y lo dejó temblando sobre la hierba. El otro recibió un fogonazo de la antorcha en la cara y retrocedió soltando gañidos. El resplandor de la antorcha y la oscilante luz del farol mostraron entonces a un hombre corpulento de aspecto amenazador que iba armado con una alabarda.

—¿Qué demonios hacéis? —exclamó—. ¿No sabéis que hay fantasmas en este lugar? ¿Acaso queréis molestar a los muertos?

Gruchio, con la confianza que le daba el éxito de experiencias pasadas, se había desentendido del plan de emergencia que Segismundo había explicado a los habitantes de la casa. Sin embargo, ahora no tenía delante a unos campesinos a los

que pudiera asustar con la leyenda del lugar. Apenas había tenido tiempo para percatarse de ello y ver la suerte que habían corrido los perros cuando un pico le atravesó el pecho.

Los tres hombres permanecieron quietos por un instante a la espera de un nuevo ataque; el perro herido intentaba aliviarse la quemadura que le habían hecho en el hocico frotándose con las patas y restregándolo contra el suelo. El jefe del grupo le lanzó la antorcha y el animal se alejó aullando; entonces señaló la casa con la espada.

Gruchio había salido de la casa tan confiado que había dejado la puerta abierta. El jefe la abrió de par en par y sus hombres levantaron el farol, que osciló en el extremo de su cadena. Tenían ante sí un pasillo de poca longitud. Al final de éste, al lado de una cortina, había un muchacho delgado, inmóvil. Una masa de rizos rubios le rodeaba la cabeza; llevaba puesta una túnica finísima y ondulante de color blanco que dejaba entrever su cuerpo, el cual estaba separado de la cabeza por una raja escarlata. El farol osciló dejando a oscuras por un instante el pasillo; cuando volvió, el pasillo estaba vacío.

El jefe del grupo lanzó un aullido animal, giró sobre sus talones y se alejó a trompicones. «Hay fantasmas en este lugar —resonó en el interior de su cabeza—. ¿Acaso quieren molestar a los muertos?».

Los hombres, que sólo habían vislumbrado lo que él había visto, una figura evanescente que había desaparecido al oscilar el farol, dieron un respingo al oír su grito y echaron a correr en dirección a los caballos. Uno de ellos, corriendo a la sombra que proyectaba una nube con la luz de la luna, estuvo a punto de caerse en la tumba vacía; otro, al no poder soltar las riendas de la rama a que estaban atadas, se alejó alocadamente al galope llevándose la rama consigo. El hombre encargado de los caballos, desconcertado por el grito, había echado a correr antes que ellos y se había perdido en la oscuridad.

El hombre de la espada los siguió dando tumbos por el huerto y cayó temblando al suelo mientras ellos forcejeaban con los caballos. Cuando el sonido de los cascos se desvaneció en el viento, él seguía en el suelo, revolcándose sobre la hierba como un pez fuera del agua y agarrando algunos de los terrones que habían arrojado sus hombres al excavar la tumba.

La luna asomó detrás de la nube e iluminó imparcialmente sus forcejeos y el otro cuerpo, que yacía no muy lejos de él y jamás volvería a forcejear.

---

## «El diablo ha venido a Colleverde»

El amanecer del sábado resultó movido tanto en Fontecasta como en Colleverde.

Minerva, que tras quedarse petrificada al ser iluminada por el oscilante farol de los intrusos había logrado entrar en la cocina gracias a los empujones de Sibila, había pasado la noche en la bodega, bajo una trampilla oculta y atrancada que había en la cocina. Apenas si consiguió dormir. El rostro del príncipe Livio, el hombre a quien había tenido por padre durante sus catorce años de existencia y a cuyos caprichos afectivos, impaciencia, dejadez, desdén y malhumor tanto ella como todas las personas que conocía habían estado sujetas durante toda la vida; aquel rostro, el del hombre a quien había visto por última vez cortándole la cabeza a su hermano, estaba ante ella y no le permitía descansar. La había mirado fijamente. La había reconocido. Volvería. No comprendía por qué no había avanzado con aquella espada que llevaba y no le había cortado la cabeza allí mismo.

Consiguió dormirse antes del amanecer, destemplada y encogida sobre los sacos de verduras, y tuvo un sueño. Soñó que se echaba las manos al cuello y miraba su propia cabeza, que había rodado por el suelo. Cuando despertó, sobresaltada, el gemido que profirió despertó a Sibila, quien, sentada en un montón de sacos, cabeceaba sobre una bielta que tenía apretada sobre el pecho con ambos brazos. Si alguien hubiera logrado encontrar la trampilla y abrirla, Sibila, dispuesta a vender caro lo que le quedaba de vida, habría dado al primero que viera la oportunidad de verse su propio hígado.

En la semioscuridad, Minerva apenas podía distinguir a Mirandola, quien se había echado sobre una mesa de caballetes y estaba tapado con una capa, en silencio pero despierto. Aunque en la casa no había entrado ningún desconocido, Gruchio no había regresado. Sólo cabía pensar que había muerto. Sin embargo, arriesgarse a salir sería una estupidez. Los perros no habían ladrado y ni Segismundo ni Máximo habían vuelto. Tal vez estuvieran muertos en Colleverde.

Minerva sabía qué debía hacer. Su estudio de los clásicos le había enseñado muchas historias de grandes sacrificios y de hombres y mujeres que arriesgaban sus vidas, y a menudo las perdían, por el bien de sus prójimos. Ella, además, se llamaba como la mismísima diosa de la guerra, la del yelmo, la lanza y el escudo. ¿No era «virago» el apelativo más importante que una mujer podía recibir de un hombre? Ella sería una Catalina Sforza. Mostraría al mundo que nada la arredraba. Iría a Colleverde y averiguaría si Segismundo y Máximo seguían con vida. Si estaban muertos, iría a Rocca y le pediría a su tío Ludovico que rescatara al señor Mirandola.

Ella era la única que podía hacerlo. *Ella* era la protectora de una anciana y un ciego. Cinco días atrás, en el mundo, ya desaparecido, de Montenero, cuando era la amada hija única de la princesa Oralía, una anciana y un ciego habrían tenido tanta importancia para ella como los mendigos ciegos que se acercaban a las puertas del palacio. Ahora, en cambio, pertenecía a su mundo. Incluso le había cobrado cariño a la vieja bruja que le había curado la fiebre, aun cuando no dejaba de increparla con sus retahílas de sonidos ininteligibles. Parecía una figura salida de un pasado incierto, una vieja niñera, cascarrabias pero bondadosa, a la que apenas se recordara.

Con Mirandola, conmovida como estaba por la cortesía y la consideración que le había mostrado, creía que tenía las obligaciones filiales que había cumplido con el príncipe Livio durante todos aquellos años. Cuando se dirigía a ella, su voz estaba teñida de afecto. Además, ¿por qué se habría tomado su madre la molestia de proteger y cuidar a un hombre por el que sólo sentía compasión? La indignación y repugnancia que Minerva había sentido en un primer momento al enterarse de la confesada infidelidad de su madre habían desaparecido. Ahora tenía la sensación de ser la guardiana de un secreto romántico. A sus catorce años, eso le daba la fuerza necesaria para salir a la caza de dragones y doblegarlos.

Mientras Minerva y Sibila miraban horrorizadas el cuerpo de Gruchio, extendido en decúbito supino sobre la húmeda hierba del huerto, Segismundo estaba mirando otro cuerpo que se encontraba en idéntica posición: el de Benno, tumbado sobre el jergón de Bianca. Aunque desnudo y dormido, Benno tenía una ventaja sobre Gruchio: estaba vivo.

Cuando despertó, sin embargo, había jurado que se encontraba en el paraíso. Permaneció echado, sonriendo confusamente a su señor mientras Bianca le arrojaba la ropa sobre el estómago y le hacía una reverencia a Segismundo.

—Mmm, mmm... Ya veo que estoy en deuda contigo. Has ampliado tu hospitalidad a mi hombre —le dijo antes de darle el doble de lo que ella había esperado recibir de propina. Algunos hombres son caballeros por naturaleza y saben cómo han de tratar a la gente sin que haga falta insinuárselo.

El chucho al que le faltaba una oreja se acercó a los tobillos del caballero y meneó la cola en señal de bienvenida. Se sentía pletórico tras haberse zampado la mayor parte del cargamento de Benno y, aunque Bianca aún no se había dado cuenta de ello, el pedazo de buen bizcocho que ésta había reservado para el desayuno de su señora.

—Guardaos, señor, cuando andéis por la ciudad —le advirtió Bianca—. Se dice que el diablo ha venido a Colleverde. Ya os habréis enterado de la terrible noticia acerca de su eminencia...

—Vine a dársela a tu señora. ¿No te lo ha dicho Benno?

—¿Lo sabía? ¡Pero si no ha dicho ni pío!

—Supongo que tenía cosas más interesantes en que pensar. ¿Qué es eso de que el diablo está en Colleverde?

Aunque Bianca no había logrado el efecto deseado con la parte más trágica de las noticias que había traído, afortunadamente tenía más, por lo que, mientras Benno se las ingeniaba para ponerse la ropa, agradeciendo el olor familiar que desprendía, se puso en jarras y empezó a contarlas.

—Pietro me las ha traído esta mañana junto con el agua. ¡En la ciudad no se habla de otra cosa! Es una venganza por la llegada de las reliquias, ya sabéis: Satán contra la santa. Y como ha sido el cardenal quien las ha traído, la primera víctima ha sido él. ¿Cómo es posible si no que haya ardidado de esa manera en casa de su hermana? Sólo el diablo ha podido hacerlo.

—¿Cómo va a arrestar el alguacil del obispo al diablo?

Bianca sacudió la cabeza vigorosamente, descolocando de ese modo un turbante de seda coralina con el que la había cubierto. Levantando las manos para arreglárselo, dijo:

—Ah, ese hombre es capaz de arrestar a cualquiera con tal de aparentar que está ocupado. De todas formas, no hay que buscar mucho para encontrar al diablo. —Se inclinó, apoyó las manos sobre los muslos y bajó la voz, mirando a Benno para asegurarse de que él también oía aquella importantísima noticia—. Se dice que ha venido de Fontecasta disfrazado de muerto. —Se irguió y los miró, consciente de que había causado la impresión deseada, mientras volvía a enrollarse el turbante. Segismundo la miró sin inmutarse; Benno asomó la cabeza por el cuello de la camisa que se estaba poniendo y puso cara de horror—. ¡Sí, sí! ¡De muerto! Dicen que unas personas han entrado por la puerta este al amanecer con aspecto de estar fuera de sí y farfullando algo acerca de una tumba vacía que hay en la villa de los fantasmas.

—Fontecasta. —Segismundo había cruzado los brazos y se estaba acariciando el labio con el dedo índice—. ¿Y cómo sabían que hay una tumba vacía?

Bianca se encogió de hombros. Aunque estaba acostumbrada a que los hombres le miraran el pecho cuando lo hacía, aquellos dos no dejaban de mirarla a la cara.

—¿Cómo queréis que lo sepa, señor? Hay personas que se dedican a hacer cosas prohibidas. Según dicen, los cadáveres tienen un gran poder. Si el alguacil no tuviera a un guardia vigilando la horca, cada mañana desaparecerían varios pedazos. Es lógico que si las reliquias de los santos hacen el bien, los pedazos de quienes no lo han sido hagan el mal, que es lo que cierta gente quiere hacer. Ahora bien, quemar a su eminencia es una libertad que sólo el diablo se atrevería a tomarse. —Descorrió el cerrojo de la puerta y la mantuvo abierta. De la escalera llegó el animado ruido que producían los cerdos que estaban devorando desperdicios en el patio—. Decidle al alguacil, señor, que le convendría darse una vuelta por Fontecasta.

En cuanto Benno llegó al patio y vio que *Biondello* lo seguía a trompicones por la escalera, se puso a hacer preguntas en voz baja pero apremiante.

—¿Qué vais a hacer? ¿Y si se entera todo el mundo de que el señor ciego no está muerto? ¿Irá entonces el alguacil a Fontecasta?

Vio el rostro de Segismundo y se calló. Iluminado por la débil luz del amanecer y

medio oculto por la capucha, tenía un aspecto imponente. Además, al entrar al servicio de Segismundo había recibido la advertencia de no hacer preguntas, y acababa de hacer tres seguidas.

Segismundo apoyó una mano en su hombro y lo miró a los ojos como si quisiera sondear su ecuanimidad.

—Tienes que ir a Fontecasta, Benno, antes de que lo haga el alguacil. Tráelos a todos aquí, a Colleverde. —Frunció el entrecejo—. Iba a intentar convencer al alguacil de que soltase a Máximo para que volviera a Fontecasta a primera hora de la mañana, en cuanto abrieran las puertas, pero se nos han adelantado. Esperemos que Gruchio haya podido llevarlos a la bodega a tiempo para ponerlos a salvo.

—De todos modos, si les hubieran cortado el cuello nos habríamos enterado, ¿verdad? La bruja debe de haberlos asustado una vez más.

El sombrío rostro de Segismundo pareció relajarse y Benno recibió un amable golpe en un lado de la cabeza.

—Ya veo que Bianca también te ha lavado el cerebro. Las cosas van más rápido de lo que esperaba. He despertado con las palabras del alguacil resonando en mi cabeza. «El príncipe Livio llega a la misma hora». ¿Por qué habría ordenado el cardenal que el alguacil acudiera al palacio para decirle que nada había cambiado? ¿Y si se refería a que el duque Grifone y su hijo llegaban hoy, tal como se esperaba, y el príncipe llegaba *a la misma hora*?

—Es decir, que no llega el domingo.

—No llega el domingo, lo cual significa que el príncipe Livio espera tener en su poder a la señora Minerva para esta tarde, o bien que va a traer a una sustituta.

—Si está a punto de llegar a Colleverde, ¿no es peligroso que la señora Minerva y los demás vengan aquí? El duque Grifone puede reconocer al señor ciego, ¿no es así? Además, si en su día lo arrojó a los lobos, ahora querrá terminar el trabajo, ¿verdad?

—Cuando uno tiene que enfrentarse a dos peligros, lo mejor es hacer juegos malabares con ellos y ver cuál pesa menos. —La mirada de Segismundo había abandonado a Benno y parecía haberse posado en algo que sólo él podía ver—. Yo tengo que quedarme aquí y tú necesitas ayuda. Ven.

Benno, perplejo, trotó detrás de Segismundo con la misma fe que demostraba *Biondello*, que trotaba a su vez detrás de ellos. Llegaron a la plaza de la catedral. Aunque aún no había amanecido del todo, los vendedores ya habían empezado a instalar los puestos y estaban gritándose los unos a los otros, los faroles ardían aquí y allá, la gente se apiñaba con cubos en las manos en torno a la fuente y un murmullo de cotilleos flotaba en el aire. Los peregrinos ya habían empezado a entrar en tropel en la catedral. Sobre la plataforma, los enanos se habían puesto a ensayar su nueva obra, que iban componiendo sobre la marcha, acerca de la visita del diablo a la catedral. Cuando Segismundo, que tenía la mirada fija en la multitud, pasó a su lado, estaban discutiendo acaloradamente sobre el posible riesgo que podría suponer para el escenario y el edificio que había detrás de éste sostener debajo de un orificio del

tablado las antorchas con las que querían tostar al cardenal.

Los enanos no eran los únicos cómicos que estaban practicando. No muy lejos de donde se encontraban los cadáveres que oscilaban tristemente en la horca y su adormilado guardia, la sonrosada luz de la mañana resplandeció sobre unos cuchillos que volaban por los aires.

—Ángelo —dijo Segismundo cuando el joven de melena dorada cogió diestramente el último cuchillo y lo hizo desaparecer detrás de los demás en algún escondite de su delgado cuerpo—. Te necesitamos.

Los observó con sus ojos gris claro. Benno tenía el mismo aspecto de bobalicón de siempre; Segismundo parecía tranquilo. Ángelo no habría esperado otra cosa, aunque el hecho de que necesitaran su ayuda significaba que se trataba de algo urgente.

—No os va a salir gratis —le dijo.

---

## Visto y no visto

El movimiento que había en Fontecasta también era de carácter urgente. Minerva, educada como una princesa, acostumbrada a que se hiciera lo que ella deseaba e inspirada, además, por sus ideas acerca del heroísmo, logró salirse con la suya a pesar de los esfuerzos realizados por Mirandola para impedirselo. Sibila, lejos de intentar impedirselo, decidió, al parecer, acompañarla, y si no hubiese sido porque no podían llevarse a Mirandola ni dejarlo solo, se habría ido con ella.

Sibila estaba muy enfadada por la muerte de Gruchio, pese a que no había parecido tenerle mucho aprecio cuando vivía. Aunque tal vez su enfado estuviese dirigido hacia su persona por haber permitido que lo mataran, lo cierto es que, según pudo verse, le dio fuerzas para enterrarlo. Evidentemente, no pensaba que fuera seguro o prudente abandonarlo sin darle sepultura. Sus gestos y las palabras que de vez en cuando resultaban inteligibles pusieron de manifiesto su idea de que los terribles visitantes que habían tenido aquella noche podían regresar, por lo que Minerva la ayudó a arrastrar el cuerpo del anciano hasta la tumba y, como no lograron bajarlo, a dejarle caer rodando. Cuando Sibila empezó a arrojar vigorosas paladas de tierra y piedras sobre los canosos cabellos y la sanguinolenta y pálida cara del cadáver, la muchacha tuvo que apartar la mirada. Mirandola insistió en que lo sacaran al cementerio del huerto para rezar una oración. Cuando hubo terminado, Sibila se santiguó y comenzó a recitar un estridente e incomprensible sonsonete de cosecha propia antes de limpiar la pala. Minerva creyó entender alguna palabra de la monserga que Sibila había proferido, pero como no era latín ni italiano y ella sólo sabía un poco de griego, supuso que la anciana se lo había inventado.

Sibila la ayudó a ensillar la mejor de las dos jacas que había en el establo, lo cual le vino bien, porque se había quedado mirándolas con cara de pensar que normalmente a ella los caballos le llegaban mejor equipados que aquél, que sólo tenía un cabestro, y que los arreos que había colgados de la pared no iban a moverse por arte de magia. Sibila apretó la cincha golpeando al caballo en la tripa y aprovechó su sobresalto para tirar de la correa, tras lo cual indicó a Minerva el camino de Colleverde moviendo la mano convulsamente y diciendo una palabra como es debido: «recto». A continuación la muchacha se puso en marcha.

En aquel mismo instante, Ángelo estaba alquilando caballos para ir a Fontecasta. Segismundo le había dicho que en la villa había caballos para Gruchio y el señor ciego, y que la muchacha podía ir montada detrás de uno de ellos; la anciana, si no quería cabalgar detrás de Gruchio, podía ir en el burro que había en el huerto.

—Vas a tratar con gente muy testaruda —le advirtió.

Ángelo se limitó a enseñarle los dientes con la misma naturalidad que mostraba al desenfundar los cuchillos. Benno, en lugar de sentirse ofendido por el hecho de que no se confiara lo bastante en él como para dejarlo ir solo a Fontecasta, se sentía profundamente agradecido por la compañía de Ángelo. Si había una persona aparte de su señor que pudiera lidiar con un hombre muerto y una bruja, era Ángelo.

El sendero por el que cabalgaba Minerva era estrecho y pedregoso y avanzaba tortuosamente entre árboles y rocas de gran tamaño. Parecía más apropiado para cabras que para caballos. Por otra parte, el puñetazo de Sibila no había sido lo bastante fuerte, porque la silla no tardó en empezar a resbalarse de la montura. Además, al no contar con la amortiguación de las faldas, los muslos empezaron a dolerle enseguida.

Poco después el caballo se puso a cojear.

Minerva desmontó y, pensando en cuánto faltaría realmente para Colleverde, tiró del animal obstinadamente. Entonces surgió un nuevo problema. Llevaba las botas de Gruchio. Las pequeñas zapatillas que tenía puestas cuando Segismundo se la había llevado de Montenero no servían para suelos que no fueran de mármol o madera pulida. Sibila se había dado cuenta de ello en cuanto la muchacha había echado a andar por el huerto, por lo que le había quitado las botas a Gruchio y se las había ofrecido. Minerva las había rechazado. Jamás, jamás se las pondría. Entonces recordó que era una heroína y se las puso. Ahora, avanzando con la misma dificultad que mostraba el caballo, pensó que tal vez trajera mala suerte llevar las botas de un muerto. La lana que Sibila había metido en ellas para conseguir que le ajustasen se había convertido en un doloroso bolo. Además, empezaba a sentirse mareada como consecuencia de las largas horas que había pasado en blanco aquella noche y su ilusión por el heroísmo disminuía por momentos. Sin embargo, en su mente acechaba la pesadilla de que su padre..., de que el príncipe Livio pudiera volver a la villa a buscarla. Y si lo hacía, sería mucho mejor encontrarse en Colleverde.

En Colleverde, el alguacil del obispo paseaba con aire preocupado retorciéndose los dedos y tratando de decidir cómo debía proceder ante la oleada de rumores que había inundado la ciudad y estaba alimentando los aterrorizados chismorreos en torno a la muerte del cardenal. Carecía de la imaginación necesaria para ser supersticioso, pero si no se había dado ninguna clase de fenómeno sobrenatural en la villa cercana a Fontecasta, entonces alguien había hecho todo lo posible para que así lo pareciera. Habría que castigarlo por ello, por supuesto. Con lo ocupado que estaba en Colleverde, él solo no podía encargarse de la investigación. En primer lugar, desde luego, tenía que asegurarse de que se terminaban los preparativos para la llegada del duque Grifone; sin embargo, también tenía que vigilar al excepcional hombre que estaba trabajando para la princesa Corio. Además, debía intentar localizar a aquellos que habían extendido el rumor sobre Fontecasta; evidentemente, en caso de encontrarlos tendría que someterlos a un duro interrogatorio, algo que no creía que

fuera a gustarles. El problema que tenía era que los guardias de las puertas ni siquiera le habían proporcionado una descripción decente de ellos. Esos bribones habían contribuido a difundir los rumores, tal como les había dicho, y probablemente, pese a las historias que circulaban por la ciudad, habían dejado entrar a aquellos hombres antes del amanecer, ya que involuntariamente habían admitido que estaba «demasiado oscuro» como para verles la cara... Lo único que podía hacer era enviar a Fontecasta a algunos de sus hombres, de los que definitivamente no podía prescindir, para que comprobaran si realmente había una tumba vacía (los fantasmas no solían aparecer a la luz del día) y trajeran a la ciudad a cualquier personal que hubiera en la villa para interrogarla.

Así pues, los hombres del alguacil, que no compartían ni su indiferencia a las supersticiones ni sus ganas de hacer aquella tarea (algo que justificaron diciendo que tal vez hubiese fantasmas que preferían la luz del día), salieron por la puerta norte y tomaron el camino de Nemora, que era el mismo por el que se esperaba que llegaran aquel día el duque Grifone y su hijo. No tenían ninguna prisa, por lo que, aunque no lo supieran, no había peligro de que alcanzaran a Ángelo y Benno, quienes habían partido por la misma ruta al menos media hora antes y tampoco tenían posibilidades de cruzarse con Minerva.

Sin embargo, si la muchacha no los hubiese oído acercarse, tal vez le habrían dado alcance durante el camino de vuelta a Colleverde, que coincidía con el que ella estaba siguiendo. Como el atajo que conducía de la villa a la puerta este era un sendero solitario y no se había encontrado con nadie, cuando Minerva oyó los cascos pensó de inmediato en el príncipe Livio y se alarmó. Quizá hubiese regresado a la villa y tras torturar al señor Mirandola y a Sibila para que le dijeran a dónde había ido, había salido en su busca con la espada desenvainada.

Afortunadamente, en el momento en que oyó los cascos Minerva no se encontraba en el sendero, ya que había descendido a la pedregosa orilla de un arroyo que corría por debajo de un puente de gran pendiente y aspecto poco fiable. Lo había hecho por dos razones: para dar de beber al caballo y para remojarse los pies y aliviar el dolor que le causaban las ampollas. Cuando ya se había quitado las terribles botas de Gruchio y, con gran alegría, había metido ambos pies en el agua, tuvo que levantarse de un salto, ocultar el caballo debajo del puente y agacharse cogiéndolo del hocico con la esperanza de que no relinchase. El animal, de todos modos, parecía demasiado desanimado como para intentarlo. Entonces oyó el traqueteo de los cascos encima de su cabeza y una voz monótona y con acento extranjero, y se puso a rezar. Hasta que hubo pasado un buen rato, no se atrevió a salir de su escondite.

A diferencia de Sibila, el señor ciego no le había dado ningún problema a Ángelo, ya que en cuanto hubo oído la voz de Benno y entendido que Segismundo le había encargado que los acompañara, se había puesto en sus manos sin expresar queja alguna. Les había advertido que hacía tiempo que no montaba a caballo y, pese a ello, despreocupándose de su propia seguridad y manifestando su inquietud por la

situación de Minerva, se había alegrado de saber que iban a seguirla.

Sibila, tras mirar ceñudamente a Ángelo como si adivinara la presencia de todos y cada uno de los cuchillos que llevaba escondidos entre la ropa, había consentido (según pudieron entender por las señales que había hecho con la cabeza para acompañar su galimatías) en ir con ellos. Sin embargo, cuando el señor Mirandola hubo terminado de explicar la razón por la que Gruchio no iba a poder formar parte de la caravana y ellos lo hubieron ayudado a subir a la silla, se dieron cuenta de que la anciana había desaparecido. El señor ciego se afligió cuando Ángelo dijo que tendría que arreglárselas sola; él tenía órdenes que cumplir y debía llevarlo a Colleverde lo antes posible. La anciana podría coger el burro y seguirlos. Él tenía que irse, y cuanto antes.

Benno dijo que la señora Minerva corría mayor peligro que la anciana, a quien consideraba muy capaz de cuidar de sí misma, y comentó que el sendero que él y Segismundo habían tomado para ir a la ciudad con anterioridad era, probablemente, más rápido que el camino que acababan de utilizar. Sin pronunciar palabra, Ángelo cogió las riendas del caballo del señor Mirandola y espoleó el suyo para que fuera a paso ligero en la dirección que Benno había indicado.

Sibila estaba ocupada recogiendo las cabras que estaban atadas en la colina. Antes de marcharse quería encerrarlas, porque eran demasiado valiosas como para dejarlas a merced de los animales salvajes. En el momento en que la anciana se ponía a buscar a una de ellas que había arrancado su estaca, llegaron a la villa los hombres del alguacil. Muy atentamente, en los rumores se había incluido el detalle de que la tumba vacía no se encontraba en el interior de la pequeña capilla que se alzaba en el huerto de detrás de la casa; como todas las puertas y verjas estaban abiertas, los hombres cruzaron la casa y encontraron la tumba sin ningún problema.

La tumba, sin embargo, no estaba vacía, sino ocupada.

La sensación que tuvieron todos al ver que se trataba de una sepultura recién excavada con un montón de tierra encima fue de alivio. El hombre que había difundido el rumor acerca de la tumba vacía lo había hecho sin pensar en lo que hacía, sin malicia. Todo había sido producto de su imaginación. Los hombres rodearon en silencio el montículo de hierba y terrones.

—Todo está en orden, entonces.

Se produjo un nuevo silencio. Al cabo de unos segundos otro hombre dijo:

—El alguacil querrá un informe completo. No creo que se quede tranquilo si le decimos que no hemos mirado en el interior. No quiero tener que volver más por aquí.

Sintiéndose razonablemente animados, aunque sin dejar de lanzar uno o dos vistazos a la villa y la capilla para asegurarse de que no había por ahí ningún fantasma que estropeará el paisaje, cogieron el pico y la pala que había apoyados en un árbol cercano y, bajo la atenta mirada de un burro que estaba atado al lado del muro, comenzaron a sacar tierra. Las investigaciones que el alguacil había llevado a

cabo en la ciudad habían confirmado que el señor Giraldi había recibido sepultura y las debidas exequias en aquel lugar hacía ya unos días, por lo que no esperaban encontrarse con nada que tuviera el aspecto fresco de una rosa. Cuando toparon con el bulto y apartaron la tierra que lo cubría, se llevaron una sorpresa tan desagradable que salieron corriendo de la tumba.

Allí no había ni ataúd ni sudario, y el pálido rostro que tenían delante no llevaba varios días enterrado. A pesar de la tierra que le manchaba la cara, tenía aspecto de llevar sólo unas horas muerto. Uno de los hombres señaló con un dedo tembloroso la boca del cadáver. Por las comisuras de los labios se le habían escurrido sendos hilos de sangre (que era lo que habrían esperado encontrar si hubiesen sabido que a aquel hombre le habían incrustado un pico en el pecho), lo cual hacía que se pareciese a un muerto viviente.

Sin decir esta boca es mía, arrojaron al suelo las herramientas, corrieron hacia sus caballos, montaron en ellos y no dejaron de fustigarlos hasta que llegaron a Colleverde.

Sibila los oyó irse cuando salió del establo, donde había encerrado a las cabras tras haberlas provisionado de forraje y agua. Se armó con su bielta y se acercó al huerto dispuesta a hacer frente a cualquier intruso que allí se encontrase. Cuando vio que habían abierto la tumba y echado a perder la gran labor que habían realizado enterrando a Gruchio, se irritó seriamente. Sus imprecaciones, que sonaron como notas de acompañamiento al canto de los pájaros del huerto, así como las varias observaciones que le hizo el burro, quedaron repartidas equitativamente entre los intrusos (algún patán de pueblo, supuso) y Gruchio, que muerto estaba resultando ser tan pesado como en vida.

Antes de soltar al burro, dio una vuelta por la villa, echando las llaves y los cerrojos de todas las puertas y contraventanas. Llenó entonces una bolsa con comida, apagó el fuego de la cocina, cerró la puerta de la casa y, recogiendo la falda, se metió las llaves en el bolsillo. Salió al patio, cogió un grueso leño y un clavo oxidado y se los llevó al huerto, donde, bajo la recelosa mirada del burro, cogió una piedra y atravesó un extremo del leño con el clavo.

Ya estaba lista para ir a Colleverde.

Una hora más tarde, el obispo, tras mantener una discusión con la princesa Corio, de la que naturalmente había salido perdiendo, se encontraba camino de Fontecasta provisto de agua bendita y la sagrada forma. Aunque le había comentado que tenía que acudir a la puerta norte para recibir al duque Grifone con todos los honores de la ciudad, la princesa había insistido en que el ambiente que se respiraba en Colleverde exigía que el eclesiástico más importante del lugar tomara medidas. Desgraciadamente, como el hermano de su alteza había muerto, dicha persona resultaba ser él mismo. Tenía que ir a la villa y exorcizar lo que allí hubiera. El duque Grifone se enfadaría mucho si se enteraba de que el obispo había desatendido sus obligaciones.

Así pues, el obispo Tadeo, sentado sobre su mula, precedido por la sagrada forma y seguido por un grupo de sirvientes prudentemente pertrechados con una estaca para los muertos vivientes, partió al trote rezando para que pudiera volver a tiempo para dar la bienvenida al duque.

Al menos sabía qué se iba a encontrar: una casa y una tumba abiertas.

---

## A la vista

La noticia de la muerte del cardenal, como Segismundo y Benno habían tenido ocasión de comprobar, ya se había difundido por toda la ciudad poco después del amanecer. Como todas las malas noticias que a uno no lo afectan directamente, fue recibida con placer y no tardó en viajar de vestíbulos a pisos, de tienda a tienda y de un lado a otro de la fuente, de manera que antes de que llegara a todos los oídos el rumor según el cual el diablo había salido de Fontecasta y se había trasladado a Colleverde en persona para achicharrar al cardenal, algunos artistas del chismorreo ya habían tenido tiempo de sobra para añadirle detalles que habrían sorprendido a los verdaderos testigos de los hechos.

Las personas que no sentían un gran afecto por el cardenal Petrucci o tenían posturas anticlericales murmuraban que las llamas lo habían envuelto de improviso mientras cometía un pecado, que podía ser el juego, la lujuria o ambos, tal como podría ocurrirle a un hombre que fuera literalmente destruido por su propia conciencia. Aquella era la primera versión, que pronto fue sustituida por una según la cual Satán había atravesado el techo del palacio con un rayo que cayó directamente sobre el cardenal en pleno ayuntamiento carnal. La primera versión era la que había oído Giacomo Bardelli cuando a primera hora de la mañana fue a comprar pan para sus compañeros.

Irrumpiendo en su habitación con la noticia y el pan, arrojó su jubón al suelo con fuerza y saltó sobre él.

—¡Ha muerto! ¡Petrucci ha muerto! Lo han quemado vivo esta noche en el palacio Corio. —Su vehemencia le provocó un acceso de tos.

Sus tres amigos, que a excepción de uno que estaba sentado a la mesa cortando un trozo de queso con el que acompañar el esperado pan estaban desperezándose sobre la paja que había en el suelo, lo miraron horrorizados. A juzgar por sus caras, se diría que se trataba de la peor noticia que habían oído jamás. Su reacción no fue mejor cuando Giacomo añadió que los hombres del alguacil recorrían la ciudad interrogando a todos y cada uno de los forasteros y arrestando a cualquiera que no pudiera explicar convincentemente su presencia en ella. Como se esperaba que el duque llegara a Colleverde en cuestión de pocas horas, había una cierta urgencia en la búsqueda. Al fin y al cabo, si alguien había llegado al extremo de quemar a un cardenal, no se detendría ante un duque.

Aquello los convenció de que tenían que abandonar la habitación sin disfrutar del desayuno y buscar el anonimato en la muchedumbre que abarrotaba las calles.

Giacomo no estaba dispuesto a dejar las herramientas de su oficio, y mientras las cogía fue asimismo cogido (y obligado a salir de la casa sin ellas) por los hombres del alguacil. Al cabo de un rato estaba en presencia no sólo del alguacil, quien le desagradó a primera vista, sino también de un hombre alto con la cabeza rapada y vestido de buen cuero negro. Aunque éste no se dirigió a él con el tono bravucón del alguacil ni lo miró con cara de pocos amigos, Giacomo se persuadió de que lo más conveniente sería no sólo evitar demorarse en las respuestas sino darlas, además, con cortesía.

—¿Qué hacéis en Colleverde? —Tras la desabrida y estridente voz del alguacil, la del desconocido le sonó profunda e impersonal.

—He venido a ver las reliquias, señor, como todo el mundo. Y también para la boda, por supuesto.

—¿Sois un peregrino? ¿Tenéis la carta de vuestro obispo?

Giacomo titubeó.

—Pues no... Mis amigos y yo estamos lo que se dice de paso por aquí. Camino de casa —añadió amablemente.

—¿Que es...?

—San Sevino.

El hombre vestido de negro tenía los brazos cruzados y ahora estaba acariciándose los labios con un dedo.

—¿Camino de casa? —Aunque por el tono de su voz parecía pasárselo en grande, la expresión de su rostro era de seriedad.

—Nos hemos desviado, naturalmente.

—¿Dónde habéis estado y por qué? —El alguacil, que no estaba dispuesto a quedarse fuera del interrogatorio, dio a entender a Giacomo con el tono de voz que no lo creía capaz de responder de sus actos. Sin embargo, tras preparar bien la respuesta, éste contestó con gran seguridad.

—Soy cantero y he venido a Colleverde con un compañero y dos ayudantes. Hemos estado trabajando en el nuevo transepto de la catedral de Berano.

—¿Os echaron? —«Por negligencia», había insinuado el tono de voz del alguacil.

—Bueno..., nos despidieron.

—¡Ja!

—Apareció un cantero que había estado trabajando en Nemora para el duque Grifone y lo prefirieron a él. Creo que era el primo de alguien, ya sabéis como son estas cosas...

Segismundo se había acercado a Giacomo y le había cogido las manos para examinar los maltratados nudillos, las uñas rotas y las encallecidas palmas. Giacomo tosió nerviosamente.

—¿Habéis trabajado en alguna ocasión para el cardenal Petrucci?

—No hemos tenido tanta suerte. Nos han dicho que pagó bien el escudo de armas que le hicieron sobre el pórtico de su palacio de Nemora. Un buen trabajo.

Segismundo asintió con la cabeza y retrocedió para apoyarse en la mesa del alguacil y ponerse en una postura algo diferente. El alguacil estiró el cuello para poder ver, ya que se lo impedía el cuerpo de Segismundo, y luego movió la silla.

—¿Nacisteis en San Sevino?

—¿Que si nací...? Oh no, no nací en San Sevino —respondió Giacomo. Segismundo observó el rostro que tenía delante con la misma atención que había mostrado al examinar las manos. Era un rostro abierto y franco, moreno y curtido como cabía esperar, de ojos oscuros y vivarachos y una boca que sólo a duras penas lograba cerrarse sobre una dentadura que parecía demasiado grande como para resultar cómoda. Un cielo despejado permite ver el paso de las nubes; Giacomo daba muestras evidentes de querer aclarar el asunto de su lugar de nacimiento—. Nací en Bibbiena, una ciudad preciosa. —Tosió ruidosamente cubriéndose la boca con una mano.

—¿Habéis estado allí hace poco? —preguntó Segismundo. Manteniendo los labios separados, Giacomo meditó sobre si era aconsejable haber estado en Bibbiena últimamente o no; la siguiente pregunta de aquél lo decidió—. ¿Estabais allí cuando clavaron en la puerta de la catedral la nota en que se amenazaba de muerte a su eminencia?

—Imposible, señor. Hace siglos que no paso por allí —respondió Giacomo, y lanzó a Segismundo una mirada de ilusión, como si fuera un perro con ganas de agradar. Segismundo emitió un murmullo, un sonido que Giacomo no supo cómo interpretar pero que hizo que el alguacil diera un respingo y golpeará con la bota el bastidor de la mesa. Con unas empulgueras aquel asunto ya estaría solucionado y se evitaría tanta conversación inútil. Quedaba poco tiempo para que el duque Grifone hiciera acto de presencia y exigiera que le dijese el nombre de la persona que había quemado a su cardenal. Además, el alguacil quería recorrer las calles de la ciudad para pasar revista a los guardias que estaban apostados a lo largo de la ruta. Nunca se podía fiar uno de los subalternos.

—Traed a Tomaso Delmonte.

El guardia miró al alguacil antes de obedecer a Segismundo, lo cual mejoró mucho el humor de aquél. Tal vez vieses algo de acción. Aunque seguía molestándole no saber por qué Segismundo había empleado a sus hombres para arrestar a Delmonte, tenía que admitir que al menos le había pedido permiso para hacerlo, y era de agradecer que hubiera mostrado respeto hacia su autoridad.

Tomaso Delmonte tenía aspecto de ser muy joven. Parecía más bien un muchacho crecido que un hombre con deseos de casarse con una cortesana. Tenía cara de cachorrillo, ojos grandes, mejillas carnosas y un aire de testarudez en el ceño y el gesto de la boca que evidenciaba lo difícil que debía de ser para Polissena o cualquier otra persona tratar de convencerlo de que se olvidara de su fantasía.

En aquel momento estaba enfadado como sólo puede estarlo un joven de buena familia y padre acaudalado.

—¿Qué significa esto? ¿No sabéis quién soy? ¡No podéis tratarme de esta manera! Os denunciaré a la justicia...

—*Nosotros* somos la justicia. —El alguacil, encantado con el desafío, se levantó de la silla para ponerse al lado de Segismundo y cruzó los brazos imitando inconscientemente el gesto de éste. Sabía que los Delmonte eran ricos y le regocijaba su reputación de incorruptible. Su predecesor había cobrado fama gracias al ingenio que había mostrado acumulando sobornos. Aquel muchacho iba a llevarse una desagradable sorpresa si esperaba comprar un trato especial.

Segismundo señaló a Giacomo.

—¿Habéis visto a este hombre en alguna ocasión?

Tomaso, desconcertado porque no hubieran prestado la menor atención a su queja y le hubiesen hecho una pregunta sencilla y en tono relajado, se volvió hacia el trabajador, que lo miraba con aire cohibido.

—¿Y yo qué sé? ¿Por qué? —Con aquellas palabras, el cachorrillo estaba intentando hacer valer sus derechos—. ¿Por qué queréis saberlo? —Miró a Giacomo con ceño, como si le hubieran pedido que identificara una cagarruta—. ¿Dónde podría haberlo visto? —Quería transmitir la idea de que los Delmonte no se movían en ninguna clase de círculo, ni siquiera en los criminales, que eran a los que probablemente pertenecía Giacomo.

Segismundo le echó una mano.

—¿En la calle que hay detrás del palacio Corio, tal vez? ¿Esta noche, justo después de que el reloj de la catedral diera las diez?

Tomaso fue el que pareció más sorprendido de los dos. El asesinacuras tenía poderes sobrenaturales. Todo el mundo hablaba acerca de la presencia del diablo en Colleverde.

El alguacil se frotó las manos; si había algo que sabía reconocer y que realmente le agradaba era ver a una persona perpleja.

—¿Quién os ha dicho que estaba allí? No habréis estado espíandome, ¿verdad? —La ira acudió en ayuda de Tomaso con la sospecha de que sus movimientos habían sido denunciados. A ningún joven despechado le gusta que lo observen mientras sigue los pasos de su amada. Miró a Giacomo, que se miraba los pies con aire culpable, como si deseara que se lo llevaran de allí, y dijo—: Sería incapaz de fijarme en él, a no ser que me diera de narices con él.

Giacomo reaccionó con un inesperado arrebato de ira.

—Así que no os fijaríais en mí, ¿eh? —El cantero había decidido mostrarse grosero con un individuo con el que le convenía mostrarse precavido si no quería que lo castigaran. Metiendo los pulgares en el cinturón y mostrando una generosa parte de su dentadura, echó el torso hacia atrás y soltó—: Se supone que todo el mundo tiene que fijarse en vos mientras os pavoneáis por la calle con vuestra capita de marta...

La profunda voz atacó, sorprendiendo incluso al alguacil.

—¿Llevabais anoche vuestra capa de marta?

Tomaso empezó a tartamudear.

—Tal..., tal vez. —Recuperándose, añadió—: ¿Y por qué no? No es ningún delito llevar una capa de marta si uno sale por la noche, ¿no? Si he infringido alguna ley relacionada con los impuestos suntuarios y hay que pagar una multa, mi padre se encargará de ella. No hay que armar tanto alboroto por una nimiedad como esa. —Fue bajando la voz hasta quedar en silencio. Segismundo y el alguacil sonreían.

—¡Ya los tenemos! ¡Tenemos a los dos! —exclamó el alguacil, y se volvió hacia Segismundo con expresión de júbilo—. Estaban los dos allí. ¡Los dos! Confabulados. —Emocionado por haber llegado a aquella conclusión, el alguacil cogió a Segismundo por el brazo—. ¡Claro! Quedan en reunirse fuera de la escalera trasera; el muchacho llama a la puerta con cualquier excusa, ya que supone que gracias a su nombre le permitirán ver a su eminencia sin ningún problema; le dice a este patán que degüelle al portero... ¿No dijisteis que el asesino debía de tener un cómplice? Pues bien, aquí lo tenemos. Luego sube por las escaleras y quema a su eminencia.

La cara de horror que había puesto Tomaso no podía compararse con la de Giacomo. Éste se había tapado la boca con una de sus callosas manos como si tuviera miedo de que lo que pudiera salir de ella fuese a incriminarlo todavía más. El alguacil cruzó la habitación con un contoneo y miró la colección de instrumentos que había colgada en el muro de ladrillo; enormes tenazas de hierro; una bota de hierro abierta para dejar ver sus tentadoras púas, otra que sólo mostraba los tornillos de compresión; unas tenazas más pequeñas para los dientes o las uñas; unos martillos sobre los que aún se veían rastros de sangre; cuerdas anudadas y sogas cuidadosamente enrolladas sobre ganchos; ganchos sencillos pero de enigmáticas posibilidades. Delante de todos ellos se erguía un hombre de cabeza rapada y cuello de toro vestido con un atavío de cuero con manchas de sudor. Parecía una tosca imitación de Segismundo. Cuando vio que el alguacil se acercaba, se levantó muy ilusionado.

—¡Ahora sí que vamos a enterarnos de la verdad! —exclamó el alguacil—. Van a cantar de lo lindo.

Las protestas que farfullaron Tomaso y Giacomo fueron interrumpidas por la entrada de dos nuevos guardias que escoltaban a un inquieto hombrecillo de barba roja. Detrás de ellos apareció Benno, que se coló en la habitación y se apoyó en la pared tratando de pasar inadvertido. Ni corto ni perezoso, Barbarroja señaló a Giacomo con un contundente dedo índice y gritó:

—¡Ése es! Me dijo que volvería esta mañana para limpiar la bodega, pero no lo hizo. Y eso que le había dicho que la necesitaba para el vino que iban a traer del campo. ¿Qué se habrá pensado? ¿Que iba a seguir almacenando sus tristes haces de leña mientras la ciudad se llenaba de gente para la boda...?

—¿Leña?

—Ya le dije que si metía también esos barriles de aceite corríamos el peligro de sufrir un incendio. Si vais a multar a alguien por arrojarlos a la calle, multadlo a él.

Lo primero que le he dicho esta mañana ha sido: «Hay que sacar eso de aquí», y al final he tenido que sacarlo yo. —Se interrumpió, jadeando y con la barba brillante a causa de lo mucho que había escupido por la indignación que sentía.

—¿Aceite? ¿Leña? —El alguacil estaba a punto de abrazar al hombrecillo—. ¿Veis? —Se volvió hacia Segismundo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Ya tenemos las pruebas!

Segismundo seguía apoyado en la mesa con una sorprendente expresión de indiferencia. No obstante, hizo un gesto de asentimiento.

—Pruebas, en efecto, alguacil; pero pruebas de que tal vez tuviera la intención de quemar a alguien o algo, no de que lo hiciera. —Miró a Giacomo, quien al oír la acusación había retrocedido sacudiendo la cabeza hasta tropezar con un guardia que se encontraba apoyado en la pared detrás de él. El verdugo, seguro de que por fin iban a requerir sus servicios, estaba ocupado abriendo un par de empulgueras que el alguacil le había señalado, produciendo un sonido quedo y estridente, como si el metal se negara a realizar los servicios que se le requerían.

—No fui yo, de veras, no... Esa leña estaba a la venta. Iba a venderla. Y el aceite también. No hay nada de malo en vender leña y aceite, ¿verdad? —Giacomo, desesperado, acudió a la persona que tenía más cerca, quien casualmente era Tomaso, que se las arregló para reaccionar ante la idea de vender cualquier cosa con más desagrado que el que tenía derecho a expresar en su calidad de hijo de mercader—. No es culpa mía que no haya podido volver a recoger mis cosas. ¡Me han arrestado! ¡Tenéis que creerme!

—No creo que estemos obligados a hacerlo. —Segismundo se había incorporado y había extendido los brazos. Su voz no era amenazadora; Giacomo, sin embargo, al oír el chirrido y el tintineo de las empulgueras, hizo un lamentable esfuerzo por convencerlo.

—¿Por qué habría de querer quemar a su eminencia? ¿Por qué?

—Porque él quemó a vuestra familia en San Sevino. —Benno, viendo la cara de horror que ponía Giacomo, no dudó en creer a su señor y se preguntó cómo lo habría averiguado. La profunda voz prosiguió—: Tal día como hoy, hace exactamente un año, su eminencia quemó a los rebeldes de San Sevino en la torre en que se habían refugiado. Vuestra afición por los aniversarios, Giacomo, os ha hecho perder la oportunidad de vengaros. La leña y el aceite eran para esta noche, para el palacio Corio. Teníais la intención de incendiar el edificio.

El alguacil lo miraba con la boca abierta. Tomaso retrocedió como si pensara que Giacomo tenía la peste. El verdugo sonrió ilusionado y dejó caer las empulgueras sobre su muslo. Giacomo se echó a llorar y se cubrió los ojos con sus encallecidas manos.

—¡Mi esposa y mi niño! No tuvo piedad...

—¡Malvado! —El alguacil se había puesto de puntillas como si fuera a entrar en calor para una pelea—. ¡Se lo tenían merecido! ¡Los rebeldes merecen ser pasto de

las llamas! Y vos también vais a morir. El duque va a...

—Con vuestro permiso, alguacil. —Segismundo había conseguido al moverse que todos lo miraran como si fuese la máxima autoridad del lugar—. Yo respondo por este hombre ante el duque. Será encerrado en una celda hasta que llegue. Nadie podrá interrogarlo hasta que el duque le haya visto.

El alguacil consideró sus palabras. El duque había ganado una merecida fama inventándose sus propios métodos de tortura y cabía la posibilidad de que le molestara que lo privasen de la oportunidad de poner en práctica su ingenio. De mala gana, el alguacil hizo una señal a los guardias de que se encerrara al lloroso Giacomo. Benno notó que se le llenaban los ojos de lágrimas al ver que se lo llevaban. Era inevitable sentir admiración por él. Al fin y al cabo, sólo había querido hacer un buen trabajo quemando todo el palacio. En aquel momento, cuando caía en la cuenta de que probablemente él y su señor se habrían visto afectados por ello, se produjo otra interrupción.

Los guardias que vigilaban la entrada a la sala habían apartado sus picas para dejar paso a un hombre. El alguacil, volviéndose con gesto de frustración porque no iba a conseguir utilizar las empulgueras, cambió de cara en cuanto vio la librea que lucía el recién llegado. Estaba claro quién le daba la protección necesaria para que pudiera insultar tranquilamente a los hijos de las familias ricas.

—Un mensaje de la princesa Corio para el señor Segismundo. La princesa desea verlo ahora. —El énfasis que el hombre puso en la palabra «ahora» fue prácticamente imperceptible, pero a Segismundo le bastó para inclinar la cabeza respetuosamente y decir:

—Por favor, decidle a la princesa que voy inmediatamente. Alguacil, permítame que os diga una cosa. —Se inclinó para susurrarle algo al oído—. Por lo que respecta a estos hombres, lo más probable es que el miedo sea más persuasivo que el dolor. Ellos ya saben con quién tienen que lidiar: vos. Voy a comunicarle a la princesa que estáis manejando este asunto con una gran habilidad. —Continuó en voz alta—: Tenéis razón. Estos hombres deberían permanecer encerrados en vuestras celdas. Así tendrán tiempo para pensar en su destino.

El alguacil se quedó encantado y dio orden de aherrojar a los detenidos en las celdas más profundas, un privilegio que no parecieron agradecer del modo debido.

Tras abandonar la prisión, Benno, con más cara de preocupación y estupidez que nunca, se dio prisa, seguido muy de cerca por *Biondello*, en alcanzar a Segismundo, quien le puso una mano en el hombro en cuanto lo tuvo a su lado.

—Mmm... ¿Qué sucede?

Benno farfulló la respuesta al oído de su señor, que había inclinado la cabeza. Aunque el señor ciego había sido conducido a la ciudad tal como él había mandado y la anciana llegaría pronto, Gruchio había muerto a manos de las personas que habían irrumpido en la villa por la noche y habían abierto la tumba. La señora Minerva había partido en dirección a Colleverde a solas antes de que él y Ángelo llegaran a

Fontecasta.

—¿Qué camino ha tomado? —preguntó Segismundo.

—El más corto, nos ha dicho el señor ciego. Hemos vuelto por él, pero no la hemos visto. Debe de haberse dado prisa. Ha venido para buscaros a vos y a Máximo. Creía que tal vez ya la habríais encontrado.

Sin hacer ningún comentario acerca de aquella demostración de fe en sus facultades, Segismundo siguió andando entre la multitud que llenaba la plaza. Ahora estaba mucho más concurrida, ya que muchas personas habían acudido a la catedral para ver los restos del cardenal. Sus expectativas, sin embargo, habían quedado defraudadas. La princesa, asqueada por la masa de gente alelada que se había agolpado en la plaza a primera hora de la mañana, había cambiado de opinión y ordenado que llevaran el catafalco a la capilla privada del obispo. Había también quien aún no había visto las reliquias o quien quería volver a verlas, además de las personas que se habían reunido para ver la representación de la tragedia que habían preparado los enanos.

Algunas personas se sentían indignas por el hecho de que las reliquias no hubiesen salvado al cardenal; otras tenían una extraña sensación de triunfo al pensar que el diablo había puesto tanto interés en aquel desafío que había sido capaz de acercarse a Colleverde personalmente. Todos esperaban con impaciencia la entrada en la ciudad del duque Grifone, que llegaría procedente de Nemora ese mismo día. También había quien hacía conjeturas de carácter un tanto macabro y conjuradas precavidamente mediante oraciones, acerca de si el duque podía ser la próxima víctima de la ira de Satán. Los grandes hombres han de ganarse el sustento.

Mientras Segismundo se abría camino entre la muchedumbre en dirección a la calle a la que honraba el palacio Corio, vieron por encima de las cabezas de la gente el resplandor de unos cuchillos que dibujaban círculos en el aire. Cuando llegaron al lugar de donde salían, ya se había formado un círculo de espectadores en torno a su dueño, el joven de los cabellos dorados.

Benno dejó de seguir a Segismundo para mirar. La actuación de Ángelo había cambiado muy poco: proponía a los espectadores que, poniéndose en manos del Destino, dejaran que su ayudante eligiese las cartas por ellos. El ayudante tenía una melena veteada de canas que le caía sobre los hombros formando rizos e iba ataviado con un sombrero de paja campesino, una túnica de tela basta que le colgaba hasta las rodillas y unos harapos que le tapaban las piernas y los pies. Cuando volvió la cabeza y los espectadores pudieron ver que tenía cicatrices en lugar de ojos, la exclamación de Benno fue la más alta de todas.

Para impedir que dijera algo indebido, Segismundo murmuró:

—Ángelo ha hecho lo que le he pedido. Cuando quieras esconder algo, déjalo a la vista, donde nadie espere encontrarlo.

---

## Al final, la fortuna sonrío

El cortejo nupcial que seguía el tortuoso camino de Nemora a Colleverde guardaba cierto parecido con la procesión que el difunto cardenal había conducido desde Roma para escoltar a las reliquias. La cantidad de polvo levantada era prácticamente la misma, como lo era la cantidad de personas que se habían desplazado desde sus granjas y pueblos para ver la cabalgata, personas que se quitaban los sombreros, se arrodillaban y alzaban a los niños para que vieses mejor. No obstante, el entusiasmo que mostraban era, sin lugar a dudas, menor.

En primer lugar, se espere lo que se espere de un santo, las reliquias son una prueba evidente de que está muerto. El duque Grifone, sin embargo, estaba vivo, pese al optimismo de ciertos rumores, y los duques vivos suelen suponer un elemento de imprevisibilidad. Si se los satisface, uno puede confiar en que se reduzcan los impuestos o se construya una nueva catedral a su costa; si no se los satisface, los resultados pueden ser de una sordidez espectacular, como se había podido comprobar en San Sevino.

La reciente noticia acerca del príncipe de Montenero era un ejemplo de ello. Si los gobernantes perdían la paciencia, las personas que se encontraran alrededor se exponían a perder la cabeza. Si los vítores que resonaban por el recorrido en honor al duque y su hijo eran lanzados con verdadero fervor era porque se sabía que éstos sólo estaban de paso. Las opiniones acerca del humor con que vendría el duque estaban divididas: ¿sería rabia por el hecho de que su principal consejero había sido quemado vivo o alegría porque iba a celebrar la boda que significaría la unión de Nemora y Montenero? Esto, después de la reciente desgracia ocurrida en Montenero, suponía un incentivo: la posibilidad de que el señor Astorre acabara quedándose con el principado de Montenero. ¿No cabía esperar entonces que el duque estuviera de buen humor?

Ni siquiera su hijo estaba seguro. Al responder al requerimiento de que cabalgara al lado de su padre, el señor Astorre sintió, como siempre, un cierto nerviosismo. Bajo su sombrero de terciopelo negro, adornado con un balaje del tamaño del huevo de una gaviota, el semblante del duque era sombrío. Sin embargo, fue un rostro curtido y bien parecido el que volvió hacia su hijo, un rostro cuyos rasgos (nariz corta y curva y labios finos) parecían haber sido grabados por un escultor deseoso de representar un carnero (el signo de los Grifone) y que no eran muy diferentes de los del primer signo del Zodiaco que se había pintado recientemente en el gran techo de la sala de audiencias del palacio de Nemora. Incluso los rizos que se escapaban por

debajo de su sombrero tenían el aspecto artificial de los anillos de plata salidos del banco de un joyero; los ojos que se posaron sobre Astorre, por su parte, podrían haber sido cristales oscuros por la expresión que tenían. Aquellas personas que observaban el rostro del duque con la esperanza de ver señales de una enfermedad terminal tenían que admitir que, a pesar de que lucía demasiadas canas para ser un hombre de cuarenta y tantos años y de que las arrugas de su cara podrían haber sido grabadas con un cuchillo, la impresión general era todavía de fuerza contenida.

La manera en que dicha fuerza podía llegar a manifestarse era algo que mantenía alertas a las personas cercanas a él y que ahora preocupaba a su hijo.

—¿Qué tenéis pensado hacer con respecto al asunto del cardenal, señor?

Los cristales oscuros brillaron.

—Enterrarlo. Lo que quede de él. Y quemar a los villanos que lo quemaron.

—¿Se sabe ya quién lo hizo?

—Lo sabré pronto. —Las manos del duque, que estaban cerradas en torno a unas riendas de color escarlata, tenían un aire de confianza. La luz del sol relucía sobre el borde dorado de sus guantes—. Nadie es capaz de desafiarme durante mucho tiempo.

—¿Creéis que se trata de una venganza personal o de una trama contra vos, señor?

—Quien mata a mi consejero está apuntando a mi persona. Los traidores son el cuento de nunca acabar. Ya tendrás ocasión de descubrirlo. Petrucci me era de gran utilidad. Era muy hábil a la hora de desenmascarar a los traidores y darles el castigo que se merecían. —De pronto, el duque se echó a reír emitiendo un sonido que en cualquier otra persona habría sido considerado un cacareo—. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió en San Sevino el año pasado? Tal día como hoy, en la fiesta de santa Bernardina, Petrucci metió a una pandilla de rebeldes en la torre y los achicharró a todos. —El duque soltó una carcajada al acordarse de ello. Entonces cambió de expresión y puso un gesto furibundo—. Echaré de menos a ese hombre. Cuidaba de mis intereses como ninguna otra persona lo habría hecho, aunque siempre me tuvo por la marioneta del hipócrita de Mirandola.

Astorre habló con valentía.

—Para mí fue un buen gobernante, y bondadoso. —Si no estuviera prohibido hablar acerca de Mirandola en la corte, Astorre habría aprovechado cualquier oportunidad para defenderlo, pues se trataba de alguien a quien todavía recordaba con afecto. El duque soltó un bufido, y su caballo le respondió levantando la cabeza.

—¿Bondadoso? Por supuesto que lo era. No querrás que los traidores lleven un cartel colgado en el que proclamen su traición y se comporten con antipatía para que tú sepas que te odian. Mi padre confiaba en ese hombre; decía que era sus ojos. ¡Los ojos del duque! ¡Menos mal que me ocupé de cerrárselos! —Entornó los suyos en un gesto de verdadero placer—. De todos modos, fue un favor que le hice. Así se libró de ver a los lobos cuando se disponían a devorarlo. —El duque se inclinó para dar a su hijo una palmada en el muslo, haciendo así que el caballo se sobresaltara y se fuera

hacia un lado—. Nunca dudes en acabar con tus enemigos, hijo mío, porque ellos no dudarán en acabar contigo.

No fue ésa la primera vez que Astorre se preguntaba si llegaría a adquirir la afición que tenía su padre por las intrigas políticas. Comprendía que éstas dieran a la vida del poderoso un interés permanente; el problema era que dicha permanencia descansaba, muy a su pesar, sobre la identificación y destrucción de aquellas personas que, pese a parecer inocentes e incluso encantadoras, desearan apartarlo a uno del camino. No creía que llegase a disfrutar jamás con los suplicios y las ejecuciones. Siempre haría lo que había hecho hasta aquel momento: limitarse a soportar sólo los espectáculos estrictamente necesarios. No obstante, aquello era tan difícil de aceptar como lo sería decir que no disfrutaba de los placeres de la caza, que era una de sus principales aficiones. Su padre mostraba ahora la misma ecuanimidad al presenciar la muerte de un traidor que al ver la de un venado. Además tenía que aceptar que las personas resultaban menos peligrosas desde el punto de vista de la seguridad del estado una vez que se les había sacado las tripas.

Al hilo de aquellas ideas, se puso a pensar en su futuro suegro.

—Señor, ¿se sabe si el príncipe Livio sospechaba que su hijo conspiraba contra él? —Aunque la rebelión en el seno de la familia no era algo que sorprendiera a ningún gobernante, Astorre se alegraba de ver que su padre confiaba en él cuando hablaban, y con razón.

—Su carta sólo hacía referencia a su dolor. —El duque volvió a soltar un bufido—. Añadir el dolor por el hijo al dolor por la esposa es una treta de tontos, y Livio no es ningún tonto. El príncipe no mató al muchacho por dolor. Dicen que sufre de epilepsia, aunque los ataques sólo le dan de vez en cuando. He preguntado a los médicos y me han dicho que la muchacha no lo heredará y tus hijos tampoco. —El duque lanzó a su hijo una sonrisa tan cariñosa como furibunda—. Descuida, que no vas a pasar tu noche de bodas al lado de una esposa que tiene convulsiones.

Astorre recordaba que Minerva era una muchacha bellísima con una cara de rasgos afilados que quedaba prácticamente oculta bajo una abundante cabellera dorada. No había levantado la cabeza más que una vez durante la boda que la había unido a su hermano, seis años atrás. Cuando las fiebres se habían llevado a Ercole, su padre había llorado su muerte desconsoladamente y luego había anunciado que la alianza con los Montenero se mantendría a toda costa, lo cual los había conducido hasta el camino que estaban siguiendo ahora. El príncipe Livio debía de sentir lo mismo, porque en caso contrario la muerte de su hijo lo habría llevado a aplazar la ceremonia.

—Mira. —El duque señaló la vista que tenían ante sí. Habían llegado a la cima de la colina. Colleverde brillaba al sol de la primavera, dorado, anaranjado y blanco, rodeado por sus murallas y el marrón y el verde de sus bosques y campos—. Ya falta poco. Por lo que veo, los nuestros ya han levantado el pabellón.

Tenían que detenerse antes de entrar en Colleverde para dejar que les quitaran el

polvo del camino de la ropa, cambiarse a los caballos de procesión y aliviarse, ya que el viaje que acababan de terminar los había dejado cubiertos de polvo y les aguardaba un lento desfile a través de la ciudad. Tendrían que escuchar alocuciones y poemas y aguantarlo todo como lo que era: parte del singular recibimiento que Colleverde había conseguido organizar para su duque. Constaría de la habitual serie de discursos en latín, poemas en lengua vernácula, coros ataviados como ángeles y bellas muchachas vestidas sólo en parte de cualquier figura alegórica que fuera lo bastante convincente como para resultar pertinente para la ocasión. De igual manera, se utilizarían todos los arcos, adornos florales y carros decorativos que la ciudad pudiera permitirse. Probablemente hubiese un florentino a cargo de todo ello, pese a que contratar a un florentino no resultaba barato.

Recorrieron el último tramo del viaje prácticamente en silencio. Grifone estaba pensando con satisfacción en que, con la muerte del hijo de Livio, la muchacha pasaba a ser su heredera. Si Livio no conseguía casarse y tener otro hijo antes de que uno de sus arrebatos o sus desafortunados encuentros se lo llevara por delante, al cabo de un tiempo Astorre podría anexionar Montenero a Nemora. Grifone tenía la costumbre de ponerse gravemente enfermo con una rapidez tal que aterraba a los médicos y entusiasmaba a sus enemigos, y aunque se recuperaba con idéntica rapidez no podía confiar en que fuera a ser así siempre. Esperaba que Astorre tuviera la fuerza necesaria no sólo para conservar Nemora sino para adquirir Montenero. Tras la pérdida de Petrucci, el muchacho necesitaba buenos consejeros.

De una cosa estaba seguro: no abandonaría Colleverde mientras no hubiera encontrado y castigado debidamente al responsable de dicha pérdida. De nada serviría delegar semejante tarea en el obispo Tadeo. Aquel hombre era incapaz de ajusticiar un huevo pasado por agua.

Astorre, por su parte, guardaba silencio porque estaba pensando en Minerva. Esperaba que siguiera tan bella como la recordaba y que no le afligiera demasiado el hecho de casarse cuando había pasado tan poco tiempo desde el fallecimiento de su madre y la extraordinaria muerte de su hermano. Qué extraño debía de ser tener un hermano gemelo, ver a una persona tan parecida a uno, pero que no era uno mismo y que ni siquiera era del mismo sexo, y luego perderla de manera tan repentina y a manos del propio padre. Astorre imaginaba que Minerva se alegraría de dejar al príncipe Livio y que, aunque sabía que la gente temía a su padre, el duque jamás haría daño a su familia. La muchacha iba a entrar a formar parte de ella dentro de sólo unas horas y en su seno encontraría consuelo y apoyo. Estaba decidido a hacer lo necesario para que así fuera.

Inconscientemente, Astorre espoleó a su caballo, que echó a trotar. El semental del duque, por no quedarse atrás, se lanzó hacia adelante sin que el jinete se lo impidiera. Cuando se emparejaron, siguieron cabalgando a gran velocidad hacia Colleverde y todo lo que allí los esperaba.

Si las personas que se encontraban fuera de los muros de Colleverde estaban

preparándose para ser recibidos, las que estaban dentro llevaban a cabo los preparativos para el recibimiento con verdadero frenesí. La llegada del duque estaba prevista para ese sábado. La construcción del arco del triunfo de la puerta norte había sido terminada la noche anterior, una semana más tarde de lo prometido, por lo que apenas quedaba tiempo para ensayar el descenso que iba a realizar la diosa Fortuna desde el techo del arco a fin de darle al duque una corona de laurel. La diosa Fortuna, una muchacha de nobles proporciones había empezado a poner reparos a su actuación con el pretexto de que le daba vértigo y de que el arco era frágil. Además, temía que la maquinaria que debía bajarla se quedara atascada a medio camino tal como había ocurrido en la primera prueba. No quería verse obligada a lanzar la corona a la cabeza del duque como si fuera un aro, algo que podría simbolizar la naturaleza azarosa del ser al que iba a representar, pero que el duque tal vez no llegara a comprender.

Por si acaso aquello no fuera suficiente, la muchacha se negaba a llevar la peluca de la diosa Fortuna, la cual, según la tradición, sólo tenía pelo en la parte delantera y estaba calva por detrás. Ya le habían dicho que sabía lo de la peluca desde el primer momento y que, en cualquier caso, la gente no iba a fijarse en la parte de atrás de su cabeza si tenía delante a un duque en carne y hueso a quien mirar. Que su comportamiento fuera una prueba de que se trataba de la persona idónea para desempeñar el papel de la veleidosa Fortuna no tranquilizaba al director del espectacular acontecimiento, que era, en efecto, florentino y muy caro. El gremio de mercaderes, deseando impresionar al duque con su lealtad (una precaución que consideraban justificada), era el encargado de pagarle. La muchacha que interpretaba a la diosa Fortuna era casualmente la amante de uno de los mercaderes más ricos de la ciudad, por lo que no sería prudente proponer una sustitución aun cuando se encontrase una capaz de aprender de memoria su discurso a aquella avanzada hora. El director estaba desesperado.

Su desesperación no había hecho sino aumentar cuando a última hora del día anterior había recibido la noticia de que el príncipe Livio, cuya llegada a la ciudad estaba programada para el domingo, iba a entrar por la puerta este precisamente el sábado y tenía pensado llegar poco después o al mismo tiempo que el duque Grifone. El florentino había despachado a su ayudante para que saliera al encuentro de la cabalgata e insinuara, con el debido tacto y humildad, que el efecto sería mejor si entraba *después* del duque, cuando la gente ya no tuviera a quién mirar. De todos modos, tenía una larga experiencia de tratar con príncipes y no era optimista al respecto. Encontrar a un príncipe con verdadero sentido escénico era algo insólito. La mayoría pensaba que su mera aparición bastaría para causar el asombro universal. El florentino, mientras se esmeraba por acabar los preparativos a tiempo, había recibido, además, aquella misma semana la noticia de la muerte del hijo del príncipe Livio, por lo que se había visto obligado a suprimir un magnífico cuadro vivo de la muerte de Absalón y poner en su lugar uno del enfrentamiento entre el arcángel san Miguel y Satán, que siempre había sido uno de los episodios favoritos del público. La

compañía de enanos estaba resultando ser de un valor realmente inestimable. No sólo eran unos consumados actores sino que estaban bien provistos de cuernos, colas, máscaras y bieldas. Sin embargo, había un problema, como siempre. Aunque se llevaban razonablemente bien los unos con los otros, el hombre que iba a representar el papel del arcángel san Miguel había hecho algún comentario jocosos acerca de la conveniencia de que fueran ellos quienes interpretaran a los diablos y luego se había quejado de su torpeza con las bieldas.

El director ya había reparado en el argumento teológico según el cual los ángeles rebeldes que se enfrentaran al arcángel debían conservar el aspecto de ángeles hasta el momento en que fueran condenados al infierno, pero era consciente de que iba a poner en escena aquellos episodios para un público cuyos conocimientos de teología eran claramente inferiores a su amor por lo grotesco, un amor que los enanos habían asumido y empezado a explotar hacía tiempo. Por otro lado, era poco probable que el príncipe hiciera objeciones, ya que los rebeldes no debían parecerse a los ángeles, y, además, una buena pelea siempre tenía una aceptación maravillosa. Para dar satisfacción a la novia, disponía de un carruaje tirado por panteras en el que iban Baco y Ariadna. Las panteras en cuestión eran en realidad unos leopardos cazadores que el difunto cardenal había pedido prestados antes de marcharse a Roma. Naturalmente, no se iba a obligar a unas criaturas tan nerviosas y delicadas como aquéllas a realizar ningún trabajo: los encargados de los leopardos iban a ocuparse de sujetar las guirnalda con las que éstos aparecerían unidos al carruaje, en tanto que éste sería empujado por un grupo de sátiros. Los animales, sin embargo, habían mostrado durante los ensayos una excesiva propensión a quedarse sentados sobre las ancas con aire de superioridad. Al director le habían asegurado que en realidad corrían sobre las alas del viento, así que lo único que podía hacer era esperar que en el caso de que se les ocurriera confirmarlo, el príncipe Livio y la novia se encontraran ya lejos de ellos.

Al final, la Fortuna sonrió, literalmente, al florentino y ascendió al arco acarreado la corona, gracias no tanto a sus halagos como a la intervención de la Fama, la Esperanza, la Audacia y la Penitencia, cada una de las cuales había aceptado ocupar un lugar inferior en el arco sobre unas plataformas cuidadosamente construidas y había mostrado una generosa preocupación por su vértigo, hasta el punto de ofrecerse a aprender su discurso *prestissimo* y sustituirla. El director recorrió apresuradamente la ruta de la procesión, que los guardias del obispo y del cardenal habían mantenido despejada, para asegurarse de que su Baco se encontraba bien. Baco había trillado una buena borrachera la noche anterior, presumiblemente en un intento por entrar en el personaje. Se trataba de un joven alto y delgado, y parecía algo abrumado bajo la piel de leopardo que lucía y que le daba el aspecto de una pantera de recambio. Cuando el director llegó adonde él estaba, oyó la salva de aplausos y vítores procedentes de la puerta norte anunciando la llegada del duque.

Un hombre alto y vestido de negro que los guardias ya conocían había utilizado

también la ruta de procesión para llegar a la puerta norte en el preciso instante en que lo hiciera el duque. Cuando el público dejó de lanzar vítores y la diosa Fortuna comenzó su monótona salmodia, Segismundo observó que, como se temía, los guardias del duque, poco dispuestos a permitir que un desconocido se acercara hasta el estribo de su señor, le cerraban el paso. Algo, sin embargo, hizo que cambiasen de opinión. El duque, que permanecía sentado con el mismo aire de paciente superioridad de un leopardo cualquiera escuchando el discurso y fijándose en el estado que ofrecía Colleverde con vistas a futuros impuestos, deseaba precisamente que lo distrajeran. Sin apartar la mirada de la diosa Fortuna, preguntó:

—¿Quién es? —Si no añadió «¿No ves que estoy ocupado?», fue por una razón obvia: cualquier duque que se encuentra ante sus súbditos está, en efecto, ocupado con la importante tarea de mostrarse como un duque. El caballero mayor se inclinó respetuosamente sobre la silla del caballo con que se había acercado.

—Un mensajero del duque de Rocca, excelencia. Dice que es urgente.

Segismundo mostró al duque un pergamino adornado con una cinta de seda roja de la que colgaba el pesado sello de Rocca.

---

## «Un buen lío es lo que tienen planeado»

Media hora antes, la gran plaza de Colleverde no estaba tan concurrida como para impedir circular libremente por ella. La gente podía moverse de aquí para allá, charlando y comprando en los puestos, en los que no sólo se vendía comida, sino también figuras de arcilla de santa Bernardina, sellos de Colleverde para los peregrinos de fuera de la ciudad y retratos de la santa. Un comerciante emprendedor se había metido en el negocio de la iluminación con unos pedacitos de cera que juraba que pertenecían a las velas que ardían delante del cuadro de la santa, cuya imagen, milagrosamente, había sonreído a un ladrón y movido la cabeza en señal de clemencia. Un competidor había empezado a vender unos hilos de seda que había pegado sobre pedazos de tela negra para que se vieran bien. Según decía, se trataba de los hilos del estandarte que había detrás del cuadro de la santa. Los compradores hacían caso omiso de los cínicos que les susurraban que el único milagro de verdad era conseguir poner a la venta esos artículos en las propias narices de unos sacerdotes que conocían su valor.

Naturalmente, aquellos cínicos no acudían al adivino que había ocupado un puesto en los soportales de uno de los lados de la plaza y atraía una multitud aún más numerosa que la que había reunido el día anterior gracias al ciego que ahora le sacaba las cartas.

Allí fue donde los encontró Segismundo: Ángelo, con su túnica de color azul y amarillo y un sombrero de terciopelo azul ligeramente desgastado sobre su dorada cabellera, cuya borla le caía en torno al cuello como si fuera el brazo de un amigo; y Mirandola, con su noble rostro levantado a la manera de un ciego y ataviado con su tosca túnica y su sombrero de paja de campesino. Cada vez que sacaba una carta, se convertía en el centro de atención del ansioso público. Los ojos de Ángelo se encendieron cuando vio que Segismundo se acercaba y se ponía al lado de una mujer flaca que llevaba una vara de peregrino.

—Llegáis en buen momento, señor, para que os leamos las cartas. —Ángelo cogió las monedas que le daba un anciano al que acababa de adivinar el futuro y las hizo desaparecer de la vista sin dejar de mirar a los congregados—. Una lectura privada, señoras y señores, por la que me pagará en oro.

Segismundo, consciente al oír aquello de que Ángelo contaba con información que tendría que comprar (la cual sería realmente importante si valía el precio que le había pedido por ella), sacó una moneda. El adivino, arrancando un murmullo de curiosidad de los espectadores, le indicó que se acercara y lo hizo pasar detrás de una

raída tela decorada con estrellas que colgaba de una cuerda, dos palos y un adventicio gancho que había en la pared de los soportales.

Así pues, Benno, que en su búsqueda de la señora Minerva salía por tercera vez aquel día de la catedral, aquella gran cueva con sus oscuras capillas, deslumbrantes bancos de velas y su multitud en continuo movimiento, vio de manera fortuita la cabeza rapada de su señor, que apartaba con el hombro la tela del puesto de Ángel y se erguía cuan alto era.

Dando tumbos entre los mendigos y sorteando las fauces de un perro rabioso que tal vez hubiera olido a *Biondello*, que iba agazapado en su pechera, Benno se abrió rápidamente paso entre la muchedumbre, que ahora estaba pensando seriamente en alinearse a lo largo de la ruta de la procesión, pese a tener distintas opiniones acerca de cuáles eran los lugares estratégicos. La gente avanzaba con resolución en diferentes direcciones y por lo general cruzándose en el camino de Benno. Un hombre voluminoso, que llevaba una capa a su medida, se detuvo repentinamente. Cuando Benno ya se encontraba entre los pliegues de la capa, un largo brazo lo sacó y le dio media vuelta. Se trataba de Segismundo.

—Ya veo que no has tenido suerte, mi pobre Benno. En cambio, yo sí. —La competente mano que tenía detrás de la cabeza lo empujó entre un grupo de personas que se acercaban y se apartaron como por arte de magia al ver a Segismundo.

—Aquí.

«Aquí» era un portal que un ofendido gato abandonó de inmediato no sin antes dejar tras de sí una elocuente señal con la que daba por sentado que aquel era su territorio. Benno, de todos modos, no era un entendido en olores. Miró a su señor esperanzado y preguntó:

—¿Dónde la habéis metido?

—No hay ni rastro de nuestra señora, Benno, aunque creo que pronto la veremos.

—¿Sabéis dónde está?

—Ángelo dice que el príncipe va a traerla para la boda.

Benno se quedó boquiabierto.

—¿Entonces la *tiene*? Cuando dijeron que el cortejo nupcial iba a venir a pesar de todo, pensé que...

—No sabemos si la tiene. —Segismundo seguía mirando a la muchedumbre—. Quizá cree que está muerta. Si no sabe nada de mí y de la carta de la princesa, o si no me ha relacionado con su desaparición, es muy probable que piense que una muchacha desprotegida que huye sin dirección fija por unas calles que desconoce, acabe saliendo de la ciudad y... —No se molestó en continuar. Benno pensó en los lobos que había en las colinas que rodeaban Nemora, las mismas en que el duque Grifone había tenido la consideración de abandonar a Mirandola después de arrancarle los ojos.

—Pero si cree que está muerta, ¿a quién ha traído para la boda? ¿Piensa que nadie sabe qué aspecto tiene la señora? ¿Acaso las familias no se envían siempre retratos

antes de la boda? He oído hablar de ello... Es como si quisieran decir: «Esto es lo que hay, para que veáis la suerte que tenéis».

Segismundo se apoyó en la puerta de roble, dejando caer la cabeza sobre el metal como si tuviera una buena mata de pelo con la que amortiguar el golpe.

—Claro que saben qué aspecto tiene. Es la pequeña sorpresa que les tiene preparada...

Benno volvió a quedarse boquiabierto.

—Pero alguien tan importante como el señor Astorre, que es casi como un príncipe, no va a casarse con cualquiera. Es decir, si no se trata de ella, no va a decir «de acuerdo, me quedo contigo». Se armaría un buen lío si lo hiciera.

—Creo que es precisamente un buen lío lo que tienen planeado. Ángelo me ha dicho que un médico le ha preguntado qué le pronostican las cartas para el día de hoy. —Por el tono de su señor, Benno adivinó que aquello significaba más de lo que parecía, por lo que guardó silencio. Segismundo prosiguió—: El doctor ha visto fantasmas, aunque no los de sus pacientes, ya que ayer no era doctor...

—¿Que ayer no era...? Uno no aprende medicina de un día para otro.

—A menos que logre hacerse con la túnica y el sombrero de un médico, Benno. Ángelo me ha descrito al médico y a los dos hombres que lo acompañan. Uno de ellos llama mucho la atención porque tiene la cara azul, como la que se te queda cuando tienes un accidente con pólvora. Creo que los fantasmas que ha visto son los de Fontecasta.

Benno estuvo a punto de caerse sobre un cerdo que había metido el hocico entre sus talones para llevarse medio nabo que alguien había abandonado en los escalones del portal.

—¡Fontecasta!

—Ayer, antes de convertirse en doctor, acudió a Ángelo para preguntarle cómo iba a acabar cierto asunto que parecía arriesgado. Le dijo que un astrólogo ya le había vaticinado que el asunto sólo saldría adelante si se pagaban todas las deudas. Hoy le ha dicho que aunque las deudas han quedado saldadas, ha tenido malos augurios y le ha preguntado si, pese a ello, el asunto va a salir adelante.

—Pero si ha sido el médico quien ha estado en Fontecasta, ¿por qué ha abierto la tumba? ¿Quería hacerse con un fragmento del cadáver para echarlo en sus pociones, como decía Bianca? —Benno lanzó una mirada de perplejidad a Segismundo—. Hay doctores que les ponen ratones fritos y pedazos de murciélago. Es magia al fin y al cabo, ¿no? Hay conjuros que sólo pueden llevarse a cabo con ciertas partes del cuerpo, ¿verdad? —Los dedos de Benno hicieron una breve y destructiva incursión en su cabellera de tal suerte que la gorra acabó cayéndosele. La cogió y preguntó—: ¿Creéis que alguien intenta averiguar si el señor ciego está realmente muerto?

Tres niños pasaron corriendo uno detrás del otro por delante de la puerta. La mujer que los perseguía consiguió pegar al que iba el último. Con los gritos, Benno tuvo prácticamente que leerle los labios a Segismundo para entender su pregunta.

—¿Y a qué persona puede interesarle averiguar si está realmente muerto?

En ese momento Benno se vio obligado a dejar salir de la pechera a un forcejeante *Biondello*, que sentía la necesidad de contribuir al hedor que se había acumulado delante de la puerta. Los dos hombres lo miraron con gesto distraído. Benno estaba pensativo. Las oleadas de gente que inundaban la plaza se desplazaban definitivamente hacia la ruta de la procesión, que había quedado finalmente delimitada gracias a la intervención de los guardias del obispo.

—Bueno, aunque es posible que el cardenal lo estuviera, sabía que el señor ciego estaba muerto porque vos se lo dijisteis. Además, ignoraba que el señor de la villa fuera el mismo al que tenían que comerse los lobos, ¿no es así?

—Te olvidas de que cuando abrieron la tumba el cardenal ya estaba muerto. Para entonces el príncipe Livio ya había tenido tiempo de torturar a los sirvientes de su esposa. Ayer estaba en Colleverde. Lo vi en la catedral.

Benno se tapó la boca con la mano y lo miró fijamente.

—El príncipe... De modo que el príncipe ha ido a Fontecasta para ver si...

—Si el amante de su mujer está realmente muerto. El príncipe no se habrá creído que su mujer mandara a alguien a la villa varias veces al año con mensajes y dinero sólo porque le gustaban los ojos de un hombre. Dudo además que sepa que no tenía ojos.

—Entonces, ¿piensa que era el señor Giraldi? —Benno se agachó para impedir que *Biondello* siguiera a un niño que estaba dando cuenta de un pedazo de salami que llevaba peligrosamente cerca del suelo. Cuando se incorporó, advirtió que la atención de su señor estaba en otra parte. Incluso entre el creciente clamor de la multitud, que desgarraba de vez en cuando algún que otro grito o alarido, pudo oírse de repente un estruendo proveniente de las escaleras de la catedral.

Se trataba de dos muchachos que estaban enzarzados en una pelea. Uno de ellos también estaba recibiendo lo suyo a manos de una anciana, que le machacaba la espalda mientras él forcejeaba e intentaba darle patadas con toda la fuerza que le permitían emplear las faldas de la mujer. Uno de los guardias del obispo, al que habían apostado en aquel lugar para que mantuviera despejada la parte central de la escalinata a fin de que pasase la comitiva del duque, trató de interponerse, pero perdió ignominiosamente el equilibrio por culpa de la anciana y cayó sentado sobre el bote con el que estaba pidiendo un mendigo. La mujer chillaba y profería unos sonidos ininteligibles mientras golpeaba al muchacho. Sorprendido, Benno reconoció a los tres contendientes.

Segismundo ya se abría paso entre la muchedumbre, que ahora estaba mucho más apretada y dispuesta a quejarse, al menos hasta que él apareció. Benno, que iba detrás de él, se llevó unos cuantos empujones como represalia, pero continuó andando con la confianza de que *Biondello* los siguiese. Cuando llegaron a las escaleras de la catedral, Segismundo pasó por encima del mendigo, que recogía sus monedas y trataba de ahuyentar a los que querían ayudarlo (otros mendigos), y, cogiendo a los

dos muchachos por el hombro, los separó. La vieja, animada por la multitud, se había puesto a golpear al guardia, quien había recuperado el equilibrio, aunque no la dignidad, y estaba intentando arrestarla.

—¡Lleva puesta mi ropa! ¡Es *mi* ropa la que lleva! —El muchacho, colgado de la represora mano de Segismundo, se había puesto rojo de ira y sangraba abundantemente por la nariz. Benno, con una habilidad que nunca había llegado a perder, se escabulló por detrás de un sacerdote que se había acercado a ver el indecoroso altercado. Era consciente de que el muchacho se había llevado una gran decepción al ver que se libraba de la horca y de que, por mucho que la santa lo hubiera perdonado públicamente, las ejecuciones competían con los milagros en popularidad y eran, además, mucho más fáciles de conseguir. Sería mejor no recordarle a nadie que seguía vivo.

Benno se sintió profundamente aliviado cuando vio que la señora Minerva, con su melena bien escondida, el bordado de lana de su túnica manchada de la sangre del muchacho y el cuello de su camisa prácticamente desgarrado, salía victoriosa. Para ser una persona no acostumbrada a mancharse las manos con los campesinos, había tenido un debut espectacular.

—¡Eh! ¡Ésta no es forma de comportarse! Te di una buena cantidad de monedas por esa ropa, ¿o ya no te acuerdas? —le dijo Segismundo al campesino al tiempo que le propinaba un ligero empujón. Una abundante cantidad de sangre salió despedida alrededor—. Y seguro que este joven también ha pagado un buen dinero por ella. No llates a nadie «ladrón» sin averiguar antes la verdad. Jovencito —dijo volviéndose hacia Minerva—, venid conmigo y os invitaré a una copa de vino. Tenemos tiempo antes de que llegue el duque; lo separan de la catedral tres arcos, un carruaje y seis discursos. Venid.

El muchacho se apartó mirando a Minerva con gesto malhumorado y sacándole la lengua, que volvió a meter apresuradamente en cuanto sintió la sangre que le caía por la cara. Minerva se alejó de él con la cabeza bien alta y mostrando un aristocrático desdén hacia el estado de su ropa. Le había brindado a Segismundo una sonrisa de oreja a oreja que Benno interpretó como una expresión de alivio. No debía de ser nada divertido estar a solas en una ciudad desconocida, por mucho que hubiera encontrado a Sibila o sido encontrada por ella. El guardia, abandonando la idea de detener a nadie, había regresado a su puesto santiguándose para protegerse del mal de ojo y confiando en que la influencia de las reliquias conjurara el poder de la maldición de la bruja en el caso de que ésta no fuera lo bastante estúpida como para haberse olvidado de echársela.

El público había disfrutado con el espectáculo (el cual, en una demostración de gran sentido práctico, había sido puesto en escena donde todos pudieran verlo), por lo que lamentó que los actores se dispersaran. Sin embargo, se quedó encantado cuando vio que el hombre alto de la cabeza rapada, que aún tenía una mano sobre el hombro del muchacho al que había rescatado, saludaba con la otra a una muchacha que se

había asomado a un balcón repleto de flores de una casa cercana a la catedral. Algunos colleverdianos explicaron a los forasteros que tenían al lado que aunque la casa podía considerarse privada, era un lugar al que tenían acceso personas muy acaudaladas, y que la muchacha era conocida por ser la más bella de la ciudad. Ella devolvió el saludo. Evidentemente, el hombre alto, fuera o no un monje cartujo disfrazado, o era un conocido de la muchacha o pronto iba a serlo. Además, estaba claro que dejaría caer al joven en la tentación. Él y el muchacho, acompañados por la vieja y seguidos a una cierta distancia por un bobo despistado y un perro al que le faltaba una oreja, avanzaron por una callejuela que corría a un costado de la catedral y desaparecieron bajo un arco que daba al patio de la casa. Antes de perderlos de vista, alguien dio al muchacho un impúdico consejo en voz alta; nadie creyó necesario aconsejar al hombre.

Minerva se sentía realmente contenta de ver a Segismundo. El trabajo de heroína resultaba muy solitario cuando no se tenía a nadie cerca que pudiera ver lo que uno intentaba hacer. Hacía una hora aproximadamente que había llegado a Colleverde, a cojas y tirando de un caballo lisiado. A éste lo había dejado en el patio de un mesón tras darle instrucciones al mozo de cuerdas sobre cómo tenía que cuidarlo. El mozo, que al ver la ropa que llevaba Minerva no se había sentido impresionado, había adoptado una actitud respetuosa al oírla hablar. Su acento era característico de la nobleza y sus modales le daban un sosegado aire de superioridad. Además, su dinero era tan bueno como el de cualquier otra persona.

Más tranquila, había salido a la calle y, al notar la expectación que había en el ambiente, había sentido por vez primera que no la embargaba la ansiedad sino el entusiasmo. A pesar de la gran cantidad de personas que había alrededor, nadie le había hecho caso. Acostumbrada a ser el centro de atención y el motivo de inquietud de un grupo de sirvientes cuyo único deber era cuidar de su bienestar, se había dado cuenta de que el desamparo en que se encontraba era, en realidad, tranquilizador. En medio de aquel gentío, su padre..., el príncipe Livio, jamás daría con ella. La pesadilla de la muerte de su hermano había quedado medio oculta en su mente debido a los confusos ensueños y la oleada de impresiones que había tenido durante los últimos días. Ahora podía recordar incluso que su hermano le había gastado con frecuencia bromas de una gran crueldad, había atormentado a sus perros, le había tirado del pelo hasta hacerla gritar y le había repetido infinidad de veces con gesto triunfal que él, pese a que había nacido un cuarto de hora más tarde que ella, heredaría Montenero en virtud de su sexo. Además, había conseguido que despidieran a un viejo chambelán que gozaba de favor en el palacio y la había amenazado con mandarla a un convento cuando sucediera a su padre...

¿Su padre? La habría traído a Colleverde al día siguiente para las festividades, junto con su hermano y el interminable séquito que acarrearía su dote. ¿Quién se casaría ahora con el señor Astorre? ¿Qué sería de ella?

Debía encontrar la catedral. El señor Mirandola había insistido en que se llevara

algo de dinero («Es de vuestra madre, no lo olvidéis») y tenía que conseguir que se dijeran unas misas por su madre y su pobre hermano. Además, rezaría por el bienestar del señor Mirandola. Desde el momento en que lo había conocido, se había convencido poco a poco de que si quisiera buscar a un padre no tendría que ir muy lejos para encontrarlo.

Las calles convergían en la catedral. Había visto las torres brillar al sol y oído las sonoras campanadas de su gran reloj. Entonces había creído oír en el clamor de la muchedumbre que alguien hablaba de la boda. Debía de ser una decepción para todo el mundo que no fuera a celebrarse. Había entrado en la catedral y se había dejado envolver por la oscuridad estrellada de velas que reinaba en su interior. De inmediato había sido reprendida por no quitarse la gorra y, rogando que nadie la reconociera, se la había quitado. Sin embargo, todo el mundo se había mostrado demasiado absorto en sus cosas como para fijarse en ella. Le había costado un buen rato encontrar a un sacerdote que pudiera atenderla. Al final, aunque la capilla que había conseguido era pequeña y polvorienta y había tenido que pagar una sorprendente cantidad de dinero, la misa había resultado sumamente consoladora. Luego se había dirigido a un oscuro rincón y había rezado a la santa. Unas ancianas que había delante de ella imploraban que realizase otro milagro. Al parecer, se había producido uno el día anterior. Minerva había clavado los ojos en el cuadro de la santa. Le habría gustado que le diera una señal para indicarle que los pecados de su madre habían sido perdonados y que ni a ella ni a su padre (el señor Mirandola) iba a ocurrirles nada.

Con la aparición de Segismundo recuperó la confianza en su salvación final. Al contarle, mientras subían por las escaleras de la casa desconocida, la terrible visión del príncipe Livio que había tenido la noche anterior, se sorprendió de lo agradable que era declinar responsabilidades y dejarse llevar por misteriosos acontecimientos tales como subir cojeando por un largo y empinado tramo de escaleras y ser presentada a una muchacha bellísima ataviada con un vestido escotado de terciopelo naranja.

—Polissena cuidará de vos —dijo Segismundo mientras las presentaba. Minerva siguió adelante y entró en la extraña y lujosa habitación. Entonces oyó murmurar a Segismundo y miró hacia atrás. Había inclinado su cabeza rapada sobre la encrespada cascada de cabellos dorados de Polissena. Le hablaba con tono risueño. Mientras contestaba, Polissena la miró inquisitivamente con los ojos muy abiertos. Entonces Segismundo le dio dinero, y dijo claramente «Lo mejor que tengas, ¿de acuerdo?» y se volvió hacia Minerva—. Con vuestro permiso, he de irme. Volveré dentro de una hora.

Antes de que pudiera quejarse o exigir una explicación, él había desaparecido. Se quedó a solas con Polissena y Sibila, quien estaba en medio de la habitación dando vueltas para verlo todo y farfullando con una expresión inescrutable en el rostro. Polissena se acercó a Minerva, hizo una reverencia y le quitó la desastrada gorra. Su abundante cabellera cayó suelta en torno a su cabeza y sus hombros. La sirvienta

negra, que las miraba con los brazos en jarras como si estuviera esperando a que comenzara la acción, soltó un grito de entusiasmo. Polissena le levantó los rizos con cara de admiración.

—¡Perlas! Creo que las perlas y las flores de gasa plateada le irán bien. Bianca, mi brocado plateado.

Por el crujido de la polea que acompañó a las últimas frases de la diosa Fortuna y el tono, igualmente reconocible, de la conclusión del discurso, el duque Grifone adivinó que sería la persona agraciada con la corona de laurel cuyo temblor había puesto en evidencia el nerviosismo de la muchacha. Aquel objeto tendría que ir sobre su sombrero y probablemente taparía el balaje por el que había pagado la renta de toda una ciudad. El gesto carecía de dignidad, y el balaje había sido comprado para causar impresión. Sin dejar de sonreír, repasó mentalmente el breve discurso de agradecimiento que iba a pronunciar en latín. Estaba aturdido. Alguien en aquella ciudad lo odiaba lo suficiente como para quemar a su principal consejero y representante y ahora tenía junto al estribo a un mensajero de Rocca con la cabeza rapada que acababa de darle una noticia aún peor. ¿En qué medida podía fiarse de él? Aunque Grifone no tenía ningún tratado con Ludovico de Rocca, Astorre se disponía a contraer matrimonio con su sobrina.

El mecanismo funcionó a la perfección. La diosa Fortuna descendió sobre su nube de guiraldas en dirección al duque y logró colocarle la corona sobre la cabeza. Aunque le había tapado el rubí, al menos había logrado evitar aplastarle el sombrero sobre los ojos o caer hacia adelante y derrumbarlo del caballo. «Bien preparado», pensó él. Una trompeta sonó en aquel momento, demasiado pronto, ya que interrumpió su discurso de agradecimiento. El cortejo avanzó lentamente para encontrarse con el obispo, que temblaba como un azogado a la espera de bendecir a su señor, el alcalde de Colleverde, que aguardaba con las llaves de la ciudad sobre un cojín de terciopelo azul, y el círculo de dignatarios. El hombre de la cabeza rapada ya no se encontraba a su lado. Se había esfumado entre la multitud antes de que tuviera ocasión de leer la carta con el sello de Rocca, el pasaporte que le había permitido acercarse a él.

Sin detenerse, el duque alzó la carta y leyó el sobreescrito. Como Ludovico de Rocca repitiera la advertencia que le había hecho el mensajero...

«A mi querida hermana Oralia», leyó.

---

## «Padre»

Una de las razones por las que el programa original establecía que la procesión se celebrara el domingo en lugar del sábado era que los dos soberanos que iban a asistir a la boda pudieran ser objeto de las atenciones debidas. Sin embargo, el astrólogo del príncipe Livio, tratando, según se había dicho, de escapar al influjo de la mala estrella dominante durante la muerte de la esposa y el hijo de su señor, se había apresurado a repetir las predicciones para la ceremonia y había dicho que la mejor manera de evitar otra desgracia sería adelantar un día la ceremonia para de ese modo coger a la infausta estrella desprevenida, por así decirlo.

En consecuencia, se había previsto que la entrada en Colleverde del príncipe Livio por la puerta este siguiera a la del duque Grifone, que iba a aparecer por la norte; para ello se había decidido de común acuerdo que el príncipe renunciara a algunos de los homenajes que se habían preparado para él. Ante el dilema de contentar a un príncipe forastero o al duque que establecía los impuestos que pagaba la ciudad, los colleverdianos no habían dudado un instante. El maestro de ceremonias florentino había recibido instrucciones muy precisas al respecto. Como Segismundo había dicho, al duque le separaban del palacio del obispo tres arcos, un carruaje de desfiles y seis discursos, mientras que al príncipe Livio y a su novia los separaban un arco, el carruaje de Baco, la batalla del arcángel san Miguel y los diablos y un único discurso que, además, era en lengua vernácula. Si el príncipe no hubiera cambiado su programa, habrían quedado libres varios oradores, unas cuantas Gracias e incluso la diosa Fortuna. De todos modos, a los montenerinos se les compensaría durante el banquete de bodas con la aparición de los planetas, que iban a dar la bendición a los recién casados sobre una máquina que, si todo iba bien, daría vueltas.

La gente iba a perderse aquello, por supuesto, aunque no se quejaba. Aún no se había recuperado de la impresión que le había causado el hecho de que el diablo quemara al cardenal por haber llevado las sagradas reliquias a Colleverde. Por añadidura, el día anterior se había producido un milagro. Aquello daría pábulo de sobra a los chismorreos y las conversaciones de los años venideros y siempre cabía la esperanza de que ocurriese algo todavía más excepcional antes de que terminase el día. La gente no temía quedar decepcionada.

Aun así, el hecho de que la novia fuese tan tapada supuso una decepción para muchos. Las mujeres que había entre el público la excusaron: estaba de luto y lo correcto era que una novia estuviera tapada antes de la ceremonia. Lo cierto, sin embargo, era que no todas las novias iban tan tapadas como para que sus facciones no

pudieran ser entrevistas.

Se esperaba que no se pareciera a su padre.

La expresión de las facciones del príncipe Livio, que eran perfectamente visibles bajo su sombrero de terciopelo negro festoneado de oro, era un adecuado término medio entre el luto y la fiesta, y fue estudiada con enorme curiosidad. Como los rumores habían adornado los hechos con profusión, ahora se decía que, víctima de un arrebato, había matado brutalmente a su esposa en su lecho de muerte y había echado a correr enloquecido matando a todo aquel que se cruzaba en su camino. Ya se había escrito una balada que trataba el asunto de modo profundamente conmovedor, si bien se consideraba una falta de respeto, e incluso un riesgo, cantarla en la calle mientras el príncipe no abandonara la ciudad.

Si bien por lo general todo el mundo estaba de acuerdo en que el príncipe tenía el aspecto de alguien capaz de haber hecho lo que se rumoreaba, su mirada atormentada daba pie a toda clase de comentarios. Había quien opinaba que estaba loco y esperaba piadosamente que aquella vena no se transmitiera a través de su hija e infectara el linaje de su duque. Se comentaba que el príncipe tenía tantas dudas acerca de su salud que se había traído a su propio médico consigo. Éste se paseaba lentamente cerca del caballo del príncipe, vestido con un sombrero y un abrigo de piel, y lo miraba de vez en cuando como si quisiera asegurarse de que seguía bien. Por la multitud se había extendido el rumor de que el príncipe podía sufrir un ataque en cualquier momento y, aunque la mayoría de los presentes esperaba que así fuera, los que se hallaban más cerca de él se alegraron de ver que los guardias del obispo estaban alineados a lo largo de la ruta armados con sus picas.

El duque, como correspondía, iba a ser el primero en llegar al palacio del obispo, donde, acompañado por su hijo y el mismo obispo, recibiría a la novia y al padre de ésta.

Tres arcos, un carruaje triunfal y seis discursos después de su entrada en Colleverde, el duque llegó al final del recorrido tocado todavía con la corona de laurel sobre su sombrero y con un color de cara razonablemente bueno. Los observadores llegaron a la conclusión de que si era cierto que había estado gravemente enfermo su recuperación era manifiesta. Agradeció los vítores alzando la mano y subió por las escaleras del palacio a una velocidad que dio que hablar. Los más bromistas llegaron a decir que era él el novio y no su hijo. La corona de laurel lo favorecía y el rubí aumentaba de tamaño con cada comentario. La traza del señor Astorre arrancaba los suspiros de las mujeres. La princesa montenerina era verdaderamente afortunada. Finalmente, todos se acomodaron para esperar la llegada del príncipe Livio.

La opinión de la gente era que el príncipe no estaba agradeciendo todas las molestias que la ciudad se había tomado por él. El joven que interpretaba a Baco recibió una estruendosa salva de aplausos en el momento en que ofrecía a la novia unos racimos de uva adornados con unos lazos dorados; el príncipe, sin embargo, se

los arrebató de las manos y los arrojó al regazo de su hija con tal indiferencia que ésta se quedó de piedra. Las uvas, aunque todavía no era temporada, eran de cristal veneciano y, como todo lo veneciano, caras. Afortunadamente quedaron intactas; unas uvas rotas no habrían presagiado nada bueno. La prometida mantenía la cabeza gacha como si no tuviera interés alguno en el espectáculo y agarraba desesperadamente los velos para impedir que los levantara la brisa que soplabla en la plaza. Los leopardos, por su parte, no hacían caso a nadie, a pesar de los aplausos, los gritos y los bruscos movimientos del príncipe.

El príncipe llegó entonces al carruaje en que iba a librarse la batalla entre el arcángel san Miguel y los diablos, y tras echarle una mirada siguió adelante obligando a su séquito y a toda la procesión a avanzar. La muchedumbre, que no se había quedado muy contenta con la reacción que había tenido poco antes, se enfureció todavía más. Unas personas que se hallaban cerca de él se esforzaron por señalarle el espectáculo, pero él respondió con lo que pareció ser un juramento y les miró con una fiereza tal que los obligó a retroceder. Los espectadores se fijaron en que el príncipe estaba rodeado por un grupo de montenerinos con cara de pocos amigos, y pronto se difundió por la multitud el comentario de que tal vez fuesen sus guardias.

Después de aquello, el paso del reducido número de literas de equipaje y mulas de carga lujosamente enjaezadas que transportaban la dote de la princesa no logró tranquilizar al público. Al fin y al cabo, se esperaban cientos de caballos cargados y un desfile y trompetas y telas lujosas y arcas cubiertas de brocados... La obra, pese a todo, fue puesta en escena en cuanto la procesión hubo pasado, por cuanto sus patrocinadores, si bien se sentían decepcionados, no estaban dispuestos a perder todo el dinero que habían invertido. El ánimo de la multitud mejoró ligeramente gracias a ello.

En el palacio del obispo se estaban llevando a cabo más preparativos. El duque no dejaba de dar órdenes con tono autoritario, una de las cuales era que había que encontrar al hombre alto de la cabeza rapada y el traje negro. Sin embargo, nadie logró satisfacerlo, puesto que a nadie se le ocurrió mirar en el vestidor en donde se prepararía la princesa, el cual estaba justo al lado de la sala de audiencias en que iban a ratificarse los desposorios. En la sala se habían colocado las sillas labradas del duque, el príncipe, el obispo y los novios a un lado del estrado, delante del mejor tapiz del obispo (una obra flamenca en que se representaba a Elías en el momento en que era devorado por los cuervos); a lo largo de las paredes se había apostado la guardia del obispo. En las escaleras por las que se subía a la sala formaban fila los guardias del cardenal, quienes habían asegurado al alguacil del obispo que su difunto señor, que naturalmente habría oficiado la ceremonia, les había ordenado que ocupasen aquel lugar. Su desgraciada y permanente ausencia no cambiaba las cosas en absoluto. Las bravatas con que reaccionó el alguacil no pasaron de ahí, por cuanto estaba acostumbrado a que lo desautorizaran, y la cara del capitán de la guardia del

cardenal estaba compuesta en buena medida de tejido cicatrizal, lo cual confería a sus exigencias una mayor vehemencia.

A un lado de la sala había tres largas cristaleras por las que se salía al balcón que daba a la plaza. En cuanto acabara la boda, la pareja de novios tenía que asomarse a él para saludar a la multitud, tras lo cual cruzaría el pequeño puente que comunicaba el palacio con la catedral y oiría misa ante las reliquias. Alrededor de una mesa cercana a las cristaleras había varios abogados de aire vanidoso vestidos con togas y birretes negros que estaban removiendo unos papeles y discutiendo acerca de su disposición y el lugar que tenían que ocupar los sellos, la vela y el certificado de matrimonio. Éste estaba bellamente iluminado y decorado con una pintura en la que aparecía la pareja cogida de la mano delante de un edificio de estilo clásico y un paisaje primaveral compuesto de campos, árboles y animales alegóricos. Debajo se habían pintado cuidadosamente los blasones de Nemora y Montenero en unos grandes escudos orlados de oro. Sólo faltaban las firmas y los sellos.

El duque Grifone había ocupado su lugar en la silla más decorada de todas, que estaba situada en el centro de la sala sobre una pequeña plataforma. Miró alrededor con gran atención y vio que habían traído una silla para la princesa Corio. Él ya le había enviado una carta para darle el pésame por la muerte de su hermano e informarle que, como sabía que no podría asistir a la ceremonia debido al luto, aquel mismo día pasaría personalmente por su palacio para verla. Como se trataba a la vez de una orden y de un honor, ordenó que se llevaran la silla. Se quitó la corona de laurel, se la entregó a un paje junto con su sombrero para que le quitaran el polvo, y se preguntó dónde se habría metido el mensajero de Rocca.

Si hubiese cruzado la habitación, abierto una de las cristaleras y se hubiera asomado, lo habría visto.

En cuanto el duque desapareció en el interior del palacio y el príncipe Livio dejó atrás su arco y su carruaje de Baco, la muchedumbre se movió como si de una ola gigantesca se tratara. Los guardias se retiraron y las calles por las que se llegaba a las puertas de la ciudad se vaciaron en la plaza. Antes de que el príncipe desmontara y ayudase a la novia a bajar de su litera mostrando el cuidado propio de un padre para que sus velos, y por lo tanto su pudor, no se vieran perturbados, la masa de gente ya había llegado al palacio del obispo. En primer lugar concentró su atención en el príncipe, quien había extendido impacientemente la mano hacia el brazo del doctor y parecía necesitar su ayuda para subir por las escaleras y llegar adonde se encontraba el obispo. A su hija la ayudaron dos damas. Cuando hubo entrado en el palacio sin sufrir el ataque que todo el mundo esperaba, la multitud se vio libre para dirigir la mirada a otros lugares.

En el balcón al que el hijo del duque y su esposa tenían que salir para saludar había dos personas con un aspecto bastante poco «nupcial». Iban de negro, uno de ellos tenía la cabeza rapada y el otro iba tocado con una capucha de cuero. Este último llevaba un buen rato parado en un extremo del balcón. La multitud había

llegado a la conclusión de que se trataba de un trompetista que estaba aguardando el momento de hacer sonar su instrumento, el cual debía de hallarse entre sus pies, tapado por la bandera que colgaba de la balaustrada. De ese modo se explicaría que se mantuviera fuera de la vista de las personas que estaban en el interior del palacio y que, aun así, mostrara un gran interés por seguir la marcha de los acontecimientos que se desarrollaban dentro, como si quisiera estar preparado para lo que fuera. Como tenía la mirada fija en la cristalera, no se había dado cuenta de que el hombre de la cabeza rapada había aparecido por una puertecilla que tenía justo detrás de sí.

Lo que ocurrió a continuación fue tan repentino y extraño que en un primer momento la multitud no acertó a ponerse de acuerdo sobre su significado. El hombre que llevaba la capucha de cuero se echó hacia adelante como si hubiera tropezado o quisiera coger la trompeta. El otro hombre le cogió en el momento en que caía y luego lo ayudó a tumbarse en el suelo, donde el presunto trompetista pareció sentirse a gusto. Entonces el hombre de la cabeza rapada se incorporó y mientras le hablaba al otro amistosamente, se puso la capucha y se colocó en el mismo lugar que había ocupado el primero. La trompeta siguió sin aparecer. La multitud estaba perpleja. Mientras comentaban lo ocurrido, el hombre que llevaba ahora la capucha se volvió y saludó afablemente antes de concentrarse de nuevo en las cristaleras. Aquel gesto dispuso hasta cierto punto la inquietud que se había extendido entre la gente.

El príncipe Livio habría sido objeto del recibimiento que exigían las circunstancias si se hubiera ceñido al plan original y hubiese llegado el día siguiente. Ahora, sin embargo, tendría que conformarse con una acogida de segunda categoría, la que le iba a dispensar el obispo Tadeo. El duque no estaba dispuesto a esperar su llegada en la entrada del palacio, por lo que había delegado en el anfitrión la tarea de dar la bienvenida al príncipe al pie de la gran escalera que conducía a la sala de audiencias en que iba a celebrarse la boda. La novia fue conducida apresuradamente al vestidor contiguo a la sala de audiencias, donde podría peinarse, cambiarse la ropa que había llevado durante la procesión y hacer sus necesidades si los nervios, como con frecuencia ocurría, no sólo le habían afectado a la cabeza sino también a algún otro lugar.

Cuando el príncipe Livio advirtió que el obispo Tadeo era incluso más aburrido de lo que solían parecerle los obispos, ni siquiera tuvo la amabilidad de prestar atención a los cumplidos en latín que con tanto cuidado había preparado para él. Lo que hizo en cambio fue observar con cierta impaciencia las dificultades que tenía su hija con sus largos y envolventes velos mientras subía por las empinadas escaleras. De poco le estaba sirviendo la ayuda de sus nerviosas damas de honor. El obispo, desconcertado por la repentina atención que le prestó el príncipe en cuanto el grupo hubo desaparecido, titubeó ante su fulgurante y sombría mirada. Al sentir la tensión que embargaba al hombre que tenía delante, recordó que había matado a su propio hijo y pensó que tal vez estuviera a las órdenes del diablo y fuera a cometer otras barbaridades. Sabía que el diablo no se encontraba lejos. Su visita a Fontecasta, de

donde había regresado con el tiempo justo para recibir al duque, le había permitido comprobar que Satán había estado haciendo de las suyas, cerrando puertas y tapando la terrible tumba de los muertos vivientes. Al encontrarse con la mirada del príncipe, el obispo tragó saliva, perdió el hilo del discurso, retrocedió un párrafo y prosiguió a partir de ahí. Con ello el príncipe se confirmó una vez más en su creencia de que se parecía al noble Julio César y se preguntó si el final que había tenido el noble general no desvirtuaría la comparación.

Cuando el príncipe hubo terminado de escuchar y contestar al obispo y hubo subido por las escaleras entre la fila de los guardias del cardenal, la novia ya estaba preparada. Si la multitud hubiera estado al corriente de los acontecimientos, habría sabido que la llegada al balcón del hombre de la cabeza rapada había sido una señal de aquello. Poco después de la caída del trompetista, su sustituto abrió la cristalera por la que había estado mirando y se coló en el interior del palacio. Un murmullo de asombro surgió una vez más entre la multitud.

En la gran sala, la novia, envuelta en velos, se puso al lado del príncipe para ser conducida a la presencia del duque Grifone, quien ya había bajado del estrado para recibirlos, y ser presentada. El príncipe, sin embargo, sintió en aquel momento la necesidad de apoyarse en el brazo de su médico, quien tendría, por lo tanto, que acompañarlo a saludar al duque.

A su otro lado, la novia, adelantándose a la hora prevista, se quitó entonces los velos.

—Padre.

Tampoco debería hablar. El príncipe se volvió hacia ella.

Miró fijamente el rostro de Minerva.

---

## ¿Quién es el enemigo?

Benno se había quedado admirado al ver la facilidad con que Polissena conseguía acceder al palacio del obispo. Después de conducirlos por unas solitarias callejuelas que corrían detrás de la catedral, los había hecho pasar por una puerta trasera. Los sirvientes parecían conocerla. Subió entonces por una escalera privada a una habitación amueblada con varios biombos, una cómoda y una mesa cubierta con un mantel de seda azul sobre la que había un acerico recamado, un peine de plata y un espejo. Benno esperaba haberse encontrado con algún soldado que les cerrara el paso y les hiciera alguna pregunta comprometida. Temía que Segismundo, al dejarlo con la señora Minerva, lo hiciera responsable de su seguridad, y aunque no le había revelado su plan tenía razones de sobra para sentirse realmente alarmado. Se habría sentido mucho más tranquilo si Ángelo los hubiera acompañado en lugar de quedarse protegiendo al señor ciego, si podía considerarse protección el dejarlo a la vista de todo el mundo. Benno soltó un suspiro. Su señor no era de los que esperaban a que sucedieran los acontecimientos, sino que hacía esfuerzos por que ocurrieran.

Sus esfuerzos estaban dando fruto en aquella ocasión. Benno sintió un enorme alivio al ver que su señor entraba en el vestidor y los miraba con una sonrisa en los labios. La señora Minerva se había puesto el vestido de brocado de color plata que le había proporcionado Polissena. Sibila estaba murmurando a su lado, dándole tirones a la falda para alisársela. Por su expresión, parecía como si la señora le perteneciera, lo cual no era de extrañar, dada su extraña forma de ser. Segismundo se llevó un dedo a los labios y se hizo a un lado; la puerta se abrió y una muchacha cubierta de velos entró torpemente en el cuarto intentando no enredarse con las faldas y evitar que se las pisasen las personas que iban detrás de ella. En cuanto las dos damas de honor hubieron entrado, Segismundo se apresuró a cerrar la puerta y permaneció a la expectativa mientras las recién llegadas miraban estupefactas a la señora Minerva. La muchacha de los velos intentó hacer una reverencia y rompió a llorar. Segismundo la ayudó a erguirse y le pidió que guardara silencio.

—Gracias a Dios que la han encontrado, señora —acertó entonces a decir la muchacha.

Polissena, obedeciendo a una señal que le había hecho Segismundo, corrió a quitar la diadema de flores y joyas que sujetaba los velos a la cabeza de la muchacha mientras ésta se apoyaba en el brazo de Segismundo bañada en lágrimas y al borde del desvanecimiento. La señora Minerva inclinó la cabeza para que le pusieran el linón y la diadema. Los dedos de Sibila eran tan habilidosos como los de Polissena.

Segismundo dejó a la llorosa impostora sentada al lado de una de las ventanas y se acercó a la legítima novia para decirle unas palabras al oído. Benno acertó a oír «cuando yo aparezca», tras lo cual su señor desapareció por una puerta. Antes de que ésta se cerrara, pudo ver parte de un balcón.

La señora Minerva, seguida por las dos confusas y agradecidas damas de honor, entró en la sala de audiencias con un aire digno de la hija de una princesa. Sibila se escurrió detrás de ellas mientras Benno se apretaba contra la pared al lado de la puerta y veía en la gran sala al duque levantarse de la silla que había delante del tapiz, al obispo volverse hacia la novia, a los abogados perfilados contra la cristalera que había detrás de su mesa y, más allá, otra cristalera que se abría y dejaba entrar el rumor oceánico de la muchedumbre y, como una sombra, a Segismundo. La señora Minerva se quitó entonces los velos con un gesto sumamente aparatoso que le tapó la vista a Benno. Éste, sin embargo, acertó a ver a través del revuelo de tul el pálido rostro del príncipe Livio en el momento en que, como si fuera un fantasma, se volvía hacia la muchacha para mirarla.

En aquel preciso instante, *Biondello*, cuyo don para evitar el peligro le había permitido evitar que lo hicieran picadillo en su pueblo natal, saltó repentinamente de la pechera de su amo y regresó a toda prisa al vestidor. La fuerza del impulso lanzó a Benno contra la pared.

El príncipe Livio retrocedió un paso tal como si lo hubiera empujado una mano invisible y se quedó parado como si Minerva, a la manera de una Gorgona, lo hubiera transformado en piedra. Mientras tanto, todo estallaba alrededor. El doctor, que hasta ese momento se había mantenido en el anonimato gracias al sombrero y el abrigo que lo identificaban profesionalmente y anulaban socialmente, reaccionó de forma sorprendente. Abandonando a su paciente en el preciso instante en que éste necesitaba su ayuda, se lanzó sobre el duque Grifone. De no haber sido por el estilete que brillaba en su mano, podría haberse pensado que pedía socorro.

Al tiempo que sofocaba un grito, Benno se encontró con que Minerva le tapaba la vista porque Segismundo estaba arrojándosela a los brazos.

—Llévatela ahí dentro y vigila la puerta.

Las damas de honor se hicieron a un lado al ver que una forcejeante Minerva entraba de nuevo en el vestidor no tanto por iniciativa propia como por el empujón que le había dado Segismundo. En cuanto la muchacha hubo pasado, Benno se puso delante de la puerta y observó que no se había perdido gran cosa de lo que estaba ocurriendo. El revuelo que imperaba en la sala explicaba por qué Segismundo quería que la señora Minerva se mantuviera alejada.

El doctor homicida se había encontrado con la espada del duque, lo cual lo había dejado en una situación de clara desventaja. Como consecuencia de un golpe, fue a reunirse con el obispo, quien había ido a parar al suelo y se había hecho un lío con los hábitos después de haberse interpuesto (valientemente, pensó Benno) en el camino del agresor. Desprovisto de su mitra, se vio inmovilizado por el cuerpo del doctor,

que tiñó de sangre el blanco y oro episcopal.

La espada del duque voló cerca de él y fue a chocar con la del príncipe Livio, quien, habiéndose recuperado con furiosa vitalidad del trance en que lo había sumido la sorpresa, estaba atacando a Grifone con verdadera fiereza, a tal punto que Benno se preguntó si éste sería capaz de rechazarla. La sala se había convertido de pronto en un campo de batalla. El tapiz de Elías que colgaba detrás del estrado había sido rajado por la mitad y los hombres que lucían los colores del duque, el blanco y el negro, habían empuñado sus picas para atacar a los sirvientes del príncipe Livio y, debido a la confusión, a los guardias del cardenal, quienes habían irrumpido en la sala procedentes de las escaleras.

Benno, que estaba estirando el cuello para ver dónde se había metido su señor, no se dio cuenta de que la señora Minerva no dejaba de moverse detrás de él esforzándose por ver qué ocurría. Podía oír los llantos y quejidos de las damas de honor y los impacientes comentarios de la muchacha, que resultaban incomprensibles en aquel barullo de gritos, golpes y pasos. Por fin acertó a ver a Segismundo. Tenía un hacha en la mano derecha y una espada en la izquierda que movía de arriba a abajo con la terrible velocidad de un rayo. En medio de tanto gruñido, porrazo, encontronazo y aullido de gente herida, su cara tenía una expresión más seria y concentrada que nunca. Un hombre que lucía los colores del duque y tenía las manos crispadas sobre una burbujeante herida que le habían abierto en el pecho con una pica, cayó de espaldas a los pies de Benno. Éste vio entonces que Sibila, desprovista de su sombrero y con los pelos canosos en punta, cogía una alabarda que el hombre del duque había dejado caer y, empuñándola como una vara, derribaba a uno de los guardias y luego, echando el brazo hacia atrás, al obispo, que acababa de levantarse del suelo.

Al apartarse dos hombres (uno de los cuales tenía la cara picada de viruelas al igual que el ayudante del médico) que parecían haber perdido las armas y se habían visto obligados a estrangularse el uno al otro, Benno pudo ver nuevamente la parte superior de la sala. El duque estaba teniendo serias dificultades con el príncipe. Benno se preguntó por qué Segismundo no acudía en su ayuda, y no tardó en hallar la respuesta: un grupo de hombres del príncipe, uno de los cuales tenía una pica con la que podía hacer frente a una espada sin ningún problema, había puesto a su señor con la espalda contra la ventana. A su lado luchaba el señor Astorre, o al menos por tal lo tomó Benno cuando vio el parecido que guardaba con el duque y el traje de novio, de seda y brocado, que llevaba. El joven apenas podía mantenerse en pie ante los golpes que estaba propinándole un gigantón con una espada de tamaño proporcional a su cuerpo. En el momento en que se fijaba en esto, Benno se vio precipitado hacia adelante debido a un violento empujón en la espalda. Una vez que se hubo recuperado del golpe, vio que había apoyado las manos en el ensangrentado jubón del hombre que tenía a sus pies, y que la falda de brocado de la señora Minerva se escurría por un hueco que se había formado entre los contendientes. Apenas se hubo

levantado con idea de seguirla, los hombres que estaban estrangulándose mutuamente cayeron sobre él formando un lío de brazos y piernas y derribándolo por segunda vez. Asomándose por encima de ellos, vio que la señora Minerva llegaba a la mesa que había al lado de las cristaleras. Aprovechando que los abogados se peleaban por ocupar el lugar más seguro debajo de ésta, la muchacha cogió un tintero y arrojó su contenido a la cara del hombre que estaba atacando a su novio. Cuando Astorre vio al gigantón ciego y balbuciente, no dudó en traspasarlo con la espada. Los regueros de tinta se volvieron rojos mientras caían por su jubón.

Simultáneamente, Segismundo, tras partir por la mitad con su hacha la amenazante pica y lanzar la punta al suelo de mármol con gran estrépito, ensartó al sorprendido guardia con la espada y, haciéndose a un lado, dejó que avanzara pesadamente hacia la ventana con las manos sobre el estómago, chocara con fuerza contra la balaustrada y cayera sobre la multitud.

Cuando hubo logrado desembarazarse de los dos hombres, que seguían mostrándose incapaces de estrangularse mutuamente, Benno sacó su puñal y se puso en pie. Muy a su pesar, estaba bien claro cuál era su deber: seguir a la señora Minerva y protegerla de lo que pudieran acarrearle sus valerosos actos. Llegar adonde se encontraba era otra cuestión. En aquel preciso instante, se vio obligado a sortear la violenta estocada que dio por su derecha un piquero que intentaba atravesar a un guardia, que cayó sobre un grupo de hombres armados con espadas, salió disparado hacia adelante con una de ellas clavada en la espalda, pasó al lado del piquero, salió por la ventana y desapareció balcón abajo. Él clamor de la multitud no tardó en hacerse oír.

Benno, al ver que un espadachín en retirada se le echaba encima, se aplastó contra la pared. El espadachín fue a apoyarse sobre su cuchillo, dio un salto y se alejó poniéndose las manos sobre la nalga izquierda. Benno volvió a mirar alrededor en busca de su señora.

Lo que vio en cambio fue al duque Grifone, que tenía la mano derecha inerme y clavada en la pared con la espada del príncipe Livio. Al parecer, en cuanto el príncipe levantara el acero, atravesaría el corazón a su adversario, quien había perdido el arma al quedar inutilizada su mano. Benno vio entonces un revuelo de brocado color plata. Apenas el príncipe Livio, que había cogido al duque por el cuello de la camisa y había empezado a abrírselo, sacó su espada, el señor Astorre le golpeó en la cabeza y la señora Minerva lo agarró de la capa y se dejó caer al suelo haciendo contrapeso con todo el cuerpo. El príncipe cayó profiriendo un alarido que obligó a volverse a todos los presentes.

El duque Grifone cogió su espada con la mano izquierda y se reunió con Astorre para rematar al príncipe.

Aún había quien luchaba. Los hombres del príncipe Livio probablemente habían decidido que sería mejor morir allí mismo que en las célebres mazmorras del duque. Dos de ellos se quitaron la ropa de cintura para arriba excepto la camisa, quizá para

deshacerse de la delatora librea que llevaban, buscaron la salida por las puertas y, al encontrarlas cerradas, salieron huyendo por el balcón. La multitud celebró su llegada con un rugido propio de un espectáculo de fieras salvajes.

Astorre ayudó a la señora Minerva a levantarse del suelo. Tras darle rápidamente un beso en la mano, la dejó cerca de la ensangrentada pared, le dio la espalda y miró alrededor. Ni uno solo de los hombres del príncipe quedaba en pie. El obispo echó a correr en dirección al estrado, resbaló por el rojo suelo y volvió a caerse. La pequeña anciana vestida de negro golpeó a un montenerino que trataba de levantarse. En ese instante, se abrió la puerta que daba a la sala de banquetes y apareció un grupo de pálidos sacerdotes entre los que se encontraba Torcuato. No se oía nada excepto los gemidos de los heridos.

Astorre acompañó a la señora Minerva al vestidor y volvió a la sala. Saltando por encima de los cadáveres, Segismundo se acercó al duque, quien le hizo un par de bruscas preguntas a modo de saludo. Segismundo, dejando las respuestas para otro momento, cogió el brazo del duque, le arrancó la manga y se inclinó para oler la herida. Astorre comprendió enseguida el motivo de aquel gesto y, con expresión de alarma, cogió la espada de Livio y apoyó la hoja sobre el brazo. Segismundo volvió a oler la herida, alzó la vista y sacudió la cabeza, tras lo cual hizo una señal en dirección al vestidor y dijo con su profunda voz:

—Agua...

El capitán de la guardia del duque, con la blanquinegra librea manchada de sangre, se acercó a su señor. El duque señaló varios cadáveres y dijo:

—Del balcón por los tobillos.

A continuación, en el vestidor se produjo una situación sorprendentemente democrática: mientras Sibila le limpiaba la herida, el duque se puso a charlar con Polissena, cuya presencia lo había animado visiblemente; la señora Minerva, por su parte, se había sentado en el asiento que había al lado de la ventana y estaba hablando con sus damas de honor. Aunque estaba pálida y aturdida, se mantenía erguida. Benno vio una protuberancia en la cenefa del mantel de seda azul de la mesa que resultó ser el morro negro y la grasienta pelambreira blanca de *Biondello*. Lo cogió y, tras darle un beso, le dijo:

—Mi pequeño abogado...

—¡Abogado! —exclamó Grifone demostrando tener un oído sorprendentemente bueno—. ¿Dónde está el certificado de matrimonio?

El obispo se encontraba en aquel momento de rodillas en la sala de audiencias, dando la extremaunción a los heridos de muerte. Entre estos había un guardia del cardenal, cuyo capitán se había acuclillado a su lado como si quisiera confortarlo antes de que expirase. El duque, que estaba anunciando que la boda quedaba aplazada hasta una fecha más apropiada, le hizo una señal.

El capitán del cardenal estaba tan gravemente herido que parecía al borde del desvanecimiento. Dos de sus hombres, cubiertos de unas improvisadas vendas, lo

ayudaron a levantarse y lo condujeron a la presencia del duque. Lamentaba la confusión que se había producido cuando había entrado con sus hombres en la sala, dijo. No sabían qué estaba ocurriendo. Sin embargo, durante la última parte de la refriega se habían enfrentado a una fuerza integrada por hombres del príncipe Livio, que trataba de huir por las escaleras.

—Si su eminencia hubiera estado presente, las cosas habrían ido hoy de forma muy diferente —dijo el duque, y sacudió la cabeza.

La muchedumbre, al ver que colgaban el primer cadáver del balcón, se apresuró a alejarse todo lo posible de la influencia de las barbaridades que el diablo pudiera estar perpetrando en el palacio del obispo. Hasta que vio a dos hombres muertos sobre la piedra y a otros dos que parecían estar intentando bajar por la pared, la gente no comprendió qué ocurría realmente. A excepción de uno, todos los hombres llevaban los colores del príncipe Livio. Cuando los cadáveres quedaron colgados hacia abajo del parapeto, sus libreas ahuyentaron cualquier duda que pudiera haber acerca de quién era el enemigo.

Sin dejar de sujetar a *Biondello* contra el pecho, Benno observó desde la puerta del vestidor cómo ataban las sogas a los pies de los cadáveres. Entonces oyó la voz de Segismundo, que se encontraba en la sala de banquetes. El duque también lo había oído y se acercó a ver qué pasaba. Benno, a quien le resultaba difícil contener la curiosidad, lo siguió discretamente.

Segismundo se había agachado al lado del médico homicida y en ese momento estaba levantándose. Ya no tenía puesto el abrigo marrón. La mueca que le torcía la cara estaba empezando a desaparecer y los ojos miraban al techo inexpresivamente. Entonces dejó de respirar.

—Excelencia —dijo Segismundo—. El médico me ha dicho que el ejército de mercenarios del príncipe Livio se encuentra en la frontera. Ya debe de haber entrado en Nemora.

---

## No se puede tener todo

Benno pensó que el duque Grifone tenía tanta costumbre de esperar a que los acontecimientos se sucedieran como Segismundo. Al oír lo que éste había averiguado de boca del «médico» moribundo, llamó al capitán de su guardia, que en ese instante se encontraba arrodillado al lado del obispo cogiendo de la mano a uno de sus hombres y diciéndole que no se preocupara por el futuro de su viuda. El duque le ordenó que cogiera el cadáver del príncipe Livio, lo atara a lomos de un caballo y, acompañado por sus hombres, siguiera al señor Astorre para salir al encuentro de la *condotta*. Llegado ese momento, pensó Benno, tendrían que preguntar a los mercenarios que se habían preparado para luchar por el príncipe Livio si les interesaba seguir adelante con un cadáver como jefe o, en concreto, si creían que los muertos pagaban bien.

—Decidles que se les pagará bien. —El duque guardó silencio y esbozó lo que él entendía por una sonrisa, algo parecido a la mueca de un lobo alegre—. Hacedles cruzar de nuevo la frontera y luego esperad a recibir noticias mías. Y no les digáis que en realidad es el príncipe quien finalmente va a pagarles. —Entonces se volvió hacia el alguacil del obispo, que acababa de llegar y estaba dando vueltas por ahí sin acabar de decidirse entre el deseo de que advirtieran su presencia y el miedo a lo que podría pasar si lo hacían, y preguntó—: ¿Dónde habéis puesto las mulas de carga en que iba la dote de la señora Minerva?

El alguacil esbozó una sonrisa. El detalle era su fuerte, por lo que pudo decirle al duque que las mulas estaban en los establos del obispo y que los cofres de la dote, tal como él había dispuesto, se encontraban bajo vigilancia en la cámara de seguridad del obispo.

El duque le respondió a su vez con una sonrisa, que el alguacil consideró menos tranquilizadora que las palabras que siguieron.

—¡Bien! Tal vez el príncipe Livio tuviera pensado untar unas cuantas manos con ese dinero. El señor Astorre va a llevarse una parte a la frontera —dijo mientras daba un golpecito al alguacil en su orgulloso y trémulo pecho—. ¿Conocéis a algún mercenario que no prefiera que le paguen por no luchar?

Benno desvió la mirada hacia Segismundo, que había salido sigilosamente al balcón. La guardia del duque estaba ocupada sacando un par de cadáveres vestidos con la librea del príncipe que había encontrado en las escaleras, pero estaba utilizando las otras cristaleras, que ahora se encontraban abiertas a los gritos y abucheos con que la multitud recibía cada uno de los cadáveres que eran colgados del

balcón. Benno siguió a su señor al exterior y lo encontró agachado al lado de un hombre que estaba medio apoyado contra el muro, cerca de la puerta del vestidor.

Segismundo cogió al hombre por la cabeza con un gesto próximo al cariño y le limpió cuidadosamente el hilillo de sangre que le caía de la comisura de los labios.

—Del cardenal. Habladme del cardenal —estaba diciendo.

—Un sacerdote. —A la boca del hombre le resultaba más difícil pronunciar una palabra que dejar salir la sangre que todavía goteaba—. Confesión...

—Hijo mío. —Segismundo se quitó la capucha de cuero e inclinó aún más la cabeza para que el hombre pudiera verlo con sus debilitados ojos—. Habladme del cardenal.

Una mueca, de odio o de dolor, atravesó la cara del moribundo.

—Quemó a... Antonello... Le pagamos para que lo hiciera... Bendecidme, padre.

Ya era demasiado tarde para la bendición. Benno, consternado, se quedó mirando cómo Segismundo se levantaba, se santiguaba y señalaba el cadáver a los hombres del duque para que se ocuparan de él. Uno de ellos se acercó provisto de una cuerda con un nudo corredizo. Cuando Segismundo volvió a la sala de audiencias, Benno lo siguió pisándole los talones.

—¡Le habéis hecho pensar que erais un sacerdote! ¡Le habéis negado la absolución!

Su señor se volvió obligándolo a detenerse bruscamente. Su rostro tenía una expresión entre sombría y seria.

—Será mejor que dejemos el juicio sobre este asunto al juez supremo. Tú no estás aquí para decirme qué hago o dejo de hacer. —La expresión se relajó un poco—. Benno, no hay absolución que valga. Un hombre que mata a un sacerdote sólo puede recibir la absolución de parte del Santo Padre. Mmmm, mmm... ¿Qué esperanzas crees que puede tener un hombre que ha quemado a un cardenal?

—¿Ha sido él quien lo ha matado? —El asombro hizo que Benno levantara la voz y el duque se volvió para mirarlo. Benno se escurrió de inmediato tras la útil espalda de Segismundo. El duque le hizo una señal.

—¿Sabéis quién ha matado al cardenal?

Segismundo hizo una reverencia. Benno se quedó por un instante al descubierto y se agachó.

—El alguacil nos ha dicho —prosiguió el duque— que habéis estado ayudándolo en la investigación sobre el asesinato de nuestro querido consejero. —Segismundo volvió a hacer una reverencia al oír aquella versión de los hechos. El duque lo cogió de repente del brazo con una violencia que hizo retroceder al alguacil. Segismundo, en cambio, permaneció inmutable—. Si sabéis quién lo ha matado, decídmelo. Conocerá nuestra manera de hacer justicia. —La vehemencia de sus palabras daba a entender que la adquisición de tales conocimientos resultaba dolorosa.

—Todavía no lo sé con certeza, excelencia —dijo Segismundo—. Creo que uno de los asesinos que había contratado el príncipe Livio para mataros tuvo anoche

tiempo de sobra para consumir una venganza personal.

Con gesto de impaciencia, el duque hizo una señal a su médico, quien finalmente había sido localizado e insistía con mucho aspaviento en que tenía que examinar su herida, para que se apartara.

—¿Una venganza personal? ¿Por qué?

—Vuestra excelencia tal vez haya oído hablar de un tal Antonello, un mago a quien su eminencia condenó a la hoguera el año pasado en Bibbiena.

—Lo recuerdo. Le dije a su eminencia que moriría antes de que llegara el verano.

Un paje llegó con una de las sillas del estrado. El duque se interrumpió y permitió al médico que lo instara a sentarse en ella. Quizá la incapacidad del cardenal para evitar la hora suprema le hubiera hecho pensar en su propia mortalidad. Guardó silencio, pensativo, mientras el médico, sin dejar de mirarlo con inquietud a la cara, le quitaba la venda que le cubría el brazo poco a poco, pues la sangre se le había pegado a la piel. El paje regresó con una jofaina de plata llena de agua sobre cuya superficie flotaban unas hierbas. El duque volvió entonces a hablar.

—Bueno, ese tal Antonello ha acabado teniendo razón. De modo que su eminencia ha sido quemado como venganza por haber quemado a otra persona. Ojo por ojo, fuego por fuego... Y, además, para cumplir una profecía...

—Eso parece, excelencia. Quienes lo quemaron le debían una vida a Antonello. El mago había salvado al hijo de uno de ellos.

—¿Y cómo se llaman estas personas?

El médico había dejado la herida del duque al descubierto, una fea raja que hizo que Benno se alegrara más que nunca de no haber nacido en la posición de aquellas personas que tienen que contar con la posibilidad de que alguien intente acabar con sus vidas de la misma manera que otras cuentan con la de coger un resfriado. El médico se mostró visiblemente sorprendido de que la herida no fuera más grave, y al ver que lo que había servido de venda era una bola roja de algodón que ahora presentaba un tono más oscuro, se sintió asqueado como profesional. Benno imaginó que se trataría de un pedazo de las enaguas de Sibila. Segismundo respondió entonces al duque.

—Sé cómo se llama uno de ellos: Achille Malvezzi.

—¿Un ladrón?

—Vuestra excelencia ha oído hablar de él.

—Ha estado causando molestias en nuestra frontera, robando y matando a nuestra gente durante años. Petrucci mandó colgar a uno de sus hombres el año pasado.

—Cuando trataban de rescatar a Antonello, excelencia.

—Y ese tal Malvezzi ¿fue contratado por Livio? Entonces debe de encontrarse en la ciudad. —El duque miró atentamente el suelo de mármol. El obispo, al que acompañaba uno de sus sacerdotes acarreado el santo óleo, acababa de ungir a un moribundo ataviado con los colores del duque, quien jamás hubiera imaginado abandonar este mundo recibiendo amparo tan augusto. Los guardias habían ayudado

a salir a los heridos y habían arrastrado a una parte de los muertos al balcón y a los demás a la antecapilla. Un sirviente estaba limpiando el mármol. Segismundo negó con la cabeza.

—Malvezzi está mostrando en este momento el poder de vuestra justicia al pueblo. Era el hombre vestido de médico, el primero que trató de mataros.

—Eso significa que ya he acabado con él. —El gesto que hizo el duque fue un claro reflejo de la profunda decepción que sentía por el hecho de que la muerte de Malvezzi hubiera sido tan irreversiblemente rápida y sencilla. Alzó la vista y agregó —: Pero habéis dicho que no estaba solo. ¿Quién lo acompañaba? —Benno pensó que el duque estaba dispuesto a interrumpir la curación de su propia herida para encargarse al médico que prolongara durante un largo período de tiempo y bajo la supervisión personal del duque una vida que tenía todo el derecho a llegar a su fin.

—Excelencia, la otra persona también ha recibido su castigo y está ahora colgada ahí fuera. —Segismundo volvió su sombría mirada hacia las crujiendo cuerdas que estaban atadas a la balaustrada—. Se había apostado en el balcón para entrar y matar al señor Astorre cuando se acercara a la mesa para firmar el certificado de matrimonio. Entonces comenzaría el ataque. Eso es lo que me ha dicho Malvezzi.

El duque hizo una mueca, tal vez porque estaba imaginando la situación que acababan de describir o porque el médico estaba limpiándole el lugar por donde había salido la espada.

—Pero si Malvezzi tenía intención de matarme, ¿por qué me ha dado tiempo para sacar la espada?

—Mmm... Mmmm. A veces los planes se tuercen, excelencia. Malvezzi iba vestido de médico y creo que el príncipe Livio tenía pensado acercarse a vos apoyado sobre su brazo. Sin embargo, en el último momento le han dado una sorpresa. —Su profunda voz adquirió un leve tono de regocijo—. No esperaba ver a su hija.

El duque lo miró de hito en hito.

—¿Os reís de mí? —espetó con cara de querer ponerlo en manos del verdugo por chistoso. Él médico terminó de curarlo y miró con aprensión a Segismundo, como si temiera que fuese a empeorar la situación echándose a reír.

—Excelencia, cuando me acerqué a vos en la puerta de la ciudad para avisaros que el príncipe Livio tenía la intención de arrebatáros la vida, no tuve tiempo de deciros que la novia no era la señora Minerva.

—No era... —El duque se inclinó.

—Como vuestra excelencia ya sabrá, al morir la princesa Oralia el príncipe enloqueció de tristeza y mató a su hijo. Yo me encontraba en la corte cuando ocurrió, entregando una carta del duque de Rocca a la princesa...

—Ah, comprendo. La carta que me habéis entregado. —El duque hizo una mueca—. Continúa.

—Pensé que la señora Minerva corría un grave peligro. —Segismundo miró al paje y al médico—. ¿Me permitiría vuestra excelencia hablar con vos en privado?

El duque hizo una señal con su mano sana y todos excepto Segismundo se fueron a donde no pudieran oír la conversación. Apoyado en el alféizar de la ventana, Benno vio con melancolía cómo la cabeza rapada se acercaba al sombrero del balaje, que brillaba como el ojo de un animal rabioso, y se preguntó cómo estaría explicando su señor el rapto de la señora Minerva y cómo abordaría el tema de la preservación de su castidad y su honra, que eran de vital importancia para la futura nuera del duque. Entonces se le ocurrió que tal vez su señor hubiera jugado con la reputación de la muchacha con excesiva temeridad. Aunque el rostro del duque no le decía nada, podía suponer que suspendería la boda. Él había visto a la señora Minerva salvar la vida del señor Astorre, pero no sabía si el duque también había reparado en ello. Aun así, tenía que haber reparado en la audacia que había mostrado la muchacha al derribar al príncipe para salvarle la vida. ¿No le bastaría a ese hombre cruel con saber aquello para aceptar que su hijo se casara con la hija del hombre que había planeado matarlo?

Evidentemente, el duque no sabía que existían muchas probabilidades de que la señora Minerva no fuera hija del príncipe. En el caso de que esto fuese cierto, para él no tendría ningún sentido casar a su hijo con ella. Benno se rascó la cabeza vigorosamente tratando de aclararse las ideas.

Minerva se encontraba en el vestidor, fuera de la vista de Benno y los demás. En ese momento tenía la impresión de que ser una heroína era algo maravilloso. La intensidad de las emociones que había experimentado en aquella sala llena de muertos era algo totalmente nuevo para ella. Ver de nuevo a Astorre (con seis años más que la última vez que se habían visto y, por extraño que pareciera, más guapo) apoyado en la pared y luchando con un gigante le había hecho reaccionar y caer en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Naturalmente no había tenido tiempo de pararse a pensar. Sin embargo, ahora que todo había acabado, era precisamente el hecho de pensar en ello lo que hacía que se sintiese mal. Pensar en el príncipe Livio, tumbado en el suelo con la cara cubierta de sangre como consecuencia del golpe de Astorre, le había traído a la memoria la pesadilla que había logrado ahuyentar durante la refriega: la imagen de la cabeza de su hermano con la mirada vacía y los ojos puestos, al parecer, en ella. Se llevó las manos a la cara, pero no halló consuelo en la oscuridad que le proporcionaron.

—¿Señora? —Polissena se había inclinado sobre ella, envuelta por una fragancia almizclada, extraña y, de alguna manera, lejana—. ¿Estáis herida?

Minerva negó con la cabeza. ¿Dónde estaba Astorre? Le había besado la mano y, tras llevarla al vestidor, había regresado junto a su padre de inmediato. Su mirada había sido inexpresiva. ¿Qué iba a ocurrir ahora? El príncipe Livio, su padre a los ojos del mundo, había intentado matar al duque. Aunque no fuera su hija, se dijo valientemente, seguía siendo la hija de la princesa Oralía y la sobrina del duque de Rocca. Oyó entonces un ruido que venía produciéndose desde hacía ya tiempo, un fragor de aullidos y abucheos procedente de la plaza. La muchedumbre se había

congregado para verla casada. ¿Querría ahora verla muerta?

—Señora, viene su excelencia —anunció Polissena.

Minerva se levantó como buenamente pudo. De pronto sintió verdadero miedo. El duque estaba horrorosamente pálido y la observaba con expresión sombría. Vio los blancos rizos de su melena bajo el sombrero de terciopelo, el ojo rojo del rubí, los oscuros ojos que la miraban fijamente. Ahora oiría su sentencia. Ni siquiera Segismundo, que se encontraba a su lado, podría protegerla.

—Señora Minerva. —La encerraría en un convento. Jamás conocería el amor, jamás sentiría los brazos de Astorre en torno a su cuerpo—. Hemos estado considerando todo lo que ha ocurrido hoy. —Su voz no podía ser más áspera. A la cárcel; jamás volvería a cabalgar las mañanas de primavera. El duque la cogió de la mano y ella lo dejó hacer preguntándose si en realidad no sería la muerte lo que la aguardaba. Apenas estaba prestando atención a lo que le decía el duque; sólo oía su voz—. Seguramente habréis pensado que con el paso del tiempo podríais llegar a ser la duquesa de Nemora. Sin embargo, vuestro destino se os ha adelantado. Sólo vuestra valentía iguala a vuestra belleza. He decidido casarme con vos.

El duque Grifone se llevó la mano a los labios y la besó. Segismundo se encogió de hombros detrás de él. No se puede tener todo.

---

## En busca de la carta

Aunque el alguacil del obispo había sentido una gran decepción al enterarse de que los asesinos del cardenal ya habían recibido su castigo, estaba decidido a no perder el crédito que se había ganado gracias a lo que había hecho hasta aquel momento en la investigación. De ahí que, dominando el respeto que le imponía el duque (quien, al fin y al cabo, había alabado su trabajo), corriera a ponerse de rodillas ante él en el momento en que el séquito ducal salía en dirección al palacio Corio.

—Excelencia, en lo referente a la muerte de su eminencia, hay otros...

—¿Otros? —El duque era todo oídos, pese a lo cual el alguacil se las arregló para ponerse en pie en cuanto recibió permiso para ello y para hablar con tono rimbombante.

—Tres villanos, excelencia, que he arrestado. Se encuentran en la prisión del obispo a la espera de que reanudemos los interrogatorios.

—Traedlos a mi presencia cuando vuelva del palacio Corio. —El duque sonrió, realizando una de sus mejores imitaciones de un lobo en el momento de ver la cena —. Por consideración a su hermano, la princesa Corio se alegrará de verlos. Traed también a vuestros verdugos. Nos harán falta. Vamos. —Miró alrededor en busca de Segismundo. La sonrisa se borró de sus labios. No estaba acostumbrado a que una persona desapareciera de su presencia sin pedir permiso. Aún tenía que hacerle varias preguntas relacionadas con los últimos acontecimientos, aunque ya habría tiempo para ello. Haciendo caso omiso de las quejas de su médico, montó en su caballo, enjaezado de escarlata y oro, y se alejó de las escaleras del palacio del obispo cruzando la plaza por un camino despejado entre el vociferante gentío y saludando al oír sus vítores. La gente estaba satisfecha con el espectáculo que había presenciado aquella tarde y quería agradecerle las emociones que se le habían procurado. Pese a tratarse de un hombre cuyas actividades no siempre le granjeaban la simpatía de sus súbditos, el intento de usurpar el estado y el ataque que había sufrido le habían valido una gran popularidad. Los epítetos habían cambiado de tono. Entre «ese cabrón» y «ese viejo cabrón» hay todo un abismo. Poco faltaba para que se empezara a alabar su habilidad para recaudar impuestos.

Antes de bajar a las mazmorras, el alguacil se detuvo a mirar a los traidores colgados del balcón, con una profunda sensación de alegría y patriotismo que sólo se vio atenuada cuando reparó en que sería necesario limpiar la fachada cuando todo hubiera acabado. Seguramente el mayordomo de palacio le pediría que le consiguiera hombres para realizar aquella tarea. La muchedumbre estaba utilizando a los

cadáveres para hacer prácticas de tiro con cualquier fruta o verdura pasada que hubiera a mano y, debido a su entusiasmo, incluso con alguna fresca. Un salchichero había vendido todo un cargamento de tripas invendibles, lo cual le había permitido embolsarse un buen dinero sin necesidad de hacer embutidos con ellas. La opinión generalizada era que las reliquias habían ganado y el diablo se había llevado una buena paliza.

Benno vio cómo una estupefacta señora Minerva desaparecía junto con sus respetuosas damas de honor y la gruñona Sibila en una habitación que le habían preparado apresuradamente los sirvientes del obispo. Como no había logrado colarse en el vestidor, se quedó atónito cuando le llegó al oído el rumor de que la señora Minerva iba a ser duquesa de Nemora. Aunque era una buena noticia que después de todo lo ocurrido la boda fuese a tener lugar, también era cierto que la muchacha tendría que esperar a que muriera el duque Grifone para ser duquesa. En aquel momento había un buen barullo en la sala de audiencias; los sirvientes estaban arreglando el estrado y la mesa y colgando el tapiz de nuevo en su sitio; también estaban retirando las mesas del salón contiguo. El suelo ya estaba limpio. *Biondello* apoyó entonces una pata contra la jamba de una ventana, con lo cual consiguió que le arrojaran encima un cubo de agua que, de no haber sido por las salvadoras manos de Benno, se lo hubiera llevado por delante.

Los abogados habían recogido sus documentos y las ventanas habían sido cerradas justo a tiempo: un nabo que tenía por blanco a un oscilante traidor golpeó un entrepaño y fue seguido por algo viscoso y rojo. Al verlo, Benno sintió que le gemía el estómago y se acordó de las asaduras que se preparaban a la parrilla en algunos puestos de la plaza.

—¡Fuera de aquí, bribón! ¡Fuera de aquí, tú y tu perro! —El mayordomo logró detenerse antes de apoyar las manos sobre el grasiento jubón de Benno y ordenó a un sirviente que lo sacase de allí. El sirviente, que no era menos delicado que el mayordomo, le echó un vistazo y decidió utilizar una bota en lugar de las manos. Benno cogió a *Biondello* y bajó por las escaleras que llevaban a la puerta a mayor velocidad de la que se lo permitían los pies. Cuando llegó abajo, aterrizando sobre las banderas que había en el vestíbulo al tiempo que el chucho saltaba en busca de algo menos inseguro, una mano de gran tamaño lo cogió por el cuello y lo puso en pie sin esfuerzo.

—Vamos. Al palacio Corio.

Tanteándose las magulladuras que había sufrido, Benno siguió a *Biondello*, que, tras detenerse para sacudirse el agua que todavía le quedaba en la pelambreira sobre un gato que pasaba por ahí, había echado a trotar airosamente cerca de Segismundo.

El ambiente que se respiraba en la plaza era tan animado que incluso Segismundo tuvo dificultades para cruzarla una vez que hubo pasado el séquito del duque. Alguien gritó entonces que aquél era el hombre del balcón, el mismo que había matado al traidor a la vista de todo el mundo sin que nadie supiera lo que en realidad

estaba haciendo, y Segismundo se vio rodeado por un montón de gente bienintencionada que empezó a darle palmadas en el hombro y a obsequiarlo con toda clase de cosas, desde manos de cerdo a medio freír a besos histéricos. Benno, que lo seguía de cerca, también recibió su parte. Había recogido a *Biondello* por precaución y se abrió camino siguiendo a una mujer que se apretaba contra la espalda de Segismundo a fin de que el niño que llevaba a hombros le tocara la coronilla por si acaso traía suerte.

Un par de montenerinos que antes de tener lugar la refriega del palacio del obispo se habían identificado inocentemente diciendo que se encontraban en Colleverde con intención de acudir a la boda, habían recibido una paliza. Uno de ellos se estaba ahogando en la taza de la fuente con la ayuda de un enano que se había sentado sobre su cabeza animado por los aplausos de la gente. Así aprenderían a no urdir el asesinato del duque de Nemora.

El palacio Corio estaba sumido en la confusión. El estandarte de Nemora, que lucía un grifo negro sobre fondo blanco, sable sobre plata, ondeaba a la brisa primaveral colgado de una de las astas que se alzaban sobre la calle; a su lado había otra asta de la que evidentemente había estado colgada la bandera escarlata y amarilla de los montenerinos, ya que cuando Segismundo y Benno llegaron al palacio alguien estaba metiendo por una ventana cercana al asta los restos de un pedazo de tela escarlata. Benno, cuya imaginación estaba ocupada desde la refriega con toda clase de pensamientos morbosos, pensó que la bandera guardaba un extraordinario parecido con un montón de tripas. En el patio varias personas (sirvientes, mozos de cuadra y guardias del cardenal y del duque) se habían agrupado en corrillos y charlaban con tal vehemencia que se decía que sus vidas dependían del intercambio de información. Recordando la diligencia y tranquilidad que reinaban en aquel lugar la primera vez que había estado en él, Benno se sorprendió de ver semejante tumulto. Cuando entraron en el palacio se encontraron de inmediato con Battista, que en ese momento conducía al exterior a una sirvienta con los brazos sucios y la cabeza cubierta por un delantal que impedía que se entendiese lo que estaba diciendo. Battista se volvió hacia ellos y los miró desabridamente.

—Ya he oído que los han cogido. Es una lástima que estén muertos.

Cualquier noticia relacionada con la muerte de su señor tenía para él prioridad sobre una minucia como podía ser la muerte de un príncipe o el hecho de que un duque hubiera estado a punto de ser asesinado. La respuesta de Segismundo fue amable y reconfortante.

—Mmm, mmm... Cabe la posibilidad de que no todos hayan muerto. El duque todavía tiene que interrogar a unos prisioneros. —A Benno se le encogió el corazón al pensar en el pobre Máximo—. Su Excelencia piensa que a la princesa le alegrará servir de ayuda.

—¡De ayuda! —barbotó Battista. La muchacha, que había estado mirando disimuladamente a Segismundo, soltó un grito y volvió a taparse la cara con el

delantal—. La princesa no ha parado de hacer preguntas desde el momento en que se ha levantado. Ha dedicado el día entero a interrogar a todos los habitantes del palacio. Hasta el último recoveco ha sido registrado.

—¿Registrado en busca de qué?

—Una carta. Mi señora no quiere decir de quién es, aunque cualquiera podría leerla si la encontrara. No lleva sello. La princesa piensa que tal vez haya acabado en el fuego. Esta muchacha, María, ha estado escarbando cenizas y lo único que ha conseguido ha sido ensuciarse con ellas y recibir unos cuantos golpes por la molestia. —María, que a punto había estado de ahogarse entre la tela y las lágrimas, se quitó el delantal de encima para recuperar el aliento y Benno pudo ver que tenía su sonrojada cara manchada de gris. Battista, al oírla gritar de nuevo, le dio un golpe en la espalda con el antebrazo para no hacerse daño en las ampollas de la mano—. Entonces venís del palacio del obispo, ¿no es así? ¿Habéis visto allí al sobrino de mi señora, el padre Torcuato? Está buscándolo. Debería estar aquí para recibir a su excelencia junto a la princesa. —La muchacha ya había recuperado el aliento y lo empleaba para reanudar sus sollozos. Battista chasqueó la lengua y se dispuso a llevársela—. Me pregunto por qué no estará aquí. He llegado a pensar que lo habían matado en la pelea del palacio, porque sería incapaz de perderse una ocasión como ésta. Uno no tiene la oportunidad de darle coba a un duque todos los días.

—Mmm... Tal vez esté aprovechando otra clase de oportunidad. ¿Quién sabe? — En el tono de voz de Segismundo, que no en su rostro, había algo que a Benno le hizo pensar que él sí que sabía dónde estaba. En cuanto Battista y la muchacha se hubieron ido, Segismundo se puso en acción. Con un desalentador cambio de ritmo, se lanzó hacia la desierta escalera y subió los escalones de dos en dos. Benno tuvo que echar a correr para no quedar rezagado. Una vez más se preguntó dónde habría adquirido su señor aquella asombrosa habilidad para orientarse en lugares que no conocía. Aunque habían pasado la mayor parte de la noche anterior en el palacio, por lo que él podía recordar en ningún momento habían entrado en un pasillo como el que estaban enfilando en aquel momento a toda velocidad. Benno apretó el paso, obligando a *Biondello* a patear para que lo dejara salir, y alcanzó a Segismundo en el momento en que se escurría por una portezuela. La habitación en que había entrado era sin lugar a dudas la que estaba buscando, porque no tardó ni un segundo en ponerse a husmear en ella levantando tapices y pasando la mano por las paredes.

—¿Estáis buscando la carta? —preguntó Benno sin esperar respuesta. Segismundo, ensimismado emitió un murmullo y a continuación, mientras pasaba la mano por la base de un escritorio fijo, un gruñido. La base era una caja situada entre las patas. Benno empezó a sentirse nervioso. «¿Y si entra alguien? No sabéis cuánto lo lamentamos, princesa, pero estamos desvalijando vuestro palacio, aunque lo hacemos para ayudaros...». Segismundo abrió la caja y comenzó a examinar los papeles que había en su interior con la ayuda de *Biondello*, que había metido el hocico en ella. En ese momento alguien pasó silbando por el rellano. Benno se dio

cuenta de que tenía que hacer sus necesidades urgentemente.

—¿Va para largo? —preguntó mientras daba saltitos.

—Utiliza la chimenea —respondió Segismundo al tiempo que arrojaba los papeles sobre la cama y golpeaba la base de la caja.

Benno siguió su consejo. Mientras levantaba una nubecilla de ceniza, miró de soslayo a Segismundo y vio que, con los ojos entornados como si estuviera escuchando algo, pasaba los dedos cuidadosamente por los laterales de la caja. Oyó entonces un chasquido y a Segismundo proferir un sonido que tanto podía ser un gruñido como una risilla. Tras asearse, Benno se acercó a su señor y se asomó por detrás de su espalda. La base de la caja se había abierto dejando al descubierto más papeles.

—¿Por qué sabíais que se iba a abrir?

—Las personas con secretos tienen escritorios con secretos. —Segismundo examinó los papeles rápidamente mientras Benno manifestaba por un momento su asombro ante la escritura, el milagro que consistía en que unas marcas sobre el papel equivalieran a los sonidos de las palabras. Su señor seleccionó con sus habilidosas manos dos papeles y los guardó en el bolsillo que tenía en el interior de su jubón de cuero negro.

—¿Ésa es la carta de la princesa? ¿Cómo se ha hecho con ella? ¿Por qué?

—Eso habrá que averiguarlo... ¿A qué vienen tantas preguntas? —Segismundo puso los papeles en su lugar y presionó la base de la caja hasta que oyó un chasquido—. Dame esos de ahí.

Benno cogió los papeles que había encima de la cama y se los dio a Segismundo. *Biondello*, que había salido al pasillo, apareció de nuevo en la habitación con el rabo entre las patas y se escondió rápidamente detrás del escritorio. Los dos hombres reaccionaron al instante: Benno se quedó boquiabierto y desenfocó los ojos; Segismundo se colocó las manos detrás de la espalda y se puso a mirar el tapiz.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Quién os ha dejado pasar?

Era Torcuato. Se encontraba en tan mal estado que su expresión de sorpresa e indignación resultaba más cómica de lo que le habría gustado. Uno de sus ojos ya estaba hinchado y adquiría poco a poco un tono que prometía acabar siendo púrpura eclesiástico. Tenía la cara cubierta de sangre y suciedad y la sotana rota y manchada de barro. El sacerdote miró el escritorio, el cual, según pudo ver Benno, estaba tal como ellos lo habían encontrado.

—¿Qué os ha sucedido, padre? —Segismundo se había acercado a él con cara de estar preocupadísimo—. ¿Habéis participado en la pelea? ¿Estáis herido?

—Me atacaron... —Torcuato se dio cuenta de que habían contestado a su pregunta con otra pregunta—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Segismundo inclinó la cabeza.

—La princesa os está buscando. Su excelencia ha llegado.

Torcuato cojeó rápidamente hasta la cortina que tapaba la puerta del rellano, la

descorrió y llamó a un tal Tonio, quien no debía de hallarse muy cerca. Cuando se volvió, los intrusos ya habían desaparecido. El sacerdote tardó bastante en identificar el único rastro que habían dejado; una persona que ha rodado por un canalón en el que suelen evacuar los cerdos tiene dificultades para distinguir olores.

Cuando alcanzó a Segismundo, Benno vio que reía, aunque no logró adivinar si lo hacía a causa del aspecto de Torcuato o de lo que había robado. Entonces pensó que tal vez su señor hubiera planeado el ataque que había sufrido el sacerdote.

Segismundo se detuvo de improviso dejando que Benno chocara con él. Había reparado en un ventanuco que daba al patio. Los dos se asomaron a él y vieron que el duque estaba ayudando amablemente a una enlutada princesa Corio a subir a una litera engalanada de negro.

—Hemos de darnos prisa, Benno. Ya deben de estar preparando las empulgueras para Máximo.

---

## Salsa para el banquete

El alguacil le había prometido al duque que tenía tres prisioneros. Sin embargo, cuando fue a sus dependencias para recogerlos y llevarlos al palacio a fin de interrogarlos (con la seguridad de que el hombre que trabajaba para la princesa Corio no se entrometería en aquella ocasión en su labor), se enteró muy a su pesar de que sólo le quedaban dos.

Stefano Delmonte no había amasado la fortuna que tenía a fuerza de estupideces, y aunque sabía que su hijo no había conseguido heredar su inteligencia, no veía razón por la que éste tuviera que languidecer en las mazmorras del alguacil sólo porque se sospechaba que estaba relacionado con el asesinato del cardenal Petrucci. En cuanto le comunicaron la noticia de que los asesinos no sólo habían sido capturados, sino que habían sido colgados del balcón del palacio, se dio prisa en llegar a las dependencias del alguacil y, al enterarse de que éste se encontraba en el palacio, persuadió al capitán de su guardia de que su superior aplaudiría la decisión de liberar a Tomaso.

El alguacil estaba orgulloso de su fama de incorruptible. El capitán de su guardia, en cambio, pensaba que era algo absolutamente correcto aceptar un regalito por realizar una acción tan venturosa como la que suponía reunir a un hijo con su padre.

Al abandonar la mazmorra donde había pasado la peor noche de su vida (pese a que la paja que le habían dado era limpia), Tomaso se había mostrado furioso con todo y con todos. Tras fulminar con la mirada a su padre y evitar sus abrazos, había salido huyendo rechazando de plano la idea de volver a casa al estilo del hijo pródigo y se había perdido entre la festiva muchedumbre que llenaba la plaza. Stefano Delmonte había vuelto a casa solo consolándose con la idea de que su hijo al menos estaba libre y de que, en caso de que tuviera que localizarlo, el muchacho andaría, sin duda, rondando la casa de aquella desgraciada cortesana.

Cuando el alguacil hubo acabado de censurar a su capitán, se puso a pensar de dónde podría sacar un tercer prisionero y se acordó del judío. Si bien era cierto que le habían dicho que el duque Grifone normalmente incumplía sus deberes como cristiano y se dedicaba a proteger a sus judíos, le resultaba difícil de creer que no le apeteciera mandar a la hoguera a un judío después de todo lo ocurrido, de la misma manera que uno encendería una vela ante un altar en acción de gracias por haber sido librado del mal. Ordenó a su capitán que fuera a buscar al judío en cuestión y lo condujera al palacio junto con Giacomo y Máximo, y a su verdugo que cogiera los instrumentos menos aparatosos que tuviese y lo acompañara. Si estos no servían,

siempre podía improvisar. Además, se decía que al duque no solían faltarle las ideas.

Cuando el duque regresó al palacio del obispo no andaba tan carente de ideas como falto de fuerzas. Empezaba a entender por qué su médico había tratado de impedirle que montara a caballo y le había pedido encarecidamente que reposara. Había tenido que pagar un precio más elevado del previsto por tener la gentileza de ir al palacio Corio para luego acompañar a la princesa al palacio del obispo. Aunque no había perdido mucha sangre gracias al rápido tratamiento al que lo había sometido una vieja bruja a quien no debía olvidarse de recompensar, el sobresalto que supuso para él vencer a un enemigo totalmente inesperado y sobrevivir a una conspiración contra su vida comenzaba a hacer mella en su cuerpo. El duque se puso a darle vueltas a la idea de los estragos del tiempo; las heridas nunca lo habían afectado tanto como en aquella ocasión. En su interior empezaba a cobrar fuerza la impresión de que ya no era tan joven.

No estaba de humor como para soportar durante mucho tiempo a los prisioneros que el alguacil iba a traerle.

El obispo se había ofrecido a acogerlo en su palacio al informarle de la muerte del cardenal. A quien debería haber correspondido darle alojamiento a él y a su séquito y agasajar a todo el mundo después de la boda era a la princesa Corio, pero la muerte de su hermano lo había impedido. No obstante, al obispo no le hacía mucha gracia recibir al alguacil y a sus prisioneros y verdugos. Había tenido un día agotador: en primer lugar se había visto obligado a exorcizar una villa y una tumba que sin duda lo necesitaban; luego había tenido que regresar a Colleverde para dar la bienvenida al duque y se había encontrado con el violentísimo espectáculo que tenía lugar en su palacio (aún no había podido agradecer a los santos que hubieran tenido la merced de salvarlo de lo peor permitiendo que lo arrojaran al suelo repetidas veces durante la refriega); a continuación, se había dedicado a confesar y consolar a los moribundos como el hombre compasivo que era y ahora, cuando se disponía a decir sus oraciones y echar una cabezada para recuperar fuerzas, se enteraba de que el infatigable duque requería su presencia en el interrogatorio de los prisioneros. No le hacía ninguna ilusión, pues sabía que carecía del rigor que mostraba el duque con los malhechores. De todos modos, el diablo, cuyas obras habían sido espantosamente patentes, no había logrado salir victorioso. El obispo dio las gracias a Dios, Su Madre y santa Bernardina, cuyas reliquias (y el resto de los heterogéneos artículos que había traído el cardenal), sin lugar a dudas habían protegido al duque.

Con todo, cuando ocupó su lugar en la silla labrada que había al lado de la del duque y vio entrar a su presuntuoso alguacil, sintió un cierto pesar por la muerte del cardenal Petrucci. Aunque no le había resultado sencillo trabajar con él, el cardenal poseía toda la severidad que a él le faltaba y disfrutaba precisamente realizando aquella clase de tareas. Él se habría encargado de todo y habría mostrado la misma implacable simpatía al tratar con el duque, la princesa y los prisioneros. Él sólo habría tenido que sentarse cerca de él, decir que sí a todo y hacer girar los pulgares.

Claro que si el cardenal no hubiera muerto tal vez nada de aquello habría ocurrido. El duque no era la única persona que estaba segura de que el cardenal podría haber resuelto la situación en que había desembocado el intento de asesinato, aunque había de admitir que no sabía cómo lo habría hecho.

Benno y Segismundo llegaron en el preciso instante en que el alguacil, con gesto victorioso, mostraba el judío al duque.

—Excelencia, este desgraciado está sin duda confabulado con Satán en este asunto. ¿Acaso no ocurrió todo la víspera de su maldito *sabbath*?

El obispo hizo en aquel momento un ademán. Como estudioso sabía algo que probablemente los demás ignorasen: que el *sabbath* comenzaba al atardecer. Aquel dato, empero, sólo podía resultar contraproducente. Tal vez debiera decir simplemente que el judío no habría podido encender un fuego de ninguna manera durante aquellas horas, ni siquiera debajo de un cardenal. El duque interrumpió su indecisión.

—¿Es ésa la única prueba que tenéis, alguacil? ¿Vuestra convicción en su culpabilidad? ¿Estaba este hombre cerca del lugar de los hechos cuando se cometió el asesinato?

—Nadie lo vio allí, excelencia. —Para el alguacil aquello era una muestra de astucia más que una prueba de inocencia—. El cardenal le había dicho que iba a entregarle una gran suma de dinero. Es muy probable que fuera a recogerla.

—¿Y lo hizo?

«Imposible en sábado», pensó el obispo.

—No, excelencia. Según la información que me han dado, el muy villano se olvidó de cogerlo debido a las prisas con que salió huyendo.

El duque apoyó una mano sobre la herida, que había empezado a molestarle.

—¿Según la información que os han dado? ¿Quién os ha dado esa información?

—Yo, excelencia. Estaba presente. —Segismundo se acercó al duque e hizo una reverencia con aquella flexibilidad de espalda que tanto le había agradado a Petrucci—. La princesa Corio me pidió que me encargara de la investigación. —Hizo una nueva reverencia, esta vez en dirección a la figura de negro que estaba sentada en un nivel inferior al del duque.

Ella inclinó la cabeza para confirmar sus palabras.

—Este hombre prestó un gran servicio a su excelencia el señor de Rocca cuando murió su duquesa. Es cierto que sobre el escritorio de mi hermano había un cofre lleno de monedas de oro que no se encontraba allí antes. Mi hermano no me había dicho nada acerca de él y nunca me ocultaba nada —dijo en tono confiado y melancólico.

—¿Y tú, judío, qué tienes que decir?

El judío se encogió de hombros y extendió las manos. Acarreaba las cadenas que le habían puesto en las muñecas tan dignamente como llevaba la gruesa cadena de oro que adornaba su fina túnica de color canela.

—¿Qué puedo decir, excelencia? No estaba allí. ¿Por qué habría de acabar con alguien que se había dignado a emplear mis servicios y arriesgarme a que mi gente y yo sufriéramos un terrible castigo?

El duque guardó silencio y lo miró fijamente mientras tomaba una decisión. Entonces le dijo al alguacil:

—Soltadlo. Lo que dice tiene sentido y... —Sin añadir lo que estaba pensando el obispo: «Ninguno lo que vos habéis dicho», agregó—: No hay pruebas en su contra. No permitiré que se persiga a ningún inocente en Nemora.

Al alguacil le resultaba incomprendible que un judío pudiera ser inocente, pero había que obedecer al duque. En cuanto se vio libre de las esposas, el judío hizo una reverencia y se marchó. Benno se preguntó qué habría ocurrido si el duque no le hubiera creído. Siempre había oído decir que cuando ocurría alguna desgracia casi era una costumbre mandar a la hoguera a los judíos, del mismo modo que un ama de casa quemaría un colchón infestado de pulgas para dar inicio a la limpieza de primavera.

—¿Y los demás sospechosos, alguacil? —Por el tono con que hizo la pregunta estaba claro que, por el bien del alguacil, el duque esperaba que valieran más la pena que el primero. Aquél, sin embargo, aunque estaba resentido por haber tenido que soltar al judío y no comprendía la manera que tenía el duque de interpretar las pruebas, estaba convencido del éxito de lo que ofrecería a continuación.

Giacomo fue conducido a rastras a la presencia del duque. Llevaba grillos y tenía aspecto de haber pasado la noche soportando las correrías de varias ratas sobre su cuerpo. Además, parecía estar asustado y confuso, lo que lo convertía en un excelente candidato para el balcón. El capitán de la guardia del alguacil dio un tirón a las cadenas que llevaba en las muñecas para obligarlo a que se pusiera de rodillas.

—Este villano, excelencia —dijo el alguacil—, ha confesado que estaba almacenando aceite y madera con la intención de quemar a su eminencia. Uno de los rebeldes que desafiaron a Su Excelencia el año pasado en San Sevino...

—Este hombre no estaba allí. —La afirmación de Segismundo, pese a la discreción con que la hizo, llegó a los oídos del duque, que se volvió hacia él y exclamó:

—¿Que no estaba allí? ¿Significa eso que no es uno de los rebeldes?

Segismundo negó con la cabeza y, mientras el alguacil trataba de interrumpirlo con gestos y palabras, dijo:

—Es un cantero, excelencia, y estaba fuera de casa cuando su familia huyó a la torre en busca de refugio...

—¿Donde su eminencia puso fin a su traición, excelencia! —El alguacil, a fuerza de ser estridente como un mosquito ante un abejorro, logró hacerse oír—. ¡Acabaron todos convertidos en cenizas!

Giacomo estaba contribuyendo a los sonidos de protesta golpeándose la cabeza contra el suelo de mármol y gruñendo. Una mirada del duque había acabado con cualquier esperanza de clemencia que pudiera abrigar en su alma, pese a lo cual no

cejaba en sus gruñidos.

—Excelencia. —La oscura figura de Segismundo se perfiló sobre una de las grandes ventanas que daban al balcón. Sus anchas espaldas y su cabeza rasurada transmitían una impresión de poder que llevaron al duque a apartar la atención del balbuceante alguacil—. Este hombre no mató a su eminencia. Todo lo que puede probarse es que estaba almacenando madera y aceite con ese propósito, pero no que llegara a utilizarlos.

—¡Estaba en la calle! ¡En la calle a la que se sale por la puerta privada de su eminencia! ¡Lo vieron! —El alguacil jadeaba como si fuera un perro deseoso de recibir una recompensa por traer la presa a los pies de su amo—. Tenemos un testigo... —No acabó la frase. De pronto recordó que si el duque le pedía que trajese al testigo, se vería obligado a admitir que lo había perdido.

—¿Qué dices en tu defensa? —Hasta ese momento el duque había logrado contenerse, pero las exasperantes impertinencias y el plañidero tono de voz del alguacil, el dolor de su herida, el estúpido ruido que producía el cantero cada vez que se golpeaba la cabeza contra el suelo de mármol, e incluso el hecho de que la silenciosa atención que le prestaba el hombre de Rocca le parecía más una crítica que otra cosa, estaban sacándolo de quicio. Cualquier cosa podría hacer que estallase en uno de sus célebres arrebatos de ira.

—¿No has oído a su excelencia? —El capitán tiró nuevamente de las cadenas. El alguacil, por su parte, quiso recalcar la importancia de los buenos modales dándole una patada en las costillas. Giacomo, que ya no podía articular palabra, tuvo un acceso de tos, al que siguió una nueva serie de gemidos animales y una visible aceleración de los golpes que se propinaba en la cabeza. Segismundo, silueteado por la luz que entraba por la ventana, avanzó.

—Si vuestra excelencia me lo permite, le mostraré a este hombre la suerte que correrá si no habla —dijo señalando el balcón. «La misma que si habla», pensó Benno, quien se había situado detrás de dos miembros de la guardia del duque y presenciaba el interrogatorio por el hueco que los separaba. Los guardias, que no se habían dado cuenta de su presencia, se preguntaban cuándo se habría lavado su compañero por última vez (Bianca no se había preocupado de lavar la ropa de Benno).

El capitán obligó a Giacomo a ponerse de pie, Segismundo levantó las cadenas, lo cogió del hombro y lo condujo hasta la ventana, que un paje se ocupó de abrir. Giacomo salió al balcón propulsado por un empujón y forcejeando inútilmente, ya que pensaba que iban a arrojarlo al vacío en aquel mismo instante. Aunque el número de espectadores que aguardaban en la plaza había disminuido, la salida de los hombres al balcón dio lugar a una ovación de agradecimiento por la tardía reanudación del espectáculo.

La resonante voz de Segismundo penetró en la ofuscada mente de Giacomo.

—Fíjate bien. ¿Reconoces a alguien?

Giacomo no notó ninguna hostilidad en la actitud del hombre que lo tenía cogido, ni siquiera cuando le puso una mano en el cuello y lo obligó a mirar hacia abajo, por lo que hizo todo lo que pudo por satisfacer sus requerimientos. El maltrecho estado en que estaban los rostros de los hombres colgados no había mejorado con la macedonia que les había aplicado la muchedumbre; además, la expresión que lucían no era precisamente serena. Por otro lado, la posición en que se encontraban obligaba a asomar medio cuerpo para verlos bien. Aterrorizado, Giacomo consideró la posibilidad de que pronto lo forzaran a unirse a ellos, y a punto estuvo de añadir sus propios adornos a la macedonia antes de poder responder. Sin embargo, logró fijar su atención y, golpeando con las esposas la balaustrada de piedra, señaló finalmente a un hombre.

—¡Ése de ahí! Es él. Estaba anoche en la calle, lo juro. Me acuerdo de que cuando se volvió, la luz de la luna le dio en la cara y pensé que era más feo que Picio.

Segismundo se inclinó a su lado y vio el desencajado rostro de Achille Malvezzi, cuyo sombrero de médico había sido reemplazado por un huevo podrido. Segismundo se incorporó y tiró de Giacomo.

—¿Dónde estabas para que no te viera? —Si Malvezzi hubiera visto a Giacomo, podría haberle evitado todo aquel sufrimiento con un rápido movimiento de la mano. Lo que menos desearía en aquel momento sería que hubiera testigos de su presencia cerca de la puerta privada.

—Como oí que se acercaba alguien, trepé a un andamio y me quedé quieto. Cuando se fueron las chicas y ese idiota relamido de la capa de marta, empecé a bajar y entonces vi a los demás. —Señaló el talón de Malvezzi—. No me vieron. La gente no suele mirar hacia arriba. —Giacomo hablaba con la convicción de un cantero que ha pasado mucho tiempo en lugares altos.

—Entonces había otros. ¿Están aquí?

Giacomo volvió a asomarse sin que el estado de su estómago dejara de reflejarse en su rostro.

—No puedo decíroslo. De veras, no puedo. Ése, el que pude ver por la luz de la luna, se volvió porque quería mirar al de la capa, que estaba todo tapado, como si quisiera ocultarse la cara. —Movié la mano para imitar el movimiento de la capa y las cadenas volvieron a sonar—. ¿Veis? Como si quisiera ocultarse la cara. Entonces pensé que me había visto, porque se volvió un poco, miró hacia donde yo estaba y se quedó quieto por un momento, como si estuviera escuchando atentamente. No me atreví a moverme hasta que él volvió a girarse. —Giacomo lo imitó dando una vuelta de noventa grados y deteniéndose en seco. Intentó entonces quedarse quieto, pero un fuerte temblor de miedo sacudió todo su cuerpo. Una persona del público estaba apuntando hacia ellos, por lo que Segismundo profirió un murmullo, cogió a Giacomo y lo condujo al interior, donde el duque los esperaba impacientemente. El obispo había estado hablando sobre los preparativos de una misa de acción de gracias por la salvación del duque y el ducado que iba a celebrarse al día siguiente; la

princesa hizo entonces un movimiento brusco bajo sus velos, como si quisiera hacerles saber que ella no estaba dispuesta a dar gracias a nadie por la pérdida que había sufrido. El duque no prestaba atención, pues estaba pensando nuevamente en el cardenal. Ojalá estuviera vivo. Con él, todo habría marchado sobre ruedas, todos los problemas habrían quedado solucionados... Y allí estaba otra vez ese maldito cantero. El suplicio podría comenzar en cualquier momento.

—¿Y bien? ¿Tiene algo que decirnos? —La pregunta del duque había sido violenta. La herida le estaba impidiendo pensar con claridad y ya ni sabía por qué había permitido que el hombre de Rocca sacara al desgraciado cantero al balcón. Lo que sí estaba claro, sin embargo, era el efecto que había tenido en él la salida.

—¡Piedad, excelencia! ¡Piedad! —Giacomo estaba arrastrándose de nuevo—. Yo no maté al cardenal, lo juro por Dios y todos los santos. Lo juro por las reliquias de santa Bernardina; llevadme ante las reliquias y...

—¡Ya basta! —Benno dio un respingo al oír el grito del duque; por lo que pudo ver a continuación, no había sido el único—. Te condeno a muerte. Tal vez no hayas matado al cardenal, pero tenías pensado hacerlo. La intención es lo que cuenta, ¿no es así, obispo? Azotadlo hasta que muera y luego colgadlo con los demás. Nos está haciendo perder el tiempo.

El alguacil se acercó al prisionero, encantado de que por fin se hubiera demostrado que su arresto había sido justificado y hubiesen sacado algo en limpio de todo aquel asunto. Como Giacomo no paraba de gritar y forcejear, tuvo que llamar a dos guardias para levantarlo y mantenerlo en pie. Benno se encogió cuando uno de los guardias que tenía delante fue a ayudar a sus compañeros. Había quedado a la vista de todos. Sin embargo, los presentes no podían fijarse en él, ya que tenían toda su atención puesta en Segismundo, quien había abrazado a Giacomo por los hombros y había logrado detener sus forcejeos apretándolo alegremente contra sí.

—¿Me permitís una sugerencia, Excelencia? ¿No creéis que los azotes podrían servir como salsa en el banquete que va a ofrecerse esta noche para celebrar la boda de la señora Minerva?

---

## «Aquí soy yo quien da las órdenes»

La princesa se había puesto en pie siseando como una cobra y removiendo todos sus velos.

—¡Que arda! ¡Que arda como ha ardidado mi hermano!

El duque, tal vez considerando aquello una frase hecha, rechazó la propuesta. Segismundo, que estaba dándole a Giacomo unas cariñosas palmaditas en la mejilla tal como un ogro podría tratar su cena, insistió:

—Princesa, la venganza es un plato que hay que saborear lentamente. Si quemáis a un hombre, lo único que conseguís es que se ahogue con el humo y sanseacabó. Si le azotáis como a un cerdo, la carne resultará más tierna.

Benno tragó saliva, la princesa guardó silencio y el duque decidió por todos.

—Esta noche, durante el banquete, cenaréis, por primera y última vez, con un duque. —Los preceptores de Grifone habían llegado a la conclusión de que éste tenía un sentido del humor deplorable, ya que en su opinión obtenía un placer perverso de las catástrofes y tragedias que en los clásicos tenían por objeto purgar la mente en lugar de entretener, tal como había establecido Aristóteles—. ¿Eh, obispo? ¿Creéis que puede servirnos de música esta noche?

El duque estaba recuperando el ánimo a la misma velocidad que el obispo perdía el suyo. Al tiempo que emitía un gruñido de asentimiento, el obispo pensó en que la cena por la que se habían deslomado sus cocineros iba a resultar un desastre (al menos para él) a causa de los gritos de aquel pobre hombre. El único acompañamiento civilizado para una cena era la música de una pequeña orquesta como la que él había logrado reunir con el paso de los años, un conjunto integrado por expertos intérpretes de la cítara, el cromorno, la *viola da gamba*... Pues bien, todo se había echado a perder. Había esperado que la princesa, dado el luto estricto que llevaba, no asistiera al banquete, pero ahora parecía que no sólo iba a estar presente, sino que vería y oiría cómo torturaban al asesino de su hermano (¿era realmente verdad que sólo había tenido intención de hacerlo?). Se temía que debería haber pedido clemencia, pero ante las órdenes conjuntas del duque y la princesa, tal petición habría resultado tan absolutamente inútil como solían serlo sus sugerencias. No sabía muy bien qué decía la ley en relación a los casos de asesinato o intento de asesinato de un clérigo cuyo autor estuviera bajo el poder secular de un duque. Aquella era la clase de duda que el cardenal Petrucci nunca habría tenido. El obispo rezó rápidamente una oración para pedir que el duque se marchara lo antes posible de Colleverde y luego otra para pedir que el forastero de la cabeza rapada no tardara en

irse y se llevara, de paso, sus repugnantes ideas.

—¿Es el último, alguacil? —El duque, que estaba frotándose suavemente la herida, lo miró con gesto airado. El alguacil, sin embargo, no se caracterizaba por su prudencia, de modo que sacó pecho y alzó la vista con una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviera orgulloso de haber guardado lo mejor para el final. Hizo una señal y su capitán fue a la puerta a coger al último prisionero.

—Excelencia, el señor obispo os habrá dicho de dónde ha surgido esta diabólica obra. ¡Durante todo este tiempo, Satán ha tenido su morada en un lugar cercano a la ciudad y ha venido hasta aquí con la intención de acabar con vos y desafiar a nuestra bendita santa! —El alguacil guardó silencio para que sus palabras tuvieran mayor efecto y extendió bruscamente un brazo en el momento en que los guardias arrastraban al prisionero a la presencia del duque y lo obligaban a arrodillarse—. ¡El hombre de Fontecasta, excelencia! Confabulado con el diablo, vino anoche a Colleverde para quemar a su eminencia y así evitar que descubriera la conspiración contra vuestra vida. ¡Observad! —El alguacil se inclinó y levantó el brazo del prisionero con el consiguiente ruido de cadenas—. ¡Quemaduras! ¡Lleva la marca de las llamas de su maligno amo!

Benno miró a Máximo aterrorizado. Había que admitir que con la mugre que aquella noche había acumulado en la mazmorra la feroz mirada de sus ojos enrojecidos y la tensión que reflejaba su mandíbula, Máximo parecía realmente un demonio.

—¡Que la bendita santa Bernardina nos proteja! —El obispo se santiguó y se inclinó para mirar fijamente a Máximo—. Éste es el hombre cuya tumba he tenido que abrir esta misma mañana en Fontecasta... Pero... ¡Cómo es posible que esté tan terriblemente joven!

—¡Un muerto viviente! —El alguacil no podía estar quieto de la emoción—. Se ha alimentado con sangre. ¡El diablo se encuentra en Colleverde!

Si Máximo era realmente el diablo, pensó Benno, estaba dando una demostración bastante triste de su poder. Era una verdadera desgracia que el obispo hubiera visto el cadáver del pobre Gruchio desenterrado y que Máximo se pareciera tanto a su padre. El obispo Tadeo, que siempre tenía cara de estar algo preocupado, ahora parecía hallarse profundamente conmocionado. Sus hombres habían clavado una estaca en el cadáver que habían encontrado en Fontecasta. Había exorcizado su espíritu. ¿Cómo era posible que aquella terrible aparición existiera?

El duque, por su parte, permanecía simplemente pensativo. Un mes atrás, en contra de la voluntad de su hijo, había despedido a su astrólogo por hacer continuamente presagios de carácter melancólico acerca de influencias malignas y, sobre todo, por vaticinar una siniestra conjunción de planetas de la que el duque sólo podría salvarse con la mediación de un hombre venido de Oriente. Montenero estaba al este y en aquellas ocasiones en que Grifone se había preguntado si el astrólogo tendría razón, se había consolado a sí mismo con la idea de que tal vez el príncipe

Livio fuera su salvador.

Como el príncipe Livio había intentado de manera evidente ser lo contrario, el duque empezaba a preguntarse cuál sería, después de todo, su verdadero destino. Tras el despido del astrólogo, todos los cortesanos habían comenzado inmediatamente a fingir que a las personas cultas no les inquietaban las supersticiones. El duque, sin embargo, no estaba tan seguro de ello. Por añadidura, el astrólogo del príncipe Livio había insistido en que la boda se adelantara al sábado si el príncipe no quería meterse en líos.

El duque sonrió. La boda no se había celebrado el sábado a pesar de los planes del príncipe y éste se encontraba en aquel momento atado a lomos de un caballo y metido en uno de los peores líos que uno pudiera imaginar: estaba muerto y no había recibido la absolución. De todos modos, si su propio astrólogo había acertado en lo referente al peligro, tal vez también acertara en lo referente a otras cuestiones. Hizo una señal a Segismundo y le preguntó:

—¿De dónde sois?

—¿Excelencia...?

—¿Cuál es vuestro lugar de nacimiento?

La manifiesta falta de conexión de aquella pregunta con el tema del demonio de Fontecasta no pareció perturbar al hombre que tenía que responderla. El duque consideró aquello tranquilizador; Segismundo seguía tan atento como antes.

—Me han dicho que nací en Moscovia, Excelencia, pero —una sonrisa apareció de repente en sus labios—, aunque me encontraba allí en el momento de los hechos, no puedo asegurárselo.

Si Benno no alteró la expresión de afable idiotéz que tenía en la cara al oír aquello fue sólo porque lo habitual en él era ponerla, ya que Segismundo le había dicho que había nacido en Bizancio y el duque de Rocca estaba convencido de que el lugar afortunado era España. El duque Grifone estaba poco acostumbrado a que la frivolidad formara parte de las respuestas que se le daban, pero como Moscovia estaba evidentemente al este, no le importó pasarla por alto. Al tiempo que señalaba a Máximo, preguntó:

—¿Qué hacemos con él?

Segismundo miró con detenimiento a Máximo, que estaba acurrucado en el suelo y tenía cara de pocos amigos, y soltó un murmullo de desdén.

—Con el debido respeto a mi señor obispo y su alguacil, este hombre no parece un demonio. Como ya le he dicho al alguacil, he trabajado durante una temporada en Fontecasta y conozco a este hombre.

—¿Y lo de esta mañana? ¿Y la tumba? —La amatista que llevaba el obispo en uno de sus dedos brilló con el temblor de su mano—. ¡Es el mismo hombre, con sus canas y la sangre en la boca!

—Señor obispo, el padre de este hombre ha sido asesinado a manos de Achille Malvezzi esta mañana al amanecer.

Máximo dejó escapar un suspiro y bajó la cabeza.

El duque Grifone se inclinó.

—¿Malvezzi? ¿El villano que ha intentado matarme? ¿Qué hacía en Fontecasta esta mañana?

Segismundo soltó un prolongado murmullo, como si fuera una abeja disfrutando con una flor.

—¿Se acuerda Vuestra Excelencia del mago Antonello, a quien su eminencia condenó a la hoguera, y cuya muerte quería vengar Malvezzi? Seguramente Malvezzi se había enterado de la muerte del señor Girdali y quería hacerse con una parte del cadáver —todos los presentes se santiguaron conscientes de lo que aquello implicaba— para preparar algún hechizo que Antonello le habría enseñado y utilizarlo con vuestra excelencia. Por lo que he podido saber, el padre de este hombre murió cuando trataba de impedir que la tumba del señor Girdali fuera profanada.

Benno, al igual que el obispo, estaba rezando con gran devoción. Sus rezos, sin embargo, tenían como objeto que el duque no hiciera demasiadas preguntas acerca de la muerte, o más bien vida, del señor Girdali o del lugar en que se encontraba realmente su cadáver. Entonces pensó en Ángelo y añadió un corolario a su oración: «Que Ángelo no le pida al señor Mirandola que saque las cartas a los hombres del duque Grifone que andan por la ciudad». Si alguien reconocía al señor ciego, Segismundo se vería obligado a dar más explicaciones de las que podía permitirse y el encantador Ángelo habría dicho su última buenaventura.

—¿Girdali? —El duque volvió a fruncir el entrecejo.

La princesa hizo un gesto de impaciencia a su lado y exclamó:

—Todo esto, excelencia, está fuera de lugar. Este desgraciado tiene marcas de fuego en la piel y el alguacil cree que ha venido a Colleverde para matar a mi hermano. Que lo torturen hasta que nos diga la verdad.

Antes de que Segismundo pudiera abrir la boca, el duque se volvió hacia ella. Benno contuvo la respiración y pensó que, si realmente había un demonio en la sala, el duque parecía el mejor candidato para serlo.

—Señora, aquí soy *yo* quien da las órdenes, y es *mi* justicia la que se hace. —Se volvió rápidamente hacia Segismundo y a continuación hacia Máximo, que seguía acurrucado y los miraba con cara de gárgola a la espera de que la clemencia le viniera caída del cielo—. ¿Así que pensáis que este hombre es inocente y que se hizo esas quemaduras de otra manera?

—Entre vuestros súbditos debe de haber muchísimas personas que en este momento tengan quemaduras de velas, antorchas, braseros y un sinfín de peligrosos objetos domésticos. —Por su tono de voz era evidente que Segismundo no daba la prueba por válida—. Los villanos que han tenido el atrevimiento de asesinar a su eminencia —dijo señalando el balcón con la cabeza— están ahora esperando el juicio divino.

—Muy bien. —El duque se levantó cogiéndose del brazo—. Soltadlo —ordenó a

un decepcionado alguacil. Entonces se volvió hacia un paje y dijo—: Llama a mi médico... Señora, os veré esta noche en el banquete. Mi señor obispo, creo que lo más conveniente será que la misa de réquiem por su eminencia se celebre mañana. Que se encargue de la oración el sacerdote más entendido que tengáis, alguno que sepa hablar con estilo. Hemos de rendir el mejor homenaje posible a mi consejero más leal. —Miró a Segismundo, y añadió—: Y vos... También deseo veros esta noche en el banquete. Recibiréis la gratificación que os merecéis.

Benno pensó entonces: «Ojalá no tuviera esa manera de decir las cosas. Vete tú a saber en qué consiste esa gratificación. Una bolsa de oro no estaría nada mal, pero con lo peligroso que es este duque, igual se aparece con una sogá».

Al menos su señor había conseguido que soltaran a Máximo. El problema ahora era Giacomo. El repugnante plan que Segismundo había urdido para él era un enigma. ¿Sería Giacomo un verdadero villano después de todo? No obstante, Benno conocía a su señor lo suficiente para no creerse lo que les decía a los demás hasta que no ocurriera. Segismundo era tan despiadado con las palabras como Ángelo con los cuchillos. Si su señor iba a asistir al banquete de aquella noche, Benno se encargaría de servirle para ver qué le ocurría a Giacomo. Sólo esperaba que no le quitara las ganas de comer.

Al obispo no le había ofendido en absoluto que el duque le hubiera dado a entender que no hiciera él el elogio al sugerirle que buscara a un orador. Aunque era un buen especialista en los clásicos, no era aficionado a pronunciar discursos y, además, sabía que sus sermones carecían de estilo. El sobrino de su eminencia, el padre Torcuato, sería el elegido. Constituiría una muestra de generosidad hacia un clérigo de categoría inferior como era él y un cumplido para la princesa. A ella le reconfortaría, ya que a la pérdida de su hermano había que añadir el desaire que le había dedicado el duque en público. «Aquí soy yo quien da las órdenes». Desde luego. El obispo no lograba recordar desde cuándo no se divertía así.

---

## El adivino y el ciego

Minerva estaba echada en una cama del palacio del obispo. La habitación en que se encontraba había sido preparada apresuradamente por el mayordomo de aquél. El obispo Tadeo, a diferencia de muchos otros sacerdotes, no tenía una amante, ni pública ni secreta, y el hecho de que Polissena tuviera acceso a las puertas de servicio del palacio no se debía a él. El mayordomo había encargado que trajeran acericos, espejos de mano decorados, aceites perfumados y otros objetos que consideraba indicados para una invitada que, por lo que parecía, estaba llamada a convertirse en su duquesa.

Aquello era lo que Minerva no podía creerse. ¿Había llegado tan lejos (tras ser rescatada por Segismundo de lo que, ahora que había visto la refriega del palacio, sabía con certeza que habría sido una muerte cierta a manos de su antiguo padre, el príncipe Livio; haber sobrevivido la pasada noche al ataque contra Fontecasta; haber llevado a cabo diversas heroicidades aquel mismo día y haber salvado a Astorre) sólo para acabar contrayendo matrimonio con su terrible padre?

Aún no se había repuesto de la conmoción que había sentido al ver al príncipe Livio amenazando no sólo al duque Grifone sino a todo su futuro. Se echó en la cama y se quedó mirando fijamente al techo, en el que había pintada una Dánae de aspecto maduro en el momento en que, con gesto de satisfacción, abría las piernas para recibir una lluvia de oro. Minerva movió los pies. Sus damas de honor, tres muchachas de pocas luces a las que en el pasado (¿tan sólo una semana atrás?) había tenido costumbre de aterrorizar, estaban sentadas en la ventana bebiendo vino con la vista puesta en la plaza, aunque con frecuencia lanzaban nerviosas miradas a la figura acostada en la cama. Cerca de la cama, sobre una mesa nielada, había una fuente de plata dorada llena de albaricoques secos y, al lado, una copa de vino. No los había tocado.

¿Qué demonios podía hacer? No le había costado ni un segundo llegar a la conclusión de que era imposible decirle al duque que no quería casarse con él porque prefería a su hijo. Todas las espantosas historias que había oído acerca del duque Grifone habían elegido aquella intempestiva hora para acudir a su mente. Su esposa, se rumoreaba, había sido envenenada. Además, azotaba a sus amantes (o al menos eso se decía), a una de las cuales había estrangulado con sus propias trenzas. Sonreía como un lobo. Era viejo; tendría cuarenta años como mínimo. Y Astorre, el distinguido Astorre, cuya vida había salvado con un oportuno tintero, ¿jamás la acogería en sus brazos? ¿Estaba destinada a ser su *madrstra*?

Minerva hizo una fea mueca a Dánae, que continuaba sonriendo ante la invasión del oro.

Naturalmente, algunas personas pensarían que era afortunada, ya que el hecho de ser duquesa de Nemora suponía disponer de cantidades exorbitantes de oro. Había oído que Grifone podía morir en cualquier momento, aunque también era verdad que cualquiera podía morir en cualquier momento incluso estando mucho mejor de salud que el duque. ¡Lo ocurrido aquel día era buena prueba de ello! El reciente recuerdo de la sangre y los gritos la hizo estremecerse. En el caso de que el duque muriera, no podría contraer matrimonio con Astorre; no después de haber estado casada con su padre. Por mucho dinero que le ofreciera, ningún papa le concedería una dispensa por eso.

Tamborileó sobre el cubrecama de brocado con el talón de sus zapatillas de satén. Las damas de honor dieron un respingo, pero decidieron no acercarse a preguntar si deseaba alguna cosa.

Quería ver a Segismundo. Si ya la había sacado de un lío, también podía sacarla de éste. Había empezado a tener una confianza muy parecida a la de Benno en la habilidad de aquel hombre para salir de cualquier situación. Se negaba a pensar en lo improbable que era que éste le dijese al duque Grifone que suspendiera su boda con la persona que él mismo había elegido. Ya encontraría la manera de hacerlo, pensó.

Cuando hubo decidido aquello, se sintió más tranquila. Esperaba que Astorre se quejara del plan de su padre. No confiaba mucho en que sus protestas fueran a convencer a éste, pero sería humillante que aceptara la situación sumisamente. Ladeó la cabeza, miró con detenimiento a Dánae y decidió que ella tenía mejor tipo. ¡Puf! Vaya roscas que tenía... Se incorporó, bebió de un trago la mayor parte del vino y cogió un albaricoque de la fuente. Sus damas, que habían estado haciendo conjeturas acerca de la desgracia que suponía ser montenerina en una ciudad en la que los montenerinos difícilmente podían considerarse populares, se levantaron de un salto y corrieron a ver si podían congraciarse con la señora Minerva. Al menos ella las protegería si llegaba a ser duquesa de Nemora.

A varios kilómetros de distancia, en la orilla del río que separaba los dos estados, Astorre había conseguido mostrar el cadáver del príncipe Livio a un considerable grupo de mercenarios que esperaban el momento de correr hacia Colleverde, caer sobre ella a sangre y fuego y saquearla. Su jefe, que en un principio se había mostrado dispuesto a desafiar la autoridad del joven que les cerraba el camino, había suavizado su postura cuando el hombre que tenía que pagarle generosamente por quemar y desvalijar la ciudad había aparecido atado a lomos de un caballo y lo había mirado cabeza abajo. En un principio no había logrado reconocerlo debido a la costra de sangre seca y polvo del camino que lo cubría, pero un amable sargento de las fuerzas nemoranas había solucionado el problema cogiendo agua del río y lavando rápidamente la cara del príncipe.

El trato quedó cerrado en cuanto el joven abrió un cofre que había a lomos de una

mula y ofreció al jefe de los mercenarios una considerable cantidad de oro a modo de anticipo. Tras ello estudiaron su nuevo contrato, ya que el que los había llevado hasta aquel lugar había quedado rescindido al morir una de las partes, el príncipe Livio.

El jefe de los mercenarios saludó a Astorre y, lanzando una triste mirada a los pueblos que tenían que haber incendiado y a las aún más tentadoras torres de Colleverde, que brillaban como oro a la luz del sol, cruzó de nuevo la frontera al frente de sus hombres para levantar el campamento y esperar las órdenes del duque. Se había quedado maravillado (ya que se trataba de un hombre culto y antes de ser *condottiere* había recibido clases de un preceptor humanista) del poder que confería el potencial.

Astorre dio media vuelta y se puso camino de Colleverde seguido de sus hombres. Creía que su padre estaría contento con él y esperaba con ilusión volver a ver a Minerva. Incluso canturreó durante la marcha. Como había salido de Colleverde antes de que el duque interrogara a Segismundo, ignoraba que se había quedado sin novia. En lo tocante al príncipe Livio, decidió que sería mejor tapanlo con un manto antes de que llegaran a la ciudad. Después de todo, seguía siendo príncipe y, de no haber tratado inexplicablemente de acabar con Grifone, habría sido su suegro. Todo lo ocurrido en el palacio del obispo le parecía una chapuza mal organizada. El príncipe Livio no tenía fama de incompetente, así que había que agradecer que, de una u otra manera, todo aquel asunto hubiera acabado por ser, desde el punto de vista del príncipe, un fracaso.

En ese momento lo asaltó una duda, lo que le hizo fruncir el entrecejo y poner una cara que llevó al capitán de la guardia del duque, que cabalgaba a su lado, a pensar que Astorre se parecía de manera inquietante a su padre. Se le había pasado por la cabeza que la situación política no era en absoluto tranquilizadora: ¿seguiría su padre viendo con buenos ojos que se casara con la hija del hombre que había hecho todo lo posible por matarlos a los dos y hacerse con el ducado? Astorre sintió un dolor casi físico cuando pensó en la posibilidad de que no llegaran a casarse. ¡Qué belleza! Se había quedado anonadado al ver la resolución con que la muchacha se quitaba el velo. ¡Qué valor! Había aparecido en el momento en que aquel bestia lo tenía acorralado, como si fuera su ángel de la guarda, resplandeciente con su vestido plateado. Aunque le costaba admitir, incluso para sus adentros, que aquel bestia hubiera estado a punto de acabar con él, se daba perfecta cuenta de que, como el joven que era, de poco le valía su fuerza si tenía que enfrentarse al poderoso brazo de un guerrero. Daba igual. ¡Ella había estado maravillosa! ¡Qué carácter! ¿Cómo se comportaría una muchacha como ella en el campo del amor?

El capitán miró nuevamente a Astorre y pensó que al sonreír no se parecía en nada a su padre.

La ciudad de Colleverde a la que se aproximaban estaba en su mayor parte relajándose tras haber disfrutado de un día lleno de incidentes. El estado de Nemora había salido victorioso de un encuentro en el que Montenero no había logrado ni un

solo punto. Él último golfillo que había quedado en el juego del «tiro al traidor» había sido arrastrado a casa para la cena a fuerza de reprimendas. Los peregrinos volvían a sus alojamientos provistos de los productos que habían adquirido en los puestos para la última comida del día.

Mientras el alguacil se servía una sopa con bolitas fritas de queso, y le refería a su esposa los acontecimientos del día, ella le cepillaba su mejor jubón, con el que iba a comparecer ante los invitados del obispo y supervisar la ejecución de Giacomo. En la cocina del palacio del obispo, los cocineros daban los últimos toques al banquete. Habían dado un hervor a un jabalí sazonado con pimienta, nuez moscada, clavo y jengibre y luego lo habían metido en el horno no sin antes rebozarlo con una cobertura de pasta. También había una liebre picada en caldo y vino; una liebre asada que uno de los cocineros rebozaba con pan candeal rallado y canela; y espetones de masa de fruta y nueces, uno de los platos favoritos del obispo, quien también era aficionado al potaje de frutas, leche de almendras y carne, algo que podía permitirse dado que ya había pasado la cuaresma.

Con motivo de una ocasión tan especial como la victoria del duque y la llegada de las reliquias, cuya presencia había resultado ser sumamente eficaz, se había preparado un postre realmente espectacular que se esperaba que ni siquiera los cocineros del duque hubieran sido capaces de superar. Se trataba de una delicia hecha de mazapán y pistachos molidos con generosas cantidades de azúcar. Con la masa se había moldeado una réplica de la catedral de Colleverde y se habían reproducido todos y cada uno de sus chapiteles y, arrodillados en los escalones, delante de las puertas abiertas del templo, dos figuras. Aunque en un principio éstas estaban destinadas a representar al cardenal y al duque, tras una hábil comprensión, la birreta cardenalicia había quedado transformada en la mitra del obispo. Entonces se había realizado una consulta, que había degenerado en un tumulto de imprecaciones, respuestas amargas y amenazas con arma blanca, acerca de la conveniencia de incluir a la pareja de novios. Afortunadamente, el mayordomo había intervenido en el último momento y había decidido que, puesto que la visita del duque a Colleverde se debía tanto a las reliquias como a la boda, la pareja podía ser omitida. Como ahora se rumoreaba que el duque tenía pensado casarse, el encargado del pastel se congratuló de no haber puesto más figuras, ya que quitarlas podría haber dañado la estructura de la obra y echado a perder su simetría. Incluso se llegó a plantear siquiera la posibilidad de quitar la mitra del obispo y poner en su lugar clara a punto de nieve como si fuera el velo de la novia. Al final, sin embargo, decidió prudentemente que, tratándose de la catedral, lo que procedía eran las reliquias y, por lo tanto, el obispo, y lo dejó tal como estaba.

El pinche al que le habría tocado batir la clara a punto de nieve dio silenciosamente gracias a santa Bernardina.

En el palacio Corio, la búsqueda de la carta desaparecida se había reanudado después de que la princesa hubiera desahogado parte de la ira contenida con la que

había reaccionado ante la reprimenda que le había dirigido el duque por el hecho de que su sobrino no hubiera acudido a darle la bienvenida. Éste, furioso por una serie de complicadas razones, había respondido a la cólera de su tía recitando en tono ofendido una cita en latín que la princesa no había comprendido, y se había retirado a sus aposentos dando orden de que le mandaran más carne cruda para su ojo, que se le inflamaba por momentos.

El aspecto de su cara y de su ropa, la cual, en un golpe de mala suerte, su tía había acertado a ver cuando se la llevaban a lavar, le dio ocasión a ésta para hacerle otra visita a fin de soltarle una nueva reprimenda. La princesa le dijo todo lo que pensaba acerca de los clérigos que se enzarzaban en reyertas callejeras y no se preocupaban por su ropa o, como había ocurrido en aquel caso, por el nombre de una familia que acababa de sufrir una pérdida. Su incapacidad para comportarse con discreción, agregó, era una de las razones por las que su tío no le había dado el ascenso por el que siempre estaba lloriqueando. Antes de marcharse, añadió que su habitación olía mal.

Mientras su tía recorría la casa cribando las cenizas de todas las chimeneas, dando la vuelta a los cajones de todos los escritorios y propinando de paso un cachete a todo el que se cruzaba en su camino, Torcuato se dedicó a escribirle al *maestro della strade* una carta en que se quejaba airadamente de lo sucia que estaba la calle en que se había caído, juzgando que lo más prudente sería no examinar de nuevo el lugar donde había escondido la carta de su tía, no fuera ésta a presentarse otra vez en la habitación. La carta se hallaba en un lugar completamente seguro.

Cuando el sonido de los cascos de la guardia de Astorre anunció la llegada de éste a Colleverde, los arcos de bienvenida y el mecanismo que tanta desconfianza había infundido a Fortuna estaban siendo desmantelados bajo la supervisión del florentino encargado de organizar el recibimiento. El hecho de que algunos de los actos de aquella tarde no hubieran llegado a celebrarse le había dejado un mal sabor de boca, ya que, aunque iban a pagarle todo lo prometido, se sentía herido en su condición de profesional. Con todo, no apartaba la atención del trabajo que lo ocupaba en aquel momento. La mitad de los problemas que suponía una buena organización residía, como sabía cualquiera que se dedicara a su profesión, en recoger los materiales, desde el vestuario a los mecanismos, pasando por los animales, una vez hubiera acabado el espectáculo. El hombre que había contratado el cardenal ya se había llevado los leopardos, algo de lo que el florentino se alegraba de veras. Su expresión de indiferencia le había recordado mucho a los aristócratas que lo habían empleado con anterioridad. Con los mercaderes de Colleverde sabía exactamente a qué atenerse: hacer su trabajo, causarle una buena impresión al duque y recibir su dinero. La pregunta sobre si el duque había recibido una buena impresión estaba ahora fuera de lugar; por lo que le habían dicho, había estado hablando con alguien durante todo el discurso de la diosa Fortuna y, además, desde el momento en que había entrado en Colleverde había sufrido tal número de distracciones que seguramente ya se habría

olvidado del desfile. Retrospectivamente, la parte del carruaje de Baco (y la impresión, por lo tanto, que hubiera podido causarle al príncipe Livio) no tendría ningún valor, a menos que a la muchacha, y ahora futura duquesa, le hubiese gustado. De todos modos, estaba seguro de que iba a recibir su dinero. Por suerte, los mercaderes de Colleverde tenían la costumbre de intentar causarse impresión los unos a los otros, y habían sido varios los gremios que habían contribuido a la organización del recibimiento.

Cuando llegó a la plaza de la catedral y se acercó al palacio del obispo, Astorre observó un resplandor a la luz del atardecer. Mandó a un mozo a que averiguara de qué se trataba y se quedó esperando delante de la puerta del palacio oliendo la comida que todavía preparaban en tiendas y puestos, lo que le permitió darse cuenta de que tenía hambre. El mozo le dijo que se trataba de un adivino que estaba haciendo juegos malabares con cuchillos, probablemente a fin de conseguir algún cliente entre los pocos paseantes que quedaban en la plaza antes de que apareciera el público nocturno. El mozo le dijo, además, que según los rumores el adivino, que empleaba a un ciego para sacar las cartas, había vaticinado todo lo que había ocurrido durante aquella jornada. De repente, Astorre se ilusionó. No se había sentido tranquilo desde el día en que su padre despediese al astrólogo de palacio que había presagiado precisamente las mismas desgracias que habían sufrido aquel día. Si iba a contraer matrimonio con la señora Minerva, ¿qué mejor regalo podía hacerle que unas profecías halagüeñas sobre la vida que iban a pasar juntos? ¿Qué nube podía ocultar el perpetuo sol que iba a iluminar su unión? Además, su padre se alegraría, porque comprobaría la veracidad de lo que le habían augurado.

—Llevad al adivino y al ciego a palacio.

Su padre era aficionado a todo lo estrafalario. Seguro que el ciego le haría gracia.

---

## ¿Brujería en el palacio?

Antes de retirarse a sus aposentos en compañía de su médico, el duque dio orden de que todo el mundo guardara silencio en el palacio para que pudiera descansar. Por lo tanto, en cuanto el mayordomo del obispo oyó el ruido que estaba produciéndose en la planta baja, se lanzó apresuradamente a localizar al responsable y acallararlo.

El mayordomo no podía imaginar que la vieja bruja que estaba golpeando a uno de sus sirvientes era la misma que le había prestado al duque un servicio de gran importancia aquel mismo día. El sirviente, que había sufrido patadas en las espinillas, tirones de orejas y desgarrones en la librea, sentía tanto miedo como indignación. La había sorprendido toqueteando las colgaduras de brocado y poniendo sus sucias manos precisamente sobre los objetos que adornarían el baldaquino de la silla que iba a ocupar el duque durante el banquete; sin embargo, cuando se acercó a ella con idea de echarla del palacio y cumplir con su deber, lo atenazó el miedo de que fuera una de las manifestaciones del diablo en Colleverde.

Aunque iba ataviada de negro, como todas las ancianas, bajo su torcido sombrero asomaban unos mechones canosos y enmarañados, sus ojos brillaban con fiereza y lo que decía... ¡Lo que decía! Debían de ser hechizos, porque no había manera de entender ni una palabra, lo cual significaba que no podía ser nada bueno, ¿verdad?

—¿De dónde sois, vieja? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

El mayordomo sabía que lo más importante era tranquilizar a los sirvientes. La sala de los banquetes aún no estaba preparada y todo el trabajo que se llevaba a cabo en aquella estancia había quedado detenido. Los sirvientes estaban santiguándose y mirando fijamente a la anciana, preparados, por lo que podía ver, para salir disparados y suspender todos los preparativos con el rumor de que había una bruja en el palacio. La vieja lo miró con cara de pocos amigos, como si estuviera sorda. A juzgar por el sonrosado color de sus mejillas, seguramente resultaría ser una pobre campesina que se había acercado a la ciudad para ver la procesión y las reliquias. Desorientada por el terrible alboroto que había invadido la ciudad durante las últimas horas, habría entrado en el palacio papando moscas y ahora no podía encontrar el camino de salida. Además, era frecuente encontrarse con aldeanos con acentos ininteligibles. Él había oído a un sirviente de Abruzzi que hablaba peor que si fuera español. El mayordomo levantó la voz para que ésta pudiera penetrar en sus oídos y en lo que seguramente sería una mente simple.

—¿De dónde sois, mujer?

Inesperadamente, la vieja soltó una risotada. Debía de estar realmente mal de la

cabeza.

—¡Fontecasta! ¡De ahí vengo!

En un abrir y cerrar de ojos, los sirvientes se convirtieron en una manada de gallinas aterradas por la presencia de un zorro. Profiriendo un sinfín de chillidos y gritos, salieron a escape de la estancia; la última en desaparecer fue una criada, que fue a dar contra la puerta con el cubo que llevaba y soltó varias avemarías antes de echar a correr por el pasillo. El mayordomo, al verse abandonado con la arpía, también barbotó una oración. Aunque aún intentaba convencerse de que se trataba de una vieja campesina chiflada de alguna de las aldeas cercanas a la maldita villa de Fontecasta, decidió que sería mejor asegurarse la protección divina. Ella no parecía haberse dado cuenta del efecto que había producido; casi se diría que estaba acostumbrada a esa clase de reacciones. Se acercó de repente a la ventana que daba al patio, la cual, al estar en la planta baja, en lugar de cristales tenía barras y contraventanas y se puso a mirar por ella como si algo le hubiera llamado la atención. El mayordomo la siguió sin saber si sería prudente ponerle una mano encima. Iba a tener que ocuparse personalmente de echarla del palacio, una tarea degradante pero necesaria si quería tranquilizar a sus subordinados antes de que fuera demasiado tarde para preparar el banquete. Aún faltaba mucho para acabar las guirnaldas, y el baldaquino estaba sin colgar.

—¡Máximo! ¡Máximo! ¡Aquí! —gritó la vieja. Su voz parecía el aullido de una gaviota y hacía daño al oído. El mayordomo apartó las manos, que había extendido para coger a la mujer, y se las llevó a la cabeza. Estaba loca. ¿Por qué no encontraba a un guardia ahora, cuando más lo necesitaba, si siempre le estaban molestando en las habitaciones en las que tenía que trabajar?—. ¡Máximo! ¡Aquí!

Con las manos apretadas sobre los oídos, el mayordomo puso cara de terror. Un rostro horrible, oculto bajo una masa de pelos erizados, cubierto de mugre y provisto de un mentón protuberante, se había asomado entre las barras de la ventana como si sus ojillos enrojecidos buscaran algo en el interior de la habitación.

Tras barbotar rápidamente una sarta de avemarías, el mayordomo vio que el rostro desaparecía y, como si se hubiera despertado de una pesadilla, dejó de rezar y se concentró nuevamente en la tarea de echar a la anciana, bruja o lo que fuera, al patio, donde podría conversar con su pariente todo lo que quisiera. Los sirvientes tenían que regresar de inmediato para acabar las guirnaldas y colgar las cortinas. Apretó los dientes y extendió nuevamente una mano en dirección al hombro de la mujer, pero no encontró nada. La vieja se había recogido las faldas y había echado a andar en dirección a la puerta. El mayordomo dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Ya se había hecho a la idea de recibir unas cuantas patadas en la espinilla mientras no estuviera presente ningún sirviente que pudiera ver cómo perdía la dignidad. La anciana podía moverse, pensó. Si había sido el diablo quien la había llamado, no había tardado ni un segundo en responder.

Cuando se disponía a seguirla con la esperanza de verla desaparecer del palacio y

poder así llamar a sus sirvientes, se abrió de repente la puerta y el aterrador rostro de la ventana volvió a aparecer. Su dueño, un tipo robusto que iba vestido con sucios andrajos, echó a andar a cojas hacia la arpa.

—¡Sibila! ¿Dónde está el señor?

¡El señor! Entonces aquel hombre no era el diablo, claro que no...; todavía había...

Los dos intrusos se pusieron a gesticular y a hablar confusamente haciendo caso omiso del mayordomo. Éste se sentía físicamente en desventaja con respecto a la pareja. Ya había tenido ocasión de ver los estragos que había causado aquella vieja en Mario; el hombre, por su parte, aunque parecía malherido, transmitía una sensación de ferocidad latente.

—¡Máximo!

La siguiente persona que entró por la puerta fue el bobo. El mayordomo se sintió más tranquilo. Al ver el aspecto de Benno todo el mundo pensaba instintivamente que había que apartarlo lo antes posible de donde estuviera y, a ser posible, a patadas. El mayordomo le indicó la puerta con la vara. La pátina de grasa que cubría al bobo le había quitado las ganas de ponerle la mano encima.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Todos! —probó. En ese instante vio, con gran alivio, que entraba el capitán de la guardia del duque. El señor Astorre debía de haber regresado de la frontera. Por fin había llegado la persona que iba a resolver aquella situación. Afortunadamente, el capitán, quizá estimulado, al igual que el mayordomo, por la presencia de Benno, comprendió de inmediato la urgencia de lo que ocurría. Tras volver la cabeza para llamar a los guardias del duque, señaló a la anciana, el hombre robusto y el bobo, que seguían conversando.

Las picas pueden ser muy persuasivas. El mayordomo sonrió al ver que los guardias instaban a los tres intrusos a moverse; sin embargo, ni él, ni mucho menos los guardias, esperaban lo que ocurrió a continuación. La vieja se agazapó por debajo de la pica y, uniendo los puños, le endilgó al portador de ésta un puñetazo de profesional en el estómago que le hizo doblarse de inmediato. La anciana aprovechó la ocasión para coger la pica, ponerla de lado y lanzar de un golpe a otro guardia contra el capitán, quien cayó al suelo a gatas, como si estuviera buscando grietas en el mármol. El demonio llamado Máximo, moviéndose con gran presteza, propinó al capitán una patada en el trasero que lo mandó rodando a los pies del mayordomo. El bobo se había sentado apoyándose en la pared; su pecho subía y bajaba de forma extraña.

—Mmm, mmm. ¿Puedo ayudar en algo?

Se trataba del hombre de Rocca, o de Moscovia, o del más allá; el mismo que había estado investigando la muerte del cardenal y cuyo consejo había requerido el mismísimo duque. Tenía un aspecto desconcertante; por su constitución, se diría que era un soldado; por su cabeza, un sacerdote. Con todo, resultaba tranquilizador. ¡Había llegado la ayuda que el mayordomo necesitaba! Cuando éste se disponía a

explicarle la situación, acertó a ver con el rabillo del ojo un movimiento repentino que le hizo volver la cabeza y mirar al bobo. Horrorizado, vio cómo el pecho de aquella criatura se abría y aparecía en él la cabeza de un perro. ¡Por Dios, otro más! ¡Virgen Santa! ¡No cabía duda! ¡Estaba rodeado de diablos!

El mayordomo cogió al hombre de Rocca por el brazo.

—¡La vieja es de Fontecasta!

—Yo también, y puedo responder por todos ellos. El obispo ha exorcizado el lugar. La anciana ha peleado al lado del duque esta mañana. Su excelencia tiene intención de entregarle una generosa gratificación.

El capitán ya se había levantado y estaba mirando a todas partes en busca de la persona que le había dado la patada. Sibila apartó a Máximo y volvió a unir las manos con intención de dar otro puñetazo. El capitán, sin embargo, ya había visto el primero, por lo que la cogió por los puños, le hizo perder el equilibrio y la arrojó al suelo. Máximo, por su parte, había quedado inmovilizado por un guardia que le había puesto la pica en la garganta. El capitán, poco dispuesto a que una abuelita con malas pulgas lo humillara en presencia de sus hombres, se puso a darles cachetes en la cabeza.

—¡Vieja bruja!

Ella, sin dejarse intimidar, espetó:

—¡Canalla! ¡Dologone! ¡Skatapedo!

El hombre de Rocca se interpuso entre ellos y ayudó a la mujer a levantarse. El capitán dio el último cachete sobre un músculo tan fuerte que le dolió la mano y entonces se acordó de que aquel hombre había tenido una intervención magistral en la pelea contra los hombres del príncipe Livio. Ahora estaba ayudando a la anciana a sacudirse el polvo de la falda y hablándole en una lengua desconocida, una lengua clara, abrupta y al mismo tiempo fluida. Ella se le quedó mirando por un momento, exclamó «¡Orea!» y lo abrazó.

El mayordomo comenzó a tirar de la manga del capitán con insistencia.

—La anciana goza del favor del duque. Será mejor que no le hagamos daño.

El capitán endureció el gesto, ordenó a sus hombres que bajaran las armas y se quedó mirando junto al mayordomo cómo la anciana besaba al sonriente hombre de Rocca en la nariz, las mejillas y la boca y lo cogía de la cabeza apoyando las manos sobre sus orejas. Si el desconocido pertenecía a la autoridad, contaba con el favor del duque y conocía a los tres intrusos, podría ocuparse de ellos. El capitán acababa de regresar de un viaje de ida y vuelta a la frontera escoltando al señor Astorre y se sentía cansado y hambriento. Además, aquella noche estaba de servicio. El mayordomo, por su parte, se había quedado más tranquilo al enterarse de que, al fin y al cabo, todos los presentes eran humanos y oír una vez más que aquella mañana el obispo había exorcizado debidamente la villa de Fontecasta. Ahora tenía que reunir a los sirvientes, recordarles precisamente lo que acababan de decirle y, sobre todo, meterles prisa.

Así pues, Segismundo, Sibila, Benno y Máximo se quedaron solos viendo cómo *Biondello* daba vueltas en torno a ellos como muestra de alegría porque el peligro se hubiera desvanecido. Sibila, que había entrelazado su brazo con el de Segismundo y le había cogido la mano, alzó la vista y siguió hablando con él empleando, en la medida en que los demás pudieron distinguirla, la misma lengua llena de sonidos extraños que acababa de utilizar él con ella en lugar de su habitual jerigonza. Las palabras salían de su boca como si hubieran estado contenidas por un dique durante buena parte de su vida; Segismundo no tuvo más que introducir algún que otro interrogante en el torrente de sonidos, aunque en un momento dado, al oír una de sus respuestas, llegó a arquear las cejas de manera casi imperceptible. Se la llevó entonces a la ventana y la hizo sentarse en un largo banco que allí había; ella siguió hablando sin dejar de gesticular con la mano que tenía libre, dándole palmaditas con la otra, acariciándole la mejilla y sonriendo. Parecía que acabara de reunirse con un hijo al que hubiera perdido tiempo atrás, pensó Benno. Se diría que era un cuento de hadas, si no fuese porque era imposible creer que Segismundo hubiera nacido como cualquier otra persona. Resultaba difícil de imaginar que un hombre como él hubiera sido alguna vez un niño indefenso. Eso sí, la cabeza la habría tenido igual.

Un gruñido cercano lo sacó de su ensimismamiento.

—Estoy hambriento. ¿Tienes algo de comer? —preguntó Máximo. Por su cara se habría dicho que ni una buena comilona le quitaría el hambre.

Benno, atendiendo al brusco ruego, rebuscó en el interior de su camisa y se extrañó de descubrir que apenas tenía nada. Entonces se acordó del baño que se había tomado la pasada noche y de las consecuencias de que Bianca le hubiera quitado la ropa. ¡Cómo se notaba que a aquella muchacha nunca le había faltado nada! Finalmente encontró una cebolla que había cogido en el palacio Corio, y que todavía conservaba la piel marrón del exterior, y un mendrugo de pan que, con las prisas que les había metido Ángelo, era lo único a lo que había logrado echar mano en Fontecasta. Máximo cogió ambos alimentos con tal ansiedad que Benno llegó a pensar por un instante que iba a comerse la cebolla con piel y todo. Lo que hizo, en cambio, fue hurgar en ella con la uña del pulgar mientras mordía el mendrugo de pan seco con la misma violencia que parecía emplear con todo, lo cual, en este caso, era totalmente necesario. De pronto, Máximo dejó de comer y se quedó con la boca abierta sin haberse preocupado antes de limpiarse el pan de entre los dientes.

—¿El señor? —Se volvió hacia Segismundo, quien seguía escuchando a Sibila, y añadió—: ¿No está con él? —Como la respuesta era evidente, dejó caer el pedazo de pan, que *Biondello* engulló antes de que llegara al suelo, y fue corriendo a donde estaba Segismundo—. ¿Dónde está el señor? ¿Está muerto? —Cogió a Segismundo de la mano que tenía libre, aproximó la cara a la suya y, en un tono que tanto podía ser de súplica como de amenaza, preguntó—: ¿Dónde está? ¿Corre peligro?

Segismundo profirió un prolongado murmullo.

—Seguro que corre peligro. Todos lo corremos. Está en la ciudad, Máximo, y en

muy buenas manos.

Máximo escupió varios pedazos de cebolla.

—¡Pero los hombres del duque también están en la ciudad! ¿Y si alguien lo reconoce?

—¿Quién va a creer a una persona que dice haber visto a un hombre que fue devorado por los lobos hace ocho años? Eso sí que sería un milagro digno de santa Bernardina. Con la cantidad de ciegos que hay en la ciudad, muy mala suerte habríamos de tener para que lo cogieran.

Mala suerte, en efecto, fue lo que tuvieron el adivino y el ciego cuando, al otro lado del palacio, los guardias del señor Astorre los condujeron a su cuarto, donde fueron recibidos con gran entusiasmo y habían de esperar a que el duque los llamara.

---

## El mejor regalo que se le puede hacer a un hombre

Todo estaba preparado para el banquete. El duque, que, en contra de los deseos de su médico se había negado a que lo sangraran, se sentía mejor después de la siesta. Su capitán le había informado del éxito que había tenido su misión con el señor Astorre, apenas le molestaba la herida y se sentía animado con el recuerdo de los peligros que había salvado y la idea de los placeres que le quedaban por disfrutar. Encargó a dos pajes que hicieran entrega a su prometida de un cofrecillo forrado de terciopelo azul y decorado con cupidos grabados en marfil en el que había un collar de perlas del que colgaba un corazón de rubí. Minerva se habría quedado encantada con el regalo si se lo hubiera hecho el señor Astorre. Como seguramente se trataba del obsequio que el duque le habría hecho como suegro, no tuvo reparo en decir a sus damas de honor que se lo pusieran al cuello. A continuación envió al duque una nota de agradecimiento escrita en estilo formal y distante, aunque tan bellamente redactada como cabría esperar de una persona de su educación.

Aunque el príncipe Livio no había escatimado dinero para completar el vestuario de la novia, el vestido de brocado plateado que le había prestado Polissena sólo tenía un par de manchas de sangre, por lo que Minerva encargó a las doncellas de palacio que lo limpiaran. Aunque confiaba en que no se tratase de la sangre del príncipe, pensó que en el caso de que lo fuera, la limpieza sería un acto simbólico. Se preguntaba qué habría sentido hacia él si hubieran tenido una relación más estrecha; si él le hubiera hablado de la misma manera que lo había hecho el señor Mirandola; si no se hubiese comportado como el personaje distante y esquivo que había sido; si no le hubiera demostrado el escaso cariño que le había dispensado con aquella violencia que lo caracterizaba. Sus tres damas de honor habían reanudado sus cuchicheos. Aquellas tontitas no habían sufrido una experiencia como la que había vivido ella aquella semana. Minerva sentía lástima por una en concreto, Luisa Montalba, quien, obligada por el príncipe Livio, había tenido que hacerse pasar por ella; probablemente tendría que esperar un cierto tiempo a que se le pasara el miedo a descubrirse la cara.

Minerva, en cambio, no tenía ningún problema con su cara. Mirándose en el espejo de plata, observó el color de sus mejillas y el brillo de sus ojos y pensó que pelear le sentaba bien. Sin embargo, aunque el collar de perlas le quedaba de maravilla, el corazón de rubí le recordaba al balaje que llevaba el duque en el sombrero y al adusto rostro que rodeaban sus canosos rizos. ¿Y si a Segismundo no se le ocurría la manera de impedir que el duque se casara con ella? Frunció el entrecejo, apartó resueltamente esa idea de su mente y ordenó a Luisa que cogiera

parte del pelo que estaba trenzándole y lo peinara en forma de tirabuzón alrededor de sus orejas. Era muy probable que Astorre asistiera al banquete.

Astorre disponía de muy poco tiempo para subir a sus aposentos y quitarse la ropa que se había puesto aquella mañana con la intención de impresionar a su novia. Se trataba de un elegante traje de terciopelo plateado con mangas de brocado dorado sobre seda, aunque con todas las manchas de sangre, sudor y polvo que había acumulado a lo largo del día, Minerva tendría dificultades para distinguirlo. De todas formas, Astorre estaba provisto de una gran cantidad de finos conjuntos para los banquetes y actos a que esperaba asistir. Sus sirvientes habían abierto los arcones y habían sacado una selección de trajes para que él decidiera cuál quería ponerse. También habían pasado el rato discutiendo sobre quién iba a decirle que había perdido a su novia. El escribiente ya estaba ocupado con la tarea de redactar el nuevo certificado matrimonial. Confiaban en que alguien se lo hubiera dicho antes de que llegase a la ciudad, aunque también eran conscientes de que no era muy realista suponer que la gente se hubiera apresurado, al verlo de regreso, a decirle que no iba a casarse.

Por lo que se refería a Colleverde, la boda seguía en pie. Lo único que había cambiado era la lista de invitados. Con suerte, el día de la boda brotaría vino de las fuentes de la plaza de la catedral, un milagro que, según la experiencia que había tenido la mayoría de la gente, los duques podían realizar con más facilidad que los santos. Aunque algunas mujeres habían expresado la lástima que les daba la novia porque no iba a conseguir al joven y atractivo señor, lo cierto era que, tal como habían comentado muchas otras, la muchacha sería duquesa mucho antes de lo que hubiera podido esperar.

¿Quién iba a decírselo al señor Astorre? Había escogido el traje de terciopelo escarlata con bordados de plata en forma de voluta y unas mangas de damasco plateado a juego. Mientras lo ayudaban a ponérselo, todos sus sirvientes pensaron que lo había elegido para que armonizara con cierto vestido de brocado plateado.

La única persona en todo el palacio que no estaba ocupada con los preparativos para el banquete había sido excusada por motivos de salud: el cardenal Petrucci yacía de cuerpo presente en la capilla privada del obispo. El duque había ordenado que al día siguiente se celebrara una misa de réquiem a la que asistirían tanto él como todos los dignatarios de Colleverde. Ahora, ataviado con un traje de terciopelo negro adornado con damasco dorado, se encontraba arrodillado ante el catafalco envuelto por las frías sombras de la capilla. El olor de la piedra húmeda, el resinoso incienso y la cera de las velas estaba encubierto por un hedor leve, aunque repugnante, que el romero y los aceites perfumados parecían acentuar más que ocultar. El duque contempló el pálido rostro, con las oscuras huellas que le habían producido las quemaduras, y las manos, que caritativamente habían sido cubiertas con guantes, cruzadas sobre una capa de seda escarlata con aguas.

¿Qué secretos se había llevado Petrucci a la tumba? Sólo uno era conocido: la

identidad de sus asesinos. Tal vez los estuviera mirando desde algún lugar, colgados de los tobillos en el palacio del obispo. Al duque se le ocurrió que si la herida que había sufrido hubiese sido mortal y el obispo no hubiera espabilado, podría haber muerto como Petrucci, sin absolución. Estaba seguro de que los asesinos lo habían tenido en cuenta al urdir el plan; de ese modo, su venganza perseguiría a Petrucci más allá de este mundo.

—Padre, ¿es cierto lo que me han dicho? —Aunque con tono tenso, la pregunta había sido hecha en voz baja debido al lugar en que se encontraban, detalle que el duque agradeció. Había estado esperando aquel momento. Se santiguó y se puso de pie. Astorre, cuyo traje escarlata y plateado le daba un aire magnífico a la luz de las velas, estaba furioso. Al verlo, el duque pensó cariñosamente que se parecía a su madre, con quien había tenido un buen número de satisfactorias riñas.

—¿Qué te han dicho, hijo?

—Que tenéis intención de casaros con la señora Minerva.

El duque invitó a su hijo a que se acercara al catafalco y señaló al cardenal.

—Si Petrucci estuviera vivo, me habría aconsejado qué debo hacer. He rezado para saber qué camino tomar, y creo que ya tengo la respuesta.

Astorre, tenso como un leopardo en el momento de ver a su presa, tuvo dificultades para dominar su voz.

—¡No conseguiréis llevárosela de mi lado, señor! ¡La amo!

El duque abrió los oscuros ojos ante lo inapropiado del comentario. Luego sonrió, dio unas palmaditas a su hijo sobre la manga de brocado de su traje y dijo:

—Te ha seducido con su valentía, al igual que me ocurrió a mí cuando me enteré de lo ocurrido. Te dará buenos hijos y con ellos podrás defender a Nemora de nuestros enemigos.

Astorre puso una cara graciosa.

—Entonces habéis...

—Quiero que esta noche tenga lugar tu boda con la señora Minerva y su consumación. —Se apartó del catafalco y Astorre lo siguió de cerca—. El médico me ha dicho que piense que no voy a vivir siempre, y mi confesor que debo estar preparado para la muerte en cualquier momento. El hombre de Rocca o, mejor dicho, de Moscovia, me ha dicho que en Montenero, a pesar de que ahora lloran la muerte de un príncipe joven e ilusionado, hay buenos augurios para la juventud. —Grifone esbozó una sonrisa rapaz y miró a su hijo, que lo había cogido de la mano y se había arrodillado para besarla—. Montenero, hijo mío, te aceptará como príncipe de mejor grado que a mí. Sin embargo —prosiguió rápidamente—, aunque estés casado con la señora Minerva, tendrás que luchar por tu herencia. Mañana partirás hacia Montenero en compañía de tu esposa y a la cabeza de la *condotta* que el príncipe Livio quería emplear para acabar con nosotros. He redactado un contrato provisional y voy a enviarlo esta noche para que le den el visto bueno. Tienes que llegar allí antes de que los próceres de ese estado sin gobierno decidan qué van a hacer. Gracias a mis espías,

hace tiempo que sé que el príncipe no gozaba de la lealtad de todas las grandes familias del lugar. Tras la repentina ejecución del señor Eugenio, por ejemplo, su familia se mostrará probablemente desafecta; los Vanozzi, por otro lado, llevan años a mi servicio. Si haces valer los derechos de la señora Minerva, no tendrás demasiados problemas para imponerte. —Levantó a su hijo y lo apretó fuertemente contra sí con un brazo—. Vamos. Hemos de hacer los honores en el banquete del obispo Tadeo. Lo que te hace falta —añadió como si estuviera hablando consigo mismo cuando abandonaron el frío ambiente de la capilla— es un buen consejero, un consejero con experiencia, otro Petrucci, que te ayude a gobernar Montenero.

Los cortesanos se acercaron a ellos y se inclinaron, sorprendidos de que el duque y su hijo siguieran teniendo una magnífica relación. ¿Qué podía haber consolado al señor Astorre de la humillante pérdida de su novia? Uno de los más frívolos aventuró una posibilidad: la considerable fortuna de la princesa Corio, si bien el inevitable añadido de su persona podía resultar desalentador incluso para el hijo del duque.

—Enhorabuena, excelencia —se atrevió a decir uno de ellos. Los demás lo apoyaron con un murmullo de plácemes, amparándose en lo ambiguo del comentario. Las felicitaciones podían referirse tanto al hecho de que escapara de la muerte como a su rumoreada boda.

Los cortesanos no habían podido ayudar a su duque durante la refriega, ya que habían tenido que quedarse en los jardines de palacio a causa del carácter privado de la ceremonia, una maniobra estratégica que el príncipe llevó a cabo con la excusa de que estaba de luto. Aunque habían oído ruidos de pelea, no pudieron entrar hasta que todo hubo acabado y uno de los guardias del cardenal hubo desatracado la puerta.

Sus buenos deseos, sin embargo, recordaron a Astorre que le tenía guardada una sorpresa a su padre. Sus hombres ya debían de haber conducido al adivino al interior del palacio; además, averiguar la suerte que les tenía reservada el futuro inmediato se había convertido en un asunto de vital importancia.

El mayordomo, con su vara de plata en la mano, estaba haciendo en aquel preciso instante una profunda reverencia. No tenía todos los días el honor de anunciarle al duque que su cena estaba lista y decirle cuál iba a ser su destino inmediato. Sin embargo, el señor Astorre había dado una orden urgente a un paje y ahora estaba hablando con su padre, por lo que tendría que esperar. Lo único que esperaba era que la cena se mostrara tan «atenta» como él. La gente importante tenía la mala costumbre de enfadarse cuando un manjar se echaba a perder por culpa de sus propios retrasos.

—¡Excelente! ¿Y dónde está esa pareja de adivinos? —Hacía ya tiempo que el duque había llegado a la conclusión de que había cometido un error al despedir al astrólogo, por muy lúgubre que fuera el individuo, y nunca le había hecho tanta falta conocer la influencia de las estrellas como en aquel momento. Ahora tenía la oportunidad de anexionar Montenero a su ducado y quería saber si el matrimonio que iba a contraer su hijo, aquella unión con sangre hostil, tenía buenos augurios—. Que

los traigan a mi presencia. ¡Quiero que me lea las cartas ahora mismo!

—Tiene un ayudante ciego, señor, que se encarga de sacar las cartas. Dicen que han vaticinado todo lo que ha ocurrido hoy.

—Es una pena que el príncipe no los haya oído.

Todos rieron obedientemente y dejaron paso al paje, que venía acompañado por un joven de cabellos dorados, vestido en tonos amarillos y azules descoloridos y cuyo bello rostro reflejaba una gran cautela. De la mano traía a un hombre alto ataviado con un sobrepelliz viejo y desastrado y un sombrero de paja, que un cortesano indignado se apresuró a quitarle en cuanto llegó a la presencia del duque. En medio de un silencio expectante, el joven hizo una reverencia al tiempo que tiraba al ciego de la mano para que hiciera lo mismo. Cuando se enderezaron, el duque miró fijamente al ciego, avanzó hacia él, lo cogió de los hombros y lo hizo girar para que le diera la luz.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡No me lo puedo creer! —El hermoso e invidente rostro sostuvo la mirada e incluso pareció esbozar una melancólica sonrisa—. ¡Mirandola! —El duque sacudió al hombre con un gesto próximo al cariño—. ¡Así que al final no asististeis al banquete de los lobos! Bueno, da igual, asistiréis al mío. Antes de que me leáis el futuro, yo os leeré a vos el vuestro: tenéis muchas cosas que perder aparte de los ojos. Sí, esta noche vais a cenar por última vez, y vais a hacerlo en mi compañía, Mirandola. Así veréis..., mejor dicho, *oiréis* el castigo que recibe alguien que ha planeado la muerte de Petrucci de la misma manera que vos planeasteis la mía. —El duque se volvió hacia su hijo con gesto animado y volvió a abrazarlo—. Gracias, Astorre, hijo mío, por haberme hecho el mejor regalo que se le puede hacer a un hombre: ¡su enemigo!

---

**«No se le puede molestar»**

Las trompetas anunciaron la llegada del duque al banquete y los invitados se inclinaron para saludarlo. Mientras esperaban habían tenido un sinnúmero de temas con los que mantener la lengua ocupada. Naturalmente, el principal había sido el relacionado con las conjeturas acerca de la boda y la gran curiosidad que había despertado la novia. Aunque los dignatarios no habían tenido nunca tantas razones para cotillear (la refriega de la mañana, la conspiración extranjera para acabar con la vida del duque —estaban acostumbrados a las intestinas—, etcétera), lo que más les interesaba ahora era ver a la novia. Se preguntaban cuál sería su reacción a la repentina muerte de su padre y a la idea de tener que casarse con el responsable de ésta o con su hijo, y comentaban que, tras las muertes de su madre, su padre y su hermano (dos de las cuales, o tal vez las tres, habían sido violentas), sólo cabía concluir que la muchacha había nacido con mala estrella y que traería mala suerte. La opinión generalizada era que el antiguo astrólogo del duque no debía de andar muy desencaminado en sus vaticinios.

La entrada del duque dio a todos los presentes un nuevo motivo para hacer conjeturas. Aunque llevaba de la mano a una novia asombrosamente bella, con la cabeza alta, la piel blanca como lo pedía la moda y unos tirabuzones de oro y plata, el lugar al que la condujo se encontraba entre su silla y la de su hijo Astorre, lo cual dejó a todos sobre ascuas en lo tocante a quién iba a ser el novio. Al otro lado del duque, además, fue conducido un hombre que no sólo estaba ciego, como era evidente por las cicatrices que tenía en las cuencas de los ojos, sino que vestía andrajos sólo dignos de un campesino, lo que resultaba aún más sorprendente. Por si aquello fuera poco, el duque parecía estar encantado con la compañía del aldeano discapacitado, al que había sentado en el lugar que le correspondía al obispo Tadeo. De todos modos, por la expresión de su cara se diría que éste no lamentaba en absoluto haber perdido tal honor. Dos de los miembros de mayor edad de la comitiva del duque habían empezado a murmurar entre sí que aquel campesino ciego guardaba un extraordinario parecido con alguien que había sido borrado del mapa de una manera no muy ortodoxa hacía ya varios años.

Lo más terrible para Benno, que se encontraba en las escaleras viendo entrar a los últimos invitados en la sala, era que su señor había cometido un error. Había sucedido lo peor que podía suceder. Dejar al ciego a la vista de todo el mundo no había funcionado. Al menos, se ahorra el espectáculo que estaba dando el duque Grifone, quien se hallaba sentado a la mesa con la vista puesta en el señor ciego como si

quisiera acariciarlo, tal como lo haría un lobo que no estuviera dispuesto a perderse por segunda vez su comida, mirándolo de arriba abajo con gesto afectuoso como si quisiera asegurarse de que podría arrancarle algo más que los ojos.

En ese momento los comensales dirigieron su atención al pequeño alboroto que se había producido en una de las puertas laterales. El alguacil, que acababa de llegar acompañado de sus ayudantes y un prisionero de mirada enloquecida, trataba de arrancar de una columna unas guirnaldas decorativas de laurel para poder encadenar a ella al prisionero. Los invitados habían empezado a darse cuenta de que si bien los actos que iban a amenizar el banquete habían sido suprimidos por respeto al difunto cardenal y la novia, no por ello iban a dejar de divertirse. Las alegorías que frecuentemente se ponían en escena en ocasiones como ésta tendrían lugar de forma diferente. Mientras que varios invitados perdieron el apetito cuando se anunció que aquel hombre era uno de los conspiradores que había planeado la muerte del cardenal e iba a morir ante sus ojos, otros pensaron que el espectáculo daría más sabor a la comida.

Fuera como fuere, se trataba de un acontecimiento que nadie olvidaría.

Cuando los sirvientes que se habían agolpado en las escaleras para ver entrar a la gente importante en la sala de banquetes volvieron, de mala gana, a sus quehaceres, Benno se quedó solo con su terrible problema. Tenía que avisar a Segismundo cuanto antes que el señor ciego había caído de nuevo en las cariñosas garras del duque, pero no sabía a ciencia cierta dónde se encontraba. «Tengo que ir al palacio Corio. Volveré pronto», era todo lo que le había dicho antes de desaparecer con la desconcertante rapidez que lo caracterizaba. «Volveré pronto. Muy bien. ¿Y el señor ciego, qué? A Ángelo se lo han llevado los hombres del duque y yo no puedo perder de vista ni a Máximo ni a Sibila», pensó Benno. Por lo menos, el mayordomo, advirtiendo la autoridad de Segismundo, había ordenado que alimentaran a sus supuestas «pertenencias». Los había llevado al patio interior, pensando, seguramente, en los estragos que podría causar Sibila en la cocina, donde todo el mundo andaba ocupado sirviendo el banquete. Benno había dejado a los dos sentados en un banco de piedra despedazando un capón asado con la devota ayuda de *Biondello*. Tenía que encontrar a Segismundo, pero no podía dejar solos a Sibila y Máximo por miedo a que desaparecieran. Máximo estaba ansioso por encontrar a Mirandola, pues, aunque confiaba en Segismundo, las únicas «buenas manos» en que quería que estuviera su señor eran las suyas. Poco antes, cuando intentaba obligar a Benno a que le jurara por sus difuntos padres que no sabía dónde se hallaba Mirandola, había estado a punto de estrangularlo. Y le había dicho la verdad, pensó Benno en aquel momento: Ángelo podría estar en cualquier punto de la plaza. Había tenido suerte, por lo tanto, de que Máximo se lo hubiera preguntado entonces y no ahora, por cuanto ahora tendría que ocultarle que las manos en que se encontraba Mirandola eran realmente malas.

Mientras corría al patio para comprobar si Sibila y Máximo seguían allí, Benno dio gracias por que no hubieran estado presentes en el momento en que habían

conducido al señor ciego a la sala de banquetes. A esta oración a la bondadosa santa que lo había salvado de la horca siguió otra para que empezara a pensar seriamente en las personas que se encontraban en peligro de muerte, a lo cual añadió que mandase un mensajero a buscar rápidamente a Segismundo. Éste había llegado al palacio Corio poco después de que la princesa hubiera salido en su litera por segunda vez aquel día, envuelta en negro y chorreando oro, en dirección al banquete en el cual, según lo que le había prometido el duque, los gritos del frustrado asesino de su hermano harían las veces de salsa para la carne que se serviría. El guardia dejó pasar a Segismundo con una reverencia en señal de reconocimiento. Aquel hombre había pasado los últimos días entrando y saliendo del palacio a causa de los asuntos de la princesa, y aunque ahora llegara justo cuando ella acababa de irse, seguía siendo la clase de hombre a quien no debía molestarse con preguntas que probablemente resultarían irrelevantes. Seguramente estaría cumpliendo algún recado para la princesa.

El patio estaba vacío. Las largas sombras de la noche lo atravesaban como si fueran dedos que señalaran la piedra dorada del palacio. El escudo de piedra de los Corio, que representaba a un armiño que tenía serios problemas con una flecha, pareció cernerse sobre Segismundo cuando éste pasó por el umbral de la puerta. Aunque el vestíbulo también estaba vacío, el murmullo indefinido que se oía a lo lejos era señal de que el servicio de la casa estaba cenando, alimentando sus cuerpos con comida y sus mentes con el comentario de los acontecimientos. Las cosas que ocurrían últimamente eran de lo más emocionantes. Si el hecho de que la noche anterior el cardenal hubiera muerto devorado por las llamas bajo aquel mismo techo ya había causado un gran impacto en todo el mundo, la noticia de que el acontecimiento no había sido más que el primer plato de un menú que incluía el intento de asesinato del duque, había dado pie a que en el palacio se tuviera la impresión de que se vivían unos días transcendentales.

Segismundo pudo subir por las escaleras sin ser visto. Miró en torno aguzando el oído, se asomó a varias habitaciones y finalmente vio, en el piso superior, bajo el techo, un dormitorio todavía caliente por el sol de aquel día y un soldado de la guardia del cardenal apoyado sobre una pica delante de una portezuela lateral. Sobre un arcón cercano había una escudilla vacía, lo cual indicaba que había cenado, aunque no muy bien, a juzgar por su expresión. Al ver a Segismundo se puso firme y lo saludó rápidamente. Aquél era el hombre del que había oído hablar. Un par de guardias que habían estado en el palacio del obispo habían hecho comentarios con una mezcla de admiración y respeto acerca de un hombre de cabeza rapada que cortaba cuellos con el hacha como si fueran troncos.

—¿Se encuentra el capitán ahí dentro? ¿Todavía está vivo?

—La princesa ha mandado que lo trajeran aquí, señor. Su médico ha estado sangrándolo; se marchó hace menos de un cuarto de hora. No debe ser molestado, señor. Son órdenes expresas. —Segismundo avanzó con intención de entrar en la

habitación, pero el guardia, con cara de lamentarlo, bajó la pica para cerrarle el paso —. No debe ser molestado, señor. No puede entrar nadie. Son órdenes de la princesa. Pase lo que pase.

Tal vez la princesa no hubiera pensado en lo que iba a pasar, pero lo cierto es que el guardia acabó hecho un pacífico ovillo delante de la puerta. Segismundo cogió la pica antes de que cayera al suelo y la puso fuera de su alcance, tras lo cual pasó por encima de él, abrió la puerta y percibió el hedor que suelen despedir las habitaciones de los enfermos: sudor, orina, hierbas y, sobre todo, el intenso olor de la sangre fresca.

El capitán de la guardia del cardenal estaba tumbado boca arriba en un jergón; tenía los ojos medio cerrados y en blanco, y la cara amarilla y cubierta de cicatrices amoratadas. Estaba desnudo al menos hasta la cintura; el resto estaba tapado con una colcha que le habían echado por encima descuidadamente. Su brazo izquierdo, en el que el médico había buscado una vena para sangrarlo, colgaba de un lado de la cama. Debían de haberle puesto muy mal la venda, pues ésta había acabado cayendo sobre el borde de la sangradera que había en el suelo. Un hilillo irregular corría lentamente desde el brazo hasta la vasija, que ya se había desbordado, formando alrededor un charco rojo que se extendía poco a poco en todas las direcciones. Al capitán lo estaban sangrando para que muriera.

---

## «El duque todavía no sabe que quiere verlo»

A Benno no le gustaba tomar decisiones. Tal vez la ventaja de pasarse la vida siendo un criado de categoría inferior consista, precisamente, en que no hay que tomarlas. Sólo hay que obedecer órdenes. Desde que había empezado a trabajar para Segismundo había recibido órdenes, que había obedecido sin titubeos, aunque no sin antes hacer alguna pregunta, ya que tenía una curiosidad insaciable. Ahora, en cambio, se veía forzado a desobedecer. Su señor le había dicho en una ocasión que cuando tuviera que enfrentarse a dos peligros, lo mejor era que hiciese juegos malabares con ellos para ver cuál pesaba menos.

El aliado que tenía Benno en aquella temible rebelión contra las normas era *Biondello*, que estaba vigilando a Máximo y a Sibila. Lo cogió de las patas traseras y se lo metió en la pechera sin darle tiempo de acabar el trozo de pollo que tenía en la boca. Sibila estaba en aquel momento interesándose por el estado de las quemaduras que Máximo había sufrido en el brazo. Con suerte, pensó Benno mientras se alejaba al trote, ambos se mantendrían ocupados durante un rato. «Espero que Sibila no se rompa el cuello si decide trepar al muro para coger unas siemprevivas del techo para las quemaduras. Yo tengo que encontrar a mi señor».

Segismundo le había dicho que tenía que ir al palacio Corio. Tal vez hubiera allí alguna cosa más escondida aparte las cartas robadas. Benno había cometido el error de preguntarle cuál era el contenido de la carta que había encontrado en el escritorio de Torcuato, ante lo cual Segismundo le había recordado que no le gustaba dar respuestas. Mientras trotaba rápidamente entre las personas que paseaban por la plaza y oía el sonido de unos tragos provenientes de su pechera, se preguntó si su señor estaría tranquilo y dispuesto a responder a sus preguntas o si, por el contrario, reaccionaría poniendo cara de «no voy a abrir la boca, así que tendrás que adivinarlo». La noticia que iba a comunicarle no era exactamente tranquilizadora, pensó.

El guardia del palacio Corio, reconociendo al inconfundible bobo y seguidor del hombre de la cabeza rapada, se dignó a decirle que su señor estaba en el palacio y luego apartó la vista como si pensara que ya había castigado bastante a sus ojos por aquel día.

Una vez dentro, Benno se alegró de encontrar el lugar vacío y sólo se detuvo a pensar por un melancólico momento en el ruido que venía de la cocina. Entonces se inclinó y dejó a *Biondello* en el suelo.

—Venga, busca. Busca.

*Biondello* lo miró con una expresión que Benno esperó que fuese de inteligencia, y se puso a olisquear el lugar con el hocico pegado al suelo. De pronto, levantó su única oreja. Echó a correr por el vestíbulo, atravesó un arco y empezó a subir torpemente por las torcidas escaleras. Benno, encantado de que el chucho no se hubiera encaminado directamente hacia la cocina, lo siguió.

Cuando al llegar al dormitorio vio que *Biondello* estaba olisqueando con interés a un hombre de gran tamaño ataviado con la librea de la guardia del cardenal y tumbado como si tras apoyar la pica en la pared se hubiera tirado al suelo para echarse una siesta, supo que su señor no podía estar muy lejos. Segismundo tenía muy buena mano con los insomnes, sobre todo cuando la descargaba sobre la nuca.

—Mm..., mm..., mmm... Benno, ¿no te he dicho que vigilaras a Máximo?

Benno tuvo dificultades para cerrar la boca y articular palabra; lo primero que había pensado era que Segismundo había asesinado al hombre que estaba tumbado en aquel cuarto maloliente. Luego, apenas hubo visto que estaba terminando de ponerle una venda en el brazo, tuvo que abalanzarse sobre *Biondello* para impedir que investigara el contenido de la vasija que había en el suelo.

—Os traigo noticias.

—Busca algo de vino. O coñac.

Benno rebuscó entre sus ropas y sacó una botellita que había cogido en el palacio del obispo al ver que nadie la vigilaba con la atención necesaria. Al fin y al cabo, santa Bernardina lo había perdonado dando por supuesta su condición de ladrón penitente. No estaría bien contradecirla. Segismundo cogió la botella y la acercó a los labios del enfermo, a quien había apoyado sobre uno de sus hombros; cuando el hombre despertó y empezó a toser, se volvió hacia Benno y lo miró con sus oscuros ojos.

—¿Qué noticias son ésas? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

—Han cogido al señor ciego. He visto cómo el duque lo toqueteaba como si quisiera saber exactamente cuánto daño podría hacerle. Lo ha sentado a su lado en la mesa del banquete.

—¿Y Ángelo?

—He oído decir que alguien va a echar la buenaventura después de la cena. Puede que sea él el encargado de hacerlo, porque también lo han cogido... Pensaba que recurriría a sus cuchillos antes de permitir que cogieran al señor ciego.

—¿Has intentado salir huyendo de alguna parte llevando a un ciego de la mano? —Segismundo no parecía haberse tomado muy en serio el comentario de Benno. Seguía sosteniendo al enfermo sobre su hombro y ayudándolo cuidadosamente a beber de la botella—. Por lo menos Ángelo sigue con vida. Tenemos que darnos prisa si no queremos que Giacomo la pierda. No creo que sea posible conseguir que aplacen su ejecución por más tiempo.

—Oh, lo han dejado para cuando acabe la cena con la excusa de que hay que tener consideración por la digestión de las damas. Los criados deben de estar

contentos, porque lo han atado a una columna que está precisamente en el pasillo por el que todos tienen que pasar... Con eso de que él no está muerto y los demás pronto lo estarán, el duque está de un humor estupendo y se comporta con una gran amabilidad. —En aquel momento el enfermo volvió a toser y escupió algo de coñac sobre la mano que sostenía la botella, tras lo cual profirió una retahíla de palabras ininteligibles—. Así que ahora os dedicáis a la medicina, ¿eh? ¿No es éste el hombre con el que os habéis peleado antes?

—En efecto. Es el capitán de la guardia del cardenal.

Al oír aquellas palabras, el hombre pareció reanimarse, abrió completamente los ojos, que a Benno le hicieron pensar en un plato de aceitunas negras decorado con rayas rosas, y volvió la cabeza para mirar a Segismundo. El capitán de la guardia del cardenal... Tal vez se hubiese equivocado, pensó Benno, y no fuera cierto que su señor había atravesado a aquel hombre con la espada, aunque como todo había ocurrido tan deprisa, cualquiera sabía qué había pasado exactamente. Entonces se le ocurrió que quizá su señor hubiera cometido otro error y no fuese conveniente que siguiera haciendo preguntas; quizá había regresado al palacio para ver si el error había sido fatal.

—¡Vos! —Aunque el capitán daba claras muestras de incredulidad, lo cierto era que estaba reanimándose. Segismundo le ayudó a poner los pies en el suelo. Tenía las calzas rotas y manchadas de sangre. Benno sacudió la cabeza; nadie parecía haber prestado mucha atención al capitán después de la pelea, ni siquiera sus hombres. El médico había estado atendiéndolo, como se podía ver por la vasija que había en el suelo, aunque se diría que le había sacado más sangre de la que habría cabido esperar. Se le había ido un poco la mano con la lanceta.

Inclinó la cabeza y Segismundo lo animó con uno de sus murmullos quedas.

—Benno. Necesitamos unos cuantos sirvientes y una litera. La princesa debe de tener hombres que se encarguen de ello.

Benno, que había echado a andar con suma naturalidad, se paró al llegar a la puerta y, cogiendo el picaporte, se volvió.

—¿Y qué digo? ¿Adónde vamos?

—Di que el duque quiere ver al capitán. Inmediatamente.

Al oír el tono en que había respondido su señor, Benno saltó por encima del guardia tumbado y echó a correr por el pasillo seguido de *Biondello*. ¿Qué interés podía tener el duque en un hombre herido y medio desnudo, cubierto de cicatrices y vendas y más feo que Picio, para que estuviera dispuesto a interrumpir el banquete por él? Benno no alcanzaba a comprenderlo, aunque era consciente de que el duque tenía un concepto bastante singular de la diversión. El hombre no se encontraba en buen estado; por la clase de tos que tenía, era probable que se pusiese a vomitar en cualquier momento. ¿Y cómo pensaba Segismundo salvar al señor ciego? Tal vez él no se hubiera expresado con suficiente claridad: en cuanto acabara el banquete Mirandola iba a sufrir un verdadero calvario.

Cuando la litera entró en la plaza y la gente, al ver los colores de la princesa, empezó a hacerse a un lado para dejarle paso, Benno se atrevió por fin a hacerle la pregunta a su señor.

—¿Por qué el duque quiere ver al capitán?

—Mmm, mmm... El duque todavía no sabe que quiere verlo.

---

## La emperatriz

Si Benno tenía un pequeño lío en la cabeza, Minerva tenía un verdadero caos. Astorre no había tardado mucho en decirle que sería él y no su padre quien iba a casarse con ella después de todo. Se lo había comunicado con gran delicadeza, dándole a entender que el duque había respondido de forma natural a su belleza y valentía, sin pararse a pensar en las consecuencias, tal como lo haría cualquier hombre. Sin embargo, debido a razones de carácter dinástico (que para Minerva se traducían en que se consideraba más juicioso que tuviera hijos con un joven a que los tuviera con un gobernante que ya tenía un pie en la tumba), el duque había dispuesto que se llevara a cabo el plan original.

Los ojos de Astorre no fueron tan discretos como sus palabras. Aunque no se dedicó a devorarla con la mirada indecorosamente, con el ardor de su expresión le dio a entender que no tenía necesidad de fijarse en nada excepto en su cara. Con aquello, le dijeron sus ojos, le bastaba para vivir. Minerva se dio cuenta de que se había sonrojado y se apresuró a inclinar la cabeza para beber de su copa dorada. El criado acababa de llenársela con un vino que olía a flores y parecía oro líquido. Apretó la mano en torno a los querubines que adornaban la copa para que le dejara de temblar y bebió. ¿Habría oído mal? No era posible que Astorre le hubiera dicho que iban a casarse esa misma noche.

—Su excelencia cree que lo más prudente será que vaya a Montenero antes de que alguien intente poner en duda vuestro derecho a la herencia. —Astorre se interrumpió para no decir lo que los dos tenían en la cabeza: «Como vuestro padre mató a su hijo, su heredero y vuestro hermano, antes de que mi padre matara al vuestro...». «¿Qué pensaré de mí? —pensó Minerva—. Al fin y al cabo, no he vengado la muerte del príncipe Livio ni me he negado a casarme con él, que es el hijo del responsable de su muerte. ¿Debo ser condenada por ello? Debería coger este cuchillo por su puño de oro y perlas e incrustárselo en su pecho de terciopelo... Supongo que lo haría si pensara que el príncipe Livio era mi padre».

Allí estaba el hombre que creía que era su padre, al lado del duque Grifone, que estaba dándole de comer los mejores trozos que había en su plato con el mismo cuidado y afecto que muestran los dueños de un animal antes de sacrificarlo. El caos de sentimientos que la embargaba parecía haber paralizado su capacidad de discernimiento. Cuando Grifone la había saludado antes del banquete (en su calidad de invitada de honor y, según creía ella entonces, de futura esposa), al ver al señor Mirandola a su lado, a Minerva se le habían puesto los pelos de punta y había tenido

la sensación de que el corazón se le detenía y se le aceleraba a continuación. Siempre había sido consciente del peligro que entrañaba el que el señor Mirandola fuera apresado por Petrucci, su enemigo mortal. Seguramente los hombres de Grifone habían hecho una incursión en Fontecasta después de que ella abandonase la villa y lo habían capturado. ¿Cómo habría averiguado el duque que se encontraba allí? Además, no cabía pensar que ése lo hubiera invitado a cenar para pedirle perdón por lo ocurrido en el pasado, así que, ¿por qué estaba ahora en el palacio?

La llegada del alguacil con el prisionero y el rumor de comentarios a que dio lugar el encadenamiento de Giacomo a la columna que había a apenas tres metros de distancia de donde ella se encontraba le permitieron formarse una idea de la suerte que le aguardaba a Mirandola. Se estremeció. Estaba destemplada. Astorre se inclinó para hablar con su padre, no sin antes pedirle permiso a ella (pues estaba sentada entre los dos) y ofrecerle un embriagador primer plano de sus bronceadas mejillas y sus largas pestañas. Olía a ropa limpia, a la lavanda y el sándalo con que aquella había estado guardada; su pelo desprendía una fragancia como a campo abierto. Minerva se sentía confusa.

—Excelencia, permitidme que os pida que consideréis el efecto que pueden tener en el apetito de las damas gritos tan groseros.

El duque se volvió hacia él y mostró una cara que, con sus profundas arrugas y sombríos ojos, más bien parecía una versión amenazadora de la de su hijo. Minerva se sentía atrapada entre los dos, pese a que el duque, que tenía una mano sobre Mirandola y la otra sobre el mantel, estaba de buen humor.

—¡Cierto! Que ese villano espere. Morirá más tarde. ¿Por qué habríamos de darle gusto? Veremos correr su sangre durante los postres. Tu deseo queda concedido, hijo mío. —Entonces se volvió de nuevo hacia Mirandola y, tras coger la jarra dorada que sostenía su criado, le sirvió él mismo una copa y se la puso entre los dedos mientras el ciego esbozaba su secreta e irónica sonrisa en su mundo de sombras. Minerva sintió el corazón pletórico de amor por él, por su valentía, por su tranquilidad... ¿Le concedería el duque un deseo también a ella si se arrojaba de rodillas a sus pies? Pero, ¿qué le pediría? ¿«Soltad a mi padre»? Si le dijera aquello, su boda ya no tendría sentido, acusaría públicamente a su madre y sería ejecutada junto con Mirandola.

¿Debía hacer *aquello*?

A pesar de que el príncipe Livio había sido un hombre violento y cruel que había planeado secretamente matarlos a los dos, podían perdonarle que fuera su padre. Al fin y al cabo le había dejado un principado en herencia. Sin embargo, jamás le perdonarían que tuviera un padre que, además de ser un traidor, no tenía ningún Montenero que dar como regalo de despedida.

Ni siquiera estaba prestando atención al banquete. Los platos iban y venían y ella probaba un poco de todos tal como le habían enseñado. Estaba bebiendo más vino del que su madre le habría permitido, porque, aunque no acabara con su inquietud, al

menos la atenuaba. ¿Dónde estaba Segismundo?

Se volvió hacia Astorre con cara de prestar atención a lo que le decía, pese a que le resultaba imposible concentrarse lo suficiente como para averiguar de qué hablaba. De todos modos, él no parecía esperar más de ella que aquel gesto de interés. Quizá también estuviese pensando en los extraordinarios sucesos que habían ocurrido aquel día. ¿Sabría, sin embargo, que la razón que la había llevado a arrojar al suelo al príncipe Livio era que ya no era su padre y que se había convertido en una pesadilla para ella? Astorre estaba dirigiéndole ahora unos cumplidos sumamente halagadores, que le parecieron mucho más explícitos cuando lo miró a los ojos. Su mirada era tan intensa, que, pese a la confusión que la embargaba, recordó de inmediato que la boda se había adelantado e iba a celebrarse esa misma noche. Entonces se fijó en el pobre desgraciado que, medio desnudo, intentaba aflojar las cadenas que le sujetaban los brazos a la columna al tiempo que se golpeaba la cabeza contra el mármol. El duque, aunque se fijaba en él de vez en cuando, estaba totalmente concentrado en Mirandola; con gran satisfacción, había descubierto que cada vez que le daba unas palmaditas en la mejilla su invitado no podía evitar dar un respingo.

Astorre le había asegurado a Minerva que intercedería por Mirandola, pues todavía le guardaba cariño. Sin embargo, su padre ya le había dicho que los gobernantes no podían permitirse el lujo de perdonar a nadie, y que para hacer justicia no sólo había que aplicarla en público sino de un modo que nadie fuera a olvidar jamás. Aunque no creía habérselo dicho, Minerva pensó, y al hacerlo se le encogió el corazón, que el que le arrancaran a uno los ojos ya era castigo suficiente y que seguramente Dios ya se habría apiadado... Dejó que le llenaran de nuevo la copa. ¿Dónde estaba Segismundo?

El banquete ya casi había terminado. Él seguía sin aparecer. Recogieron la vajilla y quitaron el mantel. El duque Grifone levantó entonces una mano para indicar a los criados que no quitaran las mesas de caballetes y exclamó:

—¿Dónde está el adivino?

Los comensales bajaron la voz, buscaron al cómico con la mirada y entonces se levantaron con cara de animación. Uno de los hombres de Astorre lo había hecho entrar en la sala de un empujón. Se trataba de un hombre delgado vestido con un abigarrado traje azul y amarillo. Su dorada melena le tapaba la cara casi por completo. Cuando se la apartó, las mujeres, al menos, cambiaron el tono de voz. Y es que sus facciones, la proporción exacta entre las cejas, los ojos y la curva de la boca, constituían el epítome de la belleza. Avistó al duque y echó a andar por la sala como si no estuviera bajo vigilancia; cuando llegó a su mesa, los comensales guardaron silencio para poder oír qué iba a pasar.

—Decidnos cuál es el destino de vuestro compañero aquí presente —dijo Grifone—. Yo ya lo sé, pero quiero oír vuestra versión.

—Yo no tengo versiones, excelencia —contestó el joven—. Sólo digo lo que nos reserva la Fortuna.

Minerva aguzó los ojos: el joven había sacado un saquito de seda y estaba abriéndolo. ¿Cómo era posible que aquel curioso personaje fuera el compañero del señor Mirandola? Tenía acento extranjero, la ropa que llevaba estaba raída y sus facciones eran exquisitas. Parecía un ángel de la guarda disfrazado. Ángelo barajó las cartas, las extendió delante de Mirandola y dijo:

—Tenéis las cartas delante. Coged una.

Mirandola alargó un brazo y encontró el lugar en que se encontraban las cartas. Su mano vaciló por un momento y luego descendió como si alguien tirara de ella. Cogió una carta y le dio la vuelta. Minerva se fijó en que incluso la princesa Corio estiraba el cuello para ver mejor. La carta era una mujer sentada en un trono; alrededor tenía unos símbolos que Minerva no alcanzó a ver.

Ángelo levantó sus ojos grises, miró al duque y dijo lacónicamente:

—La Emperatriz. Significa buena suerte.

El duque se echó hacia atrás.

—¡Buena suerte! —dijo—. Volved a mirar, adivino, os lo aconsejo.

Ángelo se encogió de hombros.

—Sólo puedo decir lo que muestran las cartas. ¿Vuelvo a barajar para que coja otra? —Por su tono, se habría dicho que pensaba que era inútil, que volvería a salir «buena suerte». El duque lo miró por un instante acariciándose el mentón con un pulgar; entonces se inclinó bruscamente y le dijo:

—Ya veréis como sale el Rey de los Infiernos. Satán no tardará en ascender a un traidor de tanta fama como vuestro compañero.

El adivino cogió rápidamente las cartas, las tapó con la tela de seda y volvió a mirar al duque.

—El tarot ha de ser honrado con oro o plata cada vez que se lo consulta, Excelencia.

—¡Oro y plata! ¡Oro y plata...! —exclamó el duque—. Pues bien, se os pagará. ¡Lo verteremos fundido en vuestra boca! Atadlo allí arriba. Que haya simetría. Habéis protegido a mi enemigo y vuestro destino es fácil de adivinar.

El alguacil, encantado, fue corriendo a la columna de la derecha y supervisó su limpieza y el encadenamiento de las manos de Ángelo. Las mesas fueron retiradas y la cítara, el laúd, el rabel y el cromorno de la pequeña orquesta del obispo comenzaron de nuevo a sonar. El alguacil, claramente enardecido por la función que estaba desempeñando, se apresuró a ordenarles que tocaran la música que el duque había pedido especialmente para la ocasión. La princesa Corio, que prácticamente no había comido ni había pronunciado palabra en respuesta a las atenciones que Astorre le había dispensado durante el banquete, se inclinó dejando que el velo negro de su tocado envolviera su blanca cara como si fuera un nubarrón. Aquél era el momento que había estado esperando. Aunque se había perdido las muertes de los verdaderos asesinos, ahora iba a presenciar la ejecución de un hombre que había urdido un plan para matar a su hermano. Al considerar los sentimientos de las damas y aplazar la

ejecución, el duque no había hecho más que ofenderla.

El verdugo del alguacil avanzó hacia las columnas, soltó la correa de su látigo como si fuera una serpiente de gran tamaño que se deslizara siseando por el suelo y la hizo restallar produciendo un chasquido preliminar que hizo que buena parte de los comensales, incluida Minerva, diera un respingo. Al ver la ondulante tralla una mujer no pudo evitar soltar un gritito tan espontáneo como la repentina palmada que dio la princesa. Había otras personas en la sala (eclesiásticos subordinados al obispo, cortesanos del duque y su hijo y dignatarios de Colleverde acompañados de sus esposas) que contemplaban el espectáculo sin dar grandes muestras de entusiasmo, pero que estaban dispuestas a fingirlo si fuera necesario para complacer al duque.

Cuando apenas el tercer latigazo hubo manchado de sangre los juncos que cubrían el suelo, la cortina que había en el extremo opuesto de la sala se abrió y una extraña procesión entró en ésta, precedida, de espaldas, por un quejoso mayordomo. A continuación aparecieron varios sirvientes vestidos con la librea de tonos grises claros y oscuros de la princesa acarreando una litera. En ella yacía un hombre ataviado con los colores del cardenal que tenía los ojos cerrados y la cara pálida como la cera y cubierta de cicatrices. A su lado, andando al mismo ritmo que la litera, alto y serio, vestido como siempre de negro, iba Segismundo.

---

## Una petición de mano

El duque Grifone había sobrevivido en su puesto gracias a la rapidez de sus reacciones. Levantó una mano para detener la ejecución a fin de oír mejor y, dejando a Giacomo desplomado sobre la columna, exclamó:

—Que se acerque.

Al oír aquellas palabras, el mayordomo se retiró y el alguacil tuvo que renunciar a su deseo de abalanzarse sobre los recién llegados. Segismundo acompañó a la litera hasta el estrado. Curiosamente, Minerva y la princesa habían hecho el mismo gesto al ver la procesión: ambas habían juntado las manos y se las habían llevado a la boca. Cabría suponer, por tanto, que las dos tuvieran los mismos sentimientos, los cuales, en el caso de Minerva, eran tanto de alegría como de sorpresa.

Segismundo ordenó a los sirvientes que dejaran la litera en posición longitudinal con respecto al estrado de manera que el duque Grifone pudiera ver al hombre que yacía en su interior; él, mientras tanto, se hizo a un lado y se inclinó en una profunda reverencia. El duque, ante el inexplicable hecho de que le trajeran a un moribundo de postre, se olvidó de Mirandola e, inclinándose, preguntó:

—¿Quién es este hombre? ¿Por qué lo habéis traído? —El duque estaba empezando a creer que el hombre de Rocca, con quien ya había contraído una gran deuda, tenía tantas sorpresas por revelar como un conspirador. ¿Le habría traído a otro asesino frustrado del leal Petrucci? Por el color de su semblante no parecía que aquel hombre fuera a vivir el tiempo necesario para que lo castigarán.

—Excelencia, este hombre es el capitán de la guardia de su difunta eminencia. Tiene algo que confesaros.

Astorre notó a su lado un repentino revuelo de seda. La princesa se disponía a hablar.

—Este hombre tiene fiebre. No deberían haberlo traído. No está en condiciones de...

—Silencio. —El duque acababa de hacerle el segundo desaire a una mujer que consideraba demasiado aficionada a entrometerse en sus asuntos—. Dejad que hable si puede. Lo escucharemos.

En la sala no se oía ningún ruido excepto el chisporroteo de las antorchas. El hombre se esforzó por hablar. Segismundo se arrodilló para ayudarlo a incorporarse apoyándolo sobre su fuerte brazo. Las palabras salieron de su boca como si no consiguiera reunir la energía necesaria para articularlas.

—Su eminencia... me dio órdenes... de ayudar al príncipe Livio.

—¡Al príncipe Livio! —El duque se había puesto en pie, había bajado del estrado y se había inclinado sobre el hombre—. ¿Petrucci os dijo que lo ayudarais a luchar contra mí?

Detrás de él se encontraba la princesa, de pie, con la cara blanca y los ojos desorbitados, la encarnación del escándalo y la rabia. Benno, que se las había apañado para formar parte de la procesión ocupándose de llevar la capa de Segismundo y siguiendo a la litera de cerca, se preguntó si la princesa se arrojaría sobre el capitán y lo estrangularía con sus propias manos. A la vista del estado en que éste se encontraba y del enorme anillo que ella llevaba (con el que bien podría atravesarle la yugular), el capitán no tendría muchas oportunidades de volver a difamar a su querido hermano. El duque ya lo tenía en sus manos y estaba intentando arrancarle más palabras.

—¿Petrucci? ¿Conspiró con Livio contra mí? ¿Lo juráis por vuestra esperanza de salvación? —El duque miró alrededor, vio al obispo, retrocedió hasta el estrado, cogió la cruz pectoral de amatista y oro que el clérigo llevaba colgada de una cadena y tiró arrastrando con ella a su portador, hasta llegar al hombre de la litera. Si Segismundo no hubiera tenido una mano libre con la que ayudarlo, el obispo habría tropezado en el escalón—. Jurad.

El obispo se vio obligado a inclinarse sobre el capitán cuanto éste se encontró con la cruz sobre los labios. La preocupación eclesiástica que reflejaba su cara y la capa de damasco púrpura que llevaba parecieron dar un soplo de vida al militar. Las palabras que pronunció a continuación sonaron más claras.

—Por la esperanza que tengo en la salvación eterna, juro que lo que he dicho es cierto.

Un aullido sirvió de colofón al testimonio. La princesa echó a andar, abandonó apresuradamente el estrado y, apartando al obispo para hincarle al capitán el dedo repetidas veces en el costado, exclamó:

—¡Mentiroso! ¡Perjuro! ¡Mi hermano jamás fue un traidor! ¡Jamás! ¡Matadlo por sus mentiras!

Por toda respuesta, y sin siquiera mirarla, el duque lanzó el brazo hacia atrás, golpeándola en el abdomen y haciéndole perder el equilibrio. Benno pensó que se iba a caer, pero Astorre se lanzó hacia adelante en el momento en que la princesa daba con el talón contra el escalón del estrado y la ayudó a sentarse en una silla. Allí se quedó, con la mirada fija en el capitán, como si, a pesar de la distancia que los separaba, pudiera abrasarlo y matarlo con los ojos.

El obispo, una vez que hubo dejado su cruz en manos del duque, tomó sorprendentemente la decisión de intervenir. Mientras le hablaba en voz baja al duque, requirió la presencia del capellán, que se encontraba entre los expectantes comensales, levantando la mirada y haciéndole una señal con el dedo, y a continuación indicó a los portadores de la litera que fueran a la habitación contigua, la sala de audiencias. Mientras el capellán se marchaba en busca de la estola y lo

santos óleos del obispo, éste siguió a la litera con aire solemne. Benno se preguntó por qué el duque no le habría ordenado que dejara al traidor sin absolución.

El duque regresó lentamente a su sillón, que se encontraba bajo el baldaquino de brocado negro adornado con dos grifos de plata, se sentó y miró a Segismundo fijamente con gesto casi acusador. La sala se había llenado de los irreprimibles susurros que producían al cuchichear los asombrados invitados. ¿Era el gran cardenal, el leal consejero, el amigo asesinado del duque, cuya muerte estaba siendo vengada sin ninguna muestra de piedad, un traidor? ¿Había estado confabulado con el príncipe Livio, quien ese mismo día había intentado matar a su duque y arrebatárle su poder? Aquello era difícil de aceptar; lo cambiaba todo; arrojaba una nueva y reveladora luz sobre el conjunto de acontecimientos que habían tenido lugar hasta ese momento. No era de extrañar que la enlutada princesa se hubiera quedado inmóvil, destrozada, incrédula ante la traición de su hermano.

—¿Cómo habéis averiguado esto? —El tono de voz del duque era medido, tranquilo, el propio de un soberano que tiene derecho a saber. Segismundo, por su parte, se mostró respetuoso pero confiado, como un hombre que está en posesión de la verdad pero no busca alabanzas.

—Lo he visto esta mañana arremeter deliberadamente contra uno de los hombres de vuestra excelencia antes de atacarlo yo.

—Pero yo he visto con mis propios ojos cómo sus hombres atacaban a los de Livio.

—Lo han hecho después de que vos matarais al príncipe, excelencia. Sólo un estúpido pelea por un hombre muerto. —El murmullo de desaprobación de Segismundo provocó una risilla liberadora de tensión entre los comensales, la cual, sin embargo, no tardó en desaparecer cuando se vio que el duque mantenía su expresión de severidad.

—Y sólo un estúpido le obedece. ¿Por qué ha seguido el capitán obedeciendo sus órdenes? Petrucci murió anoche.

La lógica del comentario pareció quedar refrendada por la sorda exclamación que profirió la princesa. El ciego harapiento seguía a la derecha del duque, escuchando con sosegada atención.

Segismundo inclinó la cabeza para mostrar su acuerdo con el razonamiento del duque.

—Su eminencia murió, excelencia, pero sus órdenes han seguido cumpliéndose. —Segismundo guardó silencio. El duque giró en su silla para seguir la dirección de sus oscuros ojos—. El capitán me ha informado que la princesa Corio le ha dicho esta mañana que había que seguir adelante con todo tal como su hermano lo había planeado, y que el príncipe Livio y ella misma lo recompensarían cumplidamente por sus servicios.

La princesa había vuelto a ponerse de pie. Estaba retorciéndose la falda con las manos y, más que hablar, parecía escupir.

—¡Mentira! ¡Mentira! Excelencia, este hombre es un desconocido, un enviado de Rocca. Es *él* quien ha estado conspirando contra vos. Vuestra excelencia sabe que mi hermano os hizo un gran servicio. Este villano está tratando de conseguir que deis la espalda a aquellas personas que os son leales. ¿Por qué habrías de creerle?

—¿Por qué habría de creerlos? —El duque transmitió la pregunta a Segismundo sin inmutarse.

—Por esto, excelencia. —Segismundo sacó de su jubón de cuero negro un rollo de pergamino aplastado que Benno, que seguía atento a todo, reconoció enseguida—. ¿Os importaría leerlo, excelencia? —preguntó al tiempo que avanzaba, ponía la carta fuera del alcance de la princesa, quien se había abalanzado sobre él a la desesperada, y la depositaba en la mano abierta del duque—. En esta carta encontraréis una petición de mano dirigida a la princesa.

El duque desenrolló el pergamino y lo leyó.

—¡Está firmado por el príncipe Livio!

—Vuestra excelencia comprenderá... —Segismundo cogió hábilmente a la princesa por las muñecas en el momento en que ésta intentaba arrebatarle la carta al duque de las manos—... Vuestra excelencia comprenderá ahora por qué la princesa tenía interés en que se siguieran cumpliendo las órdenes de su hermano. Si la conspiración hubiera tenido éxito, la princesa de Montenero habría pasado a ser la duquesa de Nemora.

Nada detuvo esta vez el rumor que se levantó en la sala. La princesa nunca había sido una figura muy popular en Colleverde y el hecho de ver cómo sus ambiciones se iban al traste en el preciso instante en que se revelaba la verdadera audacia de éstas no podía producir más que una intensa satisfacción. Se revolvió como una serpiente entre las manos de Segismundo y cuando se disponía a agacharse para clavar sus dientes en ellas, él la soltó inesperadamente y se apartó. Benno se preguntaría más tarde si su señor había adivinado lo que se proponía y la había soltado a propósito.

El duque ya había indicado a sus guardias que se acercaran, pero la princesa aprovechó la oportunidad que le quedaba antes de que pudieran cogerla. A Benno le pareció que repetía la acción que no había podido completar hacía un segundo, con la diferencia de que esta vez era su propia mano lo que buscaba. Sólo cuando la princesa echó hacia atrás la cabeza advirtió Benno que lo que había mordido no era su mano sino su anillo. Ya había oído hablar de anillos provistos de un depósito oculto lleno de veneno; ahora ya no le quedaba ninguna duda sobre su existencia. La princesa se llevó una mano a la garganta y luego al corazón, como si estuviera siguiendo el recorrido del tósigo, mientras sus ojos observaban algún terrible paisaje localizado en su mente en lugar del sitio en que se encontraba. Benno tuvo tiempo para pensar lo espantoso que era que muriera como su hermano, sin recibir la absolución. Se reuniría con él en el infierno, algo que sin duda complacería al duque. La princesa tuvo una convulsión y, más que caer, se derrumbó como si fuera una marioneta cuyos hilos hubieran sido cortados, formando un ovillo de seda negra a los

pies del duque.

---

## Momento de alegrarse

Todos los presentes parecieron proferir un único sonido cuando la princesa se desplomó. Aunque tal vez hubiese quien no tuviera muy claro qué había ocurrido, nadie que la viese podía dudar que estuviera muerta. De pronto la sala se convirtió en un babel de gritos y alaridos que sólo la mano alzada del duque logró, aunque lentamente, acallar. Benno se llevó la capa de Segismundo a la boca como si quisiera protegerse de todo lo que estaba presenciando; entonces, al ver que el duque sonreía, la agarró con más fuerza todavía en señal de alarma.

—Por la boca muere el pez. —Al duque le hacía gracia lo apropiado que resultaba el refrán en esa situación—. ¿Quién puede dudar ahora de su culpabilidad? Que se reúna con el príncipe Livio en el infierno y que el diablo celebre su boda. Y por lo que respecta a su hermano, Petrucci, a quien consideraba mi mano derecha... —De pronto, giró sobre los talones, se abalanzó sobre el silencioso Mirandola y, cogiéndolo por los brazos, lo puso en pie—. Vos. Vos me avisasteis. Cuando os condené, vos me avisasteis. «No confiéis en él», dijisteis. «Es ambicioso y sólo espera vuestra muerte». —Mirandola, que se había estremecido ante la inesperada violencia del duque, permaneció impasible, irónico—. ¡Por Dios! ¡Los ojos del duque lo vieron todo! —Grifone se volvió y, soltando a medias al ciego, señaló a Ángelo y dijo—: Soltadlo. Y vos, y vos. —Su dedo pasó a señalar a dos de sus cortesanos—. Ocupaos del señor Mirandola. Buscadle algo de ropa.

—Padre...

—¡Ah, sí! Seguro que quieres ser tú quien se ocupe de esto. El muchacho ha intercedido por vos, Mirandola, no hará ni una hora. Pero debéis vestiros para su boda. Deprisa. Tenemos muchas cosas que contarnos después de la ceremonia. Disponemos de toda la noche para ello.

—Excelencia —dijo el señor Mirandola con su voz cavernosa, tan característicamente áspera. Tal vez hubiera un atisbo de resignación en la sonrisa que esbozó:

—¡Por los clavos de Cristo! Ya me había olvidado de esa voz —exclamó el duque, tras lo cual besó a Mirandola y lo empujó en dirección a los cortesanos que lo acompañaban y a Astorre, que estaba esperando.

—Excelencia —repitió Mirandola.

El duque se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Hay que honrar el tarot —respondió Mirandola extendiendo la mano para que

lo orientaran.

El duque se echó a reír. Se quitó del dedo meñique un pesado anillo de oro con un ágata labrada incrustada y lo arrojó al aire. Ángelo, que había estado frotándose las muñecas como si su movilidad fuera lo que más le importaba, alzó una mano rápidamente y lo cogió. Benno se preguntó si los guardias lo habrían despojado de todos sus cuchillos o si se habrían dejado alguno.

—Y ahora —Grifone miró a todos los presentes con sus oscuros e intimidatorios ojos— ha llegado el momento de alegrarse. ¿Dónde está mi señor obispo?

El obispo Tadeo estaba terminando sus oraciones por el capitán, quien apenas había logrado sobrevivir a la confesión. Aislado en la sala de audiencias y sumido en las necesidades de un moribundo, no se había enterado de los acontecimientos que habían tenido lugar en la habitación contigua, por lo que, cuando respondió a la llamada del duque y entró en la sala de banquetes, se detuvo y se quedó mirando a la mujer que tanto había temido tumbada sin vida a los pies del duque. Sus propios sirvientes, obedeciendo la orden de éste, se acercaban tímidamente al cadáver para llevárselo.

—Se ha quitado ella misma la vida, señor obispo. Más tarde decidiréis dónde se la puede enterrar. —Rezando silenciosamente para pedir perdón por la profunda sensación de alivio que acababa de tener, el obispo se puso de inmediato a considerar aquel deber. El duque, sin embargo, luciendo esa terrible sonrisa que lo caracterizaba, lo cogió de la manga y lo sacó de su ensimismamiento—. Señor obispo, señor obispo... Tenemos que dejar de preocuparnos por la muerte de los traidores y empezar a pensar en los herederos de Nemora. Y lo primero que vamos a organizar va a ser una boda, señor obispo. Id a buscar todo lo necesario. Todos los presentes van a ser testigos del enlace matrimonial de mi hijo Astorre y la princesa de Montenero. Las celebraciones tendrán lugar más tarde, en Nemora, con todo el esplendor que merece la ocasión. Pero, entre tanto, no perdamos tiempo. —Mientras el obispo, mareado, llamaba a su capellán, Grifone detuvo su inquieta mirada en un pequeño grupo de personas que se habían quedado heladas donde estaban—. Alguacil, ¿qué os traéis entre manos? Dejad libre a ese hombre.

Benno mordió la capa de su señor para evitar reírse de la cara que puso el alguacil, la viva imagen de la decepción, antes de inclinarse y transmitir la orden a sus hombres. Giacomo se desembarazó de las cadenas con ayuda de los guardias y permaneció con la cabeza inclinada como un toro acosado. Su espalda sólo estaba atravesada por tres marcas rojas.

Durante todo ese tiempo Segismundo había permanecido en su sitio observando atentamente lo que ocurría alrededor. Sin embargo, y pese a su inmovilidad, la gente no había dejado de mirarlo. No era la clase de hombre cuya presencia pudiera pasar inadvertida.

—Y vos —le dijo el duque—, quiero que me digáis después de la ceremonia qué papel habéis desempeñado en todo este asunto. Sabéis mucho más de lo que me

habéis contado.

Segismundo hizo una reverencia y se retiró.

Los sirvientes estaban envolviendo a la princesa con bastante torpeza, como si aún tuviesen miedo de ella. De todos modos, no era de extrañar, pues aquel rostro desencajado habría asustado al más pintado. Cuando trataban de levantarla, una pesada cadena de oro que se había quedado atrapada en los velos de tul negro con los que habían intentado cubrirle la cara se soltó y cayó ruidosamente al suelo de madera del estrado. Los sirvientes estuvieron a punto de soltar el cadáver y, tras sobreponerse, se quedaron sin saber qué hacer. Uno de ellos alargó el brazo para recogerla, pero el duque, moviéndose con mayor velocidad que él, se agachó, la cogió y, sin detenerse, se la arrojó a Giacomo.

—Quédatela, bribón. Quédatela por haber intentado hacer lo que yo debería haber hecho hace años. Eres cantero, ¿verdad? Estoy construyendo una catedral en Nemora, así que habla con mi chambelán, que te encontrará empleo. Si Petrucci no hubiera sido mi consejero, yo no habría tenido que enfrentarme a una rebelión el año pasado y probablemente tu gente no habría muerto en la hoguera. —Giacomo, sumido en el desconcierto, se había arrodillado y estaba balbuciendo unas palabras de agradecimiento. El duque lo miró y dijo—: Consuélate. Petrucci arde en las llamas del infierno, de eso no hay duda. ¿Qué son los pocos minutos que sufrieron los tuyos comparados con el castigo eterno que él va a tener que soportar?

Tras aquellas palabras de aliento, el duque se marchó. Minerva, cayendo de pronto en la cuenta de que su boda con Astorre y su consumación iban a tener lugar en las próximas horas, lo siguió con las mejillas encendidas. Sus damas de honor salieron de inmediato detrás de ella. Una anciana vestida de negro, de pelo canoso y mejillas sonrosadas que se encontraba entre el tropel de sirvientes que, como ávidos espectadores de aquella clase de acontecimientos, se habían agolpado contra los tapices de la pared, dejó la jofaina de agua de la que se había apropiado para arrogarse el derecho a permanecer en aquel lugar, cogió del brazo una servilleta que también había sustraído, se la puso en la cabeza a modo de pañuelo y fue a incorporarse a la pequeña procesión. Segismundo, que no había dejado de observarla en ningún momento, profirió unas palabras que a Benno le resultaron ininteligibles, a lo que la mujer, caminando de espaldas, contestó con una serie de sonidos incomprensibles y desapareció.

—¿Dónde está Máximo? —Benno se sacó un muslo de la boca en un repentino gesto de terror—. Se me ha olvidado buscarlo. Sibila se ha ido y no estaba con ella.

—Mmm, mmm —murmuró Segismundo—. Sibila me ha dicho que ha intentado entrar en el banquete en cuanto se ha enterado de que el duque había cogido al señor Mirandola. —Dio cuenta de un pedazo de carne de venado y a continuación se limpió los dedos con una servilleta de damasco que le había facilitado el mayordomo, quien ahora se mostraba más amable—. Han vuelto a meterlo en la cárcel.

—Al alguacil no le hará ninguna gracia tener que soltarlo, ¿verdad? —Benno

interpretó la calma de su señor como una señal de que la situación de Máximo sólo era temporal. Además, lo habían encerrado con medio capón frío en el estómago. Reanudó su asalto al plato de jabalí asado con vino, algo que no habría tenido oportunidad de hacer si hubiera permanecido detrás de Segismundo durante todo el banquete tal como habían planeado en un principio. Notó entonces la presión de dos patas sobre su muslo y dejó caer un trozo de carne sobre el grasiento hocico de *Biondello*.

Segismundo, Benno y Ángelo estaban sentados en una pequeña mesa que les habían preparado en un mirador que daba a la plaza. A una discreta distancia de ellos había un criado dispuesto a llenarles las copas o traerles más comida cuando lo deseasen. El hombre se había dado cuenta del favor que gozaban ante el duque; ésa y no otra, era la razón por la que se había mostrado tan poco exigente con los cómicos, ya que, si de él hubiera dependido, aquel adivino de aspecto desastrado jamás habría puesto los pies en el palacio.

—Al alguacil le habría encantado ponerme las manos encima. Le gustan los vagabundos como yo. —Sin dejar de masticar un ala de pollo, Ángelo mostró los dientes torcidos que hacían que su cara de ángel pareciera la de un demonio—. Ahora tendrá que ser amable conmigo y devolverme los cuchillos por la parte de la empuñadura.

—¿Te los han cogido todos?

—Todos excepto dos —dijo Ángelo, y se puso a examinar con ojo de profesional el anillo que le había lanzado el duque. Entonces sacó de alguna parte un cable delgado que Benno imaginó que tendría al alcance de la mano por si necesitaba estrangular a alguien, y lo enhebró en el anillo. Acto seguido, Benno vio cómo el anillo desaparecía ante sus propios ojos y pensó que los guardias habían realizado una gran labor si habían logrado encontrar todos los cuchillos excepto dos. Escogió entonces un pastelillo relleno de carne condimentada y lo mordió con apetito echando la cabeza hacia atrás para que no se le escurriera nada por la barba. Ángelo, con el gesto propio de alguien a quien lo han servido durante toda la vida, llamó al criado para que le trajera más vino y, cuando éste se hubo retirado, preguntó a Segismundo con naturalidad—: ¿Cómo os habéis hecho con esa carta?

El murmullo de Segismundo fue de indulgencia.

—Se la he robado a una persona que también la había robado.

—Al sobrino de la princesa, el padre Torcuato —terció Benno. Como eran raras las veces que tenía información que dar, puso cara de orgullo. Ángelo volvió hacia él sus vidriosos ojos grises.

—¿Su sobrino? ¿Por qué? Es de la familia.

Segismundo acudió en ayuda del desconcertado Benno y, mientras cogía un pastelillo de carne, dijo:

—Por eso. Es de la familia, pero su tío, el cardenal, y su tía, la princesa, no hacían lo suficiente por él, o eso es, al menos, lo que él piensa. Menospreciaban su talento.

Torcuato vio en la carta la oportunidad de ejercer un poco de presión sobre su tía. —Cogió la copa y bebió el mismo vino con olor a flores y tono dorado que se había servido en la mesa principal del banquete—. Le habría bastado con insinuarle a la princesa que podía mostrársela al duque para que ella le soltara una buena cantidad de oro.

—Si no lo hubiera envenenado antes. —Ángelo estaba comiendo con la misma voracidad que muestra un ave rapaz que a veces tiene que pasar hambre entre comida y comida—. ¿Cómo consiguió la carta? No es la clase de cosa que uno dejaría a la vista.

—No lo sé exactamente —Segismundo tenía una ciruela garapiñada delante de la boca—. En la misma carta, el príncipe le escribió a la princesa que debía quemarla de inmediato, pero ella se olvidó de hacerlo. Supongo que lo único que pudo hacer que se olvidara de guardar la carta fue un cardenal envuelto en llamas. Aunque yo no sabía nada entonces, vi que la tenía en la mano antes de oler el humo que salía de la habitación de su eminencia. Quizá se le cayó y Torcuato aprovechó la oportunidad para cogerla. Con el lío que se armó, podría haberse robado cualquier cosa. Al morir el cardenal, Torcuato debió de pensar que no había muchas posibilidades de que la conspiración tuviera éxito y que, por lo tanto, la carta tenía un gran valor.

—Si visteis la carta, también pudisteis ver de quién era...

—Mmmm... Serías un buen abogado, Ángelo. Me lo imaginé gracias a un lapsus que tuvo la princesa. Estaba tratando de averiguar cómo encajaría el duque Ludovico el asesinato de su propio sobrino a manos del príncipe Livio y me dio la impresión de que estaba más interesada en el bien de este último de lo que cabría esperar. Me habló de lo necesario que es que los gobernantes se casen y, al referirse a la futura esposa del príncipe, mencionó a «la princesa de Nemora» y acarició el papel que tenía debajo de la mano. No creo que fuera consciente de lo que hacía.

Segismundo inclinó la copa mientras Benno lo miraba con gesto de admiración y Ángelo cogía uno de sus cuchillos y diseccionaba un trozo de pavo, uno de los platos que los invitados al banquete habían rechazado debido, bien porque la perspectiva de contemplar una muerte a latigazos había hecho que perdieran el apetito, o bien porque eran poco aficionados a los pavos. Ángelo, en cualquier caso, había comido cosas mucho más duras que la carne de pavo. Sin dejar de masticar, siguió haciendo las preguntas que Benno no se atrevía a plantear.

—¿Y dónde está el tal Torcuato? El duque no va a matarlo a besos si aparece ahora que su tía y su eminencia se han ido a cenar con el diablo. Ya es un poco tarde para que su familia pueda ayudarlo ahora.

Benno se preguntó por un instante si el duque habría considerado en alguna ocasión el matar a alguien a besos como una buena manera de deshacerse de una persona, y llegó a la conclusión de que sólo optaría por ello si se tratara de una muchacha realmente despampanante. Segismundo curvó un dedo para llamar la atención del criado, que había estado observando sus rapiñas con una mezcla de

temor y admiración, y le pidió que les trajera otra jarra de vino. Luego llenó las copas de Ángelo y Benno y sacudió la cabeza con expresión de tristeza.

—Ha desaparecido. He visto cómo se escabullía cuando acusaban a su tío. No me extrañaría que ahora esté camino de Roma. Querrá probar suerte.

—Sin el dinero de su tía.

—Cierto, Ángelo, y también sin la soga del duque en torno al cuello, o al tobillo.

Benno se acordó de la última vez que había visto a Torcuato.

—Alguien lo ha dejado hecho un trapo. Me pregunto quién habrá sido capaz de darle una paliza a un sacerdote en medio de la calle, y por qué. Todo el mundo ha estado hoy un tanto alterado, es verdad, pero eso me parece un poco... No sé, al fin y al cabo se trata de un sacerdote.

Segismundo ofreció un trozo de pavo a *Biondello*, que lo engulló con tal rapidez que seguramente no se dio cuenta del honor que aquello suponía.

—Mmm..., mmm. Le he pedido a Polissena que lo mantuviera ocupado mientras registrábamos su habitación. Ella ya me había dicho que Torcuato envidiaba a su tío desde hacía años. Por lo visto, no ha dudado en aprovechar la oportunidad.

—¿No habrá sido *ella* quien le ha dado la paliza? —Benno imaginó a Bianca ayudándole vigorosamente.

—No, no. Aunque le he pagado bien y no dudo que lo habría hecho si él lo hubiera deseado. No, ha sido Tomaso Delmonte, su admirador. El capitán del alguacil lo ha liberado a tiempo para que fuera a languidecer a la puerta de Polissena y viera a Bianca abriéndole la puerta a Torcuato. Todos los hombres tienen su límite.

---

## El resto es fácil de adivinar

Aunque aquella noche del sábado los dignatarios de Colleverde y sus esposas salieron del palacio del obispo con la noticia de la boda y consumación del matrimonio del hijo del duque, ésta no pasó al dominio público hasta el domingo por la mañana, cuando los habitantes de la ciudad se dirigían a misa. Evidentemente, habría que esperar a la celebración formal de la boda, por cuanto, según se rumoreaba, el señor Astorre debía darse prisa si quería hacer valer su derecho a la herencia de su esposa y tenía que marcharse (o, más bien, se había marchado hacía una hora) para reunirse con la *condotta* que el día anterior había estado agazapada en las fronteras de la ciudad a la espera de que el príncipe Livio diera la señal de iniciar la invasión. Ahora iban a ayudar a Astorre a reclamar sus derechos en Montenero.

El plan contó con la aprobación popular. La opinión generalizada era que los montenerinos se merecían pasar el mismo trago amargo que habían estado a punto de hacerles pasar a ellos. Aquél, sin embargo, era sólo el parecer del pueblo llano, ya que los expertos sabían que los aspirantes al gobierno de un lugar no deben ganarse ociosamente la antipatía de sus futuros súbditos, y que permitir el saqueo de lo que pronto va a ser propiedad de uno es una muestra de falta de juicio.

Otra noticia que se difundió por la ciudad a velocidad de correo urgente fue ésta: aunque el duque asistiría a la misa de acción de gracias que iba a celebrarse ese día y presentaría los debidos respetos a las reliquias, no se diría ninguna misa de réquiem por el cardenal Petrucci. Era verdaderamente difícil de creer que el cardenal hubiera sido enemigo del duque y se hubiese confabulado con el príncipe Livio, pero si su arrogante hermana, la princesa Corio, se había envenenado, debía de ser verdad. Aunque no hubo muestras públicas de dolor por la muerte de la princesa, las frecuentes visitas del cardenal a la ciudad y sus temporadas de residencia en el palacio Corio habían conferido a Colleverde un cierto aire de importancia y resultaba desagradable pensar que había planeado entregar la ciudad al príncipe Livio. Todo el mundo tenía mucho que agradecer a santa Bernardina, y si el diablo se había acercado realmente a Fontecasta para quemar al cardenal, lo único que había hecho era reclamar lo que era suyo.

Segismundo había sido llamado a la presencia del duque temprano y al acudir se había encontrado a Minerva y Astorre arrodillados para recibir la bendición del obispo. Minerva llevaba un vestido de terciopelo color ciruela adornado con bordados dorados y el collar de perlas con el corazón de rubí que le había regalado el duque. Cuando el obispo apoyó las manos sobre sus cabezas, Astorre extendió la suya para

coger la de Minerva, y el duque sonrió. Benno, a quien el mayordomo había permitido ponerse detrás de la piña de cortesanos que habían acudido a ver la bendición, dejó escapar un suspiro y se limpió la nariz con la manga. El señor ciego también estaba presente; cuando el príncipe y la princesa de Montenero besaron el anillo del obispo y se levantaron, el duque Grifone, que se encontraba a su lado, se volvió hacia él y lo condujo hacia la pareja.

—Éste es mi regalo de bodas. Aquí tienes, hijo mío, a un consejero cuya lealtad jamás te faltará, como jamás me ha faltado a mí. Te ayudará a gobernar Montenero y te protegerá de los traidores.

Dicho esto, abrazó a Astorre y besó a Minerva en la mejilla, susurrándole algo al oído que la hizo sonrojarse. Benno se preguntó si el duque le habría preguntado al señor ciego si quería acompañar al señor Astorre o si, por el contrario, se lo habría entregado a su hijo de la misma manera que podía haberle regalado cualquier otra cosa. El señor Mirandola tenía un aspecto espléndido, vestido como iba de terciopelo verde oliva. Él balaje que llevaba al cuello era inconfundible. El duque Grifone se sentía generoso. Benno hizo votos por que su señor también se llevara algo bueno.

La princesa de Montenero tenía algo que darle a Segismundo: una cadena de oro con un peso más que apreciable y su mano, para que se la besara. Benno no pudo evitar acordarse de cuando Segismundo le había entregado las riendas de su caballo antes de entrar en la villa embrujada. Quizá ella también se acordara, aunque todo era posible, ya que en el curso de aquella semana habían ocurrido muchas cosas de las que tal vez prefiriera olvidarse.

Durante la despedida, la guardia del obispo tuvo serias dificultades para mantener a distancia a la muchedumbre que se había agolpado delante de las escaleras del palacio y que no dejaba de gritar y lanzar sombreros al aire. Benno, sin embargo, se las arregló para seguir al séquito de cortesanos que se echaron en tropel hacia adelante para ver la salida de la pareja de recién casados. El señor Astorre iba a lomos de un estupendo semental negro que en cuanto oyó el clamor de la multitud empezó a sacudir la cabeza, relinchar y piafar. La señora Minerva, montada sobre un caballo blanco con borlas doradas en la brida, estaba esplendorosa y respiraba realza por los cuatro costados a pesar de las lágrimas que le bañaban los ojos. Montenero, pensó Benno lealmente, ya podía considerarse afortunado de tenerla por princesa. Cuando partieron, lanzó un estridente grito de entusiasmo que hizo que las dos damas que tenía delante lo miraran con cara de asco y apartaran sus faldas como si pensarán que un curtidor había tratado de abrazarlas.

Benno siguió a su señor al jardín del obispo con una sensación de vacío no precisamente desagradable. Como era el día más caluroso que había habido aquella primavera, se desató el jubón hasta la cintura y dejó salir a *Biondello* de su confinamiento para que disfrutara del aire que soplaba alrededor de sus pies y de los mil olores que en él flotaban.

El obispo Tadeo era un hombre civilizado y, tras disfrutar de los placeres de la

mesa, gustaba de pasear por su jardín. En él se veía su interés por las últimas tendencias; sus estatuas de anticuario, en las que invertía grandes sumas de dinero, estaban colocadas en hornacinas de estilo clásico o en artificiales cenadores. Las oscuras chaparras conferían una cierta luminosidad a la grisácea piedra. Segismundo se detuvo ante una Diana que, provista de su arco y su túnica de cazadora y adornada con una media luna suspendida sobre sus rizados cabellos, lanzaba su mirada más allá de los caminos de grava y los setos de boj para posarla sobre una cierva de piedra. Apoyó respetuosamente la mano sobre el frío pie de piedra, de estrecho y arqueado empeine, que soportaba el peso de su interminable huida y dijo:

—El obispo sabe cómo gastarse su dinero. —Miró en torno aspirando el aire y rozó la copa de un pequeño boj recortado en forma de bola que había en un gran jarrón de terracota. La intensa y picante fragancia se extendió alrededor—. Espero que cuando salga a pasear por aquí, consiga olvidarse de todo lo que ocurrió ayer.

—Apuesto a que se alegra de haberse librado del cardenal y de que se haya descubierto que era un traidor —dijo Benno—. Y también de que la princesa Corio no vaya a seguir dándole órdenes. —Miró afectuosamente cómo *Biondello* regaba la base del jarrón de terracota—. No habría durado mucho como esposa del príncipe Livio, ¿verdad? No creo que a éste le gustara mucho que lo controlaran. En cuanto sufriera un ataque, le habría cortado la cabeza, si es que pensaba realmente casarse con ella. Ayer se quedó helado cuando vio a la señora Minerva.

—Contaba con ello —dijo Segismundo, y sonrió. Había arrancado una ramita de boj y la movía bajo su nariz para oler su fragancia—. Su sustituta me dijo que le habían prohibido terminantemente quitarse el velo. El príncipe había planeado apoyarse sobre el falso médico y su ayudante para acercarse al duque y darle un afectuoso abrazo. —Para mostrárselo, cogió a Benno por los brazos y se los apretó contra las costillas—. ¿Ves? De este modo, Achille Malvezzi habría podido insertarle el estilete en algún punto entre la cuarta y quinta vértebra —añadió dándole una palmada en el cogote—, por encima de cualquier cota de malla que el duque hubiera tenido la prudencia de ponerse bajo la camisa, que es precisamente lo que se había puesto. Entonces, en cuanto el amigo de Malvezzi que estaba apostado en el balcón hubiera entrado en la sala y acabado con Astorre, Nemora habría tenido un nuevo soberano.

Benno pensó en lo que acababa de oír mientras formaba montoncillos de grava con los pies. Al mirar hacia abajo, vio que tenía una costra de azúcar de ciruela garrapiñada pegada a la camisa y se puso a arrancarla con la uña del pulgar y a llevársela a la boca al tiempo que preguntaba:

—Si el príncipe Livio pensaba que el amante de su esposa estaba enterrado en la tumba de Fontecasta, ¿qué pensaba hacer con él?

Segismundo emitió un murmullo, se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia una mariposa de color amarillo limón que revoloteaba por encima del boj.

—A un hombre celoso pueden ocurrírsele varias cosas que hacer con el cadáver

del amante de su esposa, aun cuando ya sea demasiado tarde para que éste pueda apreciarlas como es debido.

—«Pasen y vean la colección de cabezas cortadas», ¿no? Ya veo... Bueno, claro. No era la clase de hombre que deja cuentas pendientes, ¿verdad? —Benno se sacó parte de la camisa en busca de más restos comestibles; al tirar del cordón de las calzas, éstas le quedaron por un momento excesivamente ajustadas—. Como tampoco lo eran esos tipos, Malvezzi y sus secuaces, que quemaron al cardenal por haber quemado a su amigo el mago. Apuesto a que no habrían seguido mucho tiempo vivos si el príncipe Livio hubiera descubierto que habían prendido fuego a la persona con la que contaba para llevar a cabo su plan. Y lo habría llevado a cabo si el cardenal no hubiera muerto y vos no hubieseis aparecido. —En ese momento descubrió una mancha que le hizo concebir esperanzas; sin embargo, cuando la vio de cerca, se dio cuenta de que era de vino, y volvió a meter la camisa en su sitio—. Además, iba a ser su cuñado. La que habrían montado... ¿Os imagináis? Las cabezas de varios fulanos todas en fila...

Segismundo se imaginó la agradable situación que acababa de describirle Benno y soltó un prolongado murmullo. Se había metido los pulgares en el cinturón y estaba mirando el dibujo que trazaban los setos de boj, de medio metro de altura, cuya disposición dividía una parte del jardín mediante un tortuoso sendero que, si bien no parecía que llevara a parte alguna, tenía una fuente en su tramo central. Benno pensó que se parecía mucho a los dibujos que uno podía seguir con el dedo en las paredes de las iglesias de Rocca. Se llamaba el «camino de Jerusalén» y, según decían, le permitía a uno imaginar que era un peregrino si no tenía la oportunidad de ir a la ciudad santa. Miró a su señor y comentó:

—Qué bien, ¿verdad?, que todo haya tenido un final feliz. Me alegro de que el señor ciego se haya ido con la señora Minerva. Ella tiene que estar encantada. Al fin y al cabo, él es su verdadero padre, ¿no es así? Aunque, claro, no puede decírselo a nadie.

—Sería extremadamente imprudente. —Segismundo sacudió la cabeza.

—¿Qué están haciendo Máximo y Sibila?

—A Máximo ya lo han sacado de la cárcel. Creo que tiene ganas de volver a Fontecasta ahora que sabe que su señor está a salvo. El duque ha cedido la villa al señor Mirandola. Va a comprársela a la familia Giraldi y luego se la dará a él. Así podrá alojar al señor Astorre cuando venga a cazar. Sibila también quiere volver. Está preocupada por las cabras.

Benno miró de soslayo a su señor y se armó de valor para hacerle una pregunta que rayaba en lo personal.

—Ese idioma, el que hablabais vos y Sibila, era moscovita, ¿verdad? —La curiosidad que despertaba su señor en él era infinita, y rara vez quedaba satisfecha. Sin embargo, en esta ocasión obtuvo respuesta, y con un tono teñido de buen humor, Segismundo respondió:

—Era griego, Benno, griego. Los turcos se llevaron a Sibila de su casa y la vendieron como esclava hace mucho tiempo, cuando era más fuerte que ahora y todavía tenía el pelo negro.

Benno, consternado por lo que aquello suponía, respiró hondo. Al cabo de unos segundos, preguntó:

—Entonces ¿cómo llegó a Fontecasta y empezó a trabajar para el señor ciego? ¿La compró?

—No llegó a tiempo. El viejo duque de Rocca se le adelantó en treinta años. La trajeron al norte desde Calabria, que fue donde aprendió su italiano... El duque la compró para la princesa Oralia.

—¿Para la princesa Oralia? —Benno lo miró con los ojos desorbitados de asombro.

—Sibila fue su niñera; y la de la princesa Minerva, durante los dos primeros años de su vida. Mmm, mmm... No le cogieron mucha simpatía en la corte de Montenero. —Benno pensó en decir «No me extraña», pero se contuvo, imaginando la velocidad a la que se haría enemigos una niñera aficionada a hablar de forma ininteligible y dar patadas a todo aquel que no estuviera de acuerdo con ella. Segismundo echó a andar por uno de los senderos con una sonrisa en los labios—. Así que la princesa decidió que lo más prudente sería permitirle que se retirara o, mejor dicho, hacer que se retirara a Rocca, donde le proporcionaría una casa y un poco de terreno.

—Con cabras. —Benno pensaba que las cabras habían sido un factor determinante para Sibila a la hora de decidir si regresaba a Fontecasta o se iba a Montenero con la muchacha de la que había sido niñera.

Segismundo continuó recorriendo los senderos del laberinto seguido por *Biondello*, el cual, aunque evidentemente no acertaba a adivinar qué estaban buscando, no abrigaba ninguna duda acerca del hombre que le mostraba el camino.

Benno se decidió a ir detrás de ellos. Tenía hambre de respuestas ahora que éstas parecían fáciles de conseguir. No obstante, era consciente de que si quería que las preguntas pasasen inadvertidas tendría que meterlas entre comentario y comentario.

—Al duque le ha gustado la buenaventura que Ángelo les ha echado a la señora Minerva y a su señor esta mañana, ¿verdad? Con la Emperatriz, los Enamorados y todo lo demás, tienen todo lo que pueden desear: buena suerte y felicidad. Aunque no se ha hecho mención a los hijos.

—Seguramente los hijos van incluidos en lo de la buena suerte.

—Creo que Ángelo ha sido un descarado al pedirle al señor ciego que saque las cartas ahora que éste ha recuperado su posición. Eso sí, ha conseguido arrancarle una carcajada al duque.

Segismundo se detuvo al darse cuenta de que había seguido un sendero del laberinto que no tenía salida. Benno se detuvo detrás de él justo a tiempo para no chocar con sus anchas espaldas. *Biondello*, por su parte, quedó perplejo por un instante, saltó sobre el pequeño seto, alzó la vista y les lanzó una mirada interrogativa

acompañada de un meneo de cola. Segismundo rió entre dientes y lo siguió pasando por encima del seto.

—¿Ves, Benno, cómo *Biondello* nos muestra qué debemos hacer? ¿Que te encuentras en un callejón sin salida?, pues ni caso. El camino correcto no puede estar muy lejos.

Benno se rascó la barba y luego la cabeza.

—¿Cómo de cerca? Vos no os habéis encontrado en ningún callejón sin salida, ¿verdad? La princesa os pidió que averiguarais quién había matado al cardenal, y eso es lo que hicisteis. Fueron Achille Malvezzi y sus secuaces.

—Mmm, mmm... Se alegraron de hacerlo porque tenían razones personales para ello. De todos modos, obedecían órdenes.

—¿Órdenes? —Benno enumeró las posibilidades que había y titubeó—. Bueno, obedecían las órdenes del príncipe Livio, ¿no es así? Pero no tiene sentido...

¿Cómo iba el príncipe a desear la muerte del cardenal si quería que lo ayudase con la conspiración? Uno no va y, ¡hale!, pega fuego a todo lo que ha estado preparando porque sí. Además, ¿por qué habría de hacerlo?

—Por la misma razón que la otra noche fue a abrir la tumba.

---

## ¿A Moscovia, tal vez?

—¿A abrir...? ¿Por celos? ¿Del cardenal? No es posible que fuera el amante de la princesa Oralia.

—¿Por qué? ¿Porque era sacerdote? No es necesario ser muy cínico para imaginarse que hay gente que no hace lo que debería. —Segismundo apretó el dedo índice sobre el pecho de Benno, donde la camisa se había transformado en un sucio volante bajo el desabrochado jubón—. ¿Cuándo? Pues cuando iba a Montenero, de la misma manera que iba a Rocca. Un cardenal no limita sus viajes a un solo estado.

—Pero... ¿y la princesa?

—Polissena me ha dicho que su eminencia era un hombre sumamente atractivo.

—¿Queréis decir entonces que el individuo que ese tipo, Giacomo, vio como Malvezzi era el príncipe Livio, que había venido a matar al cardenal? ¡Madre de Dios! Cuando dijisteis que Giacomo había visto a uno de ellos ocultarse la cara, imaginé que sería el hombre de la cara azul, que se estaba tapando las cicatrices... Claro, el hombre dio media vuelta y cuando Giacomo ya pensaba que se le echaba encima, se detuvo en seco... y resultó ser el príncipe Livio, ¿verdad? Entonces sufrió uno de sus ataques, como cuando la señora Minerva se quitó el velo y le vio la cara.

Segismundo alzó los ojos al cielo, que estaba prácticamente despejado y tenía un tono azul jacinto.

—Por alterarse, creo. No es la primera persona que conozco que sufre de epilepsia. No siempre caen al suelo. A veces se quedan como en trance sin darse cuenta. Puede durar un momento o más, pero, en cualquier caso, para el príncipe acabó siendo fatal. Tenía que ser alguien como él. Sólo alguien en quien Petrucci pensara que podía confiar habría conseguido permiso para entrar en el palacio y habría podido acabar con él sin darle tiempo de dar la voz de alarma. Y sólo el príncipe Livio podría haber llevado tanto dinero.

Segismundo empezó a pasar por encima de los pequeños setos y se encaminó hacia una hornacina provista de un banco de mármol de forma curva y rodeada por un seto de carpe. Benno lo siguió con cuidado y cara de estar muy confuso.

—Así que el príncipe Livio quemó al cardenal a causa de la princesa y luego salió en dirección a Fontecasta con idea de emprenderla con el cadáver de otro amante... Lo que no entiendo es por qué no mató a la señora Minerva cuando la vio.

Segismundo llegó al banco y se sentó.

—No tuve ocasión de preguntárselo... Iba vestida de muchacho. Tal vez pensó que se trataba del fantasma de su hijo. —Al segundo intento, *Biondello* logró subir al

banco y se sentó al lado de Segismundo—. Quizá sufriera un ataque y se cayera. ¿Quién sabe? En cualquier caso, Malvezzi y los suyos perdieron la cabeza y lo abandonaron. Seguramente luego conseguiría reunirse con la procesión en que venía la falsa Minerva mientras los demás llegaban a todo correr a la ciudad para contar su historia de fantasmas. Ángelo me ha dicho que cuando les leyó el futuro se quedaron muy preocupados. Las cartas que sacaron fueron de las peores que ha visto jamás. Gracias a él pude decirle al duque qué hacía el oro encima del escritorio de Petrucci.

—¿De veras? —Benno le lanzó una mirada suplicante. Segismundo se echó a reír y prosiguió.

—¿Recuerdas que les echó la buenaventura por segunda vez? Le dijeron que aunque habían tenido un mal presagio, esperaban cumplir la condición que les había puesto el astrólogo (el del príncipe Livio, supongo), que consistía en que si querían tener éxito, debían saldar todas sus deudas. Una de dos: o Petrucci había dado una ayuda para costear la conspiración o había que pagarle por su participación en ella.

—Es decir, el cardenal iba a quedarse con él fuera como fuera: «Toma, te devolvemos tu dinero» y «toma esto también, para que te quedes contento». —Benno se sentó al lado de Segismundo y notó en el trasero que la piedra estaba fría—. Ángelo es un experto con las cartas. Si hubiera estado en el lugar de Malvezzi y los suyos, me habría largado de Colleverde enseguida, sin pensar en si había pagado mis deudas o no.

Segismundo estaba acariciando la lanuda cabeza de *Biondello* y rascándole debajo de su única oreja. El perro cerró los ojos de placer.

—Uno no puede escapar a su destino.

—¿Qué queréis decir? ¿Que si se hubiesen ido de Colleverde y no hubieran ayudado al príncipe, habrían acabado cayéndose de un risco o topando con un jabalí?

—Cruzarse con la espada del duque Grifone era, quizá, sólo una de las alternativas que tenían.

Benno guardó silencio. Con lo que se había cruzado el compañero desconocido de Malvezzi que se había apostado en el balcón había sido, al parecer, la daga de Segismundo. Y ¿quién sabría quién había matado al hombre que tenía la cara picada de viruelas?

Segismundo se tapó los ojos. En su mano brillaba el regalo que le había hecho el duque, un anillo de tamaño asombroso con un zafiro incrustado de un tono más oscuro que el del cielo que tenía encima. Parecía grande incluso en la mano de Segismundo. Benno renunció entonces a seguir pensando en aquella cuestión, ya que, cuanto más ahondaba en ella, más lástima sentía por todas las personas que habían tenido que ver con ella. Cambiando de tema, comentó:

—Vais a tener que colgároslo al cuello con una cuerda, como Ángelo, porque, si no, vendrán y os dirán: «Perdonadme, señor, ¿podéis prestarme vuestro anillo para siempre? Oh, siento haberos hecho daño en el cuello».

—Voy a hacer algo mejor. Se lo voy a llevar al señor Hispano, el judío, para que

me dé un vale que luego pueda canjear por dinero cuando lo necesite.

A Benno, aquello le sonó a magia, por lo que decidió no indagar. *Biondello* trepó a sus rodillas, distrayéndolo.

—¿Por qué el príncipe Livio quería casarse con la princesa Corio? No era lo que se dice una mujer que levantara pasiones.

—En mi opinión, después de quemar a Petrucci tenía que atar bien todos los cabos. Como necesitaba que las órdenes del cardenal fueran cumplidas incluso después de su muerte, lo que hizo fue darle a la princesa un buen motivo, un motivo, digamos, irresistible, para que estuviera interesada en el éxito de la conspiración. Está claro que su hermano le había revelado el secreto. El príncipe sólo tenía que asegurarse de que Petrucci no le dijera que él iba a visitarlo aquella noche.

Benno se enderezó y cogió a *Biondello*.

—Bueno, claro, si no, no habría habido ni boda ni nada. ¡Menudo tramposo! Lo tenía todo bien pensado. Asesina al hermano y consigue que la hermana se encargue de que todo siga adelante tal como estaba planeado... Y yo que creía que lo había hecho en un arrebato de ira, que nada más sacarles a los pobres sirvientes quiénes eran los amantes, había cogido una antorcha y se había venido corriendo a Colleverde... Pero, no, lo tenía todo bien pensado.

Segismundo estiró sus largas piernas y levantó la cara al sol, que ahora daba de lleno en el jardín. El único sonido que se oía era el que producían los ajetreados insectos que no descansaban el domingo.

—Seguro que conoces el refrán que dice que la venganza es un plato que se come mejor frío. Livio lo tenía todo calculado.

—Menos mal que ha muerto. ¿Van a enterrarlo o a colgarlo? —Los insubordinados seguían colgados del balcón del palacio del obispo. Lo más probable era que el duque les negara la extremaunción.

Segismundo aguzó la vista. Benno divisó entonces la lejana figura del obispo Tadeo, que se paseaba lentamente por un lateral del laberinto con la cabeza gacha y de espaldas a ellos. Tal vez estuviese rezando el rosario, o leyendo, o meditando.

—Dejemos a Su Ilustrísima que se recree en paz —dijo Segismundo al tiempo que se ponía de pie—. Ya ha sufrido bastantes molestias. El duque ha anunciado que el obispo estará presente en el próximo juicio del cardenal Petrucci.

—¿Juicio? Pero si está muerto... Su cadáver está en la capilla del obispo.

—Ya no. Van a atarlo a una silla y acusarlo de traición ante las familias nobles de Colleverde. El duque tiene pensado arrojarlo al río a continuación.

Se alejaron en silencio del paseante, quien no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Benno soltó una risilla tonta.

—El río es lo que le habría venido bien a su eminencia el viernes por la noche. El duque no perdona, ¿eh? Como el príncipe Livio...

—Hace falta tener una gran fuerza de voluntad para permanecer en el poder, da igual el lugar que uno gobierne. Aunque tal vez haga más falta en esta parte del

mundo.

Benno intentó, sin éxito, imaginar otra parte del mundo. Ni siquiera Moscovia podía ser muy diferente de Italia, a pesar de que, según había oído, allí hubiera más nieve. Su retirada ya los había llevado hasta el otro lado del seto de carpe. Benno se alegró de ver un balcón de aspecto más agradable que el que daba a la plaza y del que colgaban los traidores. Se extendía a lo largo del seto y era lo bastante grande como para que dos personas pudieran entrar en él sin necesidad de ponerse en fila y ver el paisaje que se extendía abajo. En la loma sobre la que descansaba la balaustrada crecía un viejo pino; su retorcido tronco se apoyaba en el mármol y su paraguas de agujas proyectaba un sinfín de cambiantes rayas de sombra. Los dos hombres apoyaron los brazos en el frío y rugoso antepecho y miraron las lejanas colinas, que eran de un color levemente más intenso que el del cielo. Benno levantó la mano.

—Eso es Montenero, ¿verdad? Espero que la señora sea feliz con el señor Astorre y con su padre.

El murmullo fue vibrante, de negación.

—Con su padre, no.

—El señor ciego es su padre, ¿verdad?

—Sibila me ha dicho que ni siquiera era el amante de la princesa. La princesa lo encontró ya moribundo y debió de adivinar quién era. Llamó a Sibila y ordenó que cuidaran de él en Fontecasta, que pertenecía al antiguo señor Giraldi, a quien había conocido en Rocca. Pero dejemos ese tema.

—¿Entonces era el señor Eugenio?

Segismundo se volvió hacia Benno.

—Hemos estado hablando de otro amante, ¿no?

Una alondra cantaba en lo alto de un pino, invisible, extática. Sin embargo, Benno no oía ni su canto ni el fragor que llegaba de la ciudad. Se había quedado mirando fijamente a Segismundo.

—Es decir que...

—El cardenal Petrucci era el padre de Minerva y de su hermano gemelo, Marco. Sibila me lo ha dicho. Ella es una de las dos personas que lo saben. La otra debió de ser torturada por el príncipe Livio tras la muerte de su esposa.

—Así pues, lo averiguó. No me extraña que el cardenal acabara envuelto en llamas. —Benno volvió a mirar el paisaje, pero sin ver nada—. No sería nada bueno que esta noticia se difundiera. Imaginaos, el hijo del duque casado con la hija del diablo Petrucci. —Contempló con una mezcla de temor y respeto la lejana sombra azul sobre la que se hallaba la ciudad de Montenero, que se extendía sobre las colinas como un trémulo resplandor blanco. La profunda voz de su señor volvió a resonar.

—Si el duque piensa, y es muy probable que así sea, que Mirandola es el padre de la señora Minerva, no creo que haya ningún problema, siempre y cuando el mundo considere que ésta tiene derecho al trono de Montenero.

La alondra seguía cantando, insistentemente. Las sombras se movieron sobre sus

espaldas; la brisa acarició sus caras. Al cabo de un rato, Benno dijo con tono lastimero:

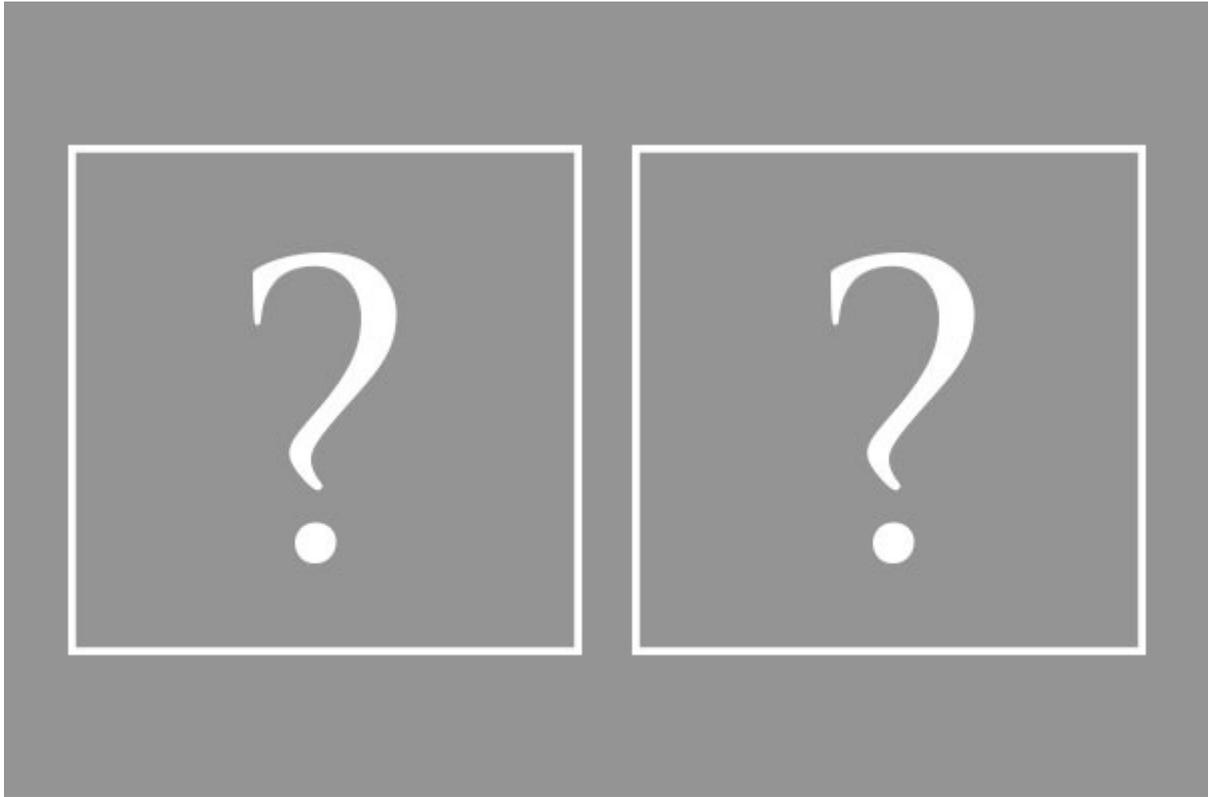
—Ojalá Ángelo nos hubiera leído la buenaventura antes de irse. ¿No os habría gustado conocerla?

—Jamás. Lo divertido está en no conocer nuestro destino, Benno. Cuando acabe el juicio del cardenal, nos dirigiremos a Rocca y después, ¿quién sabe? Ya empiezo a ser muy conocido por estos lares. ¿A Moscovia, tal vez?

Benno trató de imaginar las lejanas colinas cubiertas de nieve. Su mente viajó a lugares extraños y desconocidos. De una cosa estaba seguro. Fueran adonde fueran, no se aburrirían.

Oyeron entonces una lejana trompeta y Segismundo se incorporó.

—Vamos. No debemos hacer esperar al cardenal.



ELIZABETH EYRE es el seudónimo de Jill Staynes y Margaret Storey. Juntas han escrito numerosas obras, empleando este seudónimo en la serie Segismundo. Eran alumnas de la misma escuela, en la que inventaban personajes extraños e intercambiaron series de episodios acerca de ellos. Su primer libro conjunto, fue escrito cuando contaban con quince años, se llamaba *Bungho, or why we went to Aleppo*, que nunca vio la luz. Han publicado numerosas obras para público infantil, y juntas crearon al Superintendent Bone, protagonista de novelas de detectives modernas, así como esta serie de novela policíaca italiana del Renacimiento, Segismundo.

Las novelas de Segismundo están caracterizadas por sus coloridos personajes, y su ambientación en la Italia del Renacimiento. Las historias se están cuidadosamente estructuradas y bien pensadas.

Los libros de esta serie han contribuido al subgénero de misterio histórico, que surgió en la década de 1990 con el éxito de Ellis Peters y la serie Cadfael, y Lindsey Davis y la serie de Marco Didio Falco.